

ARGENTINA

GRANDEZAS
DE LA
SANTISIMA
VIRGEN

1900

1728

1731

1734

1735

1736

MCD 2019

PENSAMIENTOS

ACERCA DE LAS GRANDEZAS

DE LA SANTISIMA VIRGEN

7A-847

PENSAMIENTOS

DEL

P. LUIS FRANCISCO D'ARGENTAN

DEL ORDEN DE CAPUCHINOS

ACERCA DE LAS GRANDEZAS

DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

POR D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL

MARQUÉS DE CASAJARA

TERCERA EDICION

Con las licencias necesarias.

MADRID

LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO,
Calle de la Paz, núm. 6.

1900



MCD 2019

R.25241

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA DE COS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA Y DEL MÉRITO MILITAR, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC.

Hacemos saber: Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta nuestra Diócesis pueda imprimirse y publicarse la obra *Pensamientos del P. Luis Francisco d'Argentan, acerca de las grandezas de la Santísima Virgen*, que desea publicar D. Gregorio del Amo, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y según la censura nada tiene en contrario al dogma católico y sana moral.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid, á 28 de Junio de 1899.—JOSÉ MARÍA, *Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá*. — Por mandado de S. E. I. el Arzobispo-Obispo mi Señor, *Dr. Julián de Diego Alcolea*, Arce-diano Secretario.—Hay un sello.



ADVERTENCIA.

El P. Luis Francisco d' Argentan, Provincial de su Orden de Capuchinos en Normandía, era un sabio de singular ingenio, que en su obra intitulada Conferencias teológicas y espirituales acerca de las grandezas de la Santísima Virgen, dejó una rica mina. Yo, por afecto á la Reina de los Querubines, saqué de ella el oro que pude encontrar, afanándome por depurarlo.

*En la primera edición hecha en tres tomos en 8.º uní estos Pensamientos del P. D' Argentan con mis poesías á la augusta Madre del Salvador, dando á ambas producciones juntas el título de La Reina de los cielos poética y científicamente considerada. Mas ahora me parece que es mejor anular el casamiento que entonces hice, y que cada obra corra por el mundo sola, que así andará con menos ataduras, adelantándose ésta á presentarse de nuevo entre las personas piadosas que dichosamente han levantado en sus corazones á la embelesadora Princesa del empíreo un bellissimo templo, en que se que-
ma noche y día el puro y fragante incienso del amor.*

Juan Manuel de Berriozábal,

Marqués de Casajara.

Agotadas por completo las dos ediciones precedentes, y persuadido del mucho provecho que puede reportar esta obra, me he decidido á reimprimirla en obsequio de los amantes de la Purísima Virgen María, Madre de Dios, cuyas prerrogativas tan admirablemente canta su piadoso autor.

EL EDITOR.

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDEREMOS los magníficos designios del Supremo Hacedor sobre María. Ahora no trata, como cuando comenzaron su vuelo los siglos, de fabricar un mundo, que es una casa para morada del hombre. Propónese construir para mansión de su infinita Majestad un augusto palacio, que sea la más hermosa fábrica de sus manos, y por su excelencia se aventaje á este grande universo tanto cuanto el mismo Señor que ha de habitarlo es más digno que el hombre, su hechura y su vasallo, para quien con una sola palabra hizo que de los abismos de la nada se levantara la tierra inmensurable

En la creación de esta Señora de los querubines se interesan sobremanera las tres divinas Personas de la inefable Trinidad. El Padre anhela tener una Hija que le dé muchos hijos adoptivos, de los cuales se forme familia numerosa. El Hijo, que tiene Padre, pero no Madre según su generación eterna, quiere tenerla según su humano nacimiento digna de Él y de la alteza de su destino. El Espíritu Santo, única Persona estéril dentro de Dios, desea una Esposa, á quien deba en cierto modo esa

misteriosa fecundidad, cuyo dulce fruto es el divino Jesús. Por último, la adorable Trinidad quiere tener un Templo bellísimo entre los hombres. Tal es su admirable desig-
nio en la predestinación de la Reina de los cielos.

En honra de misterio tan profundo acostumbran muchas almas devotas á saludarla con esta expresiva jacu-
latoria:

*Ave, Filia Dei Patris,
Ave, Mater Dei Filii,
Ave, Sponsa Spiritus Sancti,
Ave, Templum totius Trinitatis.*

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo de toda la Trinidad.

María es el templo, es propiamente el mundo de la Santísima Trinidad, según la frase de San Bernardo: *Eam tanquam specialissimum mundum Deus sibi creavit.*

Antes que él había escrito San Cipriano: «Leo y concibo que María es un mundo espiritual y en gran manera admirable, siendo su tierra firme una humildad profunda, su dilatado mar una caridad inmensa, su cielo una contemplación sublime, su sol una cabal inteligencia de las cosas divinas, su luna la hermosura y la pureza, su estrella matutina el resplandor de una santidad perfecta, sus luceros y demás astros las maravillas de las virtudes más encumbradas.»

Volvamos á San Bernardo, el cual, en menos palabras, dice más en su cuarto sermón sobre la Salve: «No hay virtud, así se expresa este sol de la Iglesia ¡oh Reina del cielo! que no resplandezca en ti, y tú sola posees en todo su grandor cuantas virtudes se hallan repartidas en la muchedumbre de los Santos: *Quidquid singuli habuere sancti, tu sola possedisti.*»

Bien puedo ahora añadir que, sin embargo de perte-

necer al género de las criaturas humanas, parece de tan privilegiada condición, que en ella es gracia cuanto se llama naturaleza en las otras. Tiene cuerpo como las otras, pero es obra de la gracia, no habiendo logrado este fruto de bendición sus ancianos y estériles padres sino por especial privilegio de aquélla. Tiene alma como las otras; pero es tan pura, santa y limpia de toda imperfección, que en ella jamás se ha visto pecado alguno, ni original, ni actual, y ni áun la más imperceptible mancilla: *Et macula non est in te.* (*Cant.*, 4.) Tiene pasiones como las otras; pero tan lejos están de todas las flaquezas de las otras, que en ella han servido solamente para la ejecución de los nobilísimos designios de la gracia; más bien habían de llamarse virtudes animadas, porque en ellas no había ni sombra de aquella corrupción de la naturaleza que á las otras inclina hacia la tierra, pues estaban abrasadas en un fuego divino que las levantaba á los cielos, y á las cuales el sabio denomina vapor de la virtud de Dios: *Vapor virtutis Dei.* (*Sap.*, 7, v. 25.)

Y para decirlo todo en una palabra, la excelencia y perfección de esta magnífica obra maestra de la mano del Altísimo es tal, que siendo obra de la gracia siguió únicamente los impulsos de la gracia, recibiendo de ella sus movimientos como una emanación de la claridad del Omnipotente. Y el Señor, que la ha hecho tan grande y preparado para sí mismo, también quiso ser el principio de su sér y la causa de todas sus operaciones. ¿A quién no asombran tan excelsas maravillas? He aquí, pues, lo que se trataba en la singular predestinación de la Reparadora de nuestro linaje, la cual es un mundo de gracias, expresamente hecho para tabernáculo de las tres Personas de la adorable Trinidad.

¡Oh María! ¡Cuán inefables son vuestras grandezas!
¡Cuán incomprensibles! Fuisteis hecha de propósito por

la mano de Dios para tabernáculo suyo. Vuestro único Hijo, que habita en el seno augusto de su Padre, descien- de á la tierra ocultando, no empero deponiendo su Majes- tad divina, y viene á hospedarse en vuestras virginales entrañas sin juzgarlas indignas de su alteza infinita. Las delicias que goza en el seno de su Padre, bñanle en in- mortal alegría; pero las que gustó en el vuestro, le ena- moraron y transportaron de suerte que le hicieron entrar en dulcísimo éxtasis y caer en vuestros brazos desfalle- cido de amor.

Prerrogativa singular de la inmaculada Virgen fué haberla el Señor predestinado á la gloria antes que á las demás criaturas angélicas y humanas. Esta es la primer ventaja que lleva á todos los seres creados. ¡Quién ima- ginará la abundancia ó el precio de las riquezas divinas que en ella derramaría aquella primera efusión de las bondades del Excelso! Figuraos un torrente hinchado hasta el extremo con extraordinarias avenidas de aguas, é impaciente por romper sus diques para dilatarse co- rriendo y desahogar su cauce represado: aunque esta comparación sea demasiado baja para significar la abun- dancia de las infinitas riquezas que la Divinidad atesora, no obstante, ¿quién será el primero que reciba la primera efusión, ó, si de este modo es lícito expresarse, el primer derrame impetuoso de aquel torrente, cuando se rompa en la predestinación de los Santos?

Venid, Virgen sublime, venid; Vos sois la primera digna de recibirle, y Vos seréis la primer persona pre- destinada á la gloria; vuestra plenitud será mayor que la de todas las demás criaturas bienaventuradas, pues sólo Vos tenéis sobre todas suficiente capacidad para re- cibir y encerrar en vuestro seno la grandeza de la ma- jestad del Todopoderoso, al cual no pudo comprender la extensión de los cielos: *Quem cæli capere non poterant,*

tuo gremio contulisti. ¡Oh Virgen! ¡Oh la primera y la más bella obra de la divina predestinación! ¡Oh cuán copiosa fuente de alegría es para vuestros fieles siervos el veros levantada á tan excelsa cumbre! Los predestinados debieran tener fijos en Vos los corazones y los ojos para contemplaros, admiraros y amaros, porque á la cabeza de todos ellos sois la primera que levantáis el vuelo á la región de perdurable gloria.

Lo que á María ensalza sobre todos los bienaventurados y le da una preeminencia exclusivamente suya, es el haber sido predestinada de un modo tan privilegiado y admirable, que entra en cierta manera á dividir todas las cosas con el Eterno Padre y con su Hijo en la obra sublime de la predestinación de los Santos. Ella por su único Hijo y en El es uno de los principios que concurren á la predestinación de los elegidos; pues como es imposible que Jesucristo lleve á cabo la predestinación de un solo hombre sin el concurso de su Eterno Padre, porque sin él no sería Dios, así es igualmente imposible el que la lleve á cabo sin el concurso de su Madre, porque sin ella no sería hombre.

Por esta causa todos los elegidos están como encadenados con la Madre del Salvador, y se asegura, con sobrado fundamento, que es señal evidente de la predestinación de un alma el que tenga con ella una unión íntima y fuerte, una tendencia de corazón que suavemente la incline á serle devota, á servirla y amarla. De aquí las imponderables obligaciones que tenemos para con el Padre, el Hijo y la Virgen, Madre de la divina gracia, que manejan el interesantísimo negocio de nuestra eternidad. ¿Por ventura hemos sondeado este abismo? No, aún no hemos penetrado esta verdad sublime; á nadie es dado descubrir su misteriosa profundidad sino en las mansiones de la luz eterna. No haremos más que columbrarla á

lo lejos hasta que la visión beatífica nos descubra todas las verdades en su principio, que es Dios.

¿Y dónde está la encendida gratitud que debemos á esta Madre de nuestro Salvador y de nuestra salvación? ¿Cómo no la miramos con el más respetuoso acatamiento? ¿Cómo no ponemos el mayor empeño en complacerla, formándonos á ejemplo suyo en la virtud? ¿Cómo no la honramos, servimos y amamos con respetuosa devoción, llena de celo y ternura? ¿No es un deber nuestro el que su amor crezca incesantemente en nuestros corazones, y que nuestro mayor deseo sea morir con su nombre dulcísimo en los labios, y exhalar en sus manos el alma á fin de que la presente á Dios como un fruto maduro para la gloria, merced á su poderosa intercesión?

Mal juzgamos de las cosas de Dios con las débiles luces de nuestra decaída razón. Sabemos que la predestinación es un decreto libre de la divina voluntad, que manifiesta en ella infinito amor á las almas predestinadas, pues las conduce á la eterna posesión del bien infinito; y de estos antecedentes inferimos que todo deba ser felicidades en la predestinación de los elegidos, siendo ésta el efecto de un amor infinito, cuyo único deseo es colmar de bienes al objeto amado. Y semejante juicio nos parece muy justo.

Y no obstante, lo contrario pasa á nuestra vista; pues si hay adversidades, comunmente aquejan á los buenos, es decir, á los elegidos, mientras á los reprobados adula la fortuna, halagándolos muellemente la abundancia de las satisfacciones humanas. Mas nos engaña nuestra ignorancia, haciéndonos juzgar por apariencias. El engaño consiste en que reputamos desgracia lo que en realidad es, con respecto á los justos, grandísima ventura, pues las cruces son el más seguro camino de la salvación. Y nosotros llamamos fortuna y prosperidades lo

que realmente es miseria espantosa respecto á los enemigos de Dios; pues quien no tenga parte en la cruz, tampoco la tendrá en la gloria. Pero no se piensa ni se habla así en el mundo: manifieste semejantes sentimientos quien quiera pasar por loco; y quien quiera perder tiempo, esfuércese en persuadirlos á los obcecados partidarios de vanidades.

Cierto es que la necia sabiduría de los mundanos usa de lenguaje muy diverso; pero ¿merece crédito? Si somos cristianos, ¿cómo no tenemos oídos para escuchar lo que San Pablo nos dice, que aquellos á quienes Dios ha predestinado deben ser conformes á la imagen de su Hijo? El oráculo de la fe nos lo asegura; no es permitido dudarlo. Es innegable que nadie puede estar predestinado á ser hijo adoptivo de Dios si con aquel modelo no tiene semejanza: El es el único original de los predestinados: los demás son copias; estudiemos aquel original, y en él veremos verdades claras como el sol, que nos harán maravillarnos de nuestra pasmosa ignorancia.

Al decirnos la Escritura que Jesucristo fué predestinado á ser Hijo de Dios, ¿querrá tal vez darnos á entender que tendría toda suerte de bienes, honores y prosperidades temporales? Creemos que su predestinación lleva consigo el señorío de toda especie de bienes, así los temporales y corpóreos como los espirituales y eternos; porque si así no fuese, la predestinación no sería el efecto de un amor infinito. Preciso es considerar todo lo que el Eterno Padre le ha dado como bienes y ventajas de un precio inestimable. Veamos ahora á qué le ha predestinado.

¿Acaso á los honores? No, pues fué despreciado, y hecho objeto de oprobio, de vergüenza y de toda suerte de abyecciones; esto es lo que no tiene por sí mismo, sino lo que le da su predestinación; luego semejantes ignominias son bienes dignos del infinito amor que Dios le ma-

nifiesta, predestinándole á ser su Hijo, por más que nuestra ignorancia nos los haga ver como males, y por más que la naturaleza rehuse admitir esta doctrina, teniéndola por loca. Quéjese, empero, grite y se desespere; á pesar suyo subsistirá eternamente la verdad divina; las humillaciones son las señales y los efectos de la predestinación de los hijos de Dios, y no los honores ni la gloria vanísima del mundo.

¿Le habrá predestinado á las riquezas, á las dignidades, y al poderío? No, sino á la pobreza, á la dependencia y á la privación de todas las comodidades. Es evidente que todas estas cosas se las da el mismo amor infinito que le ha predestinado á ser Hijo de Dios; por consiguiente, se ha de confesar que son bienes inestimables; pues es imposible que no sea un bien todo aquello que da un amor infinito al objeto amado. Luego es indudable que se engaña la sabiduría del mundo apellidándolos males. ¡Cuán sublime doctrina! ¿Cómo comprenderá la prudencia de la carne una filosofía tan opuesta á los sentidos y á la naturaleza? Pero quien nos la enseña es la Verdad misma.

En una palabra; Jesucristo no fué predestinado á gozar placeres, sino á ser una víctima sumergida en abismos de tribulaciones; no á la inmortalidad, pues la posee por sí mismo, sino á ser capaz de morir; no á tener la inmensidad, pues le es inseparable, sino á hacerse pequeño y á ser como anonadado: y toda alma predestinada debe esperar que la divina Providencia la trate del mismo modo y juzgarse tanto más afortunada y más segura de su predestinación, cuanto más rica se vea de esta especie de bienes que la locura del mundo llama calamidades.

Asentado este indudable principio, si se pregunta qué ventajas sacó la Virgen-Reina de haber sido predestinada á ser Madre de Dios, responderemos que la de tener más

conformidad con la predestinación de su único Hijo, participando mucho más que ninguna otra criatura, de las penalidades de su vida mortal; siendo, después de Jesucristo, la más humilde, la más pobre, la más atribulada, la más despreciada y anonadada á los ojos del mundo; pues amándola en extremo, debe haberle prodigado con mucha más largueza que á ninguna otra criatura las riquezas de tribulación que recibió de su Eterno Padre en virtud del decreto de su divina predestinación.

María es una pobre doncella, nacida en verdad de padres nobilísimos, pues entre sus abuelos cuenta crecido número de príncipes, reyes y patriarcas; no obstante, es mujer de un pobre carpintero, obligada á comer con el trabajo de sus manos; es Madre de un inocente Crucificado á quien para confusión suya vió ajusticiar por inhumanos verdugos y sufrir muerte infame y dolorosa entre dos forajidos ladrones y en presencia de muchos pueblos venidos á Jerusalén desde lejanas tierras con motivo de la celebridad de la Pascua, los cuales habían de extender la noticia de aquella infamia por la redondez del orbe.

¿Y es esta la gloria que en esta vida os proporciona vuestra admirable predestinación, oh Esposa del Espíritu Santo? ¿La dignidad de Madre de Dios no os da más privilegio que el ser la más afligida y la más desgraciada de las madres, según los juicios humanos? ¡Cuánto se elevan sobre nuestro entendimiento los consejos del Altísimo! A juicio del mundo, debía la Madre de Dios exceder tanto en riquezas, gloria y poderío á todas las majestades de la tierra, cuanto se encumbran éstas sobre lo más ínfimo del pueblo; pero el mundo está ciego, y lo que llama grandezas lo mira el Señor como bajezas indignas de sí y de su Madre querida; y lo que él llama pequeñez y miseria, mira el Todopoderoso como verdadera grandeza, solamente digna de El y de sus escogidos.

CAPÍTULO II

SAN Pedro Damián dice que Dios sacó el santísimo nombre de María del tesoro de su Divinidad expresamente para darlo á su querida Madre: *Statim de thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur* (*Damian., Serm. 11 de Anunc.*) Y con esto da á entender que las tres Personas de la adorable Trinidad tuvieron parte en su imposición: el Padre contribuyó dándole su Hijo, puesto que Ruperto Abad no teme decir que el Hijo es el nombre del Padre, siendo una palabra que expresa completísimamente su esencia y perfecciones. Ahora bien; si el Verbo expresa al Padre, expresa también á la Madre, pues es la misma Persona quien da al uno el nombre de Padre y á la otra el de Madre, y establece entre ella y Dios un parentesco real y verdadero; lo que propiamente significa el nombre de María, en sentir de San Ambrosio, quien asegura que María quiere decir: Dios es de mi familia ó de mi parentela: *Speciale Mariæ hoc nomen inveni quod significat: Deus ex genere meo.* No vemos de cuál raíz de las lenguas hebrea, griega ó latina haya sacado San Ambrosio esta interpretación; pero su autoridad nos basta

para recibirla. ¿Y quién sino la Madre del hermoso amor puede llevar un nombre de tan augusto significado?

¡Oh gloria! ¡Oh soberana excelencia del nombre de María! Si se pregunta cuál es su origen, se nos responde que se sacó como preciosa joya de los tesoros de la Divinidad. Dióse á la Madre de la vida por todas las Personas divinas, como prenda de la íntima alianza que ansiaban hacer con ella. ¿Pues quién no confesará que sólo á ella toca llevarlo propiamente? Las que por privilegio lo tienen, deben guardarse mucho de deshonrarlo; guárdense de hacer cosa alguna indigna del nombre que llevan, pues como escribía San Bernardo al Papa Eugenio, muy acre y fundadamente se puede reconvenir á los que, heredando un nombre esclarecido, lo deshonran con una conducta desarreglada. Aficiónense más particularmente á la devoción y servicio de la Reina de todos los Santos, puesto que en el mero hecho de llevar su nombre hacen pública declaración de pertenecerle, y si no cumplen con los deberes de fieles servidoras, será para ellas continua reprensión de su infidelidad el nombre sacratísimo que se les dió en la pila del bautismo. Amen á Jesucristo tierna y respetuosamente, ya que llevan el celestial nombre de su Madre dulcísima.

¡Oh María! exclama San Anselmo transportado de alegría y admiración: ¿cuál sería nuestra pobreza si el Padre de las misericordias no os hubiese sacado de sus tesoros para daros á nosotros? ¡Oh dicha! ¡Oh esperanza! Siento que mi corazón quiere amaros, que mi boca anhela alabaros, que mi entendimiento ansía contemplaros, que mi lengua desea pedirlos y que mi alma suspira por ser toda vuestra: recibidla, sostenedla, defendedla, conservadla, que en vuestras manos no podrá perecer.

Investigando San Anselmo y San Pedro Crisólogo cuál fuese la significación del nombre de María, hallaron

que en el original siríaco y hebraico quería decir Señora, ó Reina soberana, ó Dominadora; y á la verdad que ella por do quiera domina como soberana en los cielos, en la tierra, y hasta en el infierno. Entremos por un momento en cada una de estas tres partes de su imperio para observar en ellas su absoluto dominio.

Si subimos al cielo, veremos que no lo pueblan sino reyes y reinas, no admitiéndose á nadie en aquella región de bienaventuranza, sino para ponerle en las sienes una corona de gloria, según estas palabras del Evangelio: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creación del mundo.» Y estas otras: «No temáis, pequeña grey, porque vuestro Padre se ha complacido en daros un reino.» ¡Cómo ponderar la amabilidad de tal Padre! ¡Cómo describir la magnificencia de aquel divino Glorificador, que hace reyes excelsos á todos sus vasallos! *Solus Deus de servis suis decrevit facere reges.*

Pero si todos los bienaventurados son otros tantos reyes y reinas que verdaderamente poseen el imperio de Dios, es cierto que sólo á la Madre de misericordia se ha dado ser la Soberana y la absoluta Reina de esa esplendorosa muchedumbre de inmortales monarcas. Ni temamos que esta aserción defraude el más mínimo grado de gloria á la suprema grandeza de Dios, pues cuando llamamos Soberana á María, nuestro ánimo no es hacerla independiente de Dios, lo cual sería blasfemia. Ni un ápice pierde la gloria de su Unigénito Hijo por haberla levantado El mismo á la más excelsa cumbre de su imperio; al modo que Salomón nada perdió de su poderío por sentar á su madre Betsabé á la derecha de su trono. No es, por consiguiente, una disminución, sino ampliación de la grandeza de Jesucristo el que á su digna Madre sea extensiva.

La Iglesia, fiel intérprete de las intenciones de su divino Esposo, cantando á voz en grito sus alabanzas, llámala Reina de los Angeles, Reina de los Patriarcas, Reina de los Profetas, Reina de los Apóstoles, Reina de los Mártires, Reina de los Confesores, Reina de las Vírgenes y Reina de todos los Santos. Si lo es como lo publica la Iglesia, infalible órgano del Espíritu Santo, ¿no tendrá María derecho de mandar en todos ellos? ¿No están obligados á rendirle la obediencia y homenajes que tales súbditos deben á su augusta Soberana? Dichosa el alma á quien toma bajo su protección; porque sea cual fuere la angustia en que nos hallemos sumergidos, puede muy bien mandar que nos saque de semejante abismo á cualquiera de los Santos innumerables ó de los Querubines que mira prosternados alrededor de su trono.

Ella fué quien envió á San Juan Evangelista á instruir en el misterio de la Santísima Trinidad al taumaturgo obispo de Neocesárea, como en su vida lo refiere San Gregorio Niseno. Ella quien envió al mártir San Mercurio á dar muerte á Juliano Apóstata, cuando este monstruo se proponia arruinar la Iglesia, como lo asegura el santo doctor de Nacianzo. Ella quien envió á los ángeles á ahuyentar de Roma aquella terrible peste que la infestaba en el pontificado de Gregorio el Grande, los cuales, en acción de gracias de tan señalado beneficio, hicieron resonar los aires con cánticos de alegría, siendo los primeros que entonaron la magnífica antifona que desde entonces canta la Iglesia en su júbilo pascual: *Regina cæli, lætare, alleluia: quia quem meruisti portare, alleluia; resurrexit sicut dixit, alleluia.* Y Sigonio afirma que viendo San Gregorio envainar la espada vengadora al ángel exterminador, en medio de aquella angélica armonía, añadió el último versículo: *Ora pro nobis Deum, alleluia.*

Volvamos ahora del cielo á la tierra, y veremos que María ejerce sobre ella su dominio soberano de una manera admirable. Hablando San Cirilo de Alejandría en el Concilio de Efeso, puso en boca de la Señora las siguientes palabras: *Per me reges regnant*. «Por Mí reinan los reyes»; y esta aplicación del sagrado texto, que literalmente se entiende de la divina Sabiduría, fué aplaudida por todos los Padres del Concilio. ¡Oh reyes de la tierra, cuán dichosos seríais si conocieseis á fondo esta verdad, y si por un sentimiento de justa gratitud pusieseis á sus pies vuestros reinos, vuestras coronas y personas, como San Esteban de Hungría, que la proclamó Reina absoluta de sus Estados, declarándose su primer vasallo!

Si podemos decir que reina cual Soberana en el imperio que Jesucristo tiene en el cielo, ¿no lo diremos con respecto á la tierra? ¿Pues en qué rincón del orbe católico no se la honra más que á todos los otros Santos? ¡Cuántas iglesias consagradas al culto divino bajo su advocación! ¡Cuántas capillas, oratorios y cofradías! ¡Cuántas Ordenes religiosas, que hacen especial profesión de consagrarse á su servicio!

Si bajamos en espíritu hasta el infierno, veremos que su dominio se extiende aún á aquellas mazmorras de dolor, por lo cual San Bernardino de Sena le atribuye estas palabras del Eclesiástico: *Gyrum cæli circuivi sola, et profundum abyssi penetravi*. «Yo sola he dado vuelta á los cielos y he penetrado hasta el fondo de los abismos.»

Ni se diga que en el infierno no se ven más que rigores de justicia, y que jamás se ha oído llamar á la Reina de las vírgenes Madre de la justicia, sino siempre Madre de misericordia, Madre de la divina gracia; y que así no es creíble que haya rigores en su dominio. Observemos cuál fué la sentencia que Dios pronunció en el Paraíso cuando la rebelión del hombre: le condenó á la muerte,

y aunque tal pena parezca rigurosa, fué igualmente fulminada contra la mujer, á quien en la sentencia se le añadieron los dolores del parto; pero la serpiente, ó el diablo enmascarado bajo su figura, que siendo la primera causa del mal era también el más culpable, fué castigado con mayor severidad. ¿Sería que se le precipitase en el infierno? No, porque ya para entonces estaba ardiendo en aquel océano de fuego por el pecado de su propia soberbia; pero la malicia que le indujo á seducir á nuestros primeros padres, merecía un suplicio en cierto modo más cruel que el mismo infierno.

¿Cuál será este suplicio? Eí de llevar todo el peso del odio de la Mujer fuerte y poderosa: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*: el estar privado de la visión de Dios y verse hecho blanco de su aborrecimiento, es lo esencial de su condenación; mas el verse privado de la dulce compasión de la Madre de misericordia y hecho objeto de su eterna indignación, es el colmo de su infierno; porque su soberbia siente el verse abatida á los pies de la humildísima Virgen, más que el estar agobiada bajo el peso del justiciero brazo del Omnipotente. Le son intolerables los tormentos que ella le hace padecer; primeramente, porque en sus virginales entrañas se efectuó el misterio de la Encarnación, por el cual nuestra naturaleza se encumbró al infinito sobre la de los ángeles en la persona de Jesucristo.

En segundo lugar, porque ella es quien se opone á todos los designios de los demonios, frustrando sus asechanzas en orden á una infinidad de almas devotas suyas, á quienes toma bajo su protección; confundiendo todas las herejías que ellos suscitan para arruinar la Iglesia, cuya Madre es. En una palabra, su odio y sus justas venganzas contra el infierno son universales cuanto á los tiempos y á los lugares y contra todas sus malé-

ficas empresas. Piensa San Buenaventura que estos odios mortales se hallan expresados en el nombre de María, que él interpreta un mar amargo. Dice que así como Faraón fué sumergido con sus huestes en el Mar Rojo, así todas las hordas infernales sucumben al pie del muro de poderosa protección con que la Reina de las virtudes rodea y ampara á los hombres; y de esta suerte ejerce su formidable dominio sobre el abismo.

Entre cuantos hayan recurrido al nombre de María, no se hallará uno que no haya experimentado lo que con tanto fervor de espíritu escribió San Efrén, á saber: que ella es verdaderamente la estrella del cielo que nos ilumina en nuestras tinieblas. ¿Cuántas veces, en efecto, el solo nombre de María nos ha hecho acordarnos de Dios y volver á la senda de nuestros deberes? Que ella es verdaderamente la ciudad de refugio en que pueden salvarse los que se ven perseguidos de muerte. ¿Y cuántas veces, combatida con ímpetu nuestra alma por las tentaciones del demonio, no ha hallado su reposo y seguridad en la invocación del nombre de María? Que ella es la verdadera arca de la alianza y el verdadero propiciatorio. ¿Y cuántas veces no nos ha alcanzado la paz con Dios, haciéndonosle propicio con su poderosa intercesión cuando más irritado le teníamos con nuestras culpas? Que ella es verdaderamente el alivio de los enfermos y el consuelo de los afligidos. Sería preciso escribir innumerables volúmenes si se tratara de referir los millones de ejemplos de los que, viéndose como abismados en un mar de tristeza y de dolor, han arribado á puerto de salud con la invocación del dulcísimo nombre de María. ¿Veríamos sin cesar correr pueblos enteros á los santuarios que llevan el nombre de María, si la experiencia no les hubiera enseñado que cuantos la invocan hallan alivio y remedio para todas las dolencias humanas?

Aquel divino nombre había de ser una fuente de salud, estando todo lleno del Salvador. Quien dice María, dice la Madre del Salvador del mundo; y quien dice la Madre del Salvador, dice un tesoro que encierra las infinitas riquezas del Padre de las misericordias. Él le envía á la tierra para universal remedio de los males que nos agobian; pero quiere que le recibamos inmediatamente de la Consoladora de los afligidos, habiéndole confiado con este fin tan soberano depósito. ¿Queréis saber qué abundancia de virtudes encierra su nombre? Considerad el tesoro de celestiales riquezas que encerró Dios en su castísimo seno. El nombre de María participa sobremanera de la dulzura del divino Verbo; ni hay en el cielo maná más delicioso, si supiésemos gustarlo y saborearnos con él.

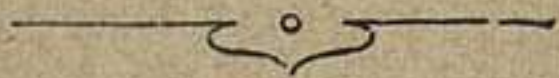
San Esteban, rey de Hungría, jamás lo pronunciaba sin la más profunda veneración; llamábala las más veces la gran Señora, y todos sus pueblos, á ejemplo suyo, la llamaban la gran Señora; y siempre que oían el nombre de María, inclinaban respetuosamente la cabeza para tributarle todo el honor posible. Si habéis leído la *Vida* de San Hermán, escrita por Surio, habréis observado el singular efecto que producía en él. Postrábase para pronunciarlo y permanecía en tal postura tanto tiempo, que habiéndolo observado un amigo suyo y rogándole que le dijese en confianza qué era lo que allí hacía, le respondió :

«Estoy cogiendo dulces frutos del nombre de María con indecible regocijo, pues me parece que todas las flores de la tierra y los aromas más delicados se han reunido aquí para deleite mío, mientras una virtud desconocida se exhala de aquel augusto nombre cuando lo pronuncio, bañándome en celestial consuelo y alegría; aquí descanso de todos mis trabajos, aquí me alivio de todas

mis dolencias, y quisiera permanecer siempre en esta postura para seguir gustando tan exquisita suavidad.»

Un gran siervo de la Reina de los Serafines dice que los verdaderos cristianos nunca han separado el nombre de Jesús del de María, y que unos los llevan impresos en sus corazones con los caracteres del amor, otros los tienen continuamente en la lengua, no cesando de repetirlos y cantar sus alabanzas, otros los llevan escritos ó pintados por su fervorosa devoción, y otros los manifiestan en sus manos copiando en sí su santidad; y que este último modo de honrarlos es la corona y perfección de todos los demás.

¿Quién de vosotros, viendo las adorables personas de Jesús y de su Madre, no se arrojaría á sus pies para besarlos y abrazarlos y derramar su corazón en su presencia? Es cierto que estamos privados de tanta dicha; pero consolémonos tomando sus nombres en vez de sus personas, grabándolos en nuestra memoria, imprimiéndolos en nuestros corazones, pronunciándolos muchas veces con el más profundo respeto, gustando su dulzura y diciendo enternecidos: ¡Oh Jesús y María! ¿Por qué no os vemos? ¡Oh Jesús y María, bellezas hechizadoras, á cuya sola vista extáticos los cielos se abrasan en amor! ¿Hasta cuándo estaremos privados de vuestra deliciosa presencia?



CAPÍTULO III

ADMIRABLE es la conducta que observó la divina Providencia con San Joaquín y Santa Ana, padres de la Reina del cielo. Ella es quien humilla y exalta, quien mortifica y vivifica, quien empobrece y enriquece, y que parece quitarlo todo á las almas á quienes quiere dar con mayor profusión. Humilló á San Joaquín y Santa Ana, haciéndoles sufrir, por espacio de veinte años según San Jerónimo, y de cuarenta según otros, el oprobio de la esterilidad en su matrimonio, que era un estado de humillación en el pueblo de Israel y que regularmente acarreaba desprecios, además de la tristeza y aflicciones personales que le eran inseparables; y después de esta larga prueba de paciencia les coronó de gloria con la fecundidad más honrosa que hayan visto los siglos, si se exceptúa la de su inclita Hija.

Para probar su virtud hizo que ambos naciesen estériles, conservándolos en tal estado casi hasta la decrepitud; y cuando todo parecía desesperado y ya habían perdido la lisonjera idea de revivir en su posteridad, les dió aquella preciosa Hija, de la cual había de nacer la

verdadera vida de los mortales, haciendo con tan maravillosa dádiva que jamás muriesen en la memoria de los hombres, y que todas las generaciones los bendijesen por el fruto de su seno.

Ahora bien; si la gloria de su Hija proviene del ser Madre del Hijo de Dios, como dice el Evangelio, que ha hecho su panegírico con estas pocas palabras: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*; y si Santo Tomás nos asegura que midiendo sus grandezas por esta dignidad se halla una especie de infinidad, ¿no debemos discurrir en la misma forma afirmando que la gloria de Joaquín y Ana consiste en ser padres de la Santísima Virgen, pues por ella tienen la dicha de contar entre sus hijos al Hijo de Dios, y por él en cierto modo pueden mirar á todos los cristianos como su gloriosa posteridad? ¡Ah Si por esta parte medimos su grandeza, veremos que se eleva sobremanera.

¿Pero cómo dispuso Dios aquella tierra estéril para que produjera un fruto tan perfecto? Primeramente viéndose ellos estériles en cuanto á los hijos, se propusieron hacerse fecundísimos en buenas obras; empleaban su vida en ayunos, oraciones y limosnas, muy distantes de la odiosa y sórdida avaricia de aquellos que, viéndose privados de hijos que les hereden, se desviven por acumular riquezas, ya porque no pudiendo poner en los hijos su corazón, lo ponen en sus bienes, ya porque no esperando otro apoyo en su vejez, se imaginan hallarlo en sus tesoros. Ciegos que no siguen el consejo del Evangelio, que nos exhorta á que distribuyendo las riquezas á los pobres, nos hagamos con amigos en el cielo, á fin de que nos reciban en los tabernáculos eternos cuando nos hallemos sin amparo y sin hogar.

En segundo lugar, considerándose como árboles secos hasta en su raíz, procuraban regar su esterilidad con la

abundancia de sus lágrimas, bien persuadidos de que las que brotan de un corazón contrito y humillado son á manera de una lluvia del cielo que fecundiza la tierra donde cae: por esto los compara San Juan Damasceno á dos tortolillas inconsolables que amándose tierna y fielmente, no pueden consentir en que las separe larga distancia. Santa Ana lloraba en su jardín y San Joaquín en el monte; y sus lágrimas, que procedían de una misma fuente, subían juntas al cielo á presentarse de consuno delante de Dios.

Considerando aquellas aguas San Vicente Ferrer, creyó ver lo que está escrito en el *Génesis*, «que el Espíritu de Dios volaba ó era llevado sobre las aguas.» Entiende por el espíritu de Dios al arcángel San Gabriel, espíritu enviado por Dios y llevado sobre las aguas cuando los consoló asegurándoles que eran oídas sus oraciones y que se cumplirían sus deseos. ¡Qué poderío el de las lágrimas, pues hacen bajar del cielo á los ángeles, los cuales hallan sus delicias en el dolor y las sombras de un corazón afligido! ¡Cuán admirable es su elevación, pues tienen alas para subir hasta el trono del Altísimo, que jamás las rechaza! ¡Cuán prodigiosa su virtud, pues siempre obtienen cuanto desean! ¡Ay de nosotros que hacemos los mayores esfuerzos para no tener nunca que llorar!

Parece que en vano nos dice el Evangelio: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» El mundo piensa de un modo muy diverso: los que buscan la felicidad, como lo hace la mayor parte de los mundanos, huyen de las lágrimas y no quisieran más que reír y divertirse; y no porque en ellos se haya secado la fuente del llanto, puesto que las calamidades humanas suministran suficiente motivo para llorar; sus lágrimas, empero, sólo sirven para hacerlos más desventurados.

Otras hay que hacen felices y se convierten en alegría: vienen del cielo, son un regalo de Dios; y quien conociera su valor, antepondría una sola lágrima de esta especie á todos los goces de la tierra. Fingieron los antiguos idólatras que su Venus, madre de la deshonestidad, había nacido de las aguas del mar; y si con esto querían decir que está siempre sumergida en tempestuoso piélago de amarguras, lejos de ser una fábula, es una de las verdades más comprobadas por la experiencia; pero decir que María, Madre de la pureza, ha nacido del rocío del cielo, entendiéndose por este rocío las copiosas lágrimas de sus padres, es otra verdad no menos comprobada, aunque infinitamente más dulce y halagüeña; pues si Joaquín y Ana no hubiesen derramado tantas y tan perseverantes lágrimas, no tendrían la gloria de haber dado en su hija á Dios una Madre, y al universo el principio de todo bien.

No parece sino que la divina Providencia hubiese esperado que su avanzada edad como el invierno de su vida helara sus venas, extinguiendo los sentimientos de amor que inspira la naturaleza para animarlos con las purísimas llamas del amor divino. Las mujeres de la Ley antigua deseaban tener hijos, porque todas aspiraban á ser madres de la Madre del prometido Mesías: *Mulieres Veteris Testamenti ad Mariam tendebant*. Y tan piadoso anhelo corregía en gran manera el defecto de la natural concupiscencia. ¿Y se dudaría de que San Joaquín y Santa Ana, á quienes el arcángel Gabriel reveló que alcanzarían tan soberana dicha, sintiesen abrasado su corazón en el más ardiente deseo de dar al mundo la Madre del Reparador del género humano?

Este piadoso deseo no tenía más origen que su immaculada caridad. Su único blanco era la gloria de Dios; no miraban sino á la salud del mundo; no atendían sino á aquella fuente inexhausta de gracias, que había de con-

vertir tantos millones de pecadores y coronar á innumerable multitud de ellos en el cielo. Santa Brígida nos enseña que la misma Señora ha revelado que sus padres no tuvieron la más mínima sensación de placer al producirla, sino que, elevadas sus almas en sublime contemplación de las maravillas que iba á obrar la infinita misericordia por medio de la encarnación del Verbo, tenían el espíritu todo embebido en solo Dios, y el corazón abrasado únicamente en su celestial amor. Y en verdad, ¿quién no confesará que de esta suerte debía ser concebida una Madre de Dios, la cual, permaneciendo virgen, había de dar al mundo á un Hombre-Dios por obra del Espíritu Santo?

María fué el delicioso fruto de las virtudes de estos santísimos esposos. ¡Cuán magnífico espectáculo ofrecería á los ojos de Dios el conjunto de las eminentes cualidades, que hermoseaba aquellas grandes almas! ¡Cuán asombroso el prodigio de la fecundidad, que les comunicaran haciéndoles producir á la Madre de un Dios cuando la naturaleza era en ellos impotente!

La religión estaba tan arraigada en sus corazones, que todo su contento fué estar al pie de los altares; y habiendo dividido en tres partes sus bienes, para el templo destinaron la principal. Sus oraciones eran continuas, y sus sacrificios tan frecuentes, que muchos han creído que San Joaquín fuese sacerdote.

La humildad, que es cimiento de todas las virtudes, acompañaba su religión, y fué la que conservó la dulzura y la paz en su alma cuando con grave injuria le arrojó del templo un indiscreto sacerdote, en ocasión de haberse presentado á ofrecer al divino altar sus dones: ella quien ejerciendo igual dominio en Ana, le hizo dar gracias á Dios por la afrenta que recibía en la persona de su esposo.

La soledad, el silencio, la oración y la íntima unión con Dios hacían que ambos tuviesen el espíritu muy lejos del mundo, y extasiado en el santuario de la Divinidad. Ana oraba en su huerto; Joaquín en su desierto oraba sobre el monte, á ejemplo de Moisés, que, después de hablar familiarmente con Dios, bajó del Sinaí con el rostro tan brillante y encendido, que le fué preciso cubrirse con un velo para que el pueblo le mirase sin quedar ofuscado por tantos resplandores. Por lo cual juzgó San Metodio que era muy creíble que Moisés hubiese penetrado los secretos divinos y tuviese un conocimiento claro del misterio de la Encarnación, pues manifestaba al pueblo una imagen suya en aquella gloria divina escondida bajo un velo; y por consecuencia, debía haber visto las grandezas de la Madre del Salvador. ¿Y quién nos arrancaría la piadosa creencia de que Dios comunicase en su oración igual conocimiento á San Joaquín, con quien la Madre del Salvador tenía relaciones infinitamente más estrechas?

El ayuno y la limosna se juntaron como en su centro en las almas de San Joaquín y Santa Ana; el ayuno con sus rigores y sus vigiliass, sus vestidos pobres y austeros, y demás prácticas de penitencia; la limosna con sus profusiones para alivio de los menesterosos y consuelo de los afligidos, y demás obras buenas en que los ejercitaba su caridad para con el prójimo, pues á este fin habían destinado la tercera parte de sus bienes. Y así no hay por qué maravillarnos de que habiéndose unido en sus almas estas dos virtudes tan fecundas en obras buenas, les hayan dado aquella admirable fecundidad que produjo á la Madre de Dios.

La hospitalidad era una de las prácticas más familiares á los antiguos patriarcas, y una de las que más les merecían las bendiciones del cielo; ella principalmente

fué, en sentir de San Ambrosio, la que hizo nacer á Isaac de la vejez de Abraham y de la esterilidad de su esposa Sara. ¿Pero quién ejercitó la hospitalidad tan noblemente como San Joaquín y Santa Ana? Su casa fué albergue de peregrinos y forasteros, y de cuantos se veían privados de todo auxilio humano. He aquí por qué merecieron, como Abraham, recibir á los ángeles del cielo. Pero cuando el mismo Hijo de Dios quiso hacerse peregrino en la tierra, ¿no tuvieron la suprema dicha de hospedarle en su casa de Nazaret, que los reyes de la tierra desearían poseer, y más particularmente en el precioso tabernáculo que le habían preparado? ¡Oh Dios, qué inmenso raudal de alegría cuando al fin de los siglos oigan que á ellos en particular se les dirigen aquellas amorosas palabras: *Hospes eram, et collegistis me*: yo era peregrino, y vosotros me recibisteis en vuestra casa!



CAPÍTULO IV

No hay duda que los sagrados libros en ningún lugar dicen con términos expresos que la Emperatriz del universo haya sido preservada ó contaminada en su concepción por el pecado original ; así que los testimonios que puedan sacarse de la Escritura no concluirán sino por consecuencias necesarias y por las explicaciones que les dan los Santos Padres.

Los que se empeñaron en contradecir tan justa y piadosa creencia , citaban aquel texto en que se afirma que todos los hombres mueren en Adán. Pero no advirtieron que de esta regla general es necesario sacar una consecuencia contraria. Veámosla. Es ley común que los hijos de Adán se contaminen en su concepción con el pecado del primer padre ; luego la Restauradora del perdido mundo no está comprendida en ella. ¿Por qué? Por ser privilegio de la Madre de Dios el no estar sometida casi á ninguna de las leyes extensivas á todos los hijos de Adán. Por ejemplo, es ley común el que las mujeres conciban á sus hijos por la vía ordinaria , y la Madre de Jesús no está comprendida en esta ley , pues concibió á su Hijo

por obra del Espíritu Santo. Es ley común que las madres cesen de ser vírgenes al adquirir el título de madres , y la de Jesús no está comprendida en esta ley, pues es una madre virgen , que lejos de perder nada de su virginal integridad , la ha perfeccionado engendrando al Hijo de Dios. Es ley general que las madres paran con dolor , y la Madre de Jesús no está comprendida en esta ley, pues Santo Tomás dice que sintió una indecible alegría cuando dió á luz á su divino Infante. Es ley común que los cuerpos humanos se reduzcan á polvo después de su muerte, y la Madre de Jesús no está comprendida en esta ley, pues habiendo muerto á semejanza de su Hijo , resucitó como El al tercero día, y los cielos la recibieron en triunfo cuando subió á sentarse en el más encumbrado trono de la gloria.

¿Cuántas leyes generales no vemos que comprenden á todos los hijos de Adán y de las cuales está exceptuada, sin que puedan mostrarse en la Escritura palabras expresas que nos manifiesten esta exención? Sin embargo, cualquier verdadero católico, si llegara á dudar de ella, sentiría una terrible desazón en su conciencia. ¿Por qué, pues, no se le niega ninguno de esos privilegios, que la dispensan de la ley común? Sin duda porque son inmunidades graciosas debidas á la incomparable dignidad de Madre de Dios, y no parecería decente que estuviese sometida á estas leyes. Sentado este principio, lo más debido y lo más conveniente á la dignidad de una Madre de Dios era una inocencia perfectísima, pues el que su alma estuviese inficionada por el pecado, sería mucho más indecoroso que el que devorasen gusanos su cuerpo. ¿No es más indecoroso decir que fué concebida en la maldición del pecado original, que el decir que concibió á su Hijo por la vía ordinaria de las otras madres, que es cosa inocente? ¿No es más indecoroso decir que su alma

santa no siempre fué virgen por haber incurrido en el pecado original, que el decir que su cuerpo no quedó virgen así antes como después de su parto divino? Confesemos que si hay alguna ley general de la cual debió eximirle su dignidad de Madre de Dios, fué la del pecado original.

Vemos en la Sagrada Escritura á la reina Esther temblar y desmayarse y casi morir de espanto á los pies del trono de Asuero, que había pronunciado decreto de muerte contra la nación á que ella pertenecía. Parece que esta ley general había de envolverla en la desgracia de todos los judíos; pero advertimos que el Rey baja de su trono á sostenerla, á ponerle en las sienes la corona y á acariciarla con dulcísimas palabras de consuelo. ¿Qué tenéis, hermana mía? ¿Por qué es ese temor, amada mía? No temáis, no moriréis, porque esta ley que se ha hecho para todos, no se ha hecho para vos: *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.* ¿Y será posible que Asuero tenga mayor poderío y bondad para eximir á la princesa á quien ama, de una ley general que condena á muerte á todos los judíos, que Jesucristo para exceptuar á su Madre de la ley general de los hijos de Adán? No es posible: ama á ella sola más que á todo el resto de las criaturas. ¿Cómo, pues, había de tratarla con semejante rigor? No, no podía mirarla como objeto de su cólera en su concepción, como al resto de los hijos de Adán.

Otra de las razones aparentes con que se ha querido derramar alguna sombra en los resplandores de la inmaculada concepción de María, es aquella sentencia de San Pablo, que asegura haber muerto el divino Salvador por todos los hombres, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que murió por ellos; deduciendo de aquí, los que torcidamente entienden este paso, que habiendo muerto Jesucristo por todos,

también la Mujer vestida del sol tuvo necesidad de redención. Es cierto que ninguna criatura ha tenido tanta parte en el beneficio de la pasión y muerte de Jesucristo como María, ni alguna otra fué rescatada con su sangre de una manera tan noble; ninguna se ha reconocido tan obligada á vivir únicamente para Él, y ninguna otra se dedicó á su servicio con tan admirable fidelidad. Pero engaño es deducir de aquí que hubiese muerto por el pecado; pues de estos antecedentes se infiere lo contrario por rigurosa lógica. María tuvo mayor parte que todas las demás criaturas en la gracia de la redención; luego esta gracia no solamente la libró del pecado, como lo hace con todas las demás, sino que la preservó de él, lo cual es favor especialísimo. Su Hijo la rescató de un modo más noble que á todas las demás; luego no sólo lo hizo librándola de la esclavitud del demonio, sino preservándola de la desgracia de ser ni por un momento cautiva de Satanás. Jesucristo la salvó de una manera más excelente que á todo el resto de los hijos de Adán; luego no lo hizo permitiendo que se perdiese en el naufragio universal del mundo, sino haciendo flotar esta arca de salvación sobre las aguas del común diluvio. Si así no fuese, ¿cuál sería su privilegio sobre los demás hombres?

Visto ya que en la Escritura no hay nada que favorezca á los que en otro tiempo suscitaron disputas para poner en duda la immaculada concepción de la Reina del cielo, pasemos á observar un texto que contribuye á poner más en claro el privilegio de María. Está escrito en el principio del *Génesis* que Dios dijo á la antigua serpiente, seductora de nuestros primeros padres, ó más bien al demonio que había tomado aquella figura: «Yo suscitaré enemistades entre ti y la mujer: tú le pondrás asechanzas y ella le quebrantará la cerviz.» En este lugar de la divina Escritura no está claramente expresado que

la Virgen, espejo de inocencia, haya sido preservada del pecado original en su concepción; pero lo está de un modo oscuro, del modo con que las verdades del Nuevo Testamento están encerradas en las Escrituras del Antiguo, que son figurativas. Ahora bien: ¿á quién toca descubrirlas y darlas á conocer á toda luz? A los Doctores y á los Padres de la Iglesia debemos atenernos para penetrar su verdadero sentido. Pues oigamos á San Ambrosio, á San Gregorio, á San Agustín, á San Epifanio, á Ruperto Abad y á otros muchos que dicen á una voz que esta mujer es la gloriosísima Virgen: que la cerviz de la serpiente que ella quebranta, es el pecado original, el cual entra primero, como la cabeza de la serpiente es la primera que penetra por donde quiera que se dirija. He aquí, según la interpretación de los Santos Padres, el verdadero sentido que el Espíritu Santo tenía encubierto en la oscuridad de aquellas palabras, el cual enseña con bastante claridad que la Virgen triunfó del pecado original en su inmaculada concepción.

No es éste el único lugar en que la Escritura se declara en favor de tan dulce misterio. En el salmo LXXXIV leemos las siguientes palabras: *Señor, Vos habéis bendecido vuestra tierra* (aquella tierra viviente, de la cual fuisteis formado en vuestra segunda generación, como dice el profeta Isaiás), y habéis alejado el cautiverio de Jacob. No se dice en este lugar que Dios libró á María del cautiverio, sino que la preservó.

Del cap. VIII de los *Proverbios* tomó la Iglesia aquellas palabras, que aplica á la Virgen, santuario de Dios: «El Señor me ha poseído desde el principio de sus caminos, antes que se hubiese hecho nada, desde el principio.» Cuando el Criador quiso comunicarse á sus criaturas, comenzó por mirar á Jesucristo como á la más noble de sus obras, fuera de sí, y luego á su divina Madre. Aún

no existían Adán ni Eva, ni había pecado original, pues el primer Adán no fué criado más que para dar con el tiempo la vida al segundo, que es Jesucristo, y á la segunda Eva, que es María: y ellos ya estaban concebidos y vestidos de inocencia y de santidad en los eternos decretos de Dios, y lo que concibió en la eternidad, lo ejecutó en medio de los tiempos.

En este lugar debemos apropiarnos la profesión de fe del Real Profeta: «Yo os confesaré, Señor, con todo mi corazón en el concilio de los justos y en su congregación.» Estamos obligados á recibir con sumisa docilidad y respeto las decisiones de los Concilios, como oráculos emanados del cielo, pues el Espíritu Santo es quien los congrega, los ilumina, y nos habla por su boca. El primer Concilio de la Iglesia celebrado por los Apóstoles, el cual debe servir de modelo á todos los otros, pronunció en esta forma sus decisiones: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros,» etc. Así los verdaderos Concilios de la Iglesia deben usar del mismo lenguaje. Nos cumple, pues, escucharlos como órganos del Espíritu Santo, con profundo respeto, é identificarnos en un todo con sus sentimientos.

Los que se han dedicado al sagrado estudio de los cánones, saben cuán honoríficamente hablan de la Señora de nuestros corazones todos los Concilios, ora generales, ora nacionales, después del Concilio general primero de Éfeso, habido el año 431. Este la llama Inmaculada, es decir, siempre limpia de toda mancha de pecado, como lo interpreta el antiguo Sofronio, citado por San Jerónimo: *Ideo immaculata quia in nullo corrupta.* (S. Hieronymi, *Serm. de Assumpt.*) Es cierto que no dice expresamente que fué inmaculada en su concepción; pero el decir que jamás la tiznó mancha alguna, ¿no es excluir de una vez tanto la del pecado original como la del actual?

El sexto Concilio general, celebrado en Constantinopla el año 680, recibió con universal aplauso la carta del gran Sofronio, patriarca de Jerusalén, en la cual llama á la Virgen «inmaculada, santa de cuerpo y alma, libre de todo contagio de pecado.» ¿Y los Padres de aquel venerable Concilio habrían aprobado estas palabras si se hubiera creído en la Iglesia que tuvo María la mancha del pecado original? Medítese bien el texto de Sofronio: *Mariam fuisse liberam ab omni contagione peccati*: palabras contenidas en la carta en que hacía su profesión de fe. En términos tan claros dice que María estuvo libre de todo contagio de pecado: no dice solamente que estuvo exenta de cometer pecados, lo que se entendería del pecado actual, sino de todo contagio de pecado, lo cual indica el original que se contrae por vía de contagio.

El Concilio general segundo Niceno, congregado el año 787 y aprobado por el Papa Adriano, habla de ella como entonces hablaba toda la Iglesia, llamándola «santísima, inmaculada, irreprehensible y más pura que toda la naturaleza corpórea é intelectual;» esto es, más pura que los ángeles del cielo, los cuales jamás han sido culpables del más mínimo pecado, ni actual, ni original. Si el Concilio se contentó con hablar en general, sin decir que fuese inmaculada hasta en su concepción, fué porque en aquellos tiempos no se ventilaba esta cuestión, y se hubiera tenido por irreverencia áun la sospecha de que María hubiese sido afeada por el más mínimo pecado actual ú original.

El Concilio general de Constanza aprobó las revelaciones de Santa Brígida, que están llenas de testimonios formales en favor de la inmaculada concepción de María.

Pasemos en silencio los muchos Concilios nacionales que han manifestado su piadosa inclinación á creer sin

mancilla la concepción de María, dándole, como en todos tiempos le ha dado la Iglesia, el bellísimo dictado de Inmaculada y más pura que los ángeles; y oigamos á los Padres del Concilio de Trento en el decreto en que se hablaba del pecado original; oigámosles declarar que no era su intento comprender en él á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios: *Declarat hæc Sancta Synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam et Immaculatam Dei Genitricem.* No habiendo, pues, querido comprenderla el sagrado Concilio en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á atribuírselo?



CAPITULO V

EL atrevimiento de algunos novadores que de todo dudan, de ningún modo debe servirnos de guía en nuestras opiniones; y tendremos tanta mayor seguridad de acierto cuanto más nos acerquemos á la fuente de todas las verdades cristianas, que es Jesucristo. El agua más inmediata á su manantial es siempre más pura y más saludable que aquella que ya va lejos: así las verdades cristianas son siempre más seguras cuando se sacan de los Apóstoles y de los antiguos Padres de la Iglesia, habiendo mucho menos lugar á la sospecha de que estén corrompidas.

Poseemos las Liturgias, es decir, las Misas de Santiago y de San Marcos Evangelista, que se hallan al principio de la Biblioteca de los Padres. El primero llama á la Virgen María *santísima, gloriosísima, inmaculada* y de ningún modo comprendida en la esfera de los hombres pecadores. Y San Marcos la llama asimismo *santísima, inmaculada y bendita siempre Virgen María, Madre de Dios*. Ahora bien: ¿le hubieran dado el glorioso título de inmaculada si hubiesen creído que su concepción fué manchada por el pecado original?

Esta verdad ha ido pasando de los Apóstoles á los Santos inmediatos á su tiempo. San Hipólito, obispo y mártir, que vivía por los años 220, en su célebre oración del fin del mundo, llama á la Virgen María «santa é inmaculada.» Orígenes, que no distaba mucho de aquel tiempo, la llama «santa é inmaculada Madre del Santo Inmaculado.» ¿No parece que quiere hacer un paralelo entre la pureza del Hijo y la inocencia de la Madre, á fin de que ni remotamente pueda nadie imaginar pecado ni en la Madre ni en el Hijo? Si no bastan estos dos testimonios para probar cuál era la creencia del tercer siglo, oigamos al taumaturgo de Neocesárea, San Gregorio, y nos dirá: «Que un ángel, que no tiene cuerpo, fué enviado á una virgen pura é inmaculada. El que jamás fué culpable fué enviado á la que es sin mancha y sin corrupción de pecado.» El gran obispo de Cartago, San Cipriano, dice: «Que la Santísima Virgen convenía con el resto de los mortales en la naturaleza, y no en la culpa.» No podían estos antiguos Padres expresarse con más claridad al asegurar que no contrajo el pecado original como el resto de los hombres. ¡Avergüéncense los ignorantes que se atrevieron á sostener que tal doctrina fué desconocida en los primeros tiempos del Cristianismo! Lo que está demostrado es que no ha sido impugnada hasta el siglo décimocuarto.

Doctores aún más ilustres, y en mayor número, sostuvieron en el siglo IV la concepción inmaculada de María. San Epifanio, obispo de Salamina, que vivía por los años 370, dice hablando con la Señora: «Sois llena de gracia ¡oh bienaventurada Virgen! y después de Dios os aventajáis á todas las criaturas: desde vuestro ingreso en el mundo fuisteis más bella que los querubines y que los serafines.» ¿Y se aventajaría la Hermosa de Nazaret á aquellas nobles inteligencias que no pecaron ni por un

instante, si en el momento de su concepción la hubiese mancillado el pecado original? San Ambrosio, que floreció por aquel mismo tiempo, escribía aquellas palabras que después se pusieron en el Oficio de la Concepción: «He aquí una Virgen en la cual no se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza de la culpa actual.» San Jerónimo asegura, exponiendo el salmo LXXVII, que la *Santísima Virgen es una nube que jamás estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz*; quiere decir, siempre en la gracia y jamás en el pecado. Así preconizaron la immaculada concepción de María aquellas grandes lumbreras del siglo IV.

Si pasamos al siglo V, encontraremos desde el principio á San Agustín, Aguila de los Doctores de la Iglesia: oigámosle disputando con el hereje Pelagio, enemigo de la gracia de Jesucristo, y que negaba el pecado original. Prueba convincentemente que todos los hijos de Adán se contaminan con la culpa de éste en el mismo momento de su concepción; pero exceptúa de ella, en términos expresos, á nuestra dulce Abogada, por la honra que le ha cabido de ser Madre de Dios: *Excepta Sancta Virgine Maria, de qua propter honorem Domini nullam prorsus, cum de peccatis agitur, volo habere quæstionem*. Y en otra parte, disertando contra Juliano, establece esta máxima fundamental: «El no tener la debilidad de caer en el pecado actual, ni aún en el más mínimo, es prueba evidente de que el alma jamás se ha manchado con el original.»

Ahora bien; es doctrina católica, enseñada por los Apóstoles y definida como certísima por el Concilio de Trento, que la Santísima Virgen jamás cayó en el más mínimo pecado actual; luego es segurísimo que jamás fué mancillada por el original. Vemos, pues, la immaculada concepción de María sostenida por el Aguila de los Doc-

tores, y que no sólo la apoya con su autoridad, sino que la prueba con la razón.

Consultemos en el mismo siglo á San Máximo, arzobispo de Turín; en el siglo VI á San Fulgencio, obispo de Ruspa, á San Eligio, obispo de Noyon; en el siglo VII al insigne arzobispo de Toledo, San Ildefonso; en el VIII á San Juan Damasceno; en el IX al santo y sapientísimo autor conocido por el Idiota; en el X á San Fulgencio, obispo de Chartres, y todos contestarán á una voz que han creído y ensalzado la concepción sin mancha de la Reina y Señora de los Santos.

En el siglo undécimo, San Pedro Damián, San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, Ibo de Chartres, San Bruno, fundador del Orden de la Cartuja, todos confesaron y bendijeron la inmaculada concepción de María. Léanse sus obras y se verán las magníficas alabanzas que tributan á tan soberano misterio.

En el duodécimo vinieron á reforzar el numeroso ejército de los sabios y santos defensores de la inmaculada concepción el abad Ruperto, Hugo de San Víctor, Ricardo, que vivía hacia el año de 1130, el Maestro de las Sentencias, Pedro Lombardo, Pedro de Blois, y tantos otros contemporáneos, que se hicieron ilustres por su sabiduría y santidad.

Aunque fuera cierto que San Bernardo y otros varios Doctores hubiesen principiado á enseñar que la Santísima Virgen fué concebida en pecado original, como el resto de los hombres, ¿qué fuerza tendría una opinión nueva, que no está de acuerdo con el sentir de todos los siglos pasados?

¿Mas por qué se ha de hacer tamaña injuria á estos célebres Doctores que como estrellas luminosas brillaron en el firmamento de la Iglesia? ¿Por qué imputar á varones esclarecidos por su santidad y doctrina, y devoti-

simos de la Señora, unos sentimientos tan indignos de la sublimidad de la Madre de Dios, hasta creer que haya sido esclava del demonio, objeto de la ira divina y manchada en su concepción por el pecado original? ¿Y fué tal por ventura su verdadera creencia? Vamos á verlo con la posible brevedad.

¿No es cierto que según la máxima legal *testis varius, testis nullus*, nada se puede fundar en la deposición de un testigo, de cualquier calidad que sea, si afirma en pro y en contra? En semejante caso se hallan estos autores, cuyos testimonios unas veces son favorables y otras contrarios á la immaculada concepción de María.

Con respecto á San Bernardo, cuya carta á los canónigos de Lyon se ha citado en apoyo de la opinión contraria, no vacilamos en responder que no les reprendía porque creyesen immaculada la concepción de María, sino por haberse adelantado á instituir su fiesta de propia autoridad, sin esperar la de la Iglesia romana, cuyas órdenes debían seguir, muy lejos de prevenirlas. Pero aunque concedamos que San Bernardo en aquel ó en algún otro lugar se manifestase poco inclinado á la immaculada concepción de María, es innegable que también habló clara y formalmente en favor de ella, como en el cuarto sermón sobre los Cánticos, donde se leen las siguientes palabras: *Innocens fuisti ex originalibus, et actualibus peccatis, nemo ita præter te*; afirmando que sólo ella estuvo libre de todo pecado original y actual. Y en la citada carta 174 leemos lo siguiente: «Dios me guarde de creer que la haya manchado ninguna especie de culpa.»

Es, pues, indudable que el Astro de Claraval jamás se opuso á esta antigua creencia, esperando, como él mismo dice, las determinaciones de la Iglesia romana, á cuyo juicio sometía su carta, dispuesto á mudar de parecer por conformarse con ella. ¿Y quién dudaría que si

hoy viviese y viera que va creciendo de día en día en toda la Iglesia el fervoroso empeño de honrar la inmaculada concepción de la Reina del cielo, abrazaría el mismo partido de todo corazón?

Santo Tomás y San Buenaventura no han hecho más que dejarnos en duda sobre su verdadero modo de pensar en este punto, porque, como el gran San Bernardo, hablaron en pro y en contra. Leemos en la *Suma* de Santo Tomás (1): «Es verdad que la Santísima Virgen contrajo el pecado original, pero se libró de él antes de nacer.» Empero el mismo Santo dejó escrito en el opúsculo cuarto, en que expone el Avemaría: «María fué purísima cuanto á la mancha, porque no incurrió en el pecado original, ni en el mortal, ni en el venial.» He aquí un testimonio clarísimo en favor de la inmaculada concepción de Nuestra Señora. ¿Y cuándo podrá afirmarse que dice la verdad? ¿Cuando la defiende, ó cuando la combate? Está visto que el Santo Doctor buscaba la verdad y no estaba seguro de haberla hallado. ¿Es creíble que si hubiese presenciado la magnífica pompa y el entusiasmo ardiente con que nuestra Madre la Iglesia celebra la fiesta de la Inmaculada Concepción, no se hubiese adherido al voto universal que la honra y ensalza como pura y sin man-cilla?

En orden á San Buenaventura, si alguna vez manifiesta sentimientos contrarios á la concepción inmaculada de María, es cierto que otras veces la defiende con tal brío y claridad, que admira al paso que persuade. En el segundo sermón que compuso en elogio de esta divina

(1) Véase acerca de esto la disertación del Cardenal Lambruschini sobre la inmaculada concepción, en la que prueba que el texto de Santo Tomás fué alterado de una manera contraria á las ideas del Santo Doctor.

Madre, dice que estuvo llena de gracia preveniente en su santificación, esto es, de una gracia que la preservó del pecado original: *Gratia scilicet præservativa contra fæditatem originalis culpæ*. ¿Podía haberse expresado de un modo más terminante ni más favorable á la inmaculada concepción de María? Si dice lo contrario en alguna otra parte, el Seráfico Doctor es un testigo que dice en pro y en contra; si ha habido quien le crea cuando dice en contra, vanagloriémonos de creerle cuando dice en pro, porque es más conveniente á la dignidad de Madre de Dios, y no dudamos que siendo Buenaventura tan amante de la mayor honra y gloria de María, su mismo corazón le hiciese una dulce violencia á creerla inmaculada.

Demos un paso más... ¡Qué innumerable multitud de guerreros viene cubriendo las llanuras, los prados, los valles, los montes y los ríos! Parece que mil soles se reflejan en sus brillantes espadas; su marcha es majestuosa, su mirada fulminante, irresistible su brazo; en el estruendo de sus trompas se asemejan á los soldados de Gedeón; en el valor á los de Josué. ¿Quiénes son? Los defensores de la inmaculada concepción de María en los últimos siglos. Cuéntelos el que se atreva á contar las estrellas. Refiera sus hazañas quien tenga para verlas más ojos que rayos tiene el sol. ¿Qué memoria retendría los nombres de estos invictos guerreros? ¿Al menos diremos los de sus capitanes? No, pues son innumerables y vienen de tropel, vienen formando legiones. Mirad reinos enteros, Ordenes regulares, todas ilustres en santidad y en ciencia, Universidades famosas, innumerables iglesias, y ante todas la romana, que es la primera, y las que levantan sus torres cerca del polo septentrional, y las que con los perfumes de sus incensarios embalsaman las regiones del Mediodía, todas publican á voz en grito la incomparable pureza de María, en quien jamás hubo mancha de ningún

pecado , ni mortal , ni venial , ni original: todo clama la concepción inmaculada de la Virgen María. Se canta en las iglesias su Oficio, se celebra Misa propia de este triunfante misterio , se guarda su fiesta ; en los púlpitos se la predica inmaculada; y si aún hay alguno que en su corazón abrigue cualquier sentimiento contrario , preciso es que lo esconda cual lepra vergonzosa, y ya nadie se atrevería á publicarlo ni á defenderlo, ni aún privadamente, después de las expresas prohibiciones de los Sumos Pontífices.

El P. Baltasar de Ries , capuchino , en el precioso libro que compuso sobre el privilegio de la inmaculada concepción de María, formó una especie de asombrosos catálogos de las Universidades que se han obligado á defender este misterio, de los doctores que lo han enseñado de viva voz y confirmado con sus escritos, de las Ordenes regulares que en sus Capítulos generales han decretado que abracen y defiendan tan piadosa creencia todos sus religiosos, de las cofradías y congregaciones que se han erigido en todas partes, y de las muchísimas indulgencias concedidas por los Papas para estimular la devoción de los fieles á la inmaculada concepción de la Santísima Virgen. Quien desee enterarse á fondo de tan curiosos pormenores, busque y lea esta obra, dignísima de la atención y aprecio de los verdaderos devotos de la Señora.

Al peso de tantas y tan respetables autoridades, añadiremos una razón concluyente. Si tuviésemos la desgracia de pensar de un modo poco honroso á la concepción de María , ¿qué reconvenciones tan justas y fulminantes no podría hacernos Jesucristo? ¿Por qué, nos diría, queréis hacerme aquella injuria que arrancaba lágrimas al profeta Jeremías: *Confusa est Mater vestra nimis?* Mirad la confusión de vuestra Madre , á quien ha corrompido el pecado y hecho esclava del demonio: si lo permitís, ó no

podéis ó queréis preservarla de tamaña afrenta. Si no podéis, ¿dónde está vuestra divina omnipotencia? Si no queréis, ¿dónde está el amor de un hijo hacia la mejor y más tierna y amable de todas las madres? Ni lo uno ni lo otro puede proferirse sin pronunciar una blasfemia horrible.

«Si no fuese omnipotente, nos contestaría Jesucristo, ¿la hubiera Yo hecho una Madre virgen? Y si no la amase sobre todas las cosas, ¿la hubiese Yo tomado por Madre? Si no podéis, pues, dudar ni de mi omnipotencia ni de mi entrañable amor hacia mi Madre, ¿por qué dudaréis de que la haya preservado de toda especie de culpa? ¿Quién de vosotros, teniendo á su arbitrio el formarse una madre tal cual la deseare, quién de vosotros no se la formaría tan perfecta que la vista más perspicaz no descubriese en ella el más mínimo defecto? Y si vosotros tendríais aquel buen sentimiento con vuestra madre, ¿por qué dudáis de que Yo le haya tenido para con la mía? ¿Pensáis ser mejores que Yo? ¿Queréis que pese sobre mí una afrenta, un deshonor que ninguno de vosotros quisiera que pesase sobre sí?» ¡Ah! ¿Qué contestaríamos á Jesucristo si por desdicha le diésemos motivo para que nos hiciese tan terribles y enérgicas reconvenciones?



CAPITULO VI

OBSERVEMOS que la divina Sabiduría no ha hecho sino un Hombre-Dios, y no una mujer-Dios; y este Hombre-Dios será el único principio de la salvación de los pecadores. Pero no conviene que esté solo; debe tener una compañera: mas ¿de dónde la ha de tomar? Dios la sacará del mismo Jesucristo, para que en cierto modo se verifique que Ella no es otra cosa que El mismo. Desenvolvamos el sentido de tan misteriosa proposición. Concebidos Jesús y María en el mismo seno, esto es, en el mismo eterno y divino decreto, inseparables, animados por el mismo espíritu, siendo uno mismo su corazón y destinados al mismo fin de la reparación del mundo, ¡ah cuán íntimos é inefables serán los vínculos con que están enlazados! María es, pues, Hermana de Jesús, Esposa de Jesús y verdadera Madre de Jesús. Decimos que es su hermana, porque él y ella fueron concebidos en el mismo vientre, si se nos tolera el atrevimiento de valernos de esta palabra hablando del eterno y divino decreto por el cual fueron formados, cual si fuesen dos mellizos destinados la una para el otro, si es lícito asemejar lo hu-

mano con lo divino. Ella es en algún modo su Esposa, porque los hijos del uno son también hijos de la otra, como El mismo lo declaró desde la cruz hablando de uno de sus más amados hijos, y diciéndole: «Mujer, he ahí tu hijo;» y al discípulo: «He ahí tu Madre.» Por último, es artículo de fe que es verdaderamente su madre y que le produjo de su purísima sustancia. Nadie puede idear vínculos más estrechos, más íntimos, más admirables.

Con estos antecedentes debemos pensar de María con la misma grandeza que de Jesús. No en cuanto á la divinidad que Jesucristo posee, porque es Dios, lo que no puede decirse de María; pero sí en orden á la pureza, á la inocencia y á la gracia, guardada la debida proporción. Si de Jesús se dice que es la misma inocencia y la pureza misma, ¿no debemos decir de María que su inocencia es tan perfecta que jamás fué violada por la impureza de ningún pecado? Si decimos de Jesús que es el tesoro inexhausto de todas las gracias, el ángel que Dios envió á María desde el cielo, ¿no la saludó llena de gracia? Si decimos que Jesús está infinitamente lejos de toda especie de pecado, ¿no debemos decir de María que es toda hermosa y sin mancha? *Tota pulchra es, et macula non est in te* (Cant., 4). Si alguno afirmase que las tinieblas se han aproximado al sol hasta sentarse en su trono, ¿no se tendría por delirio ridículo? ¿Y no sería chocar aún más abiertamente con el sentido común el atreverse á indicar que el pecado, el cual es más opuesto á Jesucristo que las tinieblas á la luz del sol, se haya aproximado á él hasta tomar asiento en su Madre, la cual es su trono, su gloria, su hermana, su esposa, y en cierta manera una misma cosa con El?

No es, pues, extraño que la piedad de los fieles se haya empeñado con tan extraordinario celo en coronar de gloria la inmaculada concepción de la que es su amparo y

su consuelo. Regocijada la Iglesia al ver á sus hijos animados de tan laudables sentimientos hacia su divina Madre, los aprueba, autoriza y favorece en todo lo posible: solemniza pública y jubilosamente su fiesta, excita por doquiera á los ministros de la divina palabra á pronunciar en honra suya panegíricos brillantes: abre sus tesoros y derrama con largueza sus indulgencias plenarias con el fin de que el mundo entero, estimulado con el atractivo de tanta copia de gracias espirituales, no ponga límite alguno á su amor á María, honrando con un culto particular su Inmaculada Concepción como santa y canonizada en el mero hecho de celebrarse su fiesta.

Dijo San Vicente Ferrer en uno de sus sermones que la fiesta de la Concepción primeramente la celebraron en los cielos los ángeles en el mismo instante en que fué concebida la Virgen Nuestra Señora; pues en el momento de la creación de su alma la santificó la gracia, y la unión de esta alma á su cuerpo bendito fué tan pura, perfecta é inmaculada, que llenó de alegría á los cielos.

Pero si se trata de averiguar en qué tiempo principió la Iglesia á celebrarla en la tierra, San Gregorio Nacianceno, que vivía en el cuarto siglo, y cuya autoridad es acatada en todo el mundo, asegura que ya se celebraba en la Iglesia griega antes de sus días; de donde resulta que hace más de mil cuatrocientos años que comenzó á celebrarse entre los orientales. Es cierto que la Iglesia latina no principió tan pronto; sin embargo, hace más de seiscientos años que se celebraba en Inglaterra, nación en aquel tiempo católica y ferviente. Decretóla el Concilio de Oxonia el año de 1222; y San Anselmo, que al principio había estado dudoso acerca de la creencia de la inmaculada concepción, compuso después un excelente

opúsculo, lleno de unción y fuerza, manifestando que la había abrazado decididamente, y persuadiéndola con la mayor eficacia á los obispos de Inglaterra.

Algún tiempo después principió á celebrarse en la iglesia de Lyon, lo que dió motivo á la célebre carta de San Bernardo, en la cual ya hemos dicho que estaba muy lejos de oponerse á la creencia de la inmaculada concepción, y que lo único que desaprobaba era el celebrarse su fiesta en aquella famosa iglesia de las Galias sin esperar las órdenes de la Romana, que es la madre de todas las iglesias.

En la sesión treinta y seis del Concilio de Basilea, que renueva la institución de dicha fiesta, se asegura haberse observado en la Romana y en las otras iglesias por antigua y laudable costumbre, y se manda que se celebre en todas las iglesias y monasterios el día 8 de Diciembre. Es opinión muy acreditada que la instituyó el Papa Sixto IV, el cual vivía hacia la mitad del siglo décimoquinto; pero el grande y piadoso Cardenal Baronio, en sus notas al Martirologio, afirma y prueba con respetables testimonios que aquella fiesta se solemnizaba en muchas iglesias mucho antes que el Pontífice Sixto IV la confirmase y autorizase el año 1476 con un decreto, que debiera estar escrito con letras de oro y grabado en mármoles.

Deseoso este insigne Pontífice de que la fiesta de la Inmaculada Concepción se solemnizase en todo el orbe como una de las principales de la Iglesia, la enriqueció de tan singulares privilegios, que quiso que si se llegase á fulminar entredicho contra alguna ciudad ó reino, quedara aquél suspenso el día de esta fiesta y toda su octava; privilegio concedido únicamente á la octava de la Inmaculada Concepción y á la del Santísimo Sacramento, fiestas y octavas que parece tienen entre sí la misma co-

nexión que el Hijo con la Madre, á los cuales nunca se ha de separar.

¡Cómo triunfa la Iglesia con la gloria del Salvador y de su poderosa protectora María! ¡Cómo se regocijan las almas buenas que se abrasan en su amor! Sólo para el infierno es un espectáculo, cuya vista le desespera, pues vemos que Lutero, cuyo espíritu poseía el demonio, gobernando su pestífera lengua y pluma envenenada, solía decir y escribir que ninguna fiesta de la Iglesia le horro- rizaba tanto como las del Santísimo Sacramento y la de la Concepción de la Virgen; y acaso con el fin de re- parar las blasfemias de aquel impío, ha inspirado Dios en estos últimos tiempos particular devoción á estas dos fes- tividades á un número muy crecido de almas buenas, que acostumbran repetir con frecuencia entre día, y princi- palmente al dar gracias á Dios al fin de la comida: *Ben- dito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la inmaculada concepción de la Santísima Virgen.*

De dos modos se explica con nosotros el cielo: con milagros y con revelaciones; éstas nos instruyen por los oídos y aquéllos por los ojos, y siempre que nos habla de alguna de estas dos maneras, tenemos un testimonio cier- to de la verdad. Todo consiste en averiguar si son verda- deras revelaciones y verdaderos milagros, pues no debe- mos creer fácilmente ni fiarnos de nosotros mismos; para esto la regla segura es la aprobación de la Iglesia ó el testimonio de los Santos Padres. Tenemos varias revela- ciones ciertas, y muchos milagros auténticos, con los cua- les nos manifiesta Dios que autoriza y aprueba la devo- ción de los fieles á la inmaculada concepción de la Se- ñora del mundo.

Pero ¿á quién lo ha revelado Dios? No estaría mal di-

cho que ya bastante lo ha revelado á toda la Iglesia, pues la reconoce por santa é inmaculada, mandando celebrar su fiesta á todos sus hijos. Pero tenemos revelaciones más particulares, atestiguadas por varios Santos, los cuales, aunque no gocen de tanta autoridad como toda la Iglesia para fundar nuestra creencia, sin embargo, son tan dignos de fe, que el no darles crédito sería un insulto á la razón y una especie de temeridad.

San Anselmo, abad de un monasterio muy célebre de Normandía, y después obispo de Cantorbery, en Inglaterra, escribió una larga y hermosa carta á los Obispos de aquel reino, de que era primado, exhortándolos á hacer celebrar en sus diócesis la fiesta de la Inmaculada Concepción, en la cual, para animarlos y aficionarlos á esta devoción que había tomado muy á pechos, refiere varios milagros y revelaciones, y entre otros éste, que parece fué el primero que dió impulso á celebrarla en Inglaterra. Cuando Guillermo el Conquistador se disponía á ir á tomar posesión de aquel reino, que legítimamente le pertenecía y con injusticia se le disputaba, mandó á Eleno (otros le llaman Elpino), abad del Becio, á reconocer la armada y las fuerzas de tierra que tenían los enemigos. Se embarcó Elpino, y por disposición divina se vió sorprendido por tan furiosa tempestad, que ya era inminente su naufragio; en tal conflicto puso el abad su confianza en la celestial Estrella del mar, como la llama el meliflúo San Bernardo, y se le apareció un ángel asegurándole que saldría bien de aquella borrasca, con tal que hiciese celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción todos los años, el día octavo de Diciembre. Hizo al momento voto de hacerlo así, y al instante cesó la tempestad; por lo cual, fiel á su promesa, cumplió su voto primeramente en su monasterio y luego en todas las iglesias que dependían de él.

De esta suerte Normandía, donde estaba situada su abadía, tributó tan afectuoso homenaje á la Consoladora de los afligidos, antes que Inglaterra. Y San Anselmo, que por aquel tiempo era prior de aquella misma abadía, y que hasta entonces había estado dudoso acerca de la inmaculada concepción, oyendo este milagro y esta revelacion de boca de su abad, á quien tenía por un gran siervo de Dios, se dedicó con tal empeño á predicarla y establecer su creencia y hacer celebrar su fiesta en cuantos países alcanzaba su voz y su influjo, que vió cumplidos sus piadosos deseos en toda Inglaterra cuando, en recompensa de sus eminentes virtudes, fué elevado á la silla arzobispal de Cantorbery. He aquí la primera revelación.

Aún es más clara la que la misma Señora se dignó hacer á Santa Brígida, y se halla en el sexto libro de sus *Revelaciones: Veritas est quod ego concepta fui sine peccato originali*. «Es cierto, le dijo, que yo fuí concebida sin pecado original.» La Iglesia examinó las revelaciones de esta Santa el año de 1377, en el pontificado de Gregorio XI, por medio de una Comisión creada al efecto, compuesta de cinco Cardenales, dos Obispos y el maestro del Sacro Palacio, quedando aprobadas y recibidas como verdaderas; y después las examinaron y aprobaron nuevamente los Papas Urbano VI y Bonifacio IX, y las recibió un Concilio general. Dejemos otras muchas revelaciones y vengamos á las pruebas visibles, que son los milagros, limitándonos á algunos de pública autenticidad, que nos refieren autores muy fidedignos.

El célebre Doctor Juan Americo, pronunciando un erudito discurso sobre la Concepción en presencia de los Padres del Concilio de Trento, les dijo desde la cátedra de la verdad que sabía que Dios había castigado á muchos predicadores por haber hablado contra la inmacu-

lada concepción, á unos con graves enfermedades y á otros con la muerte.

Autores respetabilísimos refieren un ejemplo terrible, ocurrido en la ciudad de Tolosa en tiempo del Papa Martino V. Un Rector de aquella Universidad se empeñó en probar que la Madre de nuestro divino Redentor fué concebida en pecado original. Tal escándalo produjo esto en toda la ciudad, que, excitando la animadversión universal, hubo de estar su vida en gran peligro. Pero lejos de desistir de su sacrílega empresa, obstinóse el Rector, fué á Roma y pidió al Papa que le permitiese sostener su opinión delante de él, y se lo concedió el Papa. Señálase el día y hora: muchos doctores acuden al lugar de la disputa á defender la causa de la Madre de Dios. Pasa la hora, se espera, y no parece: se envía á su casa á ver qué le detiene: se le halla difunto y tendido en medio de su habitación. ¡Qué sorpresa! ¿Habrá sido ahogado ó asesinado? En su cuerpo no hay señal alguna de herida ni de violencia: se abre el cadáver para reconocerlo, y se halla que ya no tiene corazón ni entrañas el cruel enemigo de Aquella que ha dado un corazón humano y entrañas de misericordia al Salvador del mundo.

No se perderá entre los hombres la memoria de Scotto, conocido por el Doctor Sutil é ilustre defensor de la inmaculada concepción. Refieren innumerables autores que siendo aún muy joven le abrasaba la sed de la sabiduría; pero su natural rudeza le había quitado casi toda esperanza. Habiéndose encomendado á la que es Trono de la sabiduría y Antorcha de inextinguible luz, se le apareció la Señora en sueños y le prometió el dón de ciencia, con tal que lo emplease en defender su honra cuando se le presentara ocasión; no bien hubo abierto los ojos, cuando para todas las ciencias se abrieron los de su entendimiento, corriendo por todas ellas á paso de

gigante. Entró luego en la Orden de San Francisco para ser uno de sus mayores astros. El año 1304 se reunieron en París, por orden de la Santa Sede y en presencia de sus legados, los más célebres doctores de Francia, á decidir la famosa controversia de la inmaculada concepción. Yendo Scoto á aquella Asamblea, y pasando por el patio de la Universidad, se postró ante la imagen de María, situada sobre la fachada de la capilla baja, y le hizo esta breve, pero ardiente súplica: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos*: y la imagen, que hasta entonces había estado enteramente derecha, le inclinó la cabeza, quedando en la postura en que la han visto tantas generaciones, como para asegurarle de que le concedía la gracia suspirada. Animado Scoto con tan extraordinario milagro, repitió doscientos argumentos que habían podido inventar los doctores contrarios á la inmaculada concepción, y respondió á todos ellos con tanta energía y solidez que, dissipando innumerables tinieblas con torrentes de luces, hizo triunfar en aquella magnífica asamblea, y entre los merecidos aplausos de todos los concurrentes, la concepción sin mancha de María.

Desde entonces la Universidad de París hizo voto de defender la inmaculada concepción y celebrar todos los años su fiesta, y determinó no recibir en adelante á doctor alguno que no jurase observarlo inviolablemente.

Pasemos en silencio un número extraordinario de milagros que se han visto y aún se ven todos los días en el mundo cristiano, por cuyo medio nos habla Dios visiblemente, no sólo aprobando la devoción de los fieles á la inmaculada Concepción, sino también impulsándolos á honrar este misterio con más fervor y constancia. Fijemos la atención en sólo estas dos cosas.

Primeramente, en el testimonio de Orosio, en la epis-

tola que escribe á Eliodoro, donde se leen estas palabras: «Yo sé delante de Dios y tengo conocido en verdad que ninguna mujer ha corrido peligro en su parto, si ha invocado devotamente el auxilio de la Santísima Virgen, y principalmente si se ha obligado á celebrar con reverencia la fiesta de la Inmaculada Concepción.»

En segundo lugar, es preciso considerar que la creencia de la inmaculada concepción agrada tanto á Dios, que las mismas palabras que la significan obran milagros en los que tienen fe. La Iglesia canta en el Oficio de la Concepción este versículo: *In conceptione tua, Virgo, immaculata fuisti: ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.* Lo cual quiere decir: «En vuestra concepción ¡oh Virgen! fuisteis inmaculada: rogad por nosotros al Padre, cuyo Hijo disteis á luz.» Es indecible el número de las personas enfermas, afligidas, tentadas ó expuestas á cualquier otro peligro, que llevando consigo por devoción escrito este versículo, ó pronunciándolo con respeto, se han visto libres al momento, de un modo maravilloso, del mal que las afligía; y yo mismo (1) he visto algunos ejemplos y oído referir otros varios. Habiéndose propuesto uno escribirlos, compuso un tomo muy voluminoso, que intituló *El Diamante*; pero omitió más de los que dejó escritos. Tal vez algún crítico audaz tacharía de supersticiosa esta devoción; mas le preguntaríamos si se atreve á llamar supersticiosos á los que llevan consigo alguna medalla de Jesús, ó de María, ó el nombre de Jesús ú oraciones escritas; pues no estimamos todas estas cosas sino en cuanto nos representan á Jesucristo y á su Madre Santísima.

(1) El P. D'Argentan.

CAPITULO VII

LA Iglesia, transportada de júbilo, exclama á voz en grito en la natividad de María: *Vuestro nacimiento ¡oh Virgen Madre del Hijo de Dios! anunció la alegría al mundo entero, porque disteis á luz al Sol de Justicia, Jesucristo nuestro Dios, el cual quitando la maldición ha dado la bendición, y confundiendo la muerte nos dió la vida eterna.* Día feliz aquel en que apareció tan bella aurora. Huyó la noche, y huyeron las tinieblas, que á manera de un caos de confusión hacían tan deforme la faz del universo: al despuntar esta risueña aurora, recobró el mundo su primitiva hermosura, ó más bien se vió revestido de belleza mayor que la perdida por el engaño de la serpiente; pues el Apóstol de las naciones así lo da á entender diciendo «que redundó la gracia donde abundó el pecado.» Dichosos los siglos que han seguido al día esplendoroso del nacimiento de la Santísima Virgen! ¡Mil veces más dichosos los que hemos tenido la gloria de nacer después de ella! ¡Oh Dios! ¿Qué más hicimos nosotros que todas aquellas generaciones que vivieron en aquellos siglos desdichados, en los cuales aún no había aparecido esta Aurora de salud y consuelo? Aquéllas entraron en

el mundo durante la noche del pecado, y nosotros en el día de la gracia; aquéllas caminaron con paso lánguido por sendas de tinieblas y de miseria, y nosotros vivimos en medio de la luz y de la abundancia de las consolaciones divinas; aquéllas murieron en la esperanza, y nosotros gozamos de la suprema felicidad. ¡Oh Providencia amable! ¡Oh misericordia infinita la de Dios para nosotros! Todos los que vivieron en tiempo del Antiguo Testamento pedían ver el día de la gracia y no lo alcanzaron á ver, y nosotros lo vemos sin haberlo pedido.

¿No podíamos haber nacido en aquellos tiempos, en aquellos lugares, en medio del paganismo ó del judaísmo, incurriendo en las mismas desgracias? ¿Qué méritos han sido los nuestros para que el Autor de nuestras vidas nos haya destinado á nacer en días de salud y en el seno de la ley de gracia? ¡Cuán amables son las disposiciones de la Providencia en favor nuestro! Ha enviado á Jesucristo y á su Madre Santísima delante de nosotros: los ha enviado al mundo como un nuevo Adán y una nueva Eva para quitarle la maldición y desarraigar las espinas con que cubrió la superficie de la tierra el pecado del primer hombre, como si no hubiera querido que nosotros la habitásemos hasta tanto que la hubiese preparado para recibirnos, y no la juzgase bastante preparada para nosotros hasta enviar á su propio Hijo á llenarla de las luces de su sabiduría y enriquecerla con el inexhausto tesoro de sus gracias y merecimientos.

¡Oh Dios de bondad! ¡Cómo nos habéis puesto en medio de un océano de bienes, habiendo hecho nacer tantos millones de almas, que no valían menos que las nuestras, en tiempos y países que no os conocían! ¿Y por qué con nosotros tan grande predilección? ¡Quién no queda arrebatado al contemplar la intimidad que hoy tenemos con Jesús y María! Los conocemos, hablamos de ellos con

frecuencia, conversamos familiarmente con ellos en la oración, les hablamos, y ellos nos responden; les pedimos, y ellos condescienden con nuestras peticiones; metemos la mano en sus tesoros, y ellos nos lo agradecen; recibimos á Jesús hasta dentro de nuestras bocas, entra El hasta en nuestros pechos, y el amor del Hijo y de la Madre embriaga nuestros corazones; y Jesús y María se regalan con ellos, y en ellos hallan todas sus delicias. ¡Oh Dios de amor! Si los siglos pasados hubiesen visto de lejos nuestra ventura, ¡cuánto la hubieran envidiado!

Mas ¡ay! horrorosa es nuestra ingratitude. Casi no nos acordamos de tanta dicha: ignorantes y estúpidos, no sabemos gozar de nuestra fortuna: nos abate la tristeza, nos abate la pusilanimidad, nos abaten las más pequeñas contrariedades de la vida presente, cuando debiéramos estar siempre respirando alegría y bañados en un mar de alborozo porque poseemos el supremo bien, por el cual suspiraban los siglos pasados. ¡Ingratos! Aún nos quejamos vilmente, cuando toda nuestra vida debiera ser un himno incesante de acción de gracias, de bendición y de alabanza. Pero ya no será así, Aurora de la vida, Dulzura del mundo, Alegría del cielo. Os prometemos, Señora, que ya no será así. No seremos tan ingratos en adelante, y para ser fieles y agradecidos á Dios nos ponemos bajo vuestro patrocinio, que es dulcísimo al par que poderoso.

San Juan Damasceno dice que todos los siglos se disputaban la gloria de que en medio de su curso se mostrase en el mundo la Madre de nuestro Divino Salvador. ¿Y á qué siglo le cupo tan grande dicha? Según el cómputo de Baronio, se contaban entonces más de cincuenta siglos desde la creación, pues acaeció en el año cinco

mil ochenta y cuatro, quinientos sesenta y seis años después del cautiverio de Babilonia, setecientos treinta y ocho después de la fundación de Roma, el año veintidós del imperio de Augusto, reinando el idumeo Herodes en Judea, que había usurpado con los artificios que empleó para conseguir el favor de Augusto. Este príncipe, que era señor del mundo y disponía de los reinos á su arbitrio, consintió en que Herodes viniese á ser el tirano del único pueblo que pasaba por la porción escogida de Dios.

Este extranjero, que debía el trono á la injusticia y á la violencia, estaba siempre temeroso de que el Dios de Israel se lo arrebatase de las manos; y sabiendo que los Profetas habían prometido á aquel pueblo que le nacería un rey de la familia de David, el cual había de sentarse en el trono de su padre y reinar por do quiera como soberano para libertarlo de la servidumbre, haciéndolo el pueblo más feliz de la tierra, no perdonaba medio alguno para contrariar las divinas disposiciones. Tanta era su insensatez. Tanto le había cegado la pasión de reinar. Con tan siniestro intento se propuso exterminar á todos los descendientes de David: que pudieron descubrir sus crueles pesquisas. Salváronse, sin embargo, algunos pocos, y entre éstos San Joaquín y Santa Ana, que parecían gentes vulgares y sencillas, y dedicadas únicamente á los ejercicios de piedad, y en cierta manera despreciables, porque siendo ya ancianos habían perdido la esperanza de tener hijos. Mas éstos eran cabalmente los dos esposos que la Providencia escogió para que de ellos naciese la que vestiría de nuestra carne al Deseado de las naciones, aquel Hijo de David que, en efecto, se había de sentar en el trono de su padre como verdadero Rey de Israel y Monarca supremo de todos los monarcas, cual se verificó, no carnal y materialmente, como lo imagina-

ban los judíos, sino de una manera espiritual, que es más divina. Empéñese enhorabuena el mundo en hacer poco caso de lo espiritual, teniéndolo por quimera; no por eso dejará de ser verdad, como todos los sabios lo ven, lo comprenden y lo confiesan, que lo corpóreo y sensible no es más que sombra que pasa, humo que se desvanece, corrupción que perece y se reduce á la nada, y que lo espiritual es un sér incorruptible, más palpable á las almas que lo corpóreo á los sentidos, y tan sólido que dura eternamente. Si de esta sublime filosofía estuviésemos bien penetrados, prefiriéramos el más mínimo bien espiritual á todos los bienes de la tierra.

Averiguado ya el año en que nació la Santísima Virgen, no cabe duda acerca del mes y día; porque es sentimiento común de la Iglesia que fué el de Septiembre, y vemos que en él celebra la fiesta de su Natividad. En cuanto al día, nos basta la misma autoridad de nuestra Madre la Iglesia, que celebra en el día octavo de dicho mes su gloriosa Natividad.

El Evangelio no habla del nacimiento de María, pero no hay cosa que lo realce tanto como este silencio misterioso: no quiere hablarnos de ella como de una hija de los hombres, y así nada nos dice de sus padres: no quiere hablarnos de ella como de una niña, y por tanto sepulta su infancia en el silencio; la única idea que de ella quiere darnos, para que de una ojeada admiremos su grandeza y celsitud, es la de su divina maternidad. Sólo esto consideremos de ella, y dejemos todo lo demás; porque diciendo que es Madre del Hijo de Dios hemos dicho todo cuanto es. Empero aquí es preciso levantar el espíritu y contemplar con una especie de raptó la gloria que da este carácter á su natividad.

No ha de juzgarse de las grandezas de la Santísima Virgen por las apariencias, pues éstas no hacen ostensible la verdad, sino la vanidad: menester es que busquemos las verdades divinas en lo que no está al alcance de los sentidos, y para hallarlas leamos el Evangelio, que es el oráculo de ellas, y veamos cómo nos pinta magnífica y pomposa su entrada en el mundo el día de su Natividad. Confesemos que cuanto se ha dicho hasta ahora de la gloria de los conquistadores y de la magnificencia de los reyes más poderosos es, en cotejo suyo, lo que un carbón parangonado con un diamante; ya se fije la vista en lo que la precede, ya en lo que la acompaña y rodea, ó bien en lo que la sigue, en todas partes hallará maravillas que arrebatan su admiración.

¿Queremos ver lo que la precede? El Evangelio hace mención en el día de su Natividad de multitud de Patriarcas, Profetas y Reyes que caminan delante de ella á manera de la guardia noble que abre paso al soberano cuando se muestra en público con la pompa y esplendor de la majestad. Oiremos nombrar á un Abraham, á un Isaac, á un Jacob, á un David, á un Salomón, á un Josafat, á un Osías, y á muchísimos otros reyes que fueron sus abuelos: he aquí la magnífica corte de sabios, de santos y regios personajes que lleva por delante. ¡Cuán grandioso espectáculo! Si consideramos lo que acompaña y rodea su persona, parece que todos los siglos pasados renacen para venir á escuadronarse en derredor de ella y formarle una espléndida corona.

Contando la Sagrada Escritura todas las generaciones desde Abraham, ó más bien desde Adán hasta Ella, como que las llama de sus tumbas, las cita y quiere que estén presentes para que la glorifiquen con sus aclamaciones, formando una armonía universal, por lo cual dijo un grande Emperador que María era el panegírico de todos

los siglos; y ella misma ha dicho en su cántico que todas las generaciones la llamarán bienaventurada: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. He aquí lo que la acompaña. Jamás se ha visto una corte más augusta ó más numerosa.

Mayores prodigios descubriremos poniendo los ojos en lo que la sigue: allí aparecerá la majestad del mismo Dios; observaremos que el supremo Monarca del mundo, el propio Hijo de Dios, se hizo de su comitiva, y aún no contento con esto, se puso bajo su dominio, porque El es su único Hijo. Pero aún hay más, pues con el Hijo de Dios entran á ser de la familia de María y á ponerse bajo su dominio todos los Santos, todos los predestinados, todos los que componen la Iglesia triunfante y militante, toda esa innumerable muchedumbre de reyes de la eternidad que forman con Jesucristo un solo cuerpo místico. ¡Oh Dios! ¡Qué grandeza! ¡Qué magnificencia! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro! Recorramos con una sola mirada este cuadro maravilloso. Contemplando lo que la precede, lo que la sigue, al entrar en el mundo la Reina de los cielos, sin duda que nuestra mente, abismada en océanos de luz, se perderá en un éxtasis de admiración. Los triunfos más extraordinarios encarecidos en las historias sagradas y profanas nada tienen que se aproxime al majestuoso aparato con que se presenta la Madre del Rey de reyes.

Dice la Sagrada Escritura que la Sabiduría fabricó para su propia habitación un palacio magnífico: *Sapientia ædificavit sibi domum*. ¿Qué deberemos entender por la Sabiduría, sino al mismo Jesucristo, á quien San Pablo llama en su primera epístola á los corintios, *Christum Dei sapientiam*? Y es máxima común atribuir la sabiduría al Hijo como al Padre, el poder y la bondad al Espí.

ritu Santo. Decirnos, por consiguiente, que la Sabiduría se fabricó una casa para su propia persona, es decirnos que el Hijo de Dios fué el autor de su propia Madre. Pesemos bien la fuerza de estas palabras, que son otros tantos oráculos.

Fabricó la Sabiduría y fabricó un palacio, y lo fabricó para sí: enciérranse aquí muchas grandezas de la Madre de Dios en su nacimiento. En primer lugar, siendo la infinita Sabiduría quien tomó á su cargo la fábrica, no hay duda en que la hizo del modo más perfecto: luego proporcionó la magnificencia y riqueza de la fábrica á la majestad del huésped para quien la hacía, porque jamás se fabricará una casa para hospedar á rústico aldeano como para alojamiento de poderoso monarca: de otra suerte no edificaría sabiamente el arquitecto, que si no es desacordado, debe fabricar con más suntuosidad á medida del poder y opulencia del señor para quien la destina. Imponderables consecuencias se deducen de este principio á gloria de María.

Consideremos qué hermoso palacio fabricó la divina Sabiduría para un esclavo, para un despreciable gusanillo de polvo, para el hombre pecador; mas á pesar de su miseria, volvamos la vista por una y otra parte, y contemplemos la grandeza, las riquezas y la hermosura del palacio de la naturaleza: he aquí la casa que hizo la divina Sabiduría para hospedar al hombre. ¡Cuán augusto palacio! ¡Cuán grande! ¡Cuán ricamente adornado! Salía fuera de sí el Real Profeta cuando contemplaba su pasmosa magnificencia: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine; omnia in sapientia fecisti!* ¡Cuán magníficas son vuestras obras, oh gran Dios! ¡Todo es bello, todo está dispuesto con admirable sabiduría! Pero ya que tan sabiamente lleváis á cabo vuestros designios, habiendo construído un palacio tan augusto para vuestros indignos siervos, ¿qué

haréis para Vos mismo? ¡Adónde nos arrebatara este sublime pensamiento! Preciso es formar el siguiente raciocinio. El universo es el palacio que la divina Sabiduría fabricó para el hombre pecador; el palacio que fabricó para sí es la Santísima Virgen: convengamos en que cuanto aventaja al hombre pecador en nobleza, dignidad y elevación el soberano Huésped que ha de honrar con su presencia el palacio del virginal seno de María, tanto más rico, grandioso y augusto que el universo será el palacio que destina para Huésped tan soberano, siendo ésta una regla de justicia y prudencia y conforme á la recta razón. Ahora bien: ¿cuánto más digno que el hombre pecador diremos que es Jesucristo? No hay quien pueda expresar la infinita distancia que media entre Jesucristo y esta misera carne de pecadores. ¡Ah! Si nuestro entendimiento se agobia con el peso de tan altas verdades, ¿quedará tan helado nuestro corazón que no produzca ningún buen sentimiento?

Inseparable compañera del bien es la alegría; es imposible al hombre no alegrarse cuando recibe alguna buena nueva ó ve entrar la fortuna por las puertas de su casa. Y así un alma que conociera el cúmulo de bienes que consigo trajo la natividad de la Santísima Virgen, no podría menos de enajenarse por el exceso de las divinas consolaciones que dilatarían su corazón; porque si el supremo bien del mundo es haber visto nacer entre nosotros á un Dios salvador, no hay duda que después de éste lo es ver el nacimiento de la Madre de aquel divino Jesús.

Principia á despuntar el día de la gracia, pues ya vemos su aurora; ya vemos el día de la gloria, porque el uno viene en pos del otro. Ya podemos exclamar con transportes de alegría: ¡Vemos abiertos los cielos, y su entrada se nos franquea en el momento que dejemos la

pesada carga de nuestros cuerpos! He aquí un motivo capaz de consolar é inundar de gozo el corazón más desolado. El sabio y elocuente cardenal San Pedro Damián exclamaba transportado al considerar tamaño bien: «Alegraos, hermanos míos, en la natividad de María, como acostumbráis alegraros en la de vuestro Salvador, pues si El es el Sol de justicia, Ella es la Aurora que le precede y le da á luz sin lesión de su purísimo seno; si El es el verdadero paraíso de nuestras almas, Ella es la puerta por do habemos de entrar: si El viene á satisfacer nuestras deudas y á rescatarnos con su sangre, Ella le provee de esa misma sangre preciosa con que ha de redimirnos. Alegrémonos en el nacimiento de ambos, porque ambos son las soberanas fuentes de nuestra felicidad.»

Perose preguntará: ¿por qué no saltan de alegría todas las ciudades en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora? Y será fuerza responder que semejante falta no proviene de inadvertencia ó descuido por parte de nuestra Madre la Iglesia, que hace todo lo posible para excitar en sus hijos esta alegría espiritual, pues clama y canta: «Vuestro nacimiento ¡oh Virgen Madre! anunció el regocijo á todo el universo.» Mas ¡ay dolor! estúpido es el mundo cuando se trata de las cosas de Dios: está lastimosamente embriagado con las vanidades de los sentidos, haciendo inútiles esfuerzos para sacar de ellos alguna gota de pasajero consuelo, y no halla sino torrentes de amargura y miseria sin cuento. Sólo despreciando el regalo y consolación de los sentidos se puede gustar y saborearse con la del espíritu, y nosotros quisiéramos gozar de ésta sin renunciar aquélla.



CAPÍTULO VIII

CREYENDO que su alma recibió la gracia en el mismo momento en que las otras enferman con la peste del pecado original, no es posible dudar de que este privilegio de la Madre de Dios le haya proporcionado otro, á saber: el haberle anticipado el uso de la razón, á fin de que no fuese inferior á los ángeles, los cuales tuvieron el uso de su libertad desde el primer instante de su creación. Así lo afirma San Bernardino de Sena (tomo I, sermón 51, cap. 1): *Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii*. Si habiéndola predestinado Dios desde la eternidad, y hecho nacer en el tiempo con muchos milagros, para que fuese su Madre, siempre la exceptuó de las leyes comunes y la colmó de privilegios, concediéndole el uso de su libre albedrío desde el primer instante de su vida, ¿en qué lo emplearía sino en consagrarse á su Dios de una manera más sublime y excelente que pudiera hacerlo el serafín más encumbrado?

Es cierto que el Hacedor no le dió toda la perfección de su sér natural en un principio, como á los ángeles, y

quiso que fuese una débil niña, como los otros hijos de Adán; mas Ella no estaba en el seno de su madre ni como una criminal en la prisión, ni como una muerta en la tumba, sino como una santa en su oratorio, donde contemplaba la gloria y los misterios de la Divinidad. Si dejaron escrito los Santos Padres que encerrado Jonás en el vientre de la ballena, lo convirtió en una iglesia, en la cual cantaba las alabanzas del Todopoderoso, porque á pesar de haberse mostrado rebelde á su divina voluntad, le conservaba la vida aún en las garras de la muerte, bien podremos decir, y con mayor fundamento, que estando María toda llena de gracia, haría un templo del seno de su madre, ofreciendo en él á su Dios el suavísimo incienso de su adoración.

Si Juan Bautista, estando encerrado en el vientre de su madre, ya desempeñaba el oficio de precursor, saltando de gozo á la presencia del infante Jesús, cuando la inmaculada Virgen que le llevaba, fué á visitar á Santa Isabel, creíble es que siendo la Reina de los ángeles más favorecida de Dios que San Juan Bautista, haya hecho el oficio de madre hasta en el vientre de Santa Ana, concibiendo á Jesús desde entonces espiritualmente en su corazón, antes de concebirle en su castísimo seno. Ni se diga que el Altísimo negase á su Madre privilegios que concedió á sus siervos. Y si la gracia comenzó á dedicarla de todo punto á Dios, antes que la naturaleza la diese al mundo, nadie se maraville de que á la edad de tres años haya ido á presentarse al templo y consagrarse á los altares, desprendiéndose de los brazos de sus padres con magnánimo esfuerzo, aunque éstos eran un dechado de virtudes. Amaban sin duda á su hija única más que á su propia vida; pero no ignoraban que de Dios la habían recibido sólo como un depósito sagrado, que estaban obligados á devolvérsele cuando lo pidiera. María, por su

parte, honraba y amaba á sus padres como vivas imágenes de Dios; pero sabiendo que el Hijo divino que saldría del seno de su eterno Padre para darse á nosotros, merecía que abandonase gustosa á su padre y á su madre por darse á El temprano, después de haberles hecho gozar tres años las gracias de su infancia, corrió al templo á consagrar al Señor el resto de su vida.

Si alguno neciamente dudase de la presteza con que se consagró á Dios antes de cumplir los tres años, facilísimo sería confundirle con el testimonio y autoridad de los mas antiguos Padres de la Iglesia, como de San Evodio, sucesor de San Pedro en la cátedra de Antioquía, quien en aquella hermosa epístola que intituló *La Luz*, dice: «Que desde la edad de tres años fué presentada al templo; que allí pasó once en el santuario, y que después los sacerdotes encomendaron á San José su custodia;» con el de San Epifanio, obispo de Salamina, con el de San Gregorio Niceno, con el de San Juan Damasceno, y tantos otros cuya autoridad no es de menor peso: y si todos estos testimonios no le satisficiesen, bastaría para enmudecerle el juicio decisivo de la Iglesia. Al ver que, regida por el Espíritu Santo, celebra la festividad de la Presentacion de María con tan solemne pompa, ¿podría ningún cristiano dudar de una verdad tan auténtica y constante? Ningún erudito ignora que el Pontífice Paulo II mandó que la fiesta de la Presentación de María Santísima se celebrara con igual pompa que la de su Asunción.

¿Dónde vais, divina María, cuando apenas vuestras delicadísimas plantas tienen fuerza para sosteneros? Abandonáis el dulce apoyo, la amorosa asistencia y las caricias de vuestros padres, sin los cuales no podéis vivir,

ni ellos sin Vos, porque sois su alma y su vida. ¿Qué vais á hacer en una edad tan tierna, pues aún no habéis cumplido tres años? ¿Cómo es posible que dejéis el regazo de una madre que hace poco os alimentaba con sus pechos, para abandonaros en manos de personas desconocidas, en quienes no hallaréis la ternura de vuestros padres?

A estas sentidas reconvenciones respondería la Santísima Niña: «Oigo una voz que me habla al corazón y me dice: escucha, hija mía, mira y presta el oído, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el Rey se complacerá en tu belleza. Aquel cuyas infinitas perfecciones enamoran á los ángeles del cielo, me quiere toda para sí solo. ¿Cómo podré negarle mi corazón? Me previene, me llama, me arrebatada con su atractivo omnipotente; ¿y no habré de seguirle? Mi Amado es todo mío, y yo soy toda suya; bástame esto, y todo lo demás nada importa.»

«Pero siendo tan niña como sois, ¿dónde hallaréis los juguetes de la niñez, que son la única ocupación en los primeros años?—Yo los hallaré con Dios: si es preciso jugar, reputaré por juguete el mundo, la naturaleza y todo lo creado.»

Llamamos juego de niños á las casillas que suelen éstos hacer con papel ó con cualquiera otra cosa insubistente. Pues no se ocupan los mundanos en negocios de más cuantía mientras viven olvidados de su eternidad. De este asunto importantísimo va María á tratar con su Dios en la casa de la oración.

Observemos lo que hace á su entrada en el templo. 1.º Se presenta al Señor como su criatura que, debiéndole todo, se lo restituye todo; y Él la recibe como á su Madre, para tomar de Ella un nuevo sér y hacérsele deudor. 2.º Preséntase á Él como su esclava, y Él la recibe como á su Soberana, queriendo sujetarse á su dominio y dependencia. 3.º Preséntase á El como víctima del sacri-

ficio matutino, consagrándole el principio de su vida, y El se da á Ella como víctima del sacrificio vespertino, dando por ella y por nosotros el fin de su vida al inmortalarse en el Calvario. ¡Oh cuán dulce es tratar con Dios, pues siempre da incomparablemente más de lo que recibe!

La Santísima Virgen le ofrece su pequeñez, reconociéndose por su humilde sierva; y Él la hace partícipe de su grandeza, levantándola sobre todos los seres creados: Ella le ofrece su infancia, y Él le da su eternidad: Ella le consagra su libertad obligándose á servirle perpetuamente, y El la hace Reina de los hombres y de los ángeles, queriendo que todas las criaturas la sirvan y la honren.

San Germán, patriarca de Constantinopla, describe su entrada en el templo con tanta elocuencia como piedad, diciendo «que no tuvo mucho esplendor á los ojos de los hombres, pero fué en extremo magnífica á los de Dios: que no sólo la sirvieron de carroza triunfal y de acompañamiento todos sus parientes, sino que invisiblemente la acompañaron muchas legiones de ángeles: que la recibió el sacerdote que entonces servía en el templo, y que él veía á los ángeles sirviéndola en el templo y presentándole la comida con sus propias manos.»

No faltan hombres que embriagados, como dice San Pablo, con su propia sabiduría, no pudiendo ser sobrios en sus juicios, al momento condenan todo lo que tiene algún viso de extraordinario. Tal vez alguno de éstos diga que es bella idea poética, y no más, el que los ángeles hayan acompañado y servido visiblemente á la Santísima Virgen en el templo. Oiga, empero, lo que Gregorio, arzobispo de Nicomedia, dejó escrito para los que de ello dudaren: «Vosotros que oís esta admirable y nueva manera de vivir de la Santísima Virgen en el templo, no lo dudéis, ni examinéis con vuestra razón lo que no alcan-

záis á comprender. Veis que el Verbo divino habitó de un modo inefable en su purísimo seno; ¿y disputaréis sobre si eran ó no materiales los alimentos con que se mantenía? Veis que el Espíritu Santo obró en ella el mayor de sus prodigios; ¿y dudaréis de los servicios que los ángeles le hayan prestado? Preciso es no dudar de las grandezas de la Santísima Virgen cuando se le atribuyen prerrogativas y privilegios convenientes á la dignidad de Madre de Dios; son innegables: era menester que el templo de Dios estuviese adornado de toda suerte de bellezas: menester era que estuviese enriquecido de toda especie de bienes espirituales: menester era que fuese servido por los ángeles.» Y si los ángeles del cielo le sirvieron con reverencia, ¿dudaremos de que los sacerdotes y ministros del altar la mirasen con el más profundo respeto? Por tanto se cree que habitó en el santuario, que era la parte más sagrada del templo.

La Escritura y muchos Santos Doctores aseguran que vivían en el templo mujeres devotas, consagradas á su servicio, las cuales tenían en él su departamento y sus celdas de todo punto separadas de los hombres; Orígenes, San Ambrosio y San Cirilo Alejandrino dicen que no eran admitidas las mujeres casadas, sino sólo las solteras y las viudas. En compañía de éstas fué recibida María como un precioso dón del cielo, después que la admitió en el templo el sumo sacerdote. Empleábanse en orar á la puerta del tabernáculo, como está escrito en el *Exodo*: en asistir á los sacrificios que se hacían todos los días tarde y mañana, y en meditar día y noche la Ley del Señor; y harto claro está que eran un bosquejo de las religiosas que la divina Providencia quería establecer en la Iglesia cristiana. Se les entregaba á las niñas para que las instruyesen en la religión y las formasen en la piedad, como hoy se hace en los conventos; pero cuando la admirable Niña se

confió á su custodia á la edad de tres años, no fué para aprender de ellas, sino para enseñarles, teniendo Ella sola más luz y gracia que toda la Sinagoga.

San Jerónimo, en una epístola á Eliodoro, dice que sus ejercicios estaban regulados en la siguiente forma: desde prima hasta sexta, es decir, desde la aurora hasta promediarse la mañana, entregábase á la oración; desde sexta hasta nona, esto es, el resto de la mañana hasta mediodía, hacía alguna labor, conforme á su edad. Dice que las más veces le preparaban y presentaban la comida los ángeles, y después la instruían en la Ley y en los Profetas y en la doctrina del Antiguo Testamento, y luego volvía á la oración, que duraba hasta venir la noche. Añade San Jerónimo que éstas eran sus delicias y su pan cotidiano, que incesantemente hacía la crecer en el amor de su Dios: *Et sic semper melius in Dei amore proficiebat.*

No aseguramos como artículo de fe que se alimentase por ministerio de los ángeles, pues la Sagrada Escritura no habla de esto; pero lo afirmamos apoyados en graves autores, que lo refieren como una tradición antiquísima; por lo cual á lo menos es de fe humana, cuya creencia no parecerá difícil. Sabemos que el pueblo de Israel fué por largo tiempo milagrosamente alimentado en el desierto; que el profeta Elías recibía la comida de manos de un ángel; que San Pablo, primer ermitaño, se mantuvo por muchísimo tiempo en su profunda soledad á expensas de la providencia del Padre celestial, que se valía de un cuervo para enviarle medio pan todos los días; que los ángeles alimentaban al abad Apolo, el cual vivía en el imperio de Teodosio el Grande, dedicado á una contemplación continua. Leemos otros ejemplos en las historias de los Padres del desierto: ¿y tendríamos dificultad en

creer piadosamente que la Madre de Dios fuese más favorecida que sus siervos?

Canisio refiere una tradición aún más particular, y es que habiendo perseverado en el continuo ejercicio de la oración á la edad de doce años, hallándose un día encendida en más ardiente fuego de amor divino, la prolongó hasta media noche, en cuyo punto oyó la voz del Padre celestial, que le dijo: *Paries Filium meum*: darás á luz á mi Hijo. Era esta una cosa por sí misma tan estupenda, que razón hubiera tenido para dudar; pero después vió verificada su revelación, dando á luz al Verbo encarnado en el portal de Belén á media noche y á la misma hora en que se le hizo la magnífica promesa. Sin embargo, tuvo encerrada en su pecho esta revelación hasta después de la Ascensión de nuestro Salvador.

En el opúsculo que escribió San Buenaventura sobre la vida de Jesucristo, dice en el cap. III que estando en el templo la Santísima Virgen, pedía al Señor todos los días siete gracias particulares, creyéndolas importantísimas para la gloria divina y para su mayor perfección: 1.^a, amarle de todo corazón y cumplir exactamente el primer precepto de la ley; 2.^a, amar á todos sus prójimos como Dios deseaba que Ella lo hiciese, igualmente que todo aquello que El amaba de la manera que le fuese más agradable; 3.^a, tener siempre un extraordinario aborrecimiento á todo pecado, por pequeño que pareciera, y á todo cuanto le desagradara; 4.^a, humildad profunda, perfecto desprendimiento del mundo, paciencia invencible, pureza angélica y todas las demás virtudes que podían hacerla más grata á sus divinos ojos; 5.^a, la dicha de conocer y servir á aquella Virgen, de la cual habla Isaías, que concebiría y daría á luz al Hijo de Dios, no cesando de pedir ardientemente esta gracia hasta que por revelación supo que sería ella misma; 6.^a, obedecer con la ma-

yor puntualidad al Sumo Pontífice, á los sacerdotes y á todas aquellas personas de quienes dependía, y 7.^a, que tuviese piedad de su pueblo, conservase su templo y su religión, y enviase pronto al Mesías que ha tanto tiempo había prometido. Tales fueron sus ejercicios mientras estuvo en el templo de Jerusalén.

Pero escuchemos sobre todo lo que de Ella nos dice el Espíritu Santo en el libro de los *Cantares*, con aquellas palabras que le dirige, según la mística interpretación de los Santos Doctores: *Veni, columba mea; veni, unica mea, in foraminibus petræ*. La invita amorosamente como á su paloma, como á su única y amada esposa; invítala á poner su nido en los agujeros de la piedra, esto es, en su templo; y con aquellas tiernas expresiones de «su paloma y su única», con las cuales la llama á la soledad, denota á qué quería que se aplicase.

Adviertan las almas que huyen del mundo para entregarse á Dios en la soledad, que á imitación, de María, deben ser como la paloma, en la cual no se halla hiel ni malicia, siendo toda ella un dechado de candor y dulzura. Por tanto, llamándola Dios á la soledad, la denomina su paloma, dando á entender que la aparta del mundo y la pone en su casa para que estudie el candor y dulzura de la paloma. Diversa de la del mundo es la escuela del cielo. En aquélla se estudian artificios: estúdiense en ésta el candor y la dulzura, la inocencia y la rectitud. No hay cosa más contraria al espíritu de Dios que la doblez y el fingimiento, porque el espíritu de Dios es todo verdad, y el artificio no es más que mentira, por lo cual dice la Sagrada Escritura que es muerte la prudencia de la carne, es decir, es una muerte el fraude y el artificio, porque extingue en nuestras almas el espíritu de Dios, y les quita aquella señal de predestinación que plugo á Jesucristo darnos en el Evangelio cuando por sí mismo juró que no

entrarían en el reino de los cielos los que no se hiciesen como niños por el candor y sencillez de su alma.

Cuando en el salmo XLIV cantaba el Profeta: *Adducentur Regi virgines post eam*, parece que desde lejos veía la fiesta de la Presentación de la augusta Virgen, y se alegraba de que en tal día abriese Dios las puertas de esta prisión del mundo para que, libertándose de su esclavitud, muchas almas inocentes volasen á refugiarse en su casa, donde se hallarían en plena libertad de consagrarse á su servicio de una manera tan exclusiva como no podrían hacerlo en medio del torbellino del siglo. Para ponerles delante de los ojos un excelente modelo que imitar, hace Dios que las preceda nada menos que su Madre Santísima. ¿Quién no tendrá por soberana dicha seguir sus huellas? ¡Oh cuántos millones de vírgenes han seguido á esta Reina de la virginidad, consagrándose á Dios desde su infancia! Es ella una paloma, y cuantas la imitan deben también ser palomas en la dulzura y en la sencillez. Las palomas son avecillas sociables y al mismo tiempo solitarias, pues casi ningún comercio tienen con las demás aves; pero, sin embargo, son sociables, y todo su gusto es hallarse muchas reunidas en un mismo lugar.



CAPÍTULO IX

Los ángeles no alcanzarían á bosquejarnos la beldad de María. Pero lo que á ningún otro era posible, se dignó hacerlo el Espíritu Santo, pintándola con aquellas palabras de los *Cantares*: *Tota pulchra es, amica mea, tota pulchra es*: «toda sois hermosa, amiga mía, toda sois hermosa.» Esta palabra *tota* significa, según Santo Tomás, una especie de infinidad, porque no tiene límites. Y así decirnos que es toda bella, es enseñarnos que en su persona se encierra toda la belleza. La belleza es Dios. Establecido este principio, evidente por sí mismo, se deduce que tiene María sola más belleza que todas juntas las otras criaturas; pues la más hermosa de todas será sin duda aquella á quien más se haya comunicado la infinita belleza de Dios Padre, su unigénito Hijo: ¿y con quién más que con la Santísima Virgen se ha unido tan entera y estrechamente esta infinita belleza, que es el Verbo? ¿No la prefirió y amó sobre todas, eligiéndola por su Madre? ¿No fué á ella á quien dijo que le había robado el corazón? ¡Oh María, oh Madre admirable! ¿Cuál será vuestra belleza que así ha llegado á encantar, encadenar y robar

el corazón del Hijo del Altísimo? Ve infinitas bellezas en el seno de su divino Padre que le tienen absorto, que le tienen extático; pero igualmente ve en Vos otras bellezas que le atraen y convidan á lanzarse amoroso en vuestro seno.

¡Oh encantos! ¡Oh artificios del amor! El amor de Jesús es quien produce la belleza de María, y la belleza de María es quien cautiva el amor de Jesús: María no es bella á los ojos del Verbo sino porque la ama: la belleza que le da amándola, iguala al amor que le tiene. Si viésemos la medida del amor que le profesa, veríamos también la excelencia de la hermosura que le comunica. No puede ésta ser la belleza infinita y esencial del Padre: pero al menos es toda la belleza conveniente á una Madre de Dios, lo que hacía la admiración de San Epifanio: *Solo Deo excepto, cunctis superior existis, formosior ipsis Cherubim, et Seraphim, et omni exercitu Angelorum.* (Epiph., *Orat. de laud. Virg.*) «Sois ¡oh María! la primer belleza después de Dios; y en comparación de la vuestra no tienen sombra de hermosura los serafines, ni los querubines, ni todos los nueve coros de los ángeles.» Los considero en vuestra presencia como á las estrellas del cielo, que pierden toda su luz cuando el sol aparece.

Decía Catalina de Sena que si con los ojos del cuerpo viésemos la belleza de un alma sin pecado y con solo el primer grado de gracia, quedaríamos tan sorprendidos al reconocer cuánto sobrepujaba á todas las bellezas de la naturaleza corpórea, que no habría quien no quisiese morir por la conservación de beldad tan hechicera. Ahora bien; si la última de las almas en el orden de la gracia tiene tanta belleza, tomando el vuelo desde aquí y remon-
tándonos por otras tantas esferas cuantas son las almas santas que unas á otras se exceden en gracia, y por consiguiente en belleza (pues la gracia y la belleza de un al-

ma son una misma cosa) llegados á la centésima, veríamos que tiene cien veces más gracia que la primera: pues aún sería nada tan asombrosa belleza. Y si continuásemos remontándonos hasta la milésima, y de allí á la que por el orden de superioridad tenga cien mil veces más belleza que la primera, ¿qué admirable idea no formaríamos de tan sublime hermosura? Pues todavía es como nada todo esto, porque hay millones de millones de almas que se exceden unas á otras en gracia y hermosura. Pero lleguemos á la más encumbrada y á la más bella de todas, y después de admirar su belleza y confesar la imposibilidad de comprenderla, digamos resueltamente que no es más que una sombra de belleza comparada con la de María. Bien podemos decirlo sin temor ni recelo, porque todos los Santos Padres claman á una voz que Ella sola posee más gracia y más hermosura que todos juntos los demás Santos y Bienaventurados que ya han subido y subirán al cielo hasta el último día de los tiempos.

Es imposible ver la hermosura y no amarla. Respondió Aristóteles á uno que le preguntó por qué se amaba la hermosura: «Pregunta es ésta, amigo mío, propia únicamente de un ciego: cualquiera que tenga ojos para verla, no puede menos de tener corazón para amarla.» Refiérense cosas casi increíbles del imperio que la belleza de algunas criaturas ha ejercido en los corazones de los príncipes, haciéndoles emprender guerras y destruir monarquías, aunque no eran más que bellezas frágiles é imperfectas. ¡Pero cuántas almas generosas, arrebatadas en la contemplación de la belleza divina, han emprendido inmortales guerras contra los vicios, contra el infierno, contra el mundo y contra sí mismas por hacerse agradables á sus ojos para gozarla en el día de la eternidad! Arrebate, pues, nuestros corazones la hermosura de María. ¡Oh cuántos y cuán magnánimos pechos ha encendido en

su amor! Léanse las vidas de los Santos: recórranse las historias de los héroes del Cristianismo, y se verá que el amor de María ha sido en sus pechos un incendio voraz.

Si queremos entrever con alguna más claridad la belleza de María, levantemos nuestro espíritu á la consideración de la hermosura del último de los ángeles, y desde allí subamos á contemplar la del más excelso serafín. ¡Qué vista recorrerá la inmensa gradación que forman los Angeles, los Arcángeles, las Virtudes, los Principados, las Potestades, las Dominaciones, los Tronos, los Querubines y Serafines! ¡Qué lengua humana podría expresar la ventaja que lleva el primero de los ángeles al último de los mismos! ¡Qué entendimiento comprendería lo que dista de éste, salvados los nueve coros, el serafín más encumbrado! ¡Qué multitud tan admirable la de los espíritus de las nueve jerarquías! ¡Qué número tan prodigioso el de todas ellas! ¡Qué gloria! ¡Qué inmensidad! ¡Qué ejércitos de celestiales bellezas! Pues todas ellas son como nada ante la de María: todos ellos son siervos y vasallos. ¡Ella sola es la Madre del Hacedor de los ángeles! ¡Ella es la Reina de aquellos nueve coros, y toda la hermosura de la naturaleza angélica no es más que leve sombra ante la inefable belleza de la Madre de Dios! Ningún sér creado puede comprenderla: el mundo todo la admira, y Ella, después de Dios, es quien tiene al cielo en éxtasis eterno de amor y de asombro.

San Antonino refiere un suceso milagroso acaecido con un clérigo, que no es posible leer sin particular emoción. Era este devotísimo de nuestra celestial Madre, y pedíale continuamente el amarla y conocerla más y más todos los días: tan santo empeño produjo en él un ardiente deseo de verla, abrasándose y desmayándose al dulce impulso de su amor. ¡Oh Madre amable! exclamaba: ¡Concededme ver por un momento vuestra hermosura, que enamora

á todo el cielo! Finalmente se le envió un ángel á que le dijera: «Sí, gozarás del favor que pides, verás la belleza de la Santísima Virgen; pero los ojos que la vieren una vez, ninguna otra cosa volverán á ver; quedarás ciego el resto de tu vida.» «¡Ah! respondió de lo íntimo de su corazón: consiento en ello, con tal de verla por un solo momento.» Se le designa el día: espera él con impaciencia aquel dichoso instante, pero resuelto á salvar uno de sus ojos teniéndolo cerrado mientras la estuviese mirando con el otro. Por fin se le aparece María, pero con tanta belleza y majestad, que el ojo con que la mira queda totalmente ciego.

Cólmale, empero, esta vista de tan inefable consuelo, que, lejos de sentir la pérdida del ojo, principia á lamentarse de no haberla visto con el otro: «¡Infeliz, ay de mí! ¡Cuán gran locura fué conservar uno de mis ojos! ¡Ay! Después de haber visto tal hermosura, ¿podré ver cosa alguna que no me parezca fea? ¡Oh Madre de misericordia! Tened piedad de mí, porque he sido tan cruel conmigo mismo, que quise privarme de la mitad de vuestros favores. ¡Ah, vuelva yo á veros otra vez, pues será grande dicha el perder los dos ojos! ¡Qué dicha para mí no ver cosa alguna, después de Vos, en esta vida!» Tan ardiente y piadoso deseo agradó de tal suerte á la Reina de los ángeles, que se le apareció por segunda vez; pero lejos de privarle del otro ojo que ansiaba sacrificarle, le restituyó el perdido, y desde entonces no le sirvieron los ojos más que para ver por donde quiera (como á él se le figuraba) la belleza de la Reina del cielo.

¡Oh si los más apegados al mundo tuviesen los ojos abiertos á la verdad! ¡Si los más apasionados de las bellezas mortales hubiesen visto por un solo minuto la beldad de María! ¡Cuán pronto sentirían morir en sus corazones todo otro afecto, y cuán instantáneamente concebirían

alto desprecio de todo lo que adoran! Son pocos los que han tenido el privilegio de verla con los ojos del cuerpo; ¿pero no podemos verla con los del alma siempre que nos apliquemos á contemplarla? Esta vista espiritual es tanto más segura, cuanto que está mejor fundada en la verdad: es más consoladora, porque nos pinta su imagen en lo profundo del alma, donde podemos conservarla, sin peligro de padecer ilusiones. Si nos complacemos en tener en nuestra habitación un retrato de nuestra celestial Abogada, ¿no será justísimo que pongamos un santo empeño en llevar continuamente su imagen espiritual pintada en nuestros pensamientos é impresa en lo íntimo de nuestros corazones?

Pensar en Ella desvanece toda tristeza é inunda el alma de consuelo con la plácida esperanza de ver su admirable belleza en la eternidad. Hablar muchas veces de Ella y complacerse en publicar su gloria, en ponderar sus grandezas y en admirar su hermosura, ahuyenta de nosotros al espíritu inmundo, que no puede llevar en paciencia el honor que le tributamos. Pero tomar un vivo interés por todo lo que mira á su honra, hacer todo lo posible por extenderla, amarla con ternura, con respeto y con ardor incesante, regocijarse y salir fuera de sí por el gozo que causa lo que Ella es, congratulándonos por su felicidad y ayudándole á dar gracias al Omnipotente que ha obrado en Ella tantas maravillas, es ciertamente del mayor agrado y de la mayor gloria de Dios, que la hizo bellísima, no sólo para que fuese su Madre, para poner en Ella su corazón y hallar en contemplarla su más dulce delicia, sino también para que ardiesen en su amor todas las almas que tienen la soberana dicha de ser esposas suyas; y por último, es un medio seguro de merecer su particular protección, que jamás ha negado á sus verdaderos devotos: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.*

CAPITULO X

Todo es admirable en la Madre de Dios, todo es privilegiado, todo es superior á quanto pueda decirse del resto de las madres. Observa San Epifanio que hablando de María no hay quien no la haya llamado la Virgen por excelencia: y cuando la llamamos la Madre de Dios, que es el más eminente de sus títulos, solemos añadir el nombre de Virgen, y decimos la Virgen Madre. La Iglesia la canta y preconiza por do quiera y á voz en grito como Santa Virgen de las virgenes: *Sancta Virgo virginum*, por la misma razón que proclama á Jesucristo *Rex regum, et Dominus dominantium*. Llámale Rey de los reyes, queriendo dar á entender que es un Rey tan elevado sobre toda dignidad real, que en su cotejo los demás reyes no son ya reyes, sino meros súbditos. El es Señor de los señores, porque á su lado los otros señores no son ya señores, sino simples vasallos y siervos. Así María es la Virgen de las virgenes, porque á su lado las demás virgenes son como vanas sombras. ¿Y por qué así? Porque su virginidad aventaja incomparablemente á todas las demás, remontándose sobre la de los ángeles, é imitando la del mismo Dios.

Considerémosla á la cabeza de tantos millones de vírgenes como á ejemplo suyo se han consagrado al Esposo divino: *Adducentur Regi virgines post eam*. En la Antigua Ley no había quien no estimase suma dicha el tener una prole numerosa; juzgábase oprobio el no tenerla, y aspirando todos á la fecundidad del matrimonio como á una gloria, como á una bendición, huían de la esterilidad que acompaña á la virginidad, como de una especie de ignominia. ¿Quién de tanto abatimiento levantó á la virginidad? ¿Quién la hizo tan honorífica? ¿Quién la hace triunfar en esa multitud de vírgenes, que son uno de los más bellos ornamentos de la Iglesia? ¿No es la purísima Azucena de Nazaret? Orígenes dice que Jesucristo fué la primicia de la virginidad de los hombres, y que la de las mujeres debe toda su gloria á la Santísima Virgen. No se ha visto cosa alguna que se concilie más el respeto, aún de gente viciosa, cuanto la virginal pureza. Si se pregunta de dónde esto provenga, responderemos que es un destello de la gloria de aquella incomparable virginidad de la Madre de Dios que en Ella resplandece. Si las otras tienen alguna gloria por ser vírgenes, ¿qué abundancia, ó, mejor dicho, qué plenitud de gloria no tendrá la Virgen de las vírgenes?

La constante voluntad de conservar siempre la pureza del cuerpo, en que consiste la esencia de la virginidad, según Santo Tomás, era por excelencia la virtud de María. Antes que Ella pudieron ser vírgenes los profetas Elías, Eliseo, Jeremías, Daniel. ¿Pero quién confirmó y fijó para siempre esta voluntad con un voto eterno? Antes de la Reina de las vírgenes era inaudito en el Antiguo Testamento el voto de perpetua virginidad.

Muchos después de Ella han imitado su virginidad y aún su voto; pero ¿cuál otro lo ha observado con tanta perfección, sin sentir nunca el más mínimo movimiento

de concupiscencia, como si su cuerpo fuera un espíritu puro? Ella fué la única que, no habiendo pasado por el incendio del pecado original, no tuvo ni áun reliquia de aquel fuego maligno que áun después del bautismo queda en los hijos de Adán, despidiendo centellas peligrosas, las cuales hacen que al menos se padezcan tentaciones, aunque no se les preste consentimiento. Y así en los otros la virginidad, aunque siempre se conserve inmaculada, no siempre permanece tranquila: tiene sus batallas inevitables, y no siempre es segura su victoria. Sólo la de María fué siempre inmaculada y pacífica como si no tuviese cuerpo.

Pero áun cuando supusiéramos que alguna otra, por milagroso privilegio de la gracia, se hubiera conservado pura y pacífica sin experimentar las rebeliones de la natural concupiscencia, ¿cuál otra será comparable á la de nuestra Reina en el privilegio inaudito, incomprendible al humano entendimiento y admirable á los ángeles, de una virginidad unida á la maternidad? Es Virgen, y sin embargo es Madre; es Madre, y esto no obstante es Virgen; conserva una perfecta integridad, y sin embargo concibe un Niño, le lleva en su seno, le da á luz, le lacta con sus pechos, y es la más pura de las virgenes: ¿cuál otra se le puede comparar? La Iglesia, en medio de su admiración, la llama *Virgo singularis*: Virgen singular, única, sin igual. ¡Oh cuán cierto es que es incomparable y supera infinitamente á todas las demás virgenes!

Ni la naturaleza ni la gracia produjeron otra virgen semejante; el universo no ha visto otra que se le parezca; nunca podrán comprender esta grande maravilla los hombres ni los ángeles. ¡Oh asombro de todos los seres! ¡Virgen de las virgenes, Madre de las madres, Virgen en todo tiempo, antes del parto, en el parto y después del parto! Virgen de todas maneras, Virgen bajo todos senti-

dos, en el cuerpo, en el alma, en los ojos, en el corazón, en los pensamientos, en las palabras, en los afectos y en los sentimientos. Madre admirable, que por sí solada todo el sér á su Hijo, le alimenta con sus pechos, que son fecundos y vírgenes al mismo tiempo, y es la única que alimenta al Mantenedor de todo el universo. Jamás acabaríamos si libremente nos entregásemos á la consideración de otros prodigios que en esta admirable virginidad resplandecen. Pero basta lo dicho para concluir que la virginidad de María supera incomparablemente á la de todos los hijos de Adán.

En segundo lugar, se aventaja muchísimo á la de los ángeles: si los ángeles del cielo quisiesen cómpetir en pureza con su Reina, pudieran decir: «Nosotros somos vírgenes;» y Ella les respondería: «Sí, vosotros sois vírgenes, pero lo sois por naturaleza, y yo lo soy por gracia; por tanto, siendo sobrenatural mi virginidad, es más excelente que la vuestra.» Ellos dirían: «Nosotros estamos exentos de la más mínima mancha de impureza;» y Ella respondería: «Sí, pero este estado os es necesario, y por lo mismo sin mérito, mientras yo estoy en él voluntaria y libremente, y por lo mismo con merecimiento.» Ellos pudieran decir: «Nosotros no sentimos inclinación á la impureza;» mas Ella respondería: «No es maravilla, pues sois espíritus puros: ¿cómo podríais sentir los estímulos de un cuerpo de carne que no tenéis? Pero yo, compuesta de carne humana, no siento, lo mismo que vosotros, la más mínima inclinación á la carne, por un continuo milagro de la gracia, que me tiene elevada sobre mi natural condición.» Está, pues, demostrado que la virginidad de María lleva considerables ventajas á la de los ángeles. Y, sin embargo, ¿quién lo creyera? No acaba aquí su elevación, y su pureza aún no ha hecho alarde de todos sus resplandores.

Consiste su mayor gloria en imitar la virginidad de Dios Padre, que siendo la misma pureza, es, sin embargo, tan fecunda, que produce á su Verbo. Ahora bien: la pureza es tan virginal en María, y tan fecunda, que produce á un Dios, el cual es Hijo único de una Madre virgen. El Eterno Padre es al mismo tiempo padre y madre de su único Hijo, porque es padre virgen; y nuestra Señora es al mismo tiempo padre y madre del mismo único Hijo, porque es una madre virgen. Jamás ha sido fecunda la virginidad para producir un hijo de su propia sustancia, sino en Ella y en el Eterno Padre. ¡Oh virginidad admirable! ¡Oh admirable unión de la fecundidad con la virginidad!

María, seréis la Madre del Hijo de Dios, daréis á luz al Salvador del mundo; pero para que seáis madre, permaneced siempre virgen; para que seáis Madre de Dios, obligaos á la virginidad con voto eterno: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¡Ah, Señor! ¿Cómo queréis que yo sea madre quedando siempre virgen? Empeñarse con voto á ser perpetuamente virgen, ¿no es renunciar para siempre á tener hijos? Sí, es constituirse en voluntaria impotencia de tener hijos como hombres; pero es una excelente disposición para tener un hijo como Dios, que no sería padre de su único hijo eternamente, si no fuese eternamente virgen; ni Vos tampoco seriais madre de aquel mismo Hijo, si no fueseis siempre virgen. ¡Oh cuán altos é incomprensibles al hombre son los caminos de Dios!

San Agustín, en un sermón excelente sobre su Natividad, se inflama y todo él se transporta en celo, alegría y admiración al ver tantas maravillas. «¿Quién, hermanos míos, exclama, quién puede mirar aquel Sol divino, que

en la nube del seno virginal de su Madre conserva los mismos resplandores de majestad de que está circundado en el seno de su Padre? ¿Quién puede contemplarlo sin quedar deslumbrado? ¿Qué mente podrá comprender cómo aquel concepto eterno del entendimiento del Padre sea el concepto temporal del seno de la Madre, y que en el uno y en el otro sea concebido con la virginidad? ¿Qué lengua hablará dignamente de este misterio? ¿Qué elocuencia será capaz de explicarlo?» Y luego, dirigiéndose á la Santísima Virgen: «Decidme, oh Madre admirable del Santo de los Santos: ¿cómo se formó entre los lirios de vuestra virginal pureza el precioso fruto de vuestro seno? Decidme: ¿cómo pudo ser que el que hizo todas las cosas, y á vos misma os hizo, se ha hecho en vos y por vos, y que vuestro Padre sea vuestro Hijo? Decidme: ¿cómo sois al mismo tiempo su padre y su madre, conservando siempre tan perfecta virginidad con tan admirable fecundidad? ¿Cómo habéis merecido tan grande privilegio? ¿Qué habéis dado á Dios por él? ¿Qué intercesores habéis tenido? ¿Cómo os dispusisteis para tan alta dignidad? Decidme, en fin, ¿cómo llegasteis á alcanzarla? A todo lo cual le hace responder: *Oblatio mea est virginitatis promissio*. Me preguntáis qué dí al Eterno para alcanzar su único Hijo y ser su Madre: le prometí con voto permanecer siempre virgen. *Oblatio mea est humilitas mea*. Para ser elevada á la dignidad de Madre de Dios me anonadé en su presencia, reputándome por indigna esclava suya.» ¡Oh bella disposición! ¡Oh conducta del Espíritu divino! Para ser madre se conserva siempre virgen, y para ser honrada con la dignidad de Madre de Dios, concibe un inmenso desprecio de sí misma.

Extraordinario asombro sería el de los sacerdotes que servían al templo cuando supieron que la Santísima Niña había hecho voto de virginidad por toda la vida.

Era esto inaudito en aquellos tiempos: el matrimonio estaba en gran estima, y muy despreciada la continencia; la fecundidad y la multitud de los hijos se miraba como una bendición de Dios, y la esterilidad como un oprobio y como una especie de maldición divina. Sorprendente novedad causaría ver á una joven abrazar voluntariamente tal partido. Decidnos, hermosa Niña: ¿quién os ha hecho tomar semejante resolución? ¿Quién os ha sugerido esta idea? ¿Quién os ha mostrado este ejemplo? ¿Quién os ha dado este consejo? ¿Quién os inspira esta manera de vida nunca vista hasta ahora?

Descubrían ellos tanta sabiduría en sus respuestas, tanta luz en su mente, tan nobles sentimientos en su corazón, tanta pureza en sus costumbres, tanta prudencia en su conducta, y un no sé qué de tan divino en su rostro, que con sobrada razón juzgaron que necesariamente debía encerrar alguna cosa muy extraordinaria. Leían en el profeta Isaias aquel oráculo, en el cual, prometiendo Dios el Mesías, dice en términos expresos que le concebiría y daría á luz una virgen: *Ecce Virgo concipiet et pariet filium*; y que su nombre sería Emmanuel, esto es, Dios con nosotros. Esta profecía no puede ser falsa, pues es promesa y palabra divina; la cual aún no se ha cumplido, porque nunca se ha hablado de una virgen que haya engendrado, y aún no ha venido el Mesías. Mas he aquí el tiempo indicado por los Profetas. ¿Por ventura será ésta aquella afortunada virgen que se nos ha predicho y que debe producir la felicidad del mundo?

Es virgen de profesión y por voto expreso, y nadie hasta ahora se ha dedicado á Dios de igual modo; se advierte en ella un no sé qué tan extraordinario, y disposiciones tan divinas, que hasta ahora cosa semejante no se ha visto. ¿Por ventura será ésta aquella que está destinada á ser Madre del Deseado de las naciones? ¿Será

acaso ésta la que nos dé á aquel Mesías tantas veces prometido, esperado y tan ardientemente suspirado desde el principio de los siglos? Decían los unos: Tanto tiempo há que le esperamos y no viene: ¿quién creerá que haya de venir en nuestros días más bien que en los de nuestros hijos? Y replicaban otros: Estas promesas no siempre han de ser promesas. Menester es que se cumplan algún día, pues de otra suerte serían falsas, y cuanto más tiempo han tardado en cumplirse, tanta mayor probabilidad tenemos de que en verificarse no sean ya morosas. Verdad es, respondía otro; pero ¿quién creerá que esta pobre niña está destinada á obrar aquel prodigio de los prodigios que ha de pasmar al universo? ¿No pensáis que para esto será más idónea la princesa más esclarecida del mundo? De ningún modo, replicaba otro; pues está escrito de la Madre del Mesías que no solamente será virgen, sino que será pobre, pues debe darle á luz en un establo y reclinarle entre bestias en un pesebre. En suma; no estaban tan ciegos que algo no viesen, y por otra parte no estaban suficientemente iluminados para descubrir la verdad: lo que les quedaba era un asombro y un respeto particular para con la admirable Hija de Joaquín. ¡Oh, si hubiesen tenido las luces que después dió el Espíritu Santo á los Padres de la Iglesia, y ellos nos han comunicado, acerca de la excelencia de su virginidad!



CAPITULO XI

GLORIA es del sol, rey de los astros, ser dueño de un tesoro inexhausto de luz, no sólo para gozarla, sino también para difundirla en la inmensidad del Universo. Y bien podemos decir de María Santísima que, siendo el sol de la virginidad, no tiene nada que envidiar á ese otro sol menguado en su presencia; posee tesoros de inocencia y de pureza, no tan sólo para enriquecerse á sí misma más que todos los ángeles del cielo, sino también para derramar su virtud sobre las almas aprisionadas en cuerpos de carne corruptible. pues inspira pureza á todo el que vuelve sus miradas á Ella. San Ambrosio, en el libro de *La Institución de las vírgenes*, dice que tan abundante era en la Señora la gracia de la virginidad, que no solamente la llenaba de hermosura, pureza y santidad, sino que sólo su vista confería el dón de castidad á cuantos la visitaban.

Añade Santo Tomás que la belleza, que suele arrojar centellas de fuego deshonesto, en María, por el contrario, exhalaba un espíritu de pudor y castidad, de tal manera, que aunque fuese un milagro de belleza, sin embargo, no

hubo quien al mirarla no concibiese honestísimos sentimientos. Gerson observa lo mismo, diciendo que su fisonomía era tan modesta, majestuosa y angelical, que en cuantos la miraban imprimía profundo respeto hacia su persona y afecto muy subido á la castidad. ¡Cuántos y cuántas han experimentado que sólo el pensar en Ella, el mirar alguna de sus imágenes, el pronunciar su nombre ó recurrir á Ella de cualquier otra manera, disipa representaciones deshonestas y reprime los movimientos contrarios á la castidad!

Es memorable el ejemplo de Carlos VIII, rey de Francia, cuando en el saqueo de una ciudad de Italia que abandonó á la ferocidad y rapiña de sus soldados, una joven muy hermosa se arrojó á sus pies diciendo: «¡Favor, oh Rey; favor, misericordia! ¡Ah! Salvad mi honor, preservadme de los insultos de vuestros soldados.» La generosidad de aquel Príncipe le hizo protegerla contra los otros; pero no tuvo fortaleza para defenderla de sí mismo. ¡Ay! Creía haber evitado un peligro, y se vió empeñada en otro mayor; pero era sierva de la Santísima Virgen. Cuando aquel Príncipe estaba ya á punto de satisfacer su pasión, extendió ella las manos hacia una imagen de María, y exclamó: «¡Oh Rey! Por el amor de la Virgen de las vírgenes que nos ha dado un Salvador, salvadme, perdonad á mi virginidad.» ¡Milagroso poder de la virginidad de la Reina del cielo para extinguir las más ardientes llamas de concupiscencia! Su nombre, su memoria, su imagen convirtió en un momento los ardores de aquel Príncipe joven en tal afición á la pureza, que respetó á aquella virgen, la cual había invocado á la Virgen de las vírgenes, alabó su virtud, le dió una considerable suma de dinero para reparar las ruinas que la guerra le había causado, y, por consideración á ella, amparó á toda su parentela. Este no es más que un ejem-

plo; pero las historias podrían suministrarnos una multitud de ejemplos, que nos hacen ver que la virginidad de María tiene poderosa virtud para inspirar sentimientos de castidad, y es lo primero en que resalta sobre todas las otras.

Triunfó, en segundo lugar, de infinidad de enemigos que la han combatido, con una gloria que resplandecerá en todos los siglos. Gentiles, judíos, herejes, todos conspiraron con el infierno, haciendo los mayores esfuerzos para desterrar del mundo la creencia de que es virgen, ó al menos sostuvieron obstinadamente ser imposible que fuese madre y virgen. Pues á pesar de todos sus esfuerzos, esta firme creencia se halla tan bien establecida, que los verdaderos cristianos estamos prontos á dar la vida por sostenerla.

¡Cuántos milagros ha obrado la diestra del Altísimo en confirmación de esta verdad! Un religioso de Santo Domingo se vió moleestado por una tentación tan violenta contra la fe de la pureza de María, que no pudiendo vencerla con sus racionios ni librarse de ella por medio de oraciones, buscó el auxilio de algún buen siervo de Dios. Era muy célebre por aquel tiempo la santidad de Fray Egidio, uno de los primeros compañeros de San Francisco. Resolvió, pues, ir á verle. Entre tanto, Dios reveló á fray Egidio la venida de aquel religioso y el motivo de su viaje; y saliendo él de su celda corrió á su encuentro y saludándole sin esperar que le descubriese la causa de su inquietud, le previno diciéndole: «Hermano mío, es virgen antes de su parto;» y golpeando el suelo con su báculo, hizo salir de él una blanca azucena de extraordinaria belleza. Dió otro golpe en el suelo, diciendo: «Hermano mío, es virgen en su parto;» y apareció otra azucena aún más hermosa que la primera. Golpeó por tercera vez, diciendo: «Hermano mío, es virgen después de

su parto;» y ambos religiosos vieron al instante levantarse otra azucena aún más hermosa que las dos primeras; y disipóse al momento la tentación.

Después de haber admirado San Bernardo este prodigio de que una virgen sea madre y una madre sea virgen, de que la fecundidad y la virginidad se hayan encontrado y permanezcan unidas en una misma persona, exclama: «¿Quién ha visto cosa semejante? No tiene esto ejemplo, ni hay quien lo imite. ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Quién hubiera podido figurárselo? Ni la imaginación de los hombres ni el pensamiento de los ángeles llega á tanto. ¿Quién pudo persuadirlo al mundo y hacer que una verdad tan estupenda fuese recibida por donde quiera, como hoy lo es, sin contradicción? ¿Pues quién pudo hacerlo creer á todo el universo con tanta fe, certidumbre y firmeza, que una innumerable multitud prefirió la muerte y hubiera sufrido mil muertes antes que abandonar esta creencia?» *Elegerunt mille mortibus mori, quam ad momentum ab ista fide deficere*: palabras son estas de San Bernardo. ¡Oh Dios! ¡Qué alegría para su corazón y qué consuelo para los verdaderos siervos de la Santísima Virgen ver que son tantos los generosos defensores de su pureza! ¡Oh quién nos diera tanto celo y amor á esta Señora que viviésemos dispuestos á dar la vida por su honra!

No pasemos en silencio la tercer cosa que hace aún más admirable la excelencia de su virginidad. De cualquier manera que la consideremos, sea en su principio, sea en su fin, sea en su medio, siempre es incomparable, y aventaja tanto á toda otra virginidad, cuanto el cielo á la tierra.

Atendiendo á su principio, es la virginidad de una Madre de Dios y una pureza á Dios prometida con voto perpetuo: es un voto de virginidad que procede de un

amor de Dios más puro, más ardiente y más perfecto que el de todos los hombres y el de todos los ángeles juntos. Ninguna otra criatura sería capaz de una virginidad tan noble y excelente.

En cuanto á su fin, es una flor de la cual nace un fruto admirable el Hijo de Dios, aquel mismo á quien Dios Padre produce con su virginal fecundidad y segunda vez reproduce por medio de la de su divina Madre. Está escrito que Dios Padre lo ha hecho todo por El: *Omnia per ipsum facta sunt*. Quiere decir, que así como todas las obras de la Naturaleza fueron hechas por el divino Verbo como procedente del seno de su Padre, así podemos decir que produciendo á El solo, también produce todas las cosas en El y por El: he aquí el fruto del seno virginal del Padre cuando produce á su único Hijo. Contemplad ahora al mismo Hijo producido del seno virginal de la Madre: cierto que todas las cosas fueron hechas por El, es decir, todas las obras de la gracia son obras del Verbo encarnado, que produce desde el seno de su divina Madre: ¿no podremos, por tanto, decir en algún modo que, produciendo á El solo, Ella produce en El y por El todo el mundo sobrenatural de la gracia, toda la santidad de la Iglesia militante y triunfante? Levantad los ojos al cielo, extendedlos sobre toda la Iglesia, mirad esa multitud de Santos y de Santas, de perfecciones, de virtudes, de gracia y de gloria que viene á parar en Dios como su término; he aquí el fruto del seno virginal de la Madre al producir á su único Hijo, del cual todo esto depende. He aquí el fin donde se termina su virginidad. Decid ahora si alguna otra puede parangonársele. ¡Qué colmo de alegría para un alma que la reverencia y ama, ver la gloria de su virginidad en su principio y en su fin! Pero lo que acaba de manifestar su excelencia sobre toda otra virginidad, es el medio del cual Dios se valió para subli-

marla sobre la de todas las criaturas, tanto las humanas como las angélicas, pues fué hacerla viva imagen de la suya, dándole fecundidad para producir á la misma Persona divina que El produce, y esto con circunstancias que sobrepujan nuestra admiración: pues en la virginidad de Dios un espíritu concibe y engendra á un espíritu; pero en la de María es una carne la que concibe y da el sér humano á ese mismo Dios. Este adorable espíritu procede del entendimiento del Padre; pero en María sale del seno virginal de la Madre. La virginidad del Padre engendra á su igual; la de la Madre engendra un Sér infinitamente superior á Ella.

En todos los demás Santos el alma comunica al cuerpo la gloria; pero en la persona de la Reina de los querubines parece que el virginal cuerpo es quien hace al alma participante de su gloria. Lejos de nosotros decir que su alma no tenga su particular y altísima gloria independiente del cuerpo: lo que decimos es que su cuerpo da á su alma un aumento de gloria; pues ¿cómo sin su cuerpo tendría la gloria de ser la Virgen de las vírgenes y la Madre de Dios? ¿Por qué razón decimos que ha sido exaltada hasta el punto de tener una superioridad natural sobre Dios mismo, sino porque El es su verdadero Hijo? Ahora bien; teniendo los padres y las madres una jurisdicción natural sobre sus hijos, y ocupando Ella sola el lugar de padre y madre para con el Hijo de Dios según su humanidad, ¿no parece que debería tener dos veces más poder y jurisdicción sobre El que las otras madres sobre sus hijos? ¿Y tendría estas incomprensibles grandezas si no las recibiese de su castísimo cuerpo? ¡Oh virginidad de María, cuán admirable sois! ¡Oh pureza, cuán amable sois á las almas que os conocen y honran!

CAPITULO XII

SERÍA violentar el sentido literal de la divina palabra, tan clara en el Evangelio, si dudásemos que San José fué verdadero esposo de la Santísima Virgen, pues se lee en el primer capítulo de San Mateo que le dijo el ángel: *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam*; y en el segundo de San Lucas: *Ascendit Joseph Bethlehem, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante*. «Fué José á Belén para ser inscrito según el edicto de Augusto, con María su esposa, próxima al parto.»

Era antigua costumbre de los hebreos, con fuerza de ley, que las jóvenes que se educaban en el templo dieran la mano pudorosa á un marido buscado por los sacerdotes ó por sus padres cuando llegaban á edad de casarse; por tanto, los sacerdotes buscaron para la privilegiada Doncella un esposo que fuese en lo posible digno de su eminente santidad; y la Divina Providencia, que le tenía destinado á San José, declaró de una manera indudable sus designios sobre aquel justo, envidia de los mismos ángeles.

Pero después de haberse consagrado á Dios con voto

de virginidad, ¿cómo pudo María tomar por esposo á José? No dudéis, responde á esta dificultad Hugo de San Víctor; no dudéis que su matrimonio con San José haya sido compatible con su voto: la razón es que, gobernándose ella por las luces del Espíritu Santo, que jamás le faltaban, sabía por revelación que la alianza que contraía con aquel justo, nunca llegaría á nada terreno ni carnal, y que, más que sus cuerpos, con el matrimonio enlazarían su virginidad con un voto común: ¿pues en qué consiste la esencia de un verdadero matrimonio sino en una sociedad legítima entre un hombre y una mujer, los cuales con mutuo consentimiento se dan uno á otro? Esta obligación es la esencia del matrimonio, y cuanto sigue á este voluntario consentimiento y sirve á la natural producción de los hijos, no es esencial al matrimonio, el cual sin nada de esto puede subsistir en toda su perfección.

Todos los teólogos convienen en que hay en el matrimonio tres clases de bienes, que constituyen su perfección: *fides, proles, sacramentum*: la fidelidad, los frutos y el sacramento. La fidelidad consiste en que ninguno de los esposos defraude al otro del bien que le pertenece, de modo que uno al otro pueda decir con verdad: «os conservo fielmente el cuerpo de que sois dueño.» Los frutos no son tan sólo los hijos, habiendo muchos verdaderos matrimonios que no tienen prole por impotencia natural ó por voluntaria continencia hecha de común acuerdo y aún acompañada del voto, de lo cual nos presenta multiplicados ejemplos la historia de los héroes del Cristianismo; y lejos de que por este voto padezca mengua su matrimonio, su unión se perfecciona y se sublima tanto cuanto es más espiritual, más pura y santa. Los frutos son todas las demás ventajas consiguientes á una amistad íntima é indisoluble entre dos amigos muy cordiales, muy tiernos, muy generosos y francos, que elevan su mutuo

cariño á una altura á que no llega ningún otro amor terreno. Finalmente, consiste el sacramento, como nos lo enseña San Pablo, en que esta unión de los casados representa la de Jesucristo con su Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in Ecclesia.* (Ephes. 5.)

No preguntéis, pues, cómo se hallan bien avenidos el voto de virginidad que hizo María desde sus más tiernos años, y el matrimonio que contrae con San José. Tiene hecho voto de permanecer siempre virgen, y sin embargo, da su cuerpo á un hombre, porque sabe que así lo dispone el Altísimo y que aquel varón justo será el incorruptible custodio de su pureza; de modo que no solamente no lo viola, sino que redobla, si se permite esta locución, su magnánimo voto, haciendo entrar en sus sentimientos á su esposo San José, verificándose al mismo tiempo dos admirables contratos, uno entre ellos, y el otro con Dios; entre ellos un contrato matrimonial, por el cual da la Reina de los ángeles su purísimo cuerpo á su esposo José, y este da el suyo á la Reina de las vírgenes, que es como si se hubiesen hecho una donación recíproca de dos cuerpos santos, de dos reliquias preciosas para recibirlas con sumo respeto y conservarlas con profunda veneración; y entablan en el mismo instante otro contrato y alianza con Dios mediante su voto de virginidad perpetua, por el cual, contentándose con el dominio que tienen el uno sobre el otro, renuncian para siempre al uso de tal dominio, y á Dios prometen conservarle con el aroma de cándida pureza sus cuerpos y sus almas. ¿Vióse jamás matrimonio más perfecto, más grato á los ojos del Eterno, ni más digno de la admiración de los ángeles?

Debiendo ser María Madre del Salvador, fué menester que fuese casada; pues aunque había de serlo, no por el matrimonio como las demás mujeres, sino por obra sobrenatural del Espíritu Santo, era preciso dejar á cubierto su honor á los ojos de un mundo que ignoraba este misterio. ¿Qué juicio hubiera formado de una joven soltera al verla encinta ó alimentando á un niño con la leche de sus pechos? Mas viéndola casada no había lugar á ningún juicio siniestro. De lo contrario corría inminente peligro, no sólo su buena reputación, sino también su vida, pues en el cap. XXII del *Deuteronomio* se mandaba apedrear á la joven que se prostituyese.

Exigíalo también la gloria de su Hijo. La grandeza é importancia de su empresa, que era la renovación del mundo, requería una persona irrepreensible. Si áun no hallándose en nuestro Redentor ni leve sombra de imperfección, ni cosa que denigrar en su familia, que descendía de los patriarcas y de los reyes de Judá, ni en sus costumbres, cuya inocencia ofuscaba los resplandores del sol, ni en su doctrina, admirada de sus mismos enemigos, ni en sus obras, que llevaban el sello de la Omnipotencia, fueron tantas las calumnias, las injurias, los desprecios y malos tratamientos, ¿qué sería si se hubiera podido echarle en cara la vergüenza de ser hijo de una mujer sin marido, aunque en realidad su generación fuese tan milagrosa? Pero áun cuando no bastaran estas razones, otras muchas se agolpan á porfía. 1.^a Era menester que fuese entregada á la custodia de un hombre de angélica pureza, que fuera fiel testigo y escudo de su virginidad, para que, viéndola con esposo, ningún otro hombre codiciara su mano. 2.^a Era menester que tuviese un marido de su propia familia, para que por la genealogía de José se viniese en conocimiento de la suya, no siendo costumbre de los hebreos formar genealogías de mujeres,

sino sólo de hombres. 3.^a Convenía que tuviese un superior á quien obedecer respetuosamente, para enseñar á las mujeres con cuánta sumisión y humildad deben honrar á sus maridos. 4.^a Era necesario que tuviese un esposo que la ayudase á llevar las fatigas y el peso de su familia, lo que es más propio de hombres que de mujeres. Cuando tuvo que ir á Belén, por obedecer al edicto del César; cuando tuvo que huir á Egipto para salvar á Jesús de la persecución de Herodes; cuando era indispensable hacer otros viajes á Jerusalén ú otros puntos, convino ciertamente que la Madre y el Hijo viajasen guiados y protegidos por un hombre como el Patriarca José. 5.^a Era menester que honrase y santificase los tres estados en que se hallan las de su sexo, celibato, matrimonio y viudez, y que á todas ellas se ofreciese un modelo bellísimo y perfecto. Dulce consuelo es para las hijas de Eva, sea cual fuere el estado en que la Providencia las haya puesto, el decir: «Mi Madre celestial tuvo el mismo estado que yo, y su vida me ha de servir de modelo.»

Estas razones se robustecen con otra de que hacen alto aprecio San Jerónimo y muchos otros Padres, y es de San Ignacio, mártir: «Quiso Dios, dice, que su Madre fuese casada para engañar al príncipe de las tinieblas, y ocultarle bajo el velo del matrimonio los misterios de la divinidad de su Hijo, de la muerte de un Dios y el de la virginidad de su Madre; y así la antigua serpiente, alucinada por el velo del matrimonio y por el nacimiento de un Niño, no conoció que aquel Niño era Dios, ni que aquella Madre fuese virgen, ni que la muerte de la víctima del Calvario fuese el sacrificio de un Hombre-Dios por la redención de sus hermanos.»

María necesitaba un amigo íntimo, un depositario de los secretos de su corazón, un José, cuya alma fuese una misma cosa con la suya, para comunicar con ella los

ardores de su celestial amor y tratar de los misterios que se obraban en la encarnación del Verbo, en la reparación de la gloria de Dios y redención del mundo. Los coloquios de las cosas de Dios son dulcísimos para las almas que le conocen; y cuanto más le conocen, tanto más hambrientas se hallan de hablar juntas sobre su Amado. ¡Oh! ¿A qué lengua sería dable reproducir las conversaciones de María y de José? Cuando aquellas dos almas, tan semejantes en gracia, en luz, y en gusto y sabor de Dios, se comunicaban cuanto recibieran de lo alto en sus contemplaciones, ¿no os parece que los ángeles del cielo estarían colgados de sus labios, como aprendiendo de ellos altas verdades del misterio de la Encarnación? ¡Oh María! ¡Oh José! ¡Oh depositarios de los secretos del Hijo de Dios! ¡Ah! Que no podamos adivinar lo que pasó en vuestras almas, lo que concibió vuestro entendimiento, lo que gustaron vuestros corazones, lo que profirió vuestra lengua! Mas ya que no seamos dignos de penetrar en tan divino santuario, al menos séanos permitido adorarlo, admirarlo y amarlo, deseando una estrechísima unión con vuestros corazones, para no querer ni sentir nunca sino lo que ellos quisieron y sintieron, y amar á nuestro Salvador con el mismo fuego con que le amaron.

Cuando considero á Jesús entre María y José, adoro este misterio y me imagino ver aquellos dos querubines que sobre el Arca del Testamento extendían sus alas cubriendo el propiciatorio, que era la parte superior del Arca, donde Dios se dignaba emitir sus oráculos y escuchar las oraciones de sus siervos. Uno de ellos tenía la figura de un joven y el otro la de una joven, según observa Arias Montano; y situados uno enfrente del otro, ambos fijaban sus ojos en el propiciatorio, en el cual uno á otro se estaban siempre mirando como en un espejo, pues era de una plancha de oro finísimo y resplandeciente,

que representaba cuanto se le ponía delante. Pero esto no era más que una figura de Jesucristo, que es el verdadero propiciatorio. ¿Pues qué son María y José, unidos con el vínculo del matrimonio, sino los dos querubines que con sus alas cubren el propiciatorio? Ambos extienden los brazos y se dan la mano para proteger, sustentar, custodiar y servir á su querido Jesús; sus ojos están fijos sólo en Jesús; sus corazones aman sólo á Jesús; y sin mirarse directamente uno á otro, se ven siempre en Jesús como en el espejo de la Divinidad, en el cual Dios Padre se contempla eternamente á sí mismo, y en el cual todos los bienaventurados se conocen y aman como José y María se remiran en este espejo adorable, amándose con un amor divino.

¡Oh esposos, cuya unión es el purísimo amor de Jesucristo, no mirándose ni amándose sino en El y por El! ¡Oh dichosos querubines del Arca, cuyo oficio es tender las manos sobre el verdadero propiciatorio, contemplarlo y ver allí, extáticos de asombro, la divina Majestad anonadada por amor de los hombres! ¡Oh felices depositarios, cuya única solicitud es guardar, más que la propia vida, aquel precioso tesoro! ¡Oh si todos los casados volviesen los ojos á este modelo esforzándose en imitarle en cuanto les fuera posible, amándose con un cariño, no sólo natural, sino sobrenatural, dándose uno á otro las manos para extenderlas de común acuerdo sobre el propiciatorio, emprendiendo con firme y unánime resolución los ejercicios de piedad como su principal y único negocio para procurarse mutuamente los bienes eternos en que está cifrada la amistad verdadera, y considerando á sus hijos como preciosos depósitos que el Señor les confía para que se los conserven cuidadosamente, preservándolos del contagio del vicio, y llenándolos desde la infancia del espíritu de Dios, á fin de restituírse los puros y santos en

la eternidad! ¡Oh! Si así fuese, ¡qué de gracias lloverían sobre ellos del trono de la misericordia!

Admirable es la institución del matrimonio: Dios, al establecerlo, quiso que el hombre y la mujer se hiciesen una misma cosa, y que tan íntima y duradera fuese esta unión, que imitase la del alma con el cuerpo, de modo que nada sino la muerte fuera capaz de romperla; por lo cual es de rigurosa justicia que entre los casados sean todas las cosas comunes, los honores, las riquezas, los afectos, los sentimientos, la misma vida, los cuerpos y las almas, pues una misma y una sola cosa son el hombre y la mujer por el sacramento del Matrimonio. *Erunt duo in carne una*: y en todo buen derecho pasan ambos por una sola y una misma persona. ¡Qué de consecuencias gloriosas para José pueden y deben sacarse de su matrimonio con la Reina del cielo! El Señor le elevó á la mayor gloria posible, haciéndole una misma cosa con su Madre por medio de ese indisoluble lazo.

Todos los títulos de honor son comunes entre el marido y la mujer, y de aquí es inmensa la honra que á San José resulta, siendo como suyas las prerrogativas con que al Eterno plugo enriquecer á su esposa: *Quia omnia quæ sunt uxoris, sunt viri*. Ambos desde la eternidad fueron predestinados para concurrir al misterio de la Encarnación y redención del mundo: ambos, sin el borrón del pecado y llenos de gracias para llevar á cabo dignamente aquel magnífico designio; ambos descendientes de Reyes y Patriarcas; ambos consagrados á Dios con voto de virginidad; ambos honrados con el encargo nobilísimo de alimentar, custodiar y educar, desempeñando todos los oficios de verdaderos padres, al encarnado Verbo. María, después de haberle producido de su propia sus-

tancia, le mantuvo con la leche de sus virginales pechos: José le alimentaba con el trabajo de sus manos: poseían ambos aquel tesoro, le guardaban más que su propia vida, le amaban con un mismo corazón, y esta gloria era común á entrambos.

No sólo los honores, también las riquezas son comunes entre los esposos; así las inmensas riquezas de María son riquezas de José. Y para ponderar cuán rica fuese la Señora, basta considerar que el Padre Eterno le dió á su propio Hijo, que es el tesoro que á El mismo le hace infinitamente rico; y habiéndosele dado, ¿quién se atreverá á pensar que le negara alguna de las otras riquezas de que es dueño y señor?

¿Queréis ver cómo entrega Dios todos sus tesoros á María? Observad lo que hace con el tesoro de la naturaleza. La predestinó desde *ab æterno* con su Hijo, y luego sacó de la nada para ellos el resto de las criaturas, como quien les hacía un regalo. ¿Quién lo dice? La Iglesia, regida por el Espíritu Santo, pone en boca de la Señora estas palabras del cap. XXVIII del *Eclesiástico*: *Ab initio, et ante sæcula creata sum*: manifestándonos que fué creada desde el principio y antes de los siglos; mas esto no ha de entenderse en cuanto á la ejecución ó existencia actual, pues no existió ni antes del mundo ni desde el principio del mundo, sino que en la intención divina fué con su Hijo primera entre las criaturas. Ella, por consiguiente, fué el fin, por el cual crió el Eterno toda la naturaleza; luego todo le pertenece de justicia, según la verdadera intención divina.

Ni hay que admirarse de esto; pues si escribiendo San Pablo á los cristianos de Corinto, después de haberles hecho una descripción del mundo, de la vida, de la muerte, de las cosas presentes y futuras, les dice: *Omnia vestra sunt*, todo es vuestro, y vosotros sois de Jesucristo, y

Jesucristo es de Dios su Padre, ¡con cuánta mayor razón diremos á la esposa de José: *Omnia vestra sunt*. Todo es vuestro ¡oh Soberana, oh Dominadora de todos los seres criados; el cielo y la tierra, los astros y los elementos, las plantas y los animales, los hombres y los ángeles, todo se hizo para Vos; todo es vuestro, y Vos sois únicamente de Jesús, y Jesús es de su Padre Dios! Si el Señor dijo á Santa Teresa: «Sábeta, hija, que si no hubiese criado el mundo por otra causa, hubiéralo criado sólo por ti,» ¿qué extraño es que digamos que crió el mundo y produjo toda la naturaleza por su Madre Santísima? Todo el mundo está bajo su dominio; todas las criaturas la acatan y obedecen; pregónanla bienaventurada todas las naciones, y ved aquí cómo toda la naturaleza es su tesoro. Esta, empero, es la menor de sus riquezas.

El Señor le da su gracia en mayor abundancia, y para hacérselo entender, la Santa Iglesia la llama en sus letanías Madre de la divina gracia: *Mater divinæ gratiæ*. Si respetuosamente consideramos lo que encierra el seno de María, veremos que es el Autor de la divina gracia, la inexhausta fuente de las gracias santificadoras del ángel y del hombre; y así salta á los ojos que está Ella en plena posesión de todo el inmenso tesoro de las divinas gracias.

Es célebre aquella sentencia de San Jerónimo: *Cæteris per partes, Mariæ vero simul se tota infudit plenitudo gratiæ*. A los demás se da por partes, pero en María se derrama entera la plenitud de la gracia. Es su propietaria, no como de una cosa de que Ella misma sea origen, sino como de un bien recibido: es la depositaria de este bien general del mundo confiado á su fidelidad: es la distribuidora de este caudal precioso; pues según el común sentir de los Santos Padres, no recibimos gracia alguna de Dios, sino mediante su poderosa intercesión.

En cuanto al tesoro de la gloria, es necesario medirlo con el compás de la gracia, pues no es otra cosa que la misma gracia en su fruto y en toda su madurez, siendo en las almas la medida de la gloria la gracia de que se vieron enriquecidas. Razón, pues, sobra para decir que así como Dios puso á María en posesión de todo el tesoro de su gracia, púsola igualmente en plena posesión de todo el tesoro de su gloria. Y esto, sin duda, quiso indicar el *Apocalipsis* describiéndonos la maravilla de una Mujer vestida del sol. Cualquiera adivina lo que ese sol significa. Cualquiera ve que es la gloria de María.

Resumamos las riquezas de la Doncella de Nazaret: posee al mismo Hijo de Dios, que es el tesoro esencial, necesario, infinito y eterno de Dios su Padre, el cual, habiéndole hecho este inefable regalo, nada pudo negarle del resto de sus bienes: *Quomodo cum illo non omnia illi donavit?* Ella es, pues, la persona más rica que haya formado la diestra del Excelso. ¿Y quién será digno de la mano de esta Princesa? Tanta dicha estaba reservada desde la eternidad al Patriarca José. Dios quiso hacerle con este matrimonio más rico que todos los Santos de la Iglesia triunfante y militante, no habiendo la más mínima duda en que son del esposo los bienes de la esposa.

Pero la principal y más preciosa dote de su matrimonio es poseer el corazón de María. ¿Y quién dirá la abundancia de inestimables riquezas que acumuló en aquel endiosado corazón la ternura del Dios, de quien es Hija, Madre y Esposa? Oigamos á San Bernardino de Sena acerca de la comunicación, ó mejor dicho indivisibilidad de bienes de los amantes corazones de San José y María: *Quia omnia quæ uxoris, sunt etiam viri, credo, quod Beatissima Virgo totum thesaurum cordis sui quem Joseph recipere poterat, illi liberalissime exhibebat.* «Siendo justo que pertenezca al marido cuanto posee la mujer, creo

firmemente que la Virgen Santísima comunicaba á José todos los tesoros de su corazón.» Cuanto más nos engolfamos en este mar inmenso de las grandezas de José y de María, vemos salir nuevos torrentes de luz que ofuscan nuestra vista; no pueden resistirla los ojos, y es preciso cerrarlos y guardar profundísimo silencio para meditar en ellos con mayor recogimiento.



CAPÍTULO XIII

QUIEN hubiese visto con los ojos de la carne lo que se obraba invisiblemente cuando el arcángel San Gabriel pronunció estas palabras: *Ave, gratia plena, Dominus tecum*, confesaría que en el curso de los siglos no ha habido un día tan admirable y prodigioso ; pues como era el de la magnífica entrada de la gracia en este mundo, de donde la habían desterrado desde un principio el pecado y el demonio, en comparación suya es sombra vana el triunfal ingreso de un vencedor en la ciudad conquistada. Tres personas augustas la traían en triunfo: un Angel que la anunciaba , una Virgen que la recibía y un Dios que la poseía: el Angel la traía en los labios, la Virgen la recibía en su seno , y en su corazón la llevaba el mismo Dios, cual tesoro inexhausto.

Bajo la apariencia de un cuerpo humano y bajo la forma de un bellissimo joven, entró el arcángel Gabriel en la habitación de la Virgen , y hallóla sola y en oración. Figuraos la sorpresa de una Virgen tan pura al verse sola con un joven. Pero era un embajador del cielo , un representante de la Santísima Trinidad; y como los em-

bajadores se rodean de magnífica pompa proporcionada á la grandeza del príncipe que los envía, éste, que venía de parte del soberano Monarca del universo, se revistió de tal belleza y majestad, que la augusta Doncella conoció que no era aquel un hombre de la tierra, sino un príncipe de la corte celestial, y escuchó al embajador del Altísimo como hubiese escuchado al mismo Dios.

Su coloquio con él fué purísimo y elevadísimo; penetrando sus ojos al través del cuerpo artificial que el ángel se había formado, como al través de un espejo, veían claramente la sustancia espiritual del ángel, como nos lo asegura San Atanasio, y así estaba cierta de que hablaba con un espíritu. No se turbó la Señora con la vista sino con la palabra del ángel: el Evangelio se expresa de un modo terminante: *Turbata est in sermone ejus*; la palabra era quien la hacía temblar, y no la del ángel, sino la de Dios, el Verbo eterno, cuya majestad descubría en la embajada de Gabriel, anunciándola éste que concebiría en sus entrañas al adorable Verbo: turbábanla su humildad y su pureza.

Por una parte, su humildad profundísima es causa de su turbación, pues se juzga la última y la más indigna de las criaturas: asústase y tiembla al oír que será Madre del que es el esplendor de la infinita gloria de Dios, Padre; porque nada confunde al humilde tanto como la elevación, así como para conturbar á un soberbio tiene la humillación una eficacia irresistible. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán lejos estoy de ser verdaderamente humilde, pues me regocijo siempre que se me honra algún poco! Y una elevación tan santa y tan divina estremece á la Madre de Dios.

Túrbala, por otra parte, su virginal pureza, que para siempre y con voto ha consagrado á su Dios: la estima más que á su vida, y así, al oír que será madre, tiembla

por su virginidad. Ni basta para tranquilizarla decirle que será Madre de Dios; pues si para serlo fuese preciso perder su preciosa virginidad, renunciaría aquella dignidad sublime. En vano le dice el Angel: «No temáis, María; habéis hallado gracia delante del Señor: concebiréis y daréis á luz un Hijo á quien llamaréis Jesús, y será el Hijo del Altísimo que ha de reinar eternamente.» Esta inmensa gloria de ser Madre del Hijo del Altísimo no calma su turbación, tiembla por su virginidad, y replica al Arcángel: «¿Cómo se hará esto, pues yo no tengo comercio con ningún hombre, ni quiero tenerlo nunca?» Y no se tranquiliza ni da su consentimiento hasta que el Angel le asegura que todo será obra del Espíritu Santo.

¡Oh vírgenes cristianas, que tenéis á Jesús por vuestro único Esposo! ¡Oh hijas de familia, oh virtuosas matronas, que miráis á María como el honor de vuestro sexo y empleáis la ternura de vuestros corazones en amarla, teniéndola por Madre! Jamás perdáis de vista este admirable ejemplo: su humildad y su pureza la hacen estremecer á la presencia de un ángel. ¿Cuál no sería la estimación que hiciese de estas virtudes? ¡Qué celo, qué amor, qué fidelidad la suya en conservarlas! Estas fueron, según San Bernardo, las que en Ella fijaron los ojos del Altísimo, mereciéndole la divina maternidad: *Virginitate placuit, humilitate concepit.*

Conoceremos la infinita importancia de este mensaje si consideramos que no se trata de los intereses de un rey de la tierra y de todos sus vasallos, sino de todos los reyes del orbe y de todos los vasallos que de ellos dependen; y no sólo de los que viven en un siglo, sino de cuantos han existido y existirán desde la creación del mundo hasta el último día. El negocio pendiente no es un bien

temporal, ó un honor pasajero, ó una vida perecedera, sino un bien ó un mal infinito, una honra ó una infamia perpetua, y una vida ó una muerte eterna.

Los Angeles están sumamente interesados, pues el éxito venturoso de esta embajada hará que los hombres, hermanados con ellos, ocupen en el cielo las radiantes sillas que dejaron vacías los querubines rebeldes. Dios mismo tiene en ella un interés vivísimo, pues de esta negociación depende el que se repare su externa gloria, ingratamente ofendida por la criatura; el que se establezca una paz general y duradera entre el cielo y la tierra, entre el Hacedor y la humana naturaleza; el que estas partes beligerantes desde el principio del mundo, apagada la tea de su discordia, contraigan un matrimonio admirable que haga de ellas una misma persona, formando tan estrecha, tan fuerte y santa unión, que ni la vida ni la muerte puedan separarlas. A esta misión del Angel están vinculadas la dicha eterna de los hombres, el complemento de la felicidad de los espíritus celestiales y toda la gloria que Dios recibe de sus criaturas.

El cielo busca á María: el mensajero es un Arcángel, y el mismo Rey de omnipotente majestad dirige esta inefable empresa: mientras El habla á su enviado, los Tronos y las Dominaciones han entrado en un éxtasis de admiración, y todas las inteligencias celestiales guardan silencio profundo y respetuoso.

«Volad, Gabriel; atravesad el inmenso espacio que media entre los cielos y la tierra; llevad á la Virgen María las nuevas de nuestro consejo: la hallaréis en la pequeña ciudad de Nazaret; estrecho es el cerco de sus murallas; la casa donde habita es pequeña; suya es, empero, la grandeza del reino de los cielos: id á decirle que se ha decretado que Ella será la Madre del Hijo de Dios.»

En el momento que el Arcángel recibe comisión tan

honorífica, inflamado de santo celo, pero temblando al peso de la grandeza del mandato, prepárase á ejecutarlo: se reviste de las apariencias de un cuerpo humano; se engalana con magnificencia, belleza, majestad y resplandores, traspasa los cielos con vuelo rapidísimo, y entra en la reducida habitación de la Santísima Virgen.

No hizo á la Señora un largo discurso lleno de cumplimientos humanos, porque no debía hablarle sino de los arcanos de la Divinidad: no le hizo una amplia exposición del misterio que le anunciaba (el cual después de su cumplimiento tanto ha ejercitado la elocuencia de los Santos Padres), porque hablaba á la Madre de la divina Sabiduría, á quien la Iglesia llama Virgen prudentísima, á la que entendía el lenguaje de Dios, que consiste en una sola palabra.

El Eterno había compuesto la arenga de su embajador, y el Arcángel que la recibiera con sumisión humilde, la pronunció saludando á María con respeto profundo: *Ave, gratia plena, Dominus tecum*. Nada añadió, nada mudó; y como no exponía sus propios pensamientos, no pronunció palabras de su invención, sino las del Omnipotente que le enviaba y hablaba por su boca.

Tal es el origen del *Ave María*. Esta salutación angélica es grande y admirable en demasía. Breve en las palabras, pero profundísima en su sentido é inteligencia, que encierra todos los secretos del misterio de la Encarnación: de tan noble origen, que la concibe el corazón de Dios, un ángel la publica y la recibe la Madre del mismo Dios: de tan poderosa virtud, que hace temblar á los demonios, consuela á los ángeles santos y renueva en el corazón de la Virgen nuestra Señora el regocijo que le causó verse hecha Madre de Dios. Es para la Iglesia tan gloriosa, que leyéndola en el mismo Evangelio en que lee el *Padrenuestro*, que es la oración compuesta por el

mismo Jesús, le profesa la misma estimación y respeto, y repitiéndola continuamente, propónese imitar el sempiterno cántico que se canta en el cielo á la Majestad divina, repitiendo incesantemente Santo, Santo, Santo: *Incessabili voce proclamant: Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus.* ¿No parece que la Iglesia militante responda con otro coro á la triunfante, cuando sin cesar repite: Ave María, Ave María, Ave María?

Sabemos cuándo se verificó este asombroso misterio, pues principiaron á contarse los años desde el immaculado parto del portalito de Belén, y la Iglesia cree que fué el veinticinco de Marzo, porque en tal día celebra la fiesta de la Anunciación. Dice San Atanasio que fué muy de mañana, hacia la hora en que se cantan maitines, para que el día de la gracia principiase cuando comienza el de la naturaleza, y por ser aquella la hora en que nuestra alma suele estar más tranquila y mejor dispuesta á hablar con Dios en la oración. Y San Bernardo repite que la Santísima Virgen estaba encerrada en su cuarto para no ser interrumpida en su oración, ó en la lectura de los libros santos que la ocupaba continuamente: *Ne orantis perturbaretur silentium.*

El arcángel Gabriel no llamó á la puerta para que se le abriese, sino que entró penetrando las paredes, cual ángel vestido de sutil cuerpo y agil como los espíritus; entró en silencio y con humildad, no habiendo venido á mandar, sino á pedir el consentimiento de la divina Amante. ¿Y no os parece maravilla el que la Majestad de Dios le envíe uno de los primeros príncipes de la corte celestial á preguntarle si quiere consentir en el matrimonio de la naturaleza divina con la humana, que en su seno desea efectuar? ¡Ah! ¿Era preciso que para esto

pidiese y esperase su consentimiento? Al modo que formó el cuerpo de la primera mujer, sacándola de una costilla del hombre, sin que éste lo advirtiera, ¿no podía hacer que la Virgen concibiese sin quererlo y áun sin advertirlo?

Lo podía; mas la infinita majestad del Excelso, no contenta con humillarse hasta nuestra humana naturaleza, quiso para ello requerir el consentimiento y como pedir licencia á su criatura. ¡Oh bondad! ¡Oh ejemplo de sumisión maravillosa! ¿No bastaba, Señor, que hicieseis á María la honra de elegirla por vuestra Madre? Exigís su consentimiento á fin de que, siéndole libre, le sea meritoria la obra de vuestra misericordia infinita y de vuestra omnipotencia igualmente infinita. ¡Oh divina, inefable bondad! ¡Oh altísima honra! ¡Oh fortuna! ¡Oh gloria! ¡Oh mérito incomparable de la Doncella, delicia de vuestros ojos! San Bernardino de Sena cree que mereció Ella, con sólo este consentimiento de su voluntad, más que los hombres todos y todos los ángeles juntos con todo lo que hagan, digan ó piensen de más santo en todos los días de su vida.

Parece que la Virgen no tenía necesidad de haber deliberado tanto para resolver sobre un negocio de tamaña importancia; oid, sin embargo, cómo le habla San Agustín; y San Bernardo, San Fulgencio, San Lorenzo Justiniano y otros muchos Padres le dirigen casi las mismas palabras, animadas de sentimientos muy semejantes: «Responded, Virgen Santa, le dicen; dad vuestro consentimiento al ángel que os lo pide de parte de Dios, y que lo espera para llevárselo. Dad una respuesta favorable á la salud del género humano, que á vuestras plantas suspira embriagado con la hiel de su inmenso infortunio; decid una sola palabra; con una sola palabra podéis consolarle ¡oh Santísima Virgen! Vos que sois la esperanza

de todos los siglos: llegado es el tiempo; en vuestras manos está el consuelo de los afligidos; todos los ojos están vueltos y clavados en Vos y os solicitan con sus lágrimas; misericordia se os pide de todos los ángulos del universo donde hay criaturas racionales; misericordia del limbo, de la tierra y hasta del cielo; á Vos se clama con un mismo grito, se ruega con una misma vehemencia y se suspira con un mismo deseo; hablad, oráculo de salvación; responded á la demanda del embajador arcángel; dad el consentimiento que el cielo, la tierra, los ángeles y los hombres, las criaturas y el Criador os piden; decid una sola palabra, y derramaréis por do quiera la salud y la alegría.

»Mirad al Hijo único de Dios pronto á salir del seno de su Padre, esperando á la puerta de los cielos para entrar regocijado en vuestro seno virginal en el instante que hayáis consentido. Mirad á vuestro primer padre Adán, mirad á todos los Patriarcas de los siglos pasados y á los Reyes que fueron vuestros abuelos; mirad á todos vuestros parientes, los hijos de nuestro primer padre, que todos están desolados porque se les veda la entrada en el reino de la gloria, si Vos no les abris la puerta con una respuesta favorable. Hablad, pues, Virgen bendita; dad cuanto antes vuestro consentimiento al arcángel que está esperándolo para alegrarse con los ángeles y con los hombres; consentid en ser Madre de Dios, y á todos los haréis hijos de Dios.

»¿Por qué os detenéis pensativa? ¿Reflexionáis para deliberar, mientras todos los seres están suspensos esperando cuál será vuestra resolución? ¿Qué esperáis? ¿Qué teméis? ¿No habéis oído que no seréis madre sino por obra del Espíritu Santo, sin el más leve menoscabo de vuestra virginal pureza? ¿Cómo teme la que ha hallado gracia delante del Señor? Decid una palabra, y Dios os

dará su eterno Verbo, su único Hijo, de quien seréis amorosa Madre.»

Consolaos, míseros mortales, desterrad la tristeza, enjugad vuestras lágrimas, saltad de gozo y embriagaos de alegría: derramad vuestros corazones cantando y repitiendo mil veces *Alleluia*: María ha dado su consentimiento, y vosotros tendréis un Salvador, tendréis un Hombre-Dios, tendréis todos la dicha de emparentaros con Dios, que será vuestro hermano; tendréis la honra de ser sus hijos, y por fin tendréis la gloria de ser sus coherederos en el reino de su celestial Padre y poseedores de su gloria en la eternidad: y todo esto lo habéis adquirido por el consentimiento que acaba de dar María para ser Madre de Dios. ¿Y con qué os manifestaremos, ¡oh Madre! nuestra gratitud por lo infinito que os debemos? ¿Y no pide rigurosa justicia que os seamos devotísimos por siempre y sin reserva, y que todo nuestro corazón y toda nuestra alma no viva, no aliente, no respire sino en Vos y para Vos?

Las palabras que dijo al ángel la Santísima Virgen, fueron éstas: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*. «He aquí, Señor, vuestra humilde esclava; hágase en mí según vuestra palabra.» Pronunciábalas arrodillada en tierra, con el corazón, las manos y los ojos levantados al cielo. ¡Oh respuesta maravillosa! ¡Oh poderosas palabras! ¡Oh profundidad de los misterios que encierran!



CAPÍTULO XIV

VE María un ángel que viene á saludarla de parte del Soberano Monarca del Universo, y la honra infinitamente llamándola llena de gracia, es decir, de belleza, de santidad y perfección, hasta el punto de que, enamorado el mismo Dios de su hermosura, quiere bajar á su seno y la elige por su Madre, que es la más alta dignidad á que le es dado levantarla; y Ella desde tamaña altura se abisma en las profundidades de su humildad, y responde al ángel: *Ecce ancilla Domini*. «Yo no soy más que una esclava del Señor.» Quiso el soberbio querubín ser el primero en la casa de Dios, semejante al Altísimo, y su ambición le hizo el último de los seres y el más desemejante á Dios. La Santísima Virgen, por el contrario, responde á Gabriel que Ella es la esclava, esto es, la última de la casa; y su humildad la eleva á ser la Madre, es decir, la primera y tan semejante al Altísimo que la ha formado á su semejanza: *Merito facta est novissima prima, quæ cum prima esset, omnium se novissimam faciebat*, dice San Bernardo.

La Virgen añade luego: *Fiat*, que en nuestra boca

significaría un deseo y una plegaria, pero en la suya parece que Dios haya querido que fuese una palabra de autoridad, de mandato y de tan gran poderío, que muchos Santos Padres, comparando el *Fiat* del Omnipotente en la creación del mundo con el *Fiat* del misterio de la Encarnación, opinan que éste se ostentó más poderoso que el otro, porque produjo efectos más admirables.

1.º El *Fiat* de Dios sólo dió el sér á las criaturas, y el de María dió el sér humano al mismo Dios. 2.º El de Dios sacó los mundos del seno de la nada; el de María al Hijo de Dios del seno de su Eterno Padre. 3.º El de Dios nada añadió á su grandeza y perfecciones infinitas; el de María produjo en Ella efectos maravillosos, pues en el instante que lo pronunció vióse hecha Madre de Dios y enriquecida de las prerrogativas consiguientes á tan excelsa dignidad. 4.º El de Dios le dió imperio sobre criaturas caducas; el de María le dió imperio sobre el mismo Dios, pues al pronunciar aquella poderosa palabra se hizo su Madre y El su Hijo, y por tanto su inferior temporalmente, habiendo Ella adquirido derecho para mandarle.

¡Oh *Fiat* admirable! ¡Oh *Fiat* incomprendible! ¡Oh *Fiat* maravilloso de la Virgen Madre! Tu pusiste atónita á toda la naturaleza, atropellaste sus leyes y violaste sus derechos con admirables privilegios y estupendos milagros. Una Virgen, quedando virgen, concibe en su seno un Niño; forma por sí sola su cuerpo, que al punto se halla organizado y dispuesto á recibir el alma; es animado en el acto, y en el mismo instante aquella alma se ve llena de sabiduría, de gracia y de todos los dones del cielo; en el mismo momento es dichosa por la clara visión de Dios, y en aquel mismo instante aquel alma y aquel cuerpo se unen á Dios, y la Santísima Virgen se halla encinta de un hombre.

El gran San Dionisio Areopagita no temió estampar

en su libro cuarto de los *Nombres divinos* estas palabras: *Audemus et illud pro veritate dicere, quod ipsemet Creator omnium extra se factus est.* Y para que no parezca demasiado que al mismo Dios hiciese entrar en éxtasis el *Fiat* de una Doncella divinamente hechicero, el mismo Santo da la razón y añade que fué obra de su amor: *Propter amatoriam suæ bonitatis magnitudinem.* ¡Pero qué amor! ¡Qué maravilla! ¿Qué otro amor que el de María pudo hechizar y arrebatarse de tal suerte el corazón de su Dios? Con razón exclamaba San Bernardo: *O amoris vis! Quid violentius? Sic de Deo triumphat amor.*

El *Fiat* de la divina Madre hace un Dios Salvador al Dios que para con nosotros no tenía más que el título de Criador. Y aunque éste ha sido siempre el mismo Dios, como Criador se limitaba su omnipotencia á sacar criaturas de la nada; ahora, como Salvador, hace más, mucho más: saca las almas inmortales de los abismos del pecado, y les da un sér sobrenatural y divino con la gracia santificante, cuya mínima porción vale más que la natural existencia del universo. Antes no podía tener hermanos, y ahora le envía su Padre, y la Santísima Virgen le recibe en sus entrañas para hacer hermanos suyos á todos los hombres: *Unicum ipsum, quem genuerat, missit in mundum ut non esset unicus, sed fratres haberet adoptivos.* (August., tract. II in Joan.)

Mi Criador no hizo de mí sino una criatura, y si hubiese permanecido así, nunca llegaría al reino de la gloria, ni gozaría de mi Dios. Pero la Madre admirable, con la divina fecundidad que ha recibido del Padre, me da un Dios, no solamente Criador, sino también Salvador; y El me da un sér divino, me adopta por hijo de Dios y me confiere un derecho legítimo á la posesión de su eterno heredamiento. Vos, Padre celestial, me disteis un Criador; sin El nada sería yo, y por lo mismo os debo amor

ardiente, adoración profunda. Pero Vos, divina Madre, me habéis dado un Salvador; sin El era segura mi perdición eterna, y por El me es dable esperar infinita misericordia, y por lo mismo os debo amor vehemente y devoción encendida.

Al dar esta Reina de misericordia su benigno consentimiento, viéronse vencidas y sobrepujadas todas las leyes de la naturaleza por las de la gracia, que en aquel momento obraba multitud de nuevos y asombrosos milagros. Una virgen es madre, un Dios es hombre, y un hombre es Dios: un Eterno comienza á vivir, y un Omnipotente es débil niño: no habla la eterna palabra; desaparecen todas las figuras del Antiguo Testamento en presencia de una sola verdad; pero esta verdad, infinitamente esplendorosa y llena de gloria soberana, está como en tinieblas, y aún se ostenta menos que sus eclipsadas figuras; el Sér de los seres parece anonadarse, y, por decirlo de una vez, se deifica en el seno de María nuestra abatida naturaleza, y la Esencia divina se reviste del tosco y doloroso sayo de los mortales. He aquí la consumación de los más altos misterios de la religión; he aquí la ejecución de los más sublimes designios de Dios: ¡he aquí, en suma, la mayor maravilla de la gracia!...

¿Quién nos dirá ahora qué abundancia de gracias comunicó el Espíritu Santo á María para prepararla á ser Madre del Hijo de Dios? Ni los ángeles ni los hombres juntos; solo el Dios que cuenta el número de las estrellas, llamándolas á todas por su nombre. Y el atreverse á hablar de las espirituales riquezas de María, ¿no es lo mismo que pretender contar las gotas de agua que contiene el inmensurable Océano? En efecto, María es un mar espiritual de gracias, dice San Epifanio.

¿Qué idea ha de formarse de las riquezas espirituales que son necesarias para ser digna Madre de Dios? Si al santo rey David parecía poquísimo haber acumulado montes de plata y oro para la construcción de un templo material, ¿qué deberemos pensar de los tesoros de la gracia que Dios empleó en fabricar para sí mismo un templo vivo en la persona de la Virgen? Quiso fabricarse un palacio que tanto superase en dignidad y perfección al templo que David ideaba, cuanto la verdad excede á la figura; un palacio en el cual Dios quería habitar personalmente por espacio de nueve meses; y lo que á todo esto sobrepuja, un palacio que honrar quería igualmente que el seno de su Eterno Padre. Ahora bien: ¿quién sino Dios puede saber qué abundancia de riquezas de gracia fué menester para engalanar con magnificencia celestialmente suntuosa esta augusta morada de Dios? *Neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

No siendo Ella rica por sí como el Eterno Padre, fué preciso que éste la enriqueciese hasta igualarla en cierto modo consigo mismo, según esta sentencia de San Bernardino de Sena: *Unde debuit elevari ad quandam cum Deo æqualitatem.* Y nadie, repitiéndola, tema ser eco de tan esclarecido Santo, pues tendrá la gloria de serlo del mismo Espíritu divino que se la había dictado. Ni cabe en esto recelo de exageración ó inexactitud, que fuera grave yerro en materias tan altas y delicadas, porque ningún cristiano se figura que haya perfecta igualdad entre Dios y la Virgen; y escribiendo San Bernardino que Esta debió ser elevada por la gracia á cierta especie de igualdad con Dios para producir dignamente á su único Hijo, estuvo muy lejos de decir: *Ad perfectam cum Deo æqualitatem*, lo que hubiera sido una impiedad, sino solamente: *Ad quandam cum Deo æqualitatem*; modificación que conserva el honor supremo de Dios en su in-

comparable grandeza , y ensalza la gloria de María al mayor grado posible de elevación,

Síguese de este razonamiento de San Bernardino que recibió Ella sola más gracias que todo el resto de las criaturas juntas, más que los nueve coros de los ángeles, más que todos los Santos del cielo y de la tierra , y más que todos los que existan hasta la consumación de los siglos, y que Ella sola es más rica que todo el cielo junto, porque juntas todas las gracias de los ángeles y de los hombres, no alcanzarían á darles esa especie de igualdad con Dios, que les hiciese capaces de producir á su único Hijo. Esto significa una especie de inmensidad de gracias inconcebible á nuestro entendimiento; pero á quien de ello se maravillare , se le podría preguntar: ¿te parece demasiado para una Madre de Dios? Tener tal Madre, ¿será demasiada honra para el divino Verbo? Y el Padre Eterno, enriqueciéndola con tan inmenso cúmulo de gracias , ¿le da con ellas más que con haberle dado á su único Hijo? Quien le ha dado lo más , ¿no le dará lo menos? Merece, pues , la Madre del Altísimo más honra y homenaje que todos los Santos juntos, pues el Señor la ha honrado mucho más que á todo el resto de sus criaturas. Estamos obligados á imitarle en honrarla, alabarla y respetarla más que á todo el conjunto de los Santos. Tales son los sentimientos, tal es la enseñanza , tal es la práctica constante é invariable de nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Para ayudar á nuestro flaco entendimiento á llevar el peso de las grandes verdades de que vamos á hablar, asentaremos ciertos principios, cuyas consecuencias son innegables. El primero es que habiendo sido la Santísima Virgen elegida por Dios con preferencia á todas las demás criaturas para ser su propia Madre , sin duda le fué más grata que todas las demás ; y siendo la gracia la

que nos hace aceptos á la Divinidad, debió Ella haber recibido más gracias que todas las otras criaturas. Pero como no hay hombre de mediano juicio que fácilmente no crea que Dios habrá dado á su Madre, cuando menos, la misma porción de gracia que al primero de sus siervos. supongamos que la Señora no haya recibido al principio más que una gracia igual á la de los primeros serafines.

El segundo principio, que debemos tener por infalible, es que aumentó aquella primera gracia que recibiera, pues siendo viadora, estaba obligada á correr por el camino de la perfección ; y con cuánta velocidad lo haya hecho, puede verse en los innumerables panegíricos con que á porfía la han ensalzado los Santos Padres.

El tercer principio es que los hábitos de las virtudes, y en especial el de la caridad, se aumentan siempre con los actos: axioma célebre en todas las escuelas , recibido por todo el mundo y confirmado por la experiencia.

En fin , establezco por cuarto y último principio que el aumento que los hábitos de las virtudes reciben de los actos, es más ó menos considerable, según los actos son más ó menos perfectos; de suerte que un alma que haga un acto de amor de Dios con toda la fuerza y extensión del hábito que tenga de esta virtud , duplicará en su corazón la caridad y la gracia santificante.

Apliquemos ahora estos cuatro principios á la Santísima Virgen. 1.º Recibió desde su concepción una gracia por lo menos igual á la del primer serafín. 2.º Jamás la tuvo ociosa, aumentándola continuamente hasta el último instante de su vida. 3.º La perfeccionó á proporción de la intensidad y fuerza de los actos de su amor divino. 4.º Jamás fué negligente ni tibia en su aplicación á Dios, obrando siempre con toda la extensión de su gracia , y con toda la eficacia de su amor; pues de lo contrario, la que fué ensalzada á la dignidad de Madre de Dios y

obligada á ser la más perfecta de las criaturas, se hubiera hecho culpable de una imperfección que difícilmente se excusa en un cristiano.

Partiendo de estos fundamentos, con suponer que con la repetición de sus actos de amor divino duplicaba María el capital de su gracia, tan sólo cada hora, resulta aumentado en poquísimos días de un modo incomprendible al entendimiento humano, como es muy fácil manifestarlo con demostración matemática, y como lo han hecho varios de sus encomiadores. ¿Pues qué sería en meses? ¿Qué en años? ¿Qué en toda su vida? Esta duplicación incesante del tesoro de su gracia, continuamente duplicado, es tan inconcebible por su inmensa grandeza, que sólo Dios es capaz de conocer su extensión inmensurable; no debe empero causarnos mucha extrañeza tan maravillosa infinidad de gracias, si no olvidamos que, por inmenso que sea este cúmulo de gracia, lo exige la dignidad de Madre del Altísimo.

Leed á San Buenaventura, y os dirá que todas juntas las gracias de los otros Santos son con respecto á las gracias de la Santísima Virgen, lo que es un río respecto del mar; y que así como éste va á perderse en aquel abismo, donde no parece más que un hilo de agua en medio de aquel inconmensurable elemento, así todas las gracias de los Santos no son más que gotas de agua comparadas al océano de sus gracias: *Omnia flumina intrant in mare dum omnia charismata gratiarum intrant in Mariam.* (Bonavent., *in Specul. B. V.*). San Epifanio atestigua que su gracia es inmensa: *Gratia Mariæ beatæ Virginis est immensa.* (Epiph. *De laud. Virgin.*) San Juan Damasceno ve una diferencia infinita entre las gracias de la Madre de Dios y las de todos los Santos: *Matris Dei, et servorum Dei infinitum est discrimen.* Unánime es en esto el dictamen de todos los Doctores de la Iglesia.

CAPITULO XV

LA impiedad de Nestorio, el cual negaba que María fuese Madre de Dios, quedó para siempre confundida con este raciocinio tan breve como sencillo, y claro más que la luz del mediodía: Nuestro Señor Jesucristo es Dios, María es su Madre; luego María es Madre de Dios. Pero la divina Providencia quiso que la Señora triunfase de un modo magnífico y brillante. Reunida toda la Iglesia Católica en el célebre Concilio general de Éfeso, compuesto de doscientos Padres, iluminados por el Espíritu Santo, la proclamó Madre de Dios, declarando hereje y anatematizando como á tal á cualquiera que se atreviese á negarlo: *Sancta Maria Deipara scribatur: qui non sic sapit, hæreticus est nestorianus: mitte foras*. Este fué el grito universal del Concilio; y Nestorio, herido con el anatema de la excomunión, depuesto del obispado, degradado y arrojado, cubierto de maldición y de oprobio, al espantoso desierto de Oasis, comenzó á padecer las penas del infierno por el diluvio de los males y miserias que le oprimieron, hasta pudrirsele aquella maldita lengua blasfemadora, que en su propia boca devoraron

gusanos en venganza visible y milagroso castigo de las injurias proferidas contra la Madre de Dios.

Bellísimo era el espectáculo que ofrecía toda la ciudad de Éfeso mientras los Padres del Concilio deliberaban sobre la causa de la Reina del cielo: celoso de su gloria estaba todo el pueblo en oración, pidiendo al Dios de las justicias que protegiera la causa de su Madre; y en el momento que se esparció la feliz nueva de que había sido declarada verdadera Madre de Dios, y que así debían llamarla todos los cristianos, retumbaron los aires con gritos de alegría, se iluminaron todas las calles y ardieron con festivos fuegos, en tanto que los ciudadanos corrían con incensarios en la mano á recibir á los Padres del Concilio á las puertas del templo, á congratularse con ellos y darles gracias por el solemne triunfo de María, acompañándoles con santa y jubilosa algazara á cantar el magnífico himno de gracias con que la Iglesia se muestra agradecida al Todopoderoso siempre que Este la corona del suspirado laurel de la victoria.

Para que el triunfo de María fuese perpetuo en los siglos y universal en toda la redondez de la tierra, los Padres del Concilio añadieron al *Ave María* estas palabras, que todos los días debemos repetir con indecible consuelo de nuestras almas: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ. Amen.* «Santa María, Madre de Dios, ruega,» etc.

En esta oración es llamada Madre de Dios é invocada bajo este mismo título infinitas veces cada día por millones de cristianos de toda edad y sexo, y lo será hasta el fin de los siglos, siendo éste el fruto que sacó el heresiarca Nestorio de sus necias invectivas contra la Madre de nuestro Redentor.

Vanos son los esfuerzos de todos sus enemigos por menoscabar su gloria y disminuir su devoción. Esta se

aumenta siempre que es combatida, se robustece siempre que se trabaja por enflaquecerla, se dilata siempre que se intenta estrecharla; y donde quiera que el Hijo tiene verdaderos adoradores, no faltan á la Madre fervorosos devotos que se dejarían arrancar el corazón antes que permitir que se les despojase del inefable tesoro de su amor, de esa devoción, fuente de purísimos consuelos, égida salvadora, río de gracias innumerables, y prenda segurísima de bienaventuranza eterna.

María por su divina maternidad participa realmente de la misma gloria de Dios Padre en lo que más le honra, porque Ella puede decir al mismo Hijo de Dios Padre: *Ego hodie genui te.* «Yo te he producido de mi sustancia.» No es por cierto la más alta gloria de Dios ser Autor y Rey del universo; aunque hubiese creado cien millones de mundos, menos glorioso le sería que el producir un Hijo omnipotente y eterno. Lo mismo ha de decirse de la Santísima Virgen: aunque hubiese creado cien millones de mundos más bellos y magníficos que este universo, no tendría por ello tanta gloria como por haber producido un Hijo que es verdadero Dios.

Añádese á esto otra maravilla, que admirablemente realza sus grandezas. Así como Dios Padre no puede ser el padre de su único Hijo sin que sea al mismo tiempo el principio del Espíritu Santo, y no puede ser el principio de esta tercer Persona divina sino en unión de su único Hijo; más claro: como el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, resulta de esta procedencia que, llevando la Santísima Virgen en sus entrañas al Hijo, lleva en ellas el principio del Espíritu Santo. Puede decir con toda verdad: «El que yo produzco en mi seno de mi sustancia, produce al Espíritu Santo de su propia sustancia

divina. No soy Madre del Espíritu Santo, pero soy Madre del que es principio del Espíritu Santo. ¡Ah! ¿Quién duda que este sublime parentesco me da derecho para poseerle de una manera que no le ha poseído ni le poseerá nunca ninguna otra criatura? ¿En vano me dijo el ángel, saludándome como á Madre de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te*, vendrá á ti el Espíritu Santo juntamente con tu Hijo?»

Un autor ingenioso observa que Dios hubiese honrado á María haciéndola madre de un personaje ilustre, y mucho más si la hubiese hecho madre de un príncipe, de un rey ó de un emperador, y aún más, mucho más, dándole por hijo á un ángel; todavía más, dándole por hijo á un arcángel, y muchísimo más, dándole por hijo al primer serafín: todas las madres del mundo la habrían contemplado con admiración, como sumamente encumbrada sobre ellas. ¿Pero qué viene á ser todo esto comparado con la inefable dignidad de Madre de Dios? Cuanto el mismo Dios se eleva sobre los monarcas del mundo y los ángeles del cielo, es decir, infinitamente, otro tanto se eleva la Santísima Virgen sobre todas las madres; y aun cuando fuese madre de todos los reyes que han reinado y reinarán en el mundo, y al mismo tiempo de todos los ángeles del cielo, esta muchedumbre de maternidades, aunque parezca que siendo cada una de por sí honorífica, y hallándose todas reunidas en una sola persona le habían de dar una especie de inmensidad de gloria, sin embargo, serían en realidad muy poca cosa en comparación de la augusta gloria de ser Madre del Hijo de Dios.

Así la Escritura resume todas las alabanzas de María en estas breves palabras: *Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*. Es la Madre de Jesús, es la Madre de Dios. Por más esfuerzos que haga la elocuencia de los

hombres, no dirá nada más grandioso ni sublime acerca de las altísimas excelencias y dignidad de esta Reina del universo. San Anselmo expresó enérgicamente la elevación de este insondable pensamiento en tan corta cláusula: *Mira res! in sublime contemplor Mariam creatam: omnis natura est à Deo orta, et omnis natura Dei ex Virgine.*

Las tres Personas de la augusta Trinidad han contribuido á dar á María el glorioso título de Madre de Dios. El Padre la ha hecho partícipe de su paternidad, el Hijo le ha dado su propia persona, el Espíritu Santo, al tomarla por Esposa, le ha comunicado su divina fecundidad. Veamos y admiremos ahora cómo Ella manifiesta su encendida gratitud á cada una de estas Personas divinas.

Al Padre eterno le da por vasallo y siervo á su mismo Hijo eterno y omnipotente como El, infinito y sabio igualmente que El. ¿Pues qué mayor grandeza podemos imaginar en Dios que el tener soberano imperio sobre un Dios que en todo le es igual? Antes de que María le hiciese hombre en sus purísimas entrañas, era el eterno Verbo en todo igual al Padre; pero desde su encarnación le es inferior en cuanto hombre, y por consiguiente le debe la sumisión y obediencia, que no le debía cuando sólo era su igual. Sin embargo, este nuevo súbdito queda al Padre la Virgen de Nazaret, es al mismo tiempo un Dios, y es un hombre inseparable de la Divinidad; por lo cual arrebatada de asombro el imperio que por María alcanza el Eterno Padre sobre la adorable persona de nuestro Salvador.

En cuanto al Verbo divino, le da en la encarnación un nuevo sér que no tenía antes de ella. Ni se diga que lejos de honrarle con semejante dádiva, más bien le humilla y abate. Así sería si El no levantase su humanidad santísima hasta la gloria de su divinidad, uniéndola

íntima é indisolublemente con ésta, para obrar por medio de ella los mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor infinito. ¿No se inmoló por ella para reparar la injuria que hizo el pecado de los hombres á su divino Padre? ¿No fué ella quien en todo rigor satisfizo á la irritada justicia del Eterno? Sin su adorable humanidad, ¿cómo hubiera libertado al género humano de la tiranía de los demonios? María fué quien le puso en estado de padecer y morir por la gloria de su Padre.

Ella quien para provecho nuestro le hizo capaz de merecer: Ella quien de infinitamente rico le hizo pobre por nuestro amor, para que siendo capaz de ser enriquecido, nos hiciese partícipes de las riquezas adquiridas con su pobreza, como dice el Apóstol.

María le puso en estado de glorificar á su Padre exteriormente ó fuera de la Divinidad. El Padre es el principio de toda la gloria interior y esencial del Hijo, y el Hijo hecho hombre es recíprocamente el principio de toda la gloria exterior y accidental del Padre, siendo imposible que criatura alguna le agrade y le tribute honor y gloria, sino por Jesucristo, Salvador del mundo. El mismo nos lo declaró en el Evangelio diciendo: «Nadie tiene entrada con mi Padre sino por mí.»

En cuanto al Espíritu Santo, es cierto que recibe Ella de Él por su divina operación la fecundidad necesaria para concebir una Persona divina; pero también lo es que por Ella recibe el Espíritu Santo la misma divina fecundidad para producir la misma Persona divina. El es estéril en la Divinidad, y es, de las tres Personas divinas, la única que no produce á otra; pero es tan fecundo por la Santísima Virgen, fuera de la adorable Trinidad, que concurre realmente con Ella á la producción de una Persona divina, que es el Verbo encarnado, aunque sea de diverso modo que la Virgen, porque El

contribuye con su virtud espiritual y divina, y Ella dando realmente su humana sustancia y una porción preciosa de su carne.

Además, es indudable que el Espíritu Santo, haciendo que María sea Madre del Verbo encarnado, le da autoridad y legítima jurisdicción sobre su Dios en cuanto es su Hijo; pero también es positivo que María da al Espíritu Santo cierta autoridad sobre el mismo Hijo, que no tenía en su Divinidad. Ni se entienda que ésta es sólo una autoridad de origen, siendo el principio de su sér humano, y no habiéndole producido su divina Madre sino por obra del Espíritu Santo: es también una autoridad de poder y jurisdicción, y, por tanto, tiene derecho de mandarle á predicar el Evangelio á los pobres. como El mismo nos lo hace saber por San Lucas: *Spiritus Domini super me evangelizare pauperibus missit me.* (Luc., 4, v. 18.)

He aquí cómo la Virgen-Madre retribuye y glorifica á las tres Personas de la adorable Trinidad, por lo infinito que la ensalzan con la inmarcesible lauréola de Madre de Dios. Pero si algún tanto más nos engolfamos en la consideración de sus grandezas, hallaremos que todos los resplandores de su gloria reflejan sobre nosotros, colmándonos de tanto honor, tanto consuelo, tanta felicidad y abundancia de celestiales bendiciones, que pasma el ver cómo todos los hombres no tenemos para con Ella los más ardorosos sentimientos de gratitud y respeto, de ternura y amor.

En efecto: ¿qué ha recibido la Virgen-Madre que no sea para nosotros? Si el Eterno Padre le comunica su paternidad divina para que sea Madre del mismo Hijo, ¿no es para darnosle á nosotros? Pero ¡ah! ¡De cuánto precio es esta dádiva! Darnos á un Dios-Hombre, ¿no es más que cuánto el Hacedor nos dió en la creación del mundo, y más que cuando pueda darnos con toda su crea-

dora omnipotencia? Porque todo esto vale sin duda mucho menos que el Hombre-Dios, que de Ella hemos recibido. Y nuestros corazones deberían derretirse de amor y de ternura al considerar que á cada uno de nosotros nos le da muy particularmente; y á la verdad, ¿cuántas veces no le recibimos en la santísima Comunión? ¿Gozariamos de esa inefable delicia, de ese bien sobrehumano, de ese manjar de los Santos, si María no le hubiese dado el cuerpo y sangre con que sacia nuestra sed y nuestra hambre cuantas veces queremos? Aun cuando fuera éste el único bien que debiésemos á la pródiga munificencia de la Reina del cielo, ¿qué tesoros de gratitud bastarían para corresponder á tamaño beneficio?

Aún hay más. Si el Hijo le da su propia persona, ¿á qué fin la recibe Ella sino para dárnosla á nosotros? Si Ella le viste de un cuerpo humano, que forma de su propia sustancia; si le hace capaz de padecer y de morir, de merecer y saber por experiencia propia la amargura de la tribulación y la agudeza del dolor, ¿todo esto no se hizo por nosotros? ¡Oh Madre de misericordia! ¿Cómo será posible comprender cuánto os debe el humano linaje por haberle dado un Salvador tan piadoso, cuya carne es carne vuestra, cuya sangre es sangre vuestra? A mí en particular me le dais, y ¡oh qué de veces regaláis mi paladar y corazón mezquino con ese Pan eucarístico, formado en vuestras dulces entrañas! ¿Pero adónde está mi gratitud?

¿Para quién, finalmente, es el fruto bendito de esa divina y prodigiosa fecundidad que le comunica el Espíritu Santo? ¿No es para nosotros? La Iglesia Católica canta en el Símbolo de la fe, con júbilo universal de sus verdaderos hijos: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis, et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Sí; por nosotros los hombres y

por nuestra salud bajó de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de María; sí, por nosotros, hombres pecadores y pequeñísimos gusanos de la tierra; concibió María el Verbo eterno; por nosotros le vistió de una carne mortal; por nosotros le dió á luz en un establo, y nos le dió á nosotros. ¡Ah! Si llegásemos á entender la magnitud de los beneficios que nos ha dispensado la Madre del divino Jesús, nuestros corazones se desharían consumidos con la suavísima llama de su amor, como la blanda cera con el fuego.



CAPITULO XVI

EXURGENS MARÍA. No sólo se levantó María para caminar sobre la tierra, sino que se elevó en espíritu sobre sí misma para volar á los cielos y entrar en los consejos divinos acerca del inefable misterio de la Encarnación obrado en su castísimo seno, cuyos infinitos arcanos es indudable que penetrase estando llena del Verbo, que encierra los tesoros de la sabiduría de Dios. Sabía, por tanto, que el primer designio de su encarnación, según después nos lo enseñaron los teólogos, era destruir al monstruo del pecado original, que infectaba la humana naturaleza. Levántase, pues, á poner en ejecución tan grandioso designio, y llevando escondido en sus entrañas el remedio del mundo, vase á aplicarlo al niño Juan Bautista.

¡Oh misterio! ¡Cuántas maravillas nos descubre el encuentro de Jesús y Juan! Ambos niños, ambos encerrados en el seno de sus madres; pero el uno en el gremio de una madre vieja y estéril, la cual es imagen de la Ley antigua, que no producía la gracia, sino la prometía y aguardaba; el otro en el de una madre joven y virgen;

pero fecunda, que es imagen de la nueva Ley, fecunda en santidad y rica y abundantísima en gracias. La joven va en busca de la anciana, porque la verdad sale al encuentro de la figura, el dón viene á unirse á las promesas, y las riquezas de la gracia del segundo Adán se derraman sobre las miserias del primero, y la Santísima Virgen, sabedora de esta primera intención del encarnado Verbo, se levanta con la mayor premura á poner por obra tan misericordioso designio.

No ignoraba que el divino Verbo, al salir del seno de su Padre trayendo al mundo el fuego de su amor, se había escondido en sus virginales entrañas para que Ella fuese la primera que transformase en una caridad pura y divina, según la enérgica frase de San Buenaventura; pero á la manera que el fuego material no sufre estar encerrado, y si queremos represarlo, se abre paso, rompiendo cuanto le sirve de cárcel y hasta montes y rocas despedazaría antes que perder su nativa libertad, así el fuego de la caridad, no sufriendo estar encerrado en la prisión del endiosado seno de María, la hace dejar su casa y correr á la montaña: *Exurgens abiit in montana cum festinatione*, la encamina presurosa á convertir en volcán de fuego santo la casa de su prima Isabel.

Habíale dicho el ángel de la Anunciación que el Espíritu Santo sobrevendría en ella: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. Estaba, pues, llena del Verbo divino, igualmente que del Espíritu Santo, con la diferencia de que al Verbo le tenía como encadenado con los lazos de su virginal carne, que le hacían esperar nueve meses para salir y descubrirse al mundo; pero no estando de esa suerte el Espíritu Santo, impúlsala impetuosamente á llevarle á casa de Isabel para derramarse en el alma del niño Juan Bautista. En efecto, éste se vió repentinamente lleno del Espíritu Santo hallándose todavía en el seno de su madre,

como nos lo dice la Escritura: *Spiritu Sancto replebitur adhuc in utero matris suæ.* (Luc., 2, v. 15.)

Abiit in montana. Sin detenernos en el sentido literal de la historia, ¿quién no descubre el misterio escondido bajo el símbolo de aquellas montañas? Encamínase á ellas en el momento que es hecha Madre del Salvador, y como la redención se ha de consumir sobre un monte, llevando consigo al verdadero Isaac, que ha de ser la víctima del sacrificio, para ir á la ciudad de Hebrón, donde está la casa de Zacarías, pasa por Jerusalén y sube al Calvario, anticipando la dolorosa oblación del fruto de sus entrañas, porque sabe que él quiere anticipar á su querido precursor el beneficio de la redención.

¿No es muy natural que pasando por los montes que á Jerusalén circundan, subiese al del Calvario? ¿Y qué pensáis considerando sobre aquel monte á María encinta del Salvador? ¿No veis la primera cruz en que quiso inmolarsé á los ojos de su Padre, á fin de rescatar anticipadamente al que en calidad de precursor había de ir delante y mostrarle con el dedo como á Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? Aquí, pues, comienza el triunfo de Jesucristo sobre el pecado y sobre el demonio, que desde el principio habíase lisonjeado de afirmar su victoria sobre el monte del Testamento: *Sedebo in monte Testamenti.* (Is., 14, v. 13.)

Cum festinatione: caminó con mucha prisa, porque nada es capaz de detener á un alma que se deja llevar por su Dios adonde quiera la impela con los movimientos de su gracia, pues la gracia del Espíritu Santo no sabe lo que es tardanza.

Anduvo presurosamente, porque no quería cansarse, pues nada cansa más en los caminos de Dios que el andar con lentitud, y, por el contrario, no hay cosa que dé más agilidad que correr con el mayor esfuerzo. María

corre afanosa, porque debe seguir las huellas del divino Gigante de la eternidad, que ha emprendido su carrera desde lo más alto de los cielos para venir á socorrernos en nuestras miserias, y viajando dentro de sus entrañas, hacerla caminar á su paso de gigante. ¡Oh cuán feliz es el alma que verdaderamente lleva á Dios en su corazón, pues también El la lleva dentro del suyo, por lo cual ella no se fatiga caminando á su paso de gigante, y siguiéndole do quiera que la arrebate con sus santas inspiraciones y con el ímpetu de su amor!

¡Oh Dios! ¡Cuán dulce y cuán suave es la voz de la Santísima Virgen! ¡Más plácida y melodiosa que la angélica armonía de los cielos! ¡Cuán sublime es el tono de su cántico! ¡Sin duda es más elevado que el de los serafines! Le oí en el silencio de mi oración como un cántico de alabanza, de triunfo y de alegría; de alabanza, por los inestimables beneficios de que el Señor la ha colmado; de triunfo, por su victoria sobre la culpa y el demonio; de alegría, por la que sintió viendo la abundancia de celestiales bendiciones derramadas en casa de Zacarías.

Este es el cántico de los cánticos. Por aventajarse todos los demás se llamó así el que Salomón compuso, bosquejando en la persona de Sunamitis la amorosa ternura de María. Pero el de esta Señora se aventaja á todos los otros cánticos, pues si se considera la persona que lo canta, no es un profeta, ni un patriarca, ni un apóstol, sino la Madre de Dios, por sí sola más noble que todos los príncipes y pontífices, más noble que todos los ángeles y santos. ¡Oír cantar á la que lleva en su seno la eterna Sabiduría! ¡Qué dicha! ¡Qué embeleso! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro!

Así principia la Madre de Dios su cántico: *Magnificat*

anima mea Dominum. El alma mía canta de lo profundo de su corazón transportada de júbilo y amor: «magnifica al Señor el alma mía.» ¿Querrá decir que su alma añade algo á la grandeza divina? No por cierto, sino que de ella hace un aprecio infinito, pues el apreciar en gran manera una cosa, es magnificarla. Declara que estima y ama tanto á su Dios, que es nada para Ella todo lo demás, y por consiguiente sólo El merece toda su estimación y amor. De aquí aquel perfecto desprendimiento de las criaturas para no apegarse más que á su Dios; de aquí aquel solemne desprecio del mundo; de aquí su profunda humildad, que entre todas las criaturas la hizo la más digna de encumbrarse á la dignidad de Madre de Dios. ¡Oh cómo volaría por el camino de la perfección un alma que se empapara en esta sublime filosofía!

Figurémonos que amorosamente nos convida á unirnos con Ella: *Magnificate Dominum mecum*; entrad en mis sentimientos, devotos míos, amigos míos, hijos míos; formemos un solo corazón y una sola alma para magnificar al Señor. ¿Y no corresponderemos á tan amorosa invitación? Al menos, cuando oigamos ó recemos alguna vez el *Magnificat*, unámonos en espíritu con ella á cantar la gloria de Dios.

Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. «Mi espíritu se sintió dulcemente enajenado con la alegría que gustaba en Dios, mi Salvador.» Esta enfática palabra *Exultavit*, no sólo significa una suma alegría; Alberto el Grande dice que expresa un transporte de espíritu, una palpitación de corazón y cierto ímpetu y superabundancia de alegría, que no pudiendo contener su exaltación vehemente, se derrama por fuera. Sólo en la meditación nos será dado columbrar algo del inefable gozo de María.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: «porque vió la humildad de su sierva.» Bien puede gloriarse la Reina de

los ángeles de que con esta virtud enamoró los ojos de su Dios y le robó el corazón. El abismo de su humildad le atrajo el abismo de su infinita majestad, y dilatando su corazón esta incomprendible maravilla, hacia la exclamar con regocijo inmenso: *Respexit humilitatem ancillæ suæ.*

Conociendo que su júbilo vendría á ser con el tiempo el de toda la tierra, porque llevaba en su seno la suprema felicidad de los mortales, añadió las siguientes palabras: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* «Por esto me llamarán dichosa todas las generaciones.» Leemos en San Bernardo que todas las criaturas racionales tienen en Ella fijas sus miradas, honrándola con el glorioso renombre de Bienaventurada; las del Cielo la bendicen y la miran como á Reparadora de la ruina de los ángeles rebeldes; las del Purgatorio le tienden las manos, invocándola como á poderosa Medianera, en cuya intercesión hay suficiente eficacia para romper sus cadenas; á Ella recurren las de este valle de lágrimas como á la caritativa Abogada que ha de reconciliarlas con el Juez divino; así la honran é invocan el Cielo, la tierra y el Purgatorio. Sólo el infierno la aborrece, y moradores de aquella región de tinieblas deben ser todos los enemigos públicos ó secretos de esta Madre admirable, porque en todos tiempos se ha dicho que una de las más visibles señales de reprobación es el no serle devoto.

Fecit mihi magna qui potens est: «el Omnipotente hizo en mí grandes cosas.» No fué admirable hazaña de la divina Omnipotencia construir el mundo con una sola palabra, pudiendo sacar de la nada otros mucho mejores; pero el Altísimo ha hecho, en sentir del Angel de las Escuelas, tres cosas tan grandes, que agotan toda la fuerza de su omnipotente brazo, de manera que no le es posible hacerlas más nobles ni grandiosas, á saber: un

Hombre-Dios , una Madre de Dios y un bienaventurado que en la tierra ya goza de la visión de Dios. En la Santísima Virgen ostenta al mismo tiempo estas tres maravillas: el Hijo de Dios se hace hombre en su purísimo seno; Ella es constituída Madre verdadera de Dios , y en el mismo instante este Hombre-Dios entra á gozar de la visión divina.

¡Silencio, ángeles santos! Admirad ¡oh cielos ! escuchad ¡oh mortales! á la Reina de los Profetas cómo exclama en el éxtasis de su gratitud: *Fecit mihi magna qui potens est*. El Dios omnipotente que adoro ha obrado en mí todo lo que puede hacer de más grande, fuera de sí mismo. Vedla cómo es tan verdadera Madre de Dios como el Eterno Padre es Padre de aquel mismo Dios; y así como tener tal Hijo es infinita gloria del Padre, admirad y contemplad, sin alcanzar á comprenderla, cuál será su gloria por ser Madre de aquel mismo Hijo; contemplad y admirad á la Soberana, no sólo de las criaturas, sino del mismo Criador, que haciéndose Hijo suyo se hace inferior suyo; contempladla como primer Paraíso , como que en sus adorables entrañas la primer alma racional, que es la de su Hijo, comienza á ver claramente la Esencia divina, y Ella es, por tanto, el paraíso de Dios. ¡Oh Madre admirable! ¡Oh indecible grandeza! ¡Oh compendio de las mayores maravillas divinas! ¡Oh centro de perfecciones! ¡Oh prodigio! ¡Oh prodigio!

Et misericordia ejus à progenie in progenies. «Y su misericordia de generación en generación.» María publica nuestra felicidad después de haber cantado la suya: ve, con tanta alegría como admiración , que la misericordia de su Hijo no está encerrada en su seno, sino para derramarse largamente de generación en generación, esto es, sobre los hijos de Adán, sin excluir á ninguno del infinito beneficio de la redención, pues murió por todos ellos.

Fecit potentiam in brachio suo; dispersit superbos mente cordis sui. El mismo brazo divino y omnipotente que en Ella hizo cosas tan grandes para manifestar su misericordia en favor de los que le temen, hace también ostentación de los formidables efectos de su ira para glorificar su justicia con el castigo de aquellos que no le aman. Los mismos ojos que miran con dulce complacencia el abismo de su humildad, ven con indignación terrible la soberbia de sus enemigos. La misma diestra que ensalza á los humildes, precipita desde la opulencia á la ignominia á los soberbios, cuya mirada estremecía el mundo.

Esurientes implevit bonis. Meditando María en la bondad de su Hijo, que con tanta abundancia provee á todas las necesidades de sus criaturas, le alaba y le da gracias por haberse dignado saciar el hambre de los hombres con espléndida largueza. El fué quien alimentó al pueblo de Israel por espacio de cuarenta años, sacando de los tesoros de su providencia el delicioso maná. El quien satisfizo en la soledad el hambre del profeta Elías; la de Daniel en el lago de los leones; en el desierto la del primer ermitaño San Pablo. El quien por siglos de siglos sustenta á todos los animales y á todo el género humano. ¡En qué éxtasis de asombro nos arrebatrían sus continuas maravillas, si no estuviéramos tan familiarizados con los milagros de su bienhechora providencia!

Sin embargo, como ninguna necesidad mueve tanto sus paternales entrañas cuanto el hambre que tienen de El las almas, sus esposas, su más vivo anhelo es el de saciarlas y ser El mismo su alimento, su delicia y hartura. Ahora bien, nadie tuvo jamás mayor y más ardiente hambre de Dios que la Santísima Virgen, y á ninguna sació con mayor abundancia, pues la llenó del

que forma su sempiterna delicia. Mas no sólo á la Madre: ¡á nosotros también se nos da esta divina prenda de salud y de vida, este manjar del alma que vivifica y endiosa!

¡Demasiado es ¡oh Madre! es demasiado para saciaros abundantísimamente tener Vos sola aquel Hijo, que hace tan deliciosa la vida de su eterno Padre! ¡Rebosa y sobreabunda en Vos! ¡Dadnos alguna gota de ese piélagos divino! ¡Oh Madre amabilísima, no tengáis Vos sola á vuestro Hijo! Dadle, dadle á vuestros pequeñitos hijos.

Sí, dulce Madre; nos le dais, y por Vos tenemos la dicha de alimentarnos de la misma sustancia de Dios. ¡Cómo la recibiríamos en la santa comunión si su adorable Divinidad, toda espiritual é infinitamente encumbrada sobre nuestros sentidos, no se hubiese abatido para acomodarse á la flaqueza nuestra! ¿Cómo lo hubiera hecho si no le hubieseis vestido de vuestra carne? ¿A quién sino á Vos debemos los mortales eterna gratitud por habérsela dado proporcionada á nuestra debilidad? Si sólo el Padre nos diera á su Hijo con toda la gloria de su Divinidad, ¿podríamos recibirle? Sería, como dice San Agustín, un manjar demasiado fuerte para la humana flaqueza. Fué menester que pasase por el seno de la Madre, y se hiciese á manera de una leche proporcionada á nuestro enfermo paladar: *Oportuit ut mensa illa lactesceret, et sic ad parvulos perveniret.*

Venid, hijos míos, clama la dulcísima Virgen; venid á la augusta y deliciosa mesa que el Padre Eterno y yo os hemos preparado: El os dió su divinidad, yo os di su humanidad; la una y la otra las hallaréis juntas en la Eucaristía; venid á comer aquel Pan vivo bajado del cielo; pero es menester que tengáis hambre: *Esurientes implevit bonis*; pues sólo los hambrientos gustan las de-

licias de este manjar divino, y sólo se saborean y satisfacen con él los que suspiran por la comunión santa y la reciben poseídos de respeto y de cordial amor.

La Reina de los Profetas concluye su cántico animando á Abraham y á su posteridad, y asegurando que lleva siempre á Israel estrechado en sus brazos como á hijo querido, y que, según sus promesas, jamás le abandonará: *Suscepit Israel puerum suum, sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus*. Pero esta descendencia no es la carnal, que son los judíos, á los cuales parece que el Señor ha abandonado, sino la espiritual, de que habla San Pablo, es decir, los cristianos.

Por esta razón llamó Dios á Abraham el Padre de los creyentes, esto es, el padre de los que tienen la verdadera fe; luego los que poseen la fe son sus hijos legítimos. No lo sois, pues, vosotros, míseros judíos, que aborrecéis la única fe verdadera que el Mesías vino á establecer en el mundo, sino vosotros que la profesáis y abrazáis de todo corazón ¡oh cristianos! á vosotros se dirigieron las magníficas promesas que hizo el Señor en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo se cumplen todos los días para salvación vuestra. ¡Os están aseguradas con juramento solemne hasta la consumación de los siglos! *Sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus in sæcula*. ¡Oh consuelo! ¡Oh felicidad de los cristianos!



CAPITULO XVII

EL Evangelio expresa admirablemente el gozo en que se vió inundada Santa Isabel con la visita de su endiosada Prima. En el instante, dice San Lucas, que Isabel oyó el saludo de María, el niño que llevaba en su seno dió saltos de alegría. Eutimio dice que Jesús le habló por boca de su Madre: *Christus locutus est per os Matris*. Y de tal modo le llenó de las gracias del Espíritu Santo, que no siéndole posible contenerlas, dando saltos de gozo las derramó en su Madre, quedando ambos bañados en el torrente de los consuelos divinos.

¡Qué de prodigios se agolpan en el dichoso encuentro de estas dos Madres! Una Madre virgen, que lleva á Dios en su seno: una madre estéril, que lleva un ángel en el suyo. María se había hecho Madre de un Dios al oír la voz de un ángel: Isabel se hacía madre de un ángel oyendo la voz de su Prima, pues hasta entonces no había concebido más que á un pecador; pero al oír el saludo de María, principia á ser madre del mayor Santo, á quien la Escritura da muchas veces el dictado de ángel.

Isabel se llenó del Espíritu Santo al saludarla la Rei

na de los ángeles: *Et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* Obsérvese, sin embargo, esta gran diferencia. La Virgen Santísima fué llena, no sólo de la gracia, sino también de la persona misma del Espíritu Santo, el cual se dió como el esposo á la esposa, haciéndose divinamente fecunda por su operación sobrenatural, y para permanecer siempre con ella sin jamás separarse. Mas cuando se dice que Isabel fué llena del Espíritu Santo, entiéndase que lo fué de los dones y gracias de este divino Espíritu; y no sólo de una grande abundancia de gracias santificantes, comunicadas por la presencia del Salvador y de su dulce Madre, aquél, inexhausta fuente de las gracias, y ésta, canal universal de todas ellas, sino también de las gracias gratuitas, como el dón de profecía, el de sabiduría, el de entendimiento y otros muchos, de los cuales se halló tan colmada, que apareció al mismo tiempo iluminada como los Profetas, sabia como los Padres de la Iglesia, inteligente como los ángeles, encendida en amor santo como los serafines. Enriquecida así de tantos dones del Espíritu Santo, y animada por su divino soplo, habló con voz tan alta que resonó en todos los siglos siguientes, y áun hoy resuena en el Evangelio: *Exclamavit voce magna: benedicta tu.*

Escuchémosla con atención y observemos que al mismo tiempo canta los elogios del Hijo y las alabanzas de la Madre; profetiza los misterios más profundos y ocultos; confunde las herejías, y declara las más importantes y sublimes verdades de la fe, trasluciéndose en cada una de sus palabras su celestial arrobamiento. Oigamos cómo profetiza los magníficos prodigios del misterio de la Encarnación: *Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui.* «Bendita tú eres entre todas las mujeres (dice á su amada Prima al verla entrar en su casa con dulzura de ángel y majestad de reina), y bendito es

el fruto de tu vientre.» ¿Y quién le había descubierto el misterio obrado en Ella de una manera tan invisible y secreta? ¿Quién le había dicho que era la Madre del Hacedor supremo, y el Niño que llevaba en sus virginales entrañas era aquel fruto de bendición que repararía los desórdenes del fruto prohibido? «Dichosa porque creíste las palabras del ángel,» añade Santa Isabel. ¿Y quién le ha dicho que el Señor le hizo anunciar por un ángel que sería Madre de su propio Hijo?

Oigamos cómo establece sólidamente las más importantes verdades de la fe relativas á la adorable persona de Jesucristo y á la gloria de su inmaculada Madre: *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Se reconoce indigna de ser honrada con aquella visita, porque no merece recibir en su casa á la Madre de su Señor, es decir, de su Dios; luego está firmemente persuadida y á voz en grito declara que la Santísima Virgen es verdadera Madre del Altísimo. ¡Calla, pues, y enmudece, blasfemo Nestorio, porque mientes diciendo que sólo es madre de un hombre que se llama Cristo!

Reconoce y da á conocer que hay dos naturalezas en Jesucristo; la humana, que es la única que María pudo darle; y la divina, que es la única que el divino Padre pudo comunicarle de su propia sustancia; pero estas dos naturalezas están unidas en una misma persona, la cual no es una persona humana, sino divina, por lo que la Santísima Virgen es verdadera Madre de Dios. El que hemos visto morir en una cruz es el Hijo del Eterno Padre; y el que los ángeles ven reinar eternamente en la gloria, es Hijo de la Santísima Virgen, porque es el mismo. ¡Oh milagro del dón de entendimiento de Isabel, que previene la decisión de los Concilios universales, que establece la fe de la Iglesia antes de los Apóstoles, que expone las más sublimes y profundas verdades de la religión antes

de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, confundiendo anticipadamente las herejías, que habían de levantar en el curso de los siglos su cabeza venenosa! ¿Qué maestro pudo enseñárselo sino el dón de entendimiento, que recibió cuando fué llena del Espíritu Santo?

Observemos cómo, agitada y enajenada por los movimientos de aquel divino Espíritu, no se expresa más que con exclamaciones y transportes de alegría. «¿Venir á mí la Madre del Dios que adoro? ¿De dónde á mí tan inmenso beneficio? Yo no soy más que la madre del siervo; y he aquí que la Madre del supremo Monarca viene á visitarme. ¡Oh caridad incomparable! ¡Oh humildad de la Madre y del Hijo de Dios, que tan bondadosos se muestran con su indigna sierva! ¡Oh casa mil y mil veces venturosa, que recibiste del cielo tan sobrehumanos favores! ¡Oh adorable Providencia! ¿De dónde me ha venido este favor insigne? ¿Quién me ha traído este bien incomparable?»

Para colmo de gloria quiso el Señor que al nacer fuese recibido Juan Baustista en brazos de María, que permaneció tres meses en compañía de su prima Isabel, esperando el tiempo de su alumbramiento para servirla y asistirle como amorosa y caritativa prima; y no sólo para consuelo de la madre, sino muy particularmente para que el infante precursor fuese aumentando de día en día el tesoro de la gracia, teniendo en su casa el manantial de todo bien.

Este fuego de la caridad y este abismo de la humildad de María no sólo han de admirarnos, sino también ser el tipo y modelo de nuestra conducta, á fin de que cuando comparezcamos en el juicio del Señor, no clamemos contra nosotros condenando nuestra altivez á una eternidad de abatimiento, y la dureza de nuestros corazones á ser el blanco perdurable del furor omnipotente.

Aprendamos también las reglas de una buena y santa conversación, que en este misterio nos enseña nuestra benigna Madre. Vemos que no deja la soledad de su casa para ir á perder tiempo de una parte á otra. Si nos es preciso visitar, debemos, á ejemplo suyo, esmerarnos en escoger las conversaciones. No hay duda que no siempre es posible evitar el encontrarse con personas depravadas, cuyo trato sea perjudicial sobremanera; pero en todo caso está en nuestra mano el evitar una conversación muy familiar con esa especie de gentes; cuando el encuentro es casual y pasajero, no puede hacer en poco tiempo impresiones duraderas; mas cuando la conversación es deliberada, debe ser con pocas personas, y éstas muy escogidas: una entre mil.

Cuando elijamos á alguno para conversar con él familiarmente, tomemos un maestro que nos instruya y un modelo digno de imitación, porque sin advertirlo nos iremos revistiendo de su espíritu. ¡Ay del que ha escogido mal! La compañía de los pecadores es más nociva á la vida del alma que la de los apestados á la del cuerpo. Más prontamente nos hacemos perversos con los perversos, que santos con los santos. Consideremos de qué modo se porta la Reina de los Angeles en su visita; figurémonos hallarnos presentes al encuentro, al saludo, al gozo recíproco de Isabel y María; escuchémoslas: no hablan del proceder ajeno para criticarlo; nada de noticias, que sólo sirven para satisfacer la curiosidad; nada de negocios del siglo, que distraen y disipan; nada de cosas terrenas, que inclinan el espíritu á la tierra; hablan sus labios de la abundancia de sus corazones, y teniéndolos llenos únicamente de Dios, su conversación es del cielo y sus discursos de Dios.

CAPITULO XVIII

SIGLOS antes del parto de la Madre-Virgen, dijo Isaiás que una virgen concebiría un hijo y le llamaría Emmanuel, esto es, Dios con nosotros. El Altísimo, pues, nos asegura que una virgen debe concebirle y darle á luz, permaneciendo virgen. En seguida el mismo Profeta, como fuera de sí, en vista del prodigio que anteveía, exclama: «¿Quién contará su generación?» ¿Puede darse cosa más expresa para enseñarnos que una virgen debía ser madre de un niño; que concebiría y daría á luz quedando virgen, y que esta generación sería admirable é incomprendible á todo entendimiento criado?

Jeremías dice en el cap. III: *Creavit Dominus novum super terram; fœmina circumdavit virum*. Oid, mortales: Dios hará un nuevo prodigio sobre la tierra; una mujer llevará á un hombre en su seno; no será un niño pequeño (pues esto nada tendría de nuevo), sino un hombre perfecto. ¿Y de quién podrá entenderse sino tan sólo del Hijo de María? Hombre perfecto desde el instante de su concepción, tan lleno de sabiduría y santidad, aun encerrado en el seno de su Madre, como lo estuvo enseñando

en las ciudades: *Neque minus sapientiæ habuit latens in utero, quam docens in populo.* (San Bernardo, hom. *super Missus*). No será por haberte concebido por obra de otro hombre, lo que vendría á ser una generación ordinaria, sino una obra de creación, en la cual sólo Dios emplea su omnipotencia. *Creavit Dominus*; pero para que no se entendiese que Dios únicamente tenía parte en ella, usa el Profeta de la palabra *mujer*. Llámala, pues, mujer para asegurarnos que es madre, y no para negar que es virgen; y este es el nuevo prodigio nunca visto, que sea madre y virgen.

Ezequiel, bajo la metáfora de un templo, nos reveló los secretos del Verbo encarnado, siendo uno de los más admirables que su Madre haya quedado virgen; dice que el ángel del Señor le condujo á la puerta oriental del santuario y la halló cerrada, y el ángel le dijo: «Esta puerta permanecerá cerrada y no se abrirá; y el hombre no pasará por ella, porque ha pasado el Señor, Dios de Israel; estará siempre cerrada áun para el príncipe.» Los Santos Padres y todos los doctores católicos que se han dedicado á esclarecer la oscuridad de esta profecía, nos enseñan que el santuario es la Santísima Virgen, por ser Ella el tabernáculo donde estuvo la verdadera Arca de la alianza, que es el Verbo encarnado; por la puerta oriental entienden su nacimiento temporal, y por aquella puerta del santuario, cerrada perpetuamente, la integridad de su Madre.

En términos más enérgicos pregunta San Agustín: ¿qué significa «que la puerta del santuario está siempre cerrada,» sino que María permanecería perpetuamente virgen? ¿Qué significan aquellas palabras: «El hombre no pasará por esta puerta,» sino que su esposo José jamás violó su integridad virginal? ¿Qué significan aquellas palabras: «Sólo el Señor ha pasado por esta puerta,» sino

que la hizo fecunda el Espíritu Santo con su operación divina? ¿Y qué significan estas otras: «Estará siempre cerrada aún para el príncipe,» sino que María es siempre virgen, antes del parto, en el parto y después del parto?

Piensa el sublime Areopagita que un exceso de amor hizo entrar en un éxtasis á Dios. *Propter amatoriam suæ bonitatis magnitudinem extra se factus est:* por amarnos excesivamente se dejó caer en nuestros brazos; y San Pablo dice que se anonadó. Por otra parte, San Gregorio Magno escribe que un exceso de gracias y merecimientos sacó fuera de sí á la Santísima Virgen, y la encumbró y como que la arrebató hasta el seno de Dios Padre para tomar allí á su único Hijo y hacerle suyo: *Maria ut ad conceptionem æterni Verbi pertingeret, meritorium verticem usque ad solium Deitatis erexit.* (Gregor., lib. 1, in *Reg.*) En todas partes vemos juntas la virginidad y la fecundidad: el Padre, la Madre, el Hijo: el Padre es fecundo, pero es virgen; el Hijo es fecundo, no para producir otro hijo, sino para producir con Dios, su Padre, al Espíritu Santo; pero es virgen como su Padre, de manera que se afirma con sólido fundamento que María es digna Madre de Dios, porque es virgen; y porque es Madre de Dios es menester que sea una madre siempre virgen.

Siguiese de aquí que no hubo en Ella nada de lo que es propio de las otras madres. Concibió á su Hijo divino sin el más mínimo deleite de los sentidos, sin la más leve injuria de su virginal pureza: llevóle en su castísimo seno sin peso ni incomodidad de ningún género; le formó y alimentó de su propia sustancia sin el más mínimo menoscabo de su perfecta pureza: finalmente, le dió á luz en el establo de Belén, sin el más mínimo dolor, sin la más leve lesión de su virginal integridad, sin ningún auxilio ajeno, sin ningún esfuerzo, porque era una Madre siempre virgen, antes del parto, en el parto y después del parto.

De aquí se deduce que no habiéndola ayudado criatura alguna á producirnos al Salvador, Ella sola nos ha dado más que todos los hombres y ángeles juntos, y por consiguiente estamos obligados á honrarla amarla y servirla más, mucho más que á todos los ángeles y santos.

Si tenemos un Dios Salvador, no lo debemos ni á los ángeles ni á los hombres. ¿Pues á quién? Al Padre que nos le produce en la eternidad, y á la Madre-Virgen que nos le produce en el tiempo. Meditemos sobre el precio infinito de este dón, y veremos que no bastarían todos los instantes de nuestra vida ni toda la eternidad para agradecerles debidamente tan inestimable beneficio, áun cuando poseyéramos los corazones de todos los demás hombres y los celestiales ardores de los espíritus angélicos. ¡Oh María, Madre amabilísima! ¡Cómo no tienen todos los cristianos un corazón de ternura para con Vos!

¿Y por qué se nos ha de motejar si algunas veces sentimos para con la Santísima Virgen una devoción más sensible que la que al mismo Dios profesamos? ¿Por qué se nos ha de condenar como indiscretos, si recurrimos á Ella con más frecuencia que á Dios? ¿A quién le causa novedad, y mucho menos sorpresa, ver arrojarse á los niños pequeñuelos en el regazo de sus madres cuando el hambre ó alguna dolencia los aqueja? ¿No es su ordinario refugio el seno de sus madres? ¿Y son por esto dignos de reprensión? ¿Se ha de decirles: sois unos indiscretos? ¿Por qué no corréis más bien al seno de vuestros padres? ¿Ignoráis que principalmente dependéis de ellos, que ellos son los dueños de los bienes de la casa, y los que han de labrar vuestra felicidad?

Lo sabemos, podrían responder; sabemos que todo lo debemos á nuestros padres; de ellos lo esperamos todo, y son los que más respetamos y amamos; pero no nos privéis del consuelo que hallamos en el seno de nuestras

madres: á lanzarnos en su regazo nos sentimos suavísimamente arrebatados por el imán irresistible de su exquisita dulzura y de su amor entrañable; por otra parte, sabemos que á nuestros padres gusta mucho vernos enloquecidos de alegría en el seno de nuestras madres, acariciarlas y besarlas y hacerles mil fiestas bulliciosas, y por ello nos acarician y nos regalan, y nos dan dulces besos, enajenados de gozo nuestros queridos padres.

En el momento en que el ángel anunció á María que iba á ser madre, esta sorprendente palabra la turbó hasta el punto de hacerla exclamar: ¿cómo podrá ser esto si jamás he tenido ni tendré nunca comercio con ningún hombre? ¿Seré madre por mí misma, sin el concurso de otra persona?—No, le dice el ángel; pero el Espíritu Santo suplirá á todo y os dará la virtud necesaria para ser madre, permaneciendo vírgen, y el hijo que produciréis será el Hijo de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te... et quod nascetur ex te, vocabitur Filius Dei.*

El Espíritu Santo dió á la más pura sangre de la Santísima Virgen una virtud divina, que naturalmente no tenía, y por ella vino María á ser el Padre y la Madre de su único Hijo; y por esta misma virtud maravillosa el adorable cuerpo de su Niño en un momento se formó, se organizó, se animó y unió personalmente al divino Verbo, sin esperar el tiempo que la naturaleza exige en las otras madres. Y ved aquí en lo que se diferencia de éstas al concebir y formar perfectamente á su santísimo Hijo.

Dirá el impío que esta es una maravilla sin ejemplo, un misterio incomprensible al entendimiento humano. Y responderemos que si este prodigio no fuese incomprensible al entendimiento humano, no sería un prodigio reservado á la sola virtud del omnipotente brazo del Escelso; que es justo confesar que Dios puede hacer prodigios que no podamos comprender; que el mismo poder

divino que en el principio dió á la tierra virtud para producir hierbas, plantas y frutos en tan infinito número, tan diferentes y deliciosas, sin haber recibido semilla alguna, pudo igualmente dar al virginal cuerpo de María virtud para producir un Hijo lleno de gracias y santidad con solo el fuego purísimo del Espíritu divino. En efecto; el ángel no dió á la Santísima Virgen, para asegurarle de la verdad de cuanto le decía, más razón que la omnipotencia divina: *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum.*

«Parirás con dolor,» dijo Dios á Eva y á todas sus descendientes. Sólo la Madre admirable, la bendita entre todas las mujeres, la madre-virgen, la Madre de Dios, es la única exenta del rigor de aquella ley, y en esto principalmente se diferencia de las otras madres. Todas las demás tienen el alma manchada con la culpa original, y por tanto están condenadas á parir con dolor, creyendo Santo Tomás que si hubiese durado el estado de la inocencia, todas las madres hubieran parido sin dolor. Era, pues, justo que María pariese sin dolor, puesto que en ella no había ni sombra de original pecado. Todas las otras madres dan á luz niños pecadores, y por sólo esto son muy dignas de padecer los dolores del parto; pero la Santísima Virgen es la única madre que ve nacer de sus immaculadas entrañas al Santo de los Santos, al universal remedio de todas nuestras dolencias y miserias, á la inexhausta fuente de todo bien en el tiempo y en la eternidad, y es por lo mismo merecedora de inefable delicia y regocijo inmenso en el acto sublime de darnos vestido de su carne al que viste á los astros de ardientes resplandores.

Inundábala un océano de alegría al considerar que entre todas las criaturas que han existido y existirán en las edades venideras, Ella sola era la escogida para dar á

los hombres el tesoro infinito, la felicidad del universo, el deseo de todos los siglos y la esperanza de todos los mortales. Es verdad que por otra parte no podría menos de contristarla ver á su Dios recién nacido llorando y tiritando de frío á media noche y en un establo; pero se le agolparían al mismo tiempo muchas y poderosas consideraciones que mitigasen su pena. Aquel crudo invierno, aquella extremada pobreza, aquella noche, aquella hora, aquel pesebre, aquel desamparo, estaban escogidos por la sabiduría de su Hijo, y eran de su mayor gusto. Abrazábalos, pues, con todo su corazón; complaciase en ellos y se embebecía y deleitaba en unir estrechamente su inflamada voluntad con la de Dios; unión que, enajenándola y absorbiéndola toda, la hacía como insensible al frío y demás incomodidades de aquella noche tan llena de asombrosos misterios.

Veía á su Niño infinitamente contento, por lo cual Ella también lo estaba, y le diría: «Hijo mio, adorado Hijo mio, veo tu profundo anonadamiento; pero me complazco en verle, porque sé que es la fuente de la excelsa gloria que ha de coronarte como á Salvador del humano linaje, porque sé que te place más que si te rodeasen todas las grandezas mundanas.

» ¡Oh alegría de los ángeles! Te veo llorando y temblando de frío; pero me consuelo, porque sé que estas lágrimas han de lavar los pecados del mundo. Porque sé que este frío, esta pobreza y todo cuanto padeces por las culpas del hombre, te agrada tanto cuanto te desagradan los placeres de los sentidos y las vanas alegrías del siglo. Te veo reducido á la indigencia ¡oh supremo Rey del mundo! pero me alegro de ello; porque sé que esta absoluta pobreza es el correctivo de la avaricia de los hombres, y te lisonjea más que toda la abundancia de los bienes terrenos.»

Si la amargura misma le es dulce, y lo que había de ser causa de tristeza le es causa de alegría, ¡cuál sería el purísimo regocijo de su pecho al ver que Dios la había escogido, prefiriéndola á todas sus criaturas, para hacerla entrar en el consejo de su eternidad y darle una parte tan principal en la mayor de sus obras!

Veíase constituida plenipotenciaria universal, no sólo de todos los seres creados, sino del Criador mismo, para tratar la paz del mundo, que el pecado había roto y Dios quería restablecer. Veía que su castísimo seno, en el cual Dios y el hombre se unían tan cordial é íntimamente que formaban una sola y una misma persona, era el palacio augusto de esta paz, y que los ojos de todos los seres estaban fijos en Ella, esperando ver la felicidad universal que había de dar al mundo.

«Venid, criaturas, mirad Vos mismo ¡oh Criador omnipotente! ved el milagro de los milagros que ha de hacer el éxtasis y el alborozo de la eternidad. Venid, Trinidad sacrosanta. ¡Oh Padre! ¡He aquí á vuestro único Hijo, que me habéis dado para darlo yo al mundo, pues le amáis hasta darle á vuestro único Hijo! Adorable Hijo, héos aquí en persona, que todo os habéis entregado á mí para que yo os diese al mundo, pues le amáis hasta daros á él enteramente, hasta anonadaros y sacrificaros por él! ¡Espíritu Santo, he aquí vuestro eterno principio y vuestra obra temporal: El os produce ante todos los siglos en el seno de su Padre, y Vos le habéis formado en medio de los tiempos en el seno de su Madre!

»Venid, ángeles del cielo; he aquí á vuestro Criador, á vuestro supremo Señor, á vuestro Dios, al reparador de vuestras ruinas, á la fuente de todo vuestro júbilo.

»Venid, hijos de Adán; he aquí al omnipotente Criador que os hizo á su semejanza; hélo aquí ahora formado á la vuestra: he aquí á vuestro hermano, pues es hijo de

vuestra madre y de la misma naturaleza que vosotros; pero sobre todo, he aquí á vuestro Redentor, que viene á libraros de la muerte eterna con su muerte y á daros su vida eterna á costa de su sangre.

»Venid, siglos pasados, venid á ver al que solicitaron vuestros suspiros, pidieron vuestros Patriarcas, preconizaron tantas veces vuestros Profetas, de mil maneras diversas representaron vuestras figuras y vuestros padres esperaron. He aquí cumplidos todos vuestros deseos y realizadas vuestras esperanzas. Venid, siglos futuros; he aquí la fuente de la salud y de la vida; venid y bebed la gracia, la virtud y la santidad; venid y bebed la eterna vida. Ven tú misma ¡oh eternidad, eternidad venturosa! he aquí el tesoro de donde has de sacar los bienes infinitos, que distribuirás á todos los santos por los siglos de los siglos en las mansiones de la gloria.» Ahora, pues, viendo esto la que es Causa de nuestra alegría, como la llama la Iglesia, y que á Ella tienden todos los seres las manos, y que Ella los colma á todos de bendiciones de consuelo y de gloria, ¡qué júbilo inefable no sentiría rebosar en su pecho en la hora dichosa de su alumbramiento divino! Cierto que no podía diferenciarse más de las otras madres, que al llegarles aquella hora de angustia se llenan de tristeza, de aflicción y dolores.



CAPITULO XIX

EL que Jesús saliese del seno de su Madre sin la más mínima lesión de su virginal integridad, es un milagro; pero no lo es tan extraordinario que no se hallen en la Escritura otros que se le parezcan. El mismo Jesucristo, no ya pequeñito como al nacer, sino con la estatura de hombre perfectísimo, salió del sepulcro cerrado y sellado, y pocos días después entró, sin abrir puerta ni ventana, en el Cenáculo, donde estaban encerrados los Apóstoles. Del mismo modo salió del seno de su Madre Virgen, dejándola siempre virgen.

Santa Brígida, en sus *Revelaciones*, dice que Nuestra Señora se dignó manifestarle lo que pasó en su divino parto. El corazón de María se iba inflamando en un deseo ardentísimo de ver su escondido tesoro á medida que se aproximaba al término de su preñez milagrosa: llegado aquel momento, elevóse su alma á tan sublime grado de contemplación, que le parecía estar arrebatada á la alteza de los consejos divinos. (Algunos Santos Padres aseguran que en aquellos instantes de inexplicable dicha vió claramente la divina esencia.) También estaba San

José en un éxtasis delicioso, y María, alzando al cielo las manos y los ojos en suavísimo raptó de amor divino, arrodillóse y vió delante de sí nacido á su único Hijo.

No hubo de esta maravilla más testigos que los ángeles, que admirando lo que allí pasaba, llenaban el establo de Belén. Predicando San Vicente Ferrer sobre la natividad del Salvador, dijo «que al salir del seno de su Madre, apareció resplandeciente como el sol cuando sale del seno de la aurora, y que aquella hora de la media noche se tornó en un hermoso día.» Santa Brígida lo confirma en el libro séptimo de sus *Revelaciones*, de cuyo lugar se han tomado las líneas anteriores. No fué menester que ninguna otra persona cuidase de su Niño; Ella misma, como dice San Lucas, le envolvió en pañales pobrecitos, y en el pesebre le acomodó y reclinó con delicada blandura. Pero antes y en el instante mismo en que vieron sus ojos al adorable Niño de celestial belleza y majestad divina, figúrome en contemplación amorosa una escena bellísima y sublime: María quedó por algún tiempo inmóvil y remirándole absorta; por el profundo respeto de que estaba poseída, no se hubiera atrevido ni aún á acercársele para besarle el pie; pero el Niño, volviendo á Ella los ojos con una amable sonrisa, y tendiéndole los graciosos bracitos, parecía invitarla á que le tomase en los suyos, y le reclinase en su pecho, y le pusiese sobre la hoguera de su corazón, y le acariciase y le destilase en los labios el suavísimo néctar de su leche!

El amor y el respeto combatían en Ella, y la tenían perpleja: el respeto y reverencia á la divina Majestad, que veía anonadada sin haber perdido por ello nada de su gloria y grandezas, la retraía y hubiérala impedido tocarle con la mano; mas por otra parte solicitábala el amor, apremiábala y estrechábala á besarle y abrazarle

con toda la efusión de su ternura. «¡Oh Rey del mundo! le dijo: eres el Dios omnipotente que adoro;» y se postró y le adoró con humildad indecible é imponderable veneración. «Mas también eres hijo mío, formado con mi sangre, y el mismo que he llevado nueve meses en mis entrañas. ¡Eres mi amado, mi vida, mi alma!» Y dicho esto, derretida en dulzura y toda transportada de gozo é inflamada de amor, le cogió respetuosamente, le estrechó sobre su corazón, y sólo Dios sabe lo que entonces pasaría en los corazones del Hijo y de la Madre.

Después de aquellos primeros transportes de su ternura, le envolvió en los pobres pañales que á este fin tenía preparados, y no hallando lugar más cómodo ni más decente, le reclinó en el pesebre de los animales, sobre un poco de heno y paja. Fué allí donde, considerándole reducido al estado más pobre, y en el lugar más abyecto que hubiese sobre la tierra, y entre dos animales, siendo el Dios que reina en las alturas entre el Padre y el Espíritu Santo, y recibe los homenajes de los ángeles, caía en un tierno desmayo producido por el asombro y la gratitud á aquel exceso de bondad que la Majestad divina manifestaba á los hombres.

«¡Oh Dios eterno! ¿Eres tú el que veo niño, que aún no tiene una hora de vida? ¿Eres tú, Dios inmortal é impasible, soberano principio de toda vida? ¿Y te has hecho pasible y mortal para morir por nosotros? Omnipotente Criador del universo, ¿cómo te ven mis ojos en un cuerpecito tan pequeño? Señor de los señores, á quien todo obedece, ¿cómo te sujetas ahora á la última de tus siervas? ¡Oh Santo de los santos! ¿Cómo te muestras en traje de pecador? ¡Oh Dios omnipotente, á cuya mirada se estremecen las cumbres de los cielos! ¿Eres ahora tierno niño y tan débil que no puedes tenerte en pie? ¡Oh infinita Sabiduría! ¡Oh palabra eterna de Dios! ¿Cómo te has

reducido á tan humilde silencio? ¡Oh profundidad de los consejos divinos! ¡Oh exceso incomprensible de bondad, dulzura, amor y misericordia! ¿Qué entendimiento no quedará abismado y perdido en la inmensidad de tantas maravillas?»

Todo esto decía la Señora con un fuego tan celestial, que parecía que el corazón se le saliese por los labios; y lo que á éstos no era dable expresar, significábanlo sus ojos con elocuentes lágrimas de ternura. Y luego callaba como para recogerse en meditación profunda; pero el divino Infante, acariciándola de nuevo, la despertaba de aquella especie de sueño misterioso, y con sus lindísimos ojos y su risueña carita solicitábala á seguir solazándole con la melodía de su voz, que le enamoraba y deleitaba más que toda la música de los ángeles; y proseguía Ella diciendo: «¡Oh Rey de los reyes! ¡Oh Señor de los señores! ¡Oh supremo Monarca del mundo! ¡Cuán elevados sobre la humana sabiduría son los caminos de tu providencia!»

Los reyes de la tierra nacen de una reina poderosa, y Tú, Emperador del cielo y de la tierra, has querido nacer de una pobre doncella, esposa de un carpintero; nacen regularmente los reyes en la capital de su imperio, y Tú has escogido una aldeílla; al nacer se recibe á los reyes en un palacio magnífico, y Tú eres recibido en un establo; á los reyes, en el momento que nacen, se les pone en cunas no menos blandas y regaladas que ricas y suntuosas, y Tú, gran Rey de los reyes, tienes por cuna un pesebre y un poco de paja y heno; á los reyes, al ver la primera luz del día, rodea una pomposa corte, compuesta de los señores y príncipes del reino, y á Ti ¡gran Rey del cielo! no te acompañan en tu nacimiento más que dos animales, un buey y un asno, ni tienes á tu servicio más que tu Madre y José. ¡Oh Majestad humillada! ¡Oh Niño! ¡Cuánto, cuánto hay que admirar en tus humillaciones!...

Pero algún día se verá postrarse á tus pies á aquellos poderosos reyes de la tierra ; se les verá venir á adorar tu infancia ; aquellos hijos de emperatrices que nazcan en sus palacios y en sus grandes ciudades , rodeados de una corte brillante y numerosa , recibidos en púrpura, opulencia y grandeza , vendrán algún día á tus divinas plantas á confesar que su majestad es baja condición de esclavos, comparada con la tuya; que sus palacios suntuosos son viles chozas cotejados con el establo en que naces; que sus muebles preciosos , sus muelles y magníficos lechos, y su corte tan numerosa, augusta y noble, son bajeza y miseria en parangón de las grandezas que acompañan tu nacimiento. No, no será posible considerarle sin admirarle ; solo El será venerado por todas las generaciones ; solo El vivirá eternamente en la memoria de los ángeles: sólo El será celebrado con admirable magnificencia todos los años y en toda la Iglesia y por todos los siglos. ¡Oh divino Infante! ¿Cómo podría ser esto, si verdaderamente no fueras un Dios todopoderoso?

«¡Hermoso Niño recién nacido! Tú eres el omnipotente Dios mío, único Hijo mío, fruto bendito de mis entrañas; tú eres mi Dios, eres el Criador de todos los seres. Sí; tú mismo en persona eres mi Hijo, mi propio Hijo, salido ahora, ahora mismo de mi seno: eres mi Padre, mi Señor, mi Criador, mi Dios, el Dios omnipotente que adoro.» Al decir esto, volvía á postrarse ante sus celestiales plantas, toda derretida en dulzura, toda abismada en profundo respeto, y toda lánguida de amor, é inclinándose devotamente, le repetía: «Yo te adoro, majestad infinita de mi Dios, que por mi amor y por el de toda la naturaleza humana te has dignado reducirte á tan pobre estado.»

Luego, alzando algún tanto los ojos para contemplar el hechicero rostro de su Niño, entraba en un éxtasis de júbilo. «¡Oh rostro divino, todo lleno de gracias! ¡Oh be-

lleza, que los ángeles del cielo desean remirar continuamente, hartos siempre y siempre hambrientos de verte! Te admiro, te adoro, te ofrezco todos los ardores de mi corazón. ¡Oh Dios de amor!» ¿Quién nos diría lo que pasaba entretanto en lo interior del Hijo y de la Madre? En aquella tierna Madre, inclinada sobre el bellissimo cuerpecito de su divino Infante, parecía que todo hablaba; su lengua, sus ojos, sus manos, su rostro, todo parecía animado por un mismo anhelo. El Niño, por su parte, le manifestaba un vehemente deseo de irse á sus brazos á gozar la dulzura de la leche de sus virginales pechos.

Descubren los Santos Padres tantas maravillas en el privilegio que tuvo María de alimentar con su leche al niño Jesús, que no tienen dificultad en compararlo al de su prodigiosa maternidad, teniendo ambos tanta conexión, que la misma sangre, que en un principio fué la materia de su adorable cuerpo, vino á ser después la leche que conservó y acreció su vida humana; y son tan semejantes, que cuando se habla del divino Infante en el seno de su Madre, puede entenderse ó sus purísimas entrañas que le formaron, ó sus virginales pechos que la dicha tuvieron de lactarle.

Aquéllas eran veneradas por los ángeles como santuario de Dios; éstos son admirados por el celestial Esposo como el objeto de sus divinas complacencias, diciendo en el *Cantar de los Cantares*: *Quam pulchræ sunt mammæ tuæ!* (*Cant.*, 4, v. 10.) «¡Oh cuán bellos son tus pechos, hermana mía, esposa mía!» Hermosos eran sus pechos á los ojos de Dios (según uno de los más devotos expositores del sagrado cántico), al ver que su Hijo estaba pendiente de ellos, gustando el néctar puro de una Virgen-Madre que se le daba con inefable delicia. Si es un Dios el que con ella se alimenta, es muy justo que sea virginal esta dichosa leche.

¡Cuál no sería el gozo espiritual de la Virgen y qué inmensidad de divino consuelo inundaría su alma cuando tenía en sus brazos y estrechaba contra su seno al Hijo del Dios vivo, al Criador del mundo, al que es el regocijo de los ángeles y la felicidad del universo, al que es su amado tesoro, su delicia y su todo! Si los Reyes Magos, sólo por verle y adorarle en el pesebre, rebosaron en tan indecible alegría que no pudo expresarla el Evangelio sino aglomerando muchas palabras que significan lo mismo: *Gavisi sunt gaudio magno valde*, ¡qué gloria la de la Madre que siempre le poseía, continuamente le veía y tenía el privilegio envidiado por los ángeles de besar su adorabilísimo rostro, y de estrechárselo con tal frecuencia á su abrasado corazón! ¡Ah! ¿Qué decía y qué hacía aquel encendido corazón? Si no expiró de gozo, fué porque le sostuvo la diestra del Excelso.

«¿Qué hacéis, Virgen Santísima, qué hacéis? Doy mi leche al que me ha dado el sér; le doy la leche que se convierte en su carne, la leche que se convierte en sangre de sus venas: esta carne que yo le doy, padecerá los tormentos de su pasión, y esta sangre que yo le suministro, se derramará en la cruz por la salud de los pecadores.—Señora, según eso, ¿seréis Vos quien paguéis sus deudas, y seréis, por consiguiente, su salvador?—No, nunca seré yo su salvador, sino quien á su verdadero Salvador da la carne y la sangre con que los salva; y por tanto, es indudable que tengo una gran parte en la salvación. Así podrá decirse con entera verdad que El ha salvado por mí á todos los pecadores, y que yo los he salvado por El. También podrá decirse que yo soy por El, y El por mí, quien alimenta con la santísima Eucaristía á los verdaderos hijos de la Iglesia; pues si de mí no hubiese recibido su cuerpo y su sangre, no los daría en comida y bebida. Y recibiendo el mismo cuerpo y

sangre que yo le di para ellos, puede muy bien decirse que cuando comulgan están como colgados de mis virginales pechos, saboreándose con la exquisita leche que destilan.»

¡Ah! No separemos nunca al Hijo de la Madre, ni á la Madre del Hijo en la grande obra de nuestra salvación: si separamos al Hijo de la Madre, y le consideramos como si nada tuviese de Ella, no tendremos ni Salvador ni Redentor que pague con su sangre divina las deudas de nuestros pecados, porque no habrá una madre que con la leche de sus virginales pechos le suministre el precio de nuestro rescate. Lo que de Ella recibe por la boca, algún día nos volverán sus llagas; siendo tal la conexión de los pechos de María con las llagas de Jesús, que aquéllos y éstas son los ricos manantiales de nuestra salvación eterna.

«Aliéntate, hombre, exclama un Padre de la Iglesia; acércate confiadamente al trono de Dios, aunque seas culpable, pues tienes tan poderosos medianeros, al Hijo para con el Padre, y á la Madre para con el Hijo; el Hijo muestra al Padre su costado abierto con la lanza, y la Madre muestra al Hijo su dulcísimo seno y los pechos que le lactaron: El y Ella claman en tu favor con las voces de su sangre y de su leche, salidas de lo íntimo de sus compasivos corazones. ¿Negará el Hijo á la Madre lo que para ti le pida? ¿Negará el Padre á su Hijo lo que le pida en beneficio tuyo? ¿Pues cómo será posible que seas desechado? Y si aún lo temes, mezcla tus propias lágrimas á la sangre de Jesús y á la leche de María, y ten por cierto que alcanzarás misericordia.»

Sán Bernardo tuvo el consuelo de verse entre Jesucristo crucificado, que derramaba de sus llagas los torrentes de su sangre divina, y María, que de sus pechos sacratísimos destilaba el precioso néctar de su leche: uno

y otro objeto le enamoraban, uno y otro le robaban el corazón. «¿Adónde me volveré? decía. Por un lado me asegura la vida eterna esta sangre adorable; por el otro, una leche virginal me hace gustar las dulzuras de un celestial maná. ¡Oh cuán adorables son ambas! ¡Oh cuán amables me parecen ambas! Véome suspenso entre una y otra, y no sé á cuál volverme.» *Hinc pascor à vulnere; illinc lactor ab ubere: quo me vertam, nescio.*



CAPITULO XX

Es de fe que esta Madre-Virgen ha sido siempre purísima, y que su único Hijo fué la misma pureza, por lo cual ni el Hijo ni la Madre tenían necesidad de purificarse; pero Dios había dado á los judíos una ley que á todas las madres obligaba á tres cosas: 1.^a A presentarse en el templo á los cuarenta días de dar á luz un hijo. 2.^a A ofrecer á Dios dos tórtolas ó dos palomas en sacrificio, á fin de purificarse con este acto de religión. 3.^a A ofrecer su hijo al Señor como un dón que de El habían recibido.

Es indudable que ni el Hijo ni la Madre habían menester de la purificación, pues nada tenían de impuro; pero quisieron observar la ley para dar ejemplo á todo Israel, principiar la obra de la salud del mundo, y practicar las esclarecidas virtudes de obediencia, humildad, adoración suprema á Dios, sacrificio, oración, devoción y otros muchos actos de la virtud de la religión; y porque expirando en aquel tiempo la Ley Antigua, y viniendo el mismo Dios á abolirla, parecía justo que la sepultase honrosamente en su persona.

Tres razones obligaban á todas las otras madres á la observancia de la ley, y las mismas manifiestan la exención de María. Era la primera el pecado de nuestros primeros padres; y ésta misma la exceptúa claramente, pues no ha tenido parte alguna en el pecado de origen, y por consecuencia no es merecedora de su castigo como las otras mujeres. Cuando el Altísimo dijo á Eva: «Tú serás madre con muchas incomodidades, y al fin parirás con dolor,» no lo dijo por la Madre admirable que concibió á su único Hijo como en el esplendor de los Santos, abismada en un océano de gracia, y por obra del Espíritu Santo le llevó en su castísimo seno sin la más leve incomodidad y á los nueve meses le dió á luz, no sólo sin dolores, sino antes bien con divino alborozo, conservando siempre intacta su virginal pureza. No estaba, pues, obligada á la ley de la purificación, ni á permanecer lejos del templo como inmunda, ni á ofrecer á Dios el sacrificio de expiación por el pecado.

La segunda razón que sometía á las madres á la ley, era el que sus hijos fuesen pecadores. Por consiguiente, lo contrario formaba la gloriosa excepción de María. ¿Pues quién se atrevería á decir que concibió en pecado al divino Jesús? ¿No era Dios, no era el Santo de los Santos, no era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Quién se atrevería á decir que la Virgen produjo á un enemigo de Dios, á un objeto de su odio? ¿No es El la delicia del Padre y el objeto de su divina complacencia? ¿Quién se atrevería á decir que hubiese quedado inmunda por haber producido al Dios de la pureza, ó que estuviera obligada á ir á purificarse al templo la que era templo vivo de Dios?

La tercera razón que obligaba á las madres á la observancia de esta ley, era el dejar de ser vírgenes al recibir el título de madres. Claro es que esta ley exceptua-

ba á la Santísima Virgen al obligar á todas las otras, pues por ser madre no dejó de ser virgen; porque recibiendo del Espíritu Santo, y no de un hombre, la fecundidad, nada perdió de su integridad perfecta, antes por el contrario, la aumentó y perfeccionó como, según las palabras de San Agustín, canta la Iglesia en alabanza suya: *Matris integritatem non minuit, sed sacrauit.* (August., serm. 24 *de tempore.*)

Queda demostrado que esta ley no la obligaba, pero María cumplió con ella por haberse impuesto la misma Señora otra ley muy diversa, cual es la del buen ejemplo, pues jamás habría consentido en dar la más mínima ocasión de que el prójimo se escandalizara con su conducta. Y cierto que hubiera causado escándalo verla dispensarse de una ley, que con tanta puntualidad observaban las demás mujeres. ¿Qué no se hubiera dicho de la omisión de una práctica tan santa, ignorándose las razones que para ello tenía la Reina de la santidad? Y no sólo por evitar el escándalo, sino también porque estaba obligada, como todos lo estamos, á dar buen ejemplo á sus prójimos.

Movióla también á ello la virtud de la obediencia, no contentándose con el cumplimiento de sus deberes, y haciendo mucho más de lo que debía; y así, no sólo fué tan puntual en las cosas de su obligación, sino también en las que no lo eran por abundancia de buena voluntad y acrecentamiento de fidelidad.

Impelíala, por último, el deseo de practicar las más heroicas virtudes, y en toda su perfección. Llegó á lo sumo en aquella ocasión su humildad incomparable, pues sacrificó toda su gloria y hasta la de su Hijo, poniéndose en el orden de las mujeres que necesitaban purificarse, como si no fuese una Madre-Virgen, y á su Hijo en la esfera de los pecadores, como si no fuera Dios.

Exponiendo San Agustín aquellas palabras del salmo XVIII: *In sole posuit tabernaculum suum*, «puso en el sol su tabernáculo,» por este sol entiende la humildad de Nuestra Señora, en la cual el Dios-Hombre se ha sentado como en el trono de su gloria; pues así como el sol eclipsa con su presencia á los demás astros á fin de campear sólo, y ni áun consiente que le miremos, puesto que se esconde tanto en su propia luz que no hay quien le mire de frente, así la verdadera humildad encubre las demás virtudes, oculta las perfecciones del alma, y luego hace todo lo posible por esconderse á sí misma.

¿Adónde están, en el misterio de su purificación, las sobrehumanas grandezas de María? No se trasluce ni sombra de tanta gloria: está escondida bajo el velo de su humildad. ¿Adónde está la honra de haber concebido por obra del Espíritu Santo, la de haber parido sin dolor y sin la menor impureza? ¿Adónde la de ser Madre de un Dios? Es su humildad el sol que eclipsa todos estos brillantísimos astros del firmamento. ¿Y osténtase, por ventura, esta humildad tan profunda, tan esplendorosa y admirable? No aparece porque se emplea en una acción ordinaria, común á todas las mujeres, y en la cual nadie á primera vista sospecha que se encierre un acto heroico de esta sublime virtud.

Aunque no se hizo para Ella la ley de la purificación, sin embargo, estaba la Señora muy obligada á presentarse en el templo para dar gracias á Dios como las otras madres por el incomparable beneficio de su fecundidad. San Pablo nos advierte que toda paternidad viene de Dios como de su principio, que tiene esta gracia guardada en sus tesoros para concederla á quien le place, y por esto en todos tiempos han ido las madres á presentarse al templo con el fin de dar gracias á Dios por el beneficio de su fecundidad. Por lo cual, aunque María no tuviese

más motivo que ser madre, estaba, como las otras, obligada á esta santa ceremonia.

Si consideramos que es Madre del Verbo encarnado, deduciremos al momento que Ella sola debía al Todopoderoso más que todas las otras madres juntas, y por consiguiente estaba más obligada á darle gracias por haberla honrado y distinguido con una fecundidad tan rica y prodigiosa. Pero no comparemos sus obligaciones por su divina fecundidad con las de todas las otras madres juntas; menester sería compararlas con las que Dios mismo tendría, si por caso imposible debiese á algún otro su divina fecundidad; pero esto es un absurdo; toda la obligación recae sobre la Madre de Jesús, que no teniendo este poder por sí misma, lo recibió del Altísimo por una gracia enteramente gratuita. ¡Y qué beneficio tan excelso, oh Dios de amor! ¡Ser por gracia Madre del mismo Hijo, de quien Dios es Padre por su divina naturaleza!

¡Ah! ¡Cuáles serían por tan imponderable beneficio los sentimientos de su corazón! ¡Cuán obligada se creería á ir al templo de Jerusalén á dar infinitas gracias á su amoroso Bienhechor!... Ni podía dárselas debidamente sino ofreciéndole el mismo tesoro infinito que de El recibió. Llévale, por tanto, en sus brazos y le entrega al buen anciano Simeón para que le ofrezca á Dios en nombre de la naturaleza humana, y principalmente en el de su Madre. ¡Oh cuánto desearía que todas las criaturas se volviesen lenguas y corazones para dar gracias á Dios por Ella! Ni podemos nosotros hacer cosa que le sea más grata que ayudarle á dar gracias al soberano Autor de todo bien.

Otro de los motivos que la impelían á cumplir con esta ley, era la gloria de Dios, pues le honraba infinitamente con presentarle á su Hijo. Los teólogos consideran en Dios dos especies de gloria: una que llaman interior,

y consiste en su propia Divinidad ; y otra que denominan exterior, la cual está cifrada en las alabanzas y suprema adoración que sus criaturas le tributan. Una y otra gloria hallábase encerrada en aquel divino Infante que presentara la Doncella-Madre : la gloria interna, porque es verdaderamente Dios , poseyendo todas las infinitas grandezas de Dios ; y la externa , porque las criaturas sólo por El glorifican dignamente á la augustísima Trinidad.

¡Oh Virgen santa! ¿Quién dirá el precio de las riquezas que en las manos tenéis? ¿Quién comprenderá la alteza y dignidad del sacrificio que vais á ofrecer en el templo? Vais á presentarle á Dios el homenaje de toda su gloria interior y exterior , porque le presentáis un Dios que le es igual en todo, después de haberle hecho inferior suyo, dándole el sér de hombre. Infinita es la gloria que recibe al verle en vuestros benditos brazos, como en altar de suavísima fragancia. No sólo vais á ofrecerle toda su gloria interna, sino también toda la externa, porque toda está encerrada en vuestro amado Hijo, como en su principio. Recorred con el pensamiento todos los tiempos desde la creación del mundo hasta el fin de los siglos; recorred todos los lugares desde un confín á otro del universo; contemplad la innumerable muchedumbre de las generaciones humanas; considerad todas sus buenas obras, y en especial todas las prácticas de la virtud de la religión que tiene por objeto el supremo culto debido á solo Dios, y, por último, todo cuanto hiciere la tierra por agradar á su Hacedor, y en todo veréis que nada le ha agradado, ó tributádole la más mínima gloria, sino por Jesucristo vuestro único Hijo.

He aquí la importancia del sacrificio que vais á hacer en el templo: sola Vos vais á llenar las obligaciones de todos los seres, y en particular las de la naturaleza hu-

mana: ésta debía infinitamente á Dios; cierto es que el cielo nos ha enviado su tesoro para satisfacer nuestras deudas; pero Vos sois la depositaria de todo nuestro bien; ni nos es dable pagar á Dios sino por vuestro medio. El Señor está esperando que le deis en su templo esta satisfacción de incalculable valor.

En tercer lugar, la movieron á acción tan generosa los intereses de los pobres pecadores, que le estaban confiados. Consideremos dónde va, miremos lo que hace, observemos sus pasos: va al templo, lugar destinado para el sacrificio: lleva á un Dios pasible y mortal que el mundo espera desde la creación como á preciosa víctima, única que puede reconciliarle con su Juez indignado; la pone en manos del sacerdote Simeón. ¿Y qué hará una víctima en manos del sacrificador, sino ser sacrificada? Pero aún no es llegado el tiempo, no es este el sitio del sacrificio cruento. Veo, sin embargo, una cruz; veo los brazos de la Santísima Virgen extendidos y levantados para presentar su víctima; veo al amor divino hacer el oficio de sacrificador, hiriendo con un mismo golpe mortal los corazones del Hijo y de la Madre: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

Mandábase en la Ley que los primogénitos de los animales se consagrasen al Señor y se le sacrificasen en su templo, y que los primogénitos de los hombres, en vez de ser sacrificados, fuesen rescatados por sus padres; según esta Ley, la Virgen inmaculada, después de haber presentado al Eterno á su Primogénito, le rescató viniendo á ser la redentora del que había de redimirnos con los raudales de su sangre; y dió por él dos tortolillas y algunas moneditas de plata, queriendo valer tan poco el Rey de reyes y Dueño del universo á fin de que ningún pobre perdiese la esperanza de poseerle.

CAPÍTULO XXI

TENÍA la Virgen Nuestra Señora para con Jesús tres relaciones de todo punto particulares. Considerábale como á su Hijo, y le amaba con un amor natural; como amante suya le amaba con un amor sobrenatural; como á su Dios amábale con un amor infuso y enteramente divino. Y lo más notable es que estas tres suertes de amores formaban en Ella un mismo y único amor, que podía en algún modo llamarse amor trino y uno, componiendo todos ellos un solo vínculo indisoluble. Mas aunque los consideremos como uno solo en el corazón de María, no dejaremos, sin embargo, de distinguirlos, contemplándolos sucesivamente para ver mejor su extraordinaria hermosura y admirar el imperio que ejercieron en su maternal corazón. Principiemos por el amor natural.

Distínguese el de la Virgen del amor de las otras madres, en que Ella es en realidad madre de un Hombre-Dios: en calidad de Madre natural de un hombre, su amor natural le es común con todas las otras madres, aunque muchísimo más perfecto; pero en calidad de Madre del Hijo de Dios, su amor natural de Madre le es co-

mún con el de Dios Padre, pues está fundado en la divina maternidad, que los Santos Padres llaman atrevidamente una admirable participación de la fecundidad de Dios: enseñándonos la fe que el Eterno Padre y la Madre Virgen tienen un solo y un mismo Hijo que les es común, podemos también decir que uno y otro tienen un mismo amor para con el Hijo que les es común. ¡Oh amor natural de la Madre de Dios, cuán divino eres! ¡Cuán superior al de las otras madres!

Si cotejamos el de éstas con el de la Madre de Jesús, será notabilísima la diferencia que hallemos entre ambos. El de aquéllas adolece, por lo regular, de algunas imperfecciones; en el de María no se hallan: el de aquéllas suele estar dividido entre varios hijos, y, por lo mismo, toca menos á cada uno de éstos; en el de María no hay divisiones; á solo Jesús pertenece por entero, y un amor indiviso es, sin comparación alguna, más ardiente, más constante y perfecto. Las otras madres, aunque sólo tengan un hijo, tan sólo por mitad pueden llamarse la fuente de su sér, y por tanto la naturaleza ha distribuído entre ellas y los padres el amor natural, que por ordenación de la bondadosa Providencia es el más dulce patrimonio de los hijos. Sólo María era el Padre y la Madre de su Hijo, no habiendo concurrido ninguna otra persona á darle el sér humano; luego Ella sola era deudora, y Ella sola pagaba al divino Verbo humanado todo el amor natural de que es tan digno.

Las otras madres tienen muchas razones para que en ellas se entibie el amor natural á sus hijos, porque unos son defectuosos en el cuerpo, otros de muy escaso talento, otros de mala índole y perversas inclinaciones; unos son desobedientes, otros se muestran ingratos á los beneficios que de ellas han recibido, después que mucho las hicieron padecer cuando los llevaban en su vientre, y

cuando los daban á luz, y cuando los lactaban, y cuando los educaban y alimentaban con el trabajo de sus manos y con el sudor de su rostro; y áun á los buenos no faltan imperfecciones. Para la Madre de Jesús no había cosa que no acreciese su amor, que no le inflamase y elevase hasta lo infinito.

Si es amable la hermosura del cuerpo, y si tiene grande atractivo para todas las madres, el Hijo de la Virgen era el más hermoso de los nacidos. Si la belleza del alma hace amable al hombre más que la del cuerpo, el alma del Hijo de la Virgen era la primera y la más perfecta de todas las almas de los hijos de Adán. Si el respeto y la obediencia concilian á los hijos el amor de sus padres, jamás se ha visto respeto más profundo, ni más fiel y puntual obediencia que la de este Hijo divino: *Et erat subditus illis*. Si la gratitud á los beneficios recibidos hace más amable al hijo que la demuestra, opinan algunos Santos Padres que Jesús hizo á María Madre de todo su cuerpo místico en reconocimiento del cuerpo natural que Ella le dió; es decir, que la hizo Señora y Soberana de todos sus escogidos en recompensa de la sangre que le dió para redimirlos.

Un Hijo, en suma, más amable que todos los hijos de todas las madres juntas; un Hijo Rey de reyes y Señor de señores; un Hijo adorado por los ángeles, temido por los demonios é infinitamente amado por su divino Padre. ¡Ah! ¿Cómo sería posible comprender la grandeza y perfección del amor que le tenía? Este amor vehementísimo la obligó á seguirle siempre, por do quiera y en todo.

¡Ay! Vióle siempre entre cruces y dolores, y allí fué donde le manifestó de un modo más expresivo la fuerza y la ternura de su amor. En la cruz le ve comenzar su vida, en la cruz le ve pasarla, en la cruz exhalarla; entendiéndose por cruz toda especie de dolores y acerbos

padecimientos. Apenas nace, y ya le lleva á presentarle en el templo como á una víctima; y porque esta Madre dolorosa extiende y alza los brazos para ofrecerle á la divina Justicia, bien puede decirse, con San Epifanio, que Ella es la cruz primera en la cual se sacrifica el verdadero Isaac.

Toda su vida le ve padecer continuamente una cruz interna por el agudo dolor que le causan los innumerables pecados con los cuales hacen los hombres una injuria infinita á la majestad de Dios; le ve padecer por el ardiente deseo de morir por ellos, no menos que por el ansia de reparar la gloria de su divino Padre. Por último, le ve morir en cruz en medio de los dolores é ignominias del más cruel suplicio. A todas partes le sigue el amor de la Madre, ansioso y hambriento de participar de todas sus cruces. ¡De cuán asombroso heroísmo la reviste su amor! ¡Cuán amargos sacrificios le impone!

La ignominia de ser Madre de un Ajusticiado, padecer agudos dolores, ver morir á su Hijo á manos de verdugos con una muerte cruelísima é infame: he aquí lo que ha ganado con ser Madre de Dios; pero su amor es infinito, y esto le basta: su amor, en verdad, es su mayor tormento, y al propio tiempo su más dulce consuelo, pues para Ella no hay delicia como verse semejante en un todo al adorado objeto de su amor. Así es que su amor natural la obliga á seguir incesantemente á su amado Jesús. ¿Y qué diremos de su amor sobrenatural? ¡Oh madres! Ahora os llamo á aprender cómo habéis de amar á vuestros hijos.

Hagan las madres todos los esfuerzos posibles por sublimar el amor que tienen á sus hijos; trabajen cuanto quieran porque no sea natural, sino racional; y no sólo racional, sino cristiano; y no sólo cristiano, sino perfecto, regulándole según la divina voluntad: será, sin embargo,

cierto que en él cabe á la naturaleza una parte tan considerable, que su amor jamás podrá llamarse absolutamente sobrenatural. Sólo María tiene derecho para gloriarse de que el immaculado fuego con que ama á su Santísimo Hijo, es completamente divino y sobrenatural.

El amor sobrenatural es la caridad, que Dios derrama en nuestras almas por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado, según las palabras del grande Apóstol: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (Rom., 5, v. 5.)

Sentado, pues, que del Espíritu Santo recibe el alma el precioso tesoro de la caridad, síguese que á medida que el que por más tiempo habite y obre con mayor libertad, recibirá más abundantemente el tesoro de su divina caridad. Ahora bien: es positivo que ninguna otra pura criatura estuvo ni estará jamás tan llena del Espíritu Santo como María; luego ninguna otra le ha igualado en esta especie de amor.

Leed y medidad estas palabras del sagrado Evangelio. Después que el ángel la hubo saludado como llena de gracia, añadió que aún sobrevendría en Ella el Espíritu Santo, y que la virtud del Altísimo haría de Ella como una sombra suya y como una representación de su augusta Majestad: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* (Luc., 1, v. 35.) Ved cómo el Espíritu Santo viene á Ella dos veces: la primera para llenarla de la gracia santificante, la cual jamás se comunica sin El: la segunda para llenarla de otra suerte de gracia sobrexcelente, y ésta es la de su divina maternidad; gracia incomparable que con tanta perfección hace de esta Madre una sombra, una imagen, y si decirse pudiera, una copia de la Divinidad, que por ella viene á ser la verdadera Madre del mismo Hijo, que tiene á Dios por Padre, con sólo la diferencia de que El es su Padre

por naturaleza, y Ella es su Madre por gracia. ¡Oh Dios, qué prodigio de gracia!

Gracia en cuya posesión entra y cuyo fruto percibe por medio de la misma persona del Espíritu Santo, que es el amor infinito, el amor personal y sustancial de Dios; pues ¿cómo concebir la abundancia de gracia y de amor sobrenatural que el Altísimo comunicó á la que entregaba su propio Hijo, y á su Santo Espíritu para que con Ella fuese el principio de su sér humano?

Regla general es, recibida comunmente por los Santos Padres, y muy conforme á la razón, que todos los privilegios, gracias, prerrogativas y perfecciones que el Señor ha dispensado á alguno de los Santos, los cuales no son más que fieles siervos suyos, no solamente no las ha negado á su querida Madre, sino que se los ha conferido con mucha más abundancia que á todos ellos; pues ¿cómo no había de enriquecer tal Hijo á su Madre amabilísima, mucho más que á todos sus siervos?

Vemos que tan liberal fué con muchos Santos de aquel oro puro del fuego de su divino amor, que los tenía tan ardorosos y enajenados, que no pensaban más que en Dios, ni respiraban otra cosa que Dios. ¿Pues cuál sería el incendio del corazón de María? Sólo aquellas vehementes y patéticas expresiones, aquella lánguida ternura, aquellos afectos incomparables, aquellos éxtasis, aquellos desmayos, aquel santo frenesí de amor divino con que el Espíritu de sabiduría nos le dejó bosquejado en el *Cántico de los Cánticos*, pueden darnos alguna idea de su elevadísimo vuelo y celestiales ardores.

El amor adquirido no es más, en su principio, que el amor sobrenatural que el Espíritu Santo nos infunde; pero como está en nuestra mano aumentarlo con el buen uso que de él hagamos, llámase amor adquirido en el concepto de que es el presente galardón con que el Todopo-

deroso corona siempre el mérito de las buenas obras. Ninguna hacemos que actualmente no la pague con un nuevo grado de amor añadido al que ya poseíamos en recompensa de nuestra buena obra, por lo cual le llamamos amor (1) adquirido, aunque sólo nos sea dable adquirir su acrecentamiento, pues el primer grado del amor divino jamás somos capaces de conseguirlo por nosotros mismos. ¡Oh qué idea tan consolatoria la de poder aumentar el precioso tesoro del divino amor en nuestras almas, y esto todos los días, y á todas las horas del día, y en todos los instantes de la vida! ¡Qué consuelo tan dulce y tan íntimo! En efecto, el que es la misma Verdad nos asegura en el Evangelio que un vaso de agua con que á su nombre socorramos á un mendigo, no carece de mérito y recompensa, y aquel poco de agua aumenta en un alma el fuego del amor divino.

Partiendo de este principio indudable, ¿qué lengua sería capaz de expresar, ni qué entendimiento sería capaz de comprender la grandeza del amor adquirido de la Santísima Virgen? Si alguien pudiese medir con alguna exactitud la grandeza de sus buenas obras, también alcanzaría á medir la de su galardón, es decir, la grandeza de su amor adquirido. ¿Pero quién podrá hacerlo? ¿Dónde hallar una balanza para pesar una sola de aquellas? Por ejemplo, cuando dió el sér á un Dios-Hombre, á un Salvador del humano linaje, ¿habrá quien diga cuánto mereció con esto, habiendo determinado el Excelso que esta obra tan insigne fuera libre y voluntaria, á fin de que le fuese meritoria? Y bien se puede asegurar que la Señora en algún modo ha producido sólo con ésta las buenas obras de todos los Santos, siendo verdad inconcusa que todas son consecuencias del asentimiento de

(1) El autor hace aquí al *amor* sinónimo de *gracia*.

María á la embajada del ángel de la Anunciación. Y si cada buena obra que hacemos, ó que somos causa de que se haga, tiene su premio, y éste consiste en el correspondiente acrecentamiento del amor adquirido, ¡oh Dios vivo! ¿adónde no llegará esta grandeza en la nobilísima persona de vuestra Madre? Mientras más lo reflexionemos, más insondable nos parecerá este abismo.

Y nadie alcanzará ni áun siquiera á imaginar cuánto merecía la Emperatriz de los serafines cuando lactaba al Hijo de Dios con la leche de sus pechos virginales, y alimentaba con su propia sustancia aquel adorable cuerpo, que tanto había de sufrir por nosotros en su pasión, y cuando llenaba sus venas de aquella preciosa sangre, que había de verter por nosotros en el Calvario. El cardenal Halgrino compara la leche que le daba de sus castísimos pechos con toda la sangre que los mártires han derramado por El y por la defensa de su nombre, y concluye que en realidad la Santísima Virgen mereció con su leche más que todos los mártires con su sangre: *Mirabilis prærogativa merendi monstratur in Virgine, quæ non minus meruit fundendo lac de uberibus suis ad Filii nutrimentum, quam martyres meruerunt fundendo sanguinem suum in martyrio; omnium enim operum merces secundum radicem charitatis pensatur.* Y con razón; pues la sangre de los mártires se derramó en defensa de la fe, y la leche de María se dió por alimento á la adorable persona de Jesús, objeto de la misma fe.

Y si aún queremos formar una idea más viva del gran tesoro de su amor adquirido, acordémonos de lo que el soberano Juez de vivos y muertos dirá á sus escogidos en el día del juicio: «Venid, benditos de mi Padre, venid á tomar posesión de las eternas coronas que por su misericordia os ha preparado, y que por justicia se darán á vuestros merecimientos: tuve hambre, y me disteis de

comer; tuve sed, y me disteis de beber; desnudo estaba, y me vestisteis, y peregrino me recibisteis en vuestra casa.»

¿Y á quién en rigor y literalmente dirigirá estas palabras, sino á su Madre Santísima? Sólo Ella pasó toda su vida en compañía de su amado Jesús, prestándole inmediatamente cuantos servicios y obsequios puede hacer una madre al hijo de sus entrañas, dándole siempre la casa, el vestido, la comida y todo lo demás necesario á la vida. «Ven, pues, bendita de mi Padre; ven, amada de mi corazón; ven y te pondré en las sienes la primer corona de mi gloria; ven á ocupar el trono más encumbrado de mi eterno imperio, porque tuve hambre, ¡y cuántas veces me diste de comer! Tuve sed, ¡y cuántas veces me diste de beber! Desnudo estaba, y me vestiste; peregrinando no tenía habitación sobre la tierra, y recibíste en tu casa.»

¡Ah! Por más que examinásemos y pesásemos una por una todas sus obras buenas, jamás llegaríamos á penetrar lo que mereció con ellas la diligente Madre de la divina gracia. Cuántas fuesen aquéllas, y cuán sublimes, no es dable imaginarlo: quedaría abrumado y confuso nuestro entendimiento con semejante empeño; mejor será meditar en el silencio de la oración mental con cuánto fervor y anhelo seguía por do quiera á Jesús la enamorada Madre, á impulsos de este amor adquirido; y siendo cierto que el amor es quien dirige todos los pasos de los que tiene abrazados en su activísimo fuego, ningún alma le ha seguido tan de cerca y con pasos tan agigantados como Ella, porque ninguna le ha amado tanto, por lo cual San Epifanio la llama *Perpetuam Jesu sectatricem*.



CAPITULO XXII

Los teólogos distinguen entre la gracia santificante y la gratisdata, diciendo que todas las gracias que se nos dan por nuestra propia utilidad para que nos hagamos más gratos á Dios, y nos unamos más íntimamente con El, se llaman gracias santificantes ó gratificantes: *Gratum facientes*, por lo cual no se cuentan entre las gratisdatas; y que éstas son las que recibimos para trabajar en la salvación del prójimo. A todos es necesaria, para ser santos, la gracia santificante, y será más santo quien más la posea. Pero pueden tenerse gracias gratisdatas ó gratuitas, sin ser santo.

Previa esta dilucidación, es más fácil responder á la pregunta de si María reunió en su persona todas las gracias gratisdatas, además de la inmensidad de su gracia santificante. Hablando absolutamente y sin más examen, sobran razones para afirmar que las poseyó todas de un modo más perfecto que todos los Santos, si se exceptúa á nuestro divino Salvador. Baste por todas ellas la siguiente. Quien recibe gracias para emplearlas en beneficio espiritual del prójimo, se cree que ha recibido gracias

gratuitas; y como nadie las recibió tan abundantes en pro del humano linaje como la Santísima Virgen, pues produciéndonos al Salvador del universo contribuyó á la salvación de los mortales más que todos los Angeles, más que todos los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Confesores, Doctores y Mártires de la Ley Antigua y Nueva, síguese que en más abundancia que todos ellos poseyó las gracias gratuitas.

Mas descendamos á algunos pormenores, é indaguemos si realmente poseyó todas las gracias gratuitas que resplandecieron en otros Santos. El Apóstol de las naciones señala en la epístola á los Corintios hasta nueve especies que, según él, distribuye el Espíritu Santo á diferentes personas. Unos, dice, reciben el espíritu de sabiduría, otros el espíritu de ciencia, otros el dón de fe, otros la gracia de restituir la salud á los enfermos, otros la de obrar milagros, algunos el dón de profecía, otros el discernimiento de los espíritus, otros el dón de lenguas, y otros la inteligencia para interpretar fácilmente la Sagrada Escritura.

Santo Tomás, á quien sigue en esto la mayor parte de los teólogos, tiene por indudable que nuestra divina Madre las tuvo todas, al menos en hábito, y que aun poseía en acto las que no repugnaban á su sexo y condición, conviniendo al ministerio sublime á que Dios la destinaba. Fijemos la atención en sus palabras. «No debemos dudar, nos dice, que la Santísima Virgen haya recibido superabundantemente el dón de sabiduría y la virtud de obrar milagros, como también el espíritu de profecía; sin embargo, no recibió el uso de todas las gracias gratuitas, siendo éste un privilegio que sólo á Jesucristo pertenece: solamente ejerció las que á su condición convenían: recibió, por ejemplo, el uso del dón de sabiduría para sostenerse y confirmarse en sus contemplacio-

nes sublimes, pero no tuvo facultad para emplearlo en predicar públicamente el Evangelio, porque no era conveniente á su sexo. Poseía la gracia de obrar milagros, mas no hizo uso de ella, principalmente mientras Jesús enseñaba, porque convino que El solo hiciese milagros en confirmación de su doctrina, y esto debía reservarse á los que El mismo enviaba á predicarla al pueblo, como á sus Apóstoles y discípulos.» En efecto: ¿de dónde nace que no hizo ningún milagro el gran precursor San Juan Bautista, y que tampoco hizo ninguno la Santísima Virgen durante la vida de Nuestro Señor? A fin de que, responde Santo Tomás, no se dividiese entre varias personas la atención de los pueblos, y sólo para Jesucristo tuviese ojos y oídos.

Tuvo, pues, la Señora en altísimo grado el dón de sabiduría, es decir, un sublime conocimiento de los misterios de la Divinidad y de toda la economía de la redención del mundo, de modo que nadie profundizó tanto como Ella en las virtudes divinas.

Después de la Ascensión del Señor, fué María el segundo sol de la Iglesia San Ignacio, mártir, San Anselmo y otros varios aseguran que instruía á los Apóstoles y les revelaba muchos misterios que no comprendían: *Multa Apostolis per Mariam revelabantur.* (Anselm., lib. *De excellentia Virg.*, c. 7.) De todas partes se la consultaba sobre los puntos más difíciles, y á Ella se dirigían para alcanzar la inteligencia de las palabras é intenciones del divino Maestro, como á quien perfectísimamente las sabía. Era la doctísima Maestra de los Apóstoles y de toda la Iglesia católica, como la llama San Anselmo: *Ecclesiae et Apostolorum doctricem, et sapientissimam Magistram.* (Idem, lib. *De concept. Virg.*, c. 27.)

Aunque María por su sexo no tuvo autoridad para enseñar en público como los Apóstoles, ni para presidir

como los prelados en las asambleas, sin embargo, instruía y decidía más que todos ellos privadamente. Nadie se le acercaba sin que de Ella se separara más instruido en el conocimiento de Dios. Servíale además el dón de sabiduría en su continua contemplación. Era un astro que jamás se eclipsaba; astro siempre iluminado é iluminante, que recibía incesantemente las luces del Sol divino y las comunicaba al mundo con sus ejemplos y palabras.

Dice Ruperto Abad que los Apóstoles la miraron siempre como á su oráculo, y que, sin embargo de que estaban llenos del Espíritu Santo, consultábanla muchas veces, como si en Ella hubiesen hallado un comentario vivo de todas las palabras del Evangelio. Aun hoy vemos que los predicadores, ejerciendo el ministerio de los Apóstoles, recurren á Ella como á la más sabia intérprete de los divinos oráculos que han de exponer al pueblo, rezando el *Ave María* al principio de sus sermones y haciéndolo rezar á su auditorio con el mismo fin. ¡Cuántos doctores célebres, cuántos insignes predicadores le debe la Iglesia! Sabido es el prodigio que obró con San Alberto Magno, haciéndole admirable por su sabiduría, y que hizo lo mismo con el abad Ruperto, que cuando joven era tan negado, que nada aprendía en ciencia alguna y luego vino á ser el asombro de su siglo. No acabaríamos nunca si hubiésemos de señalar las muchas y brillantes lumbreras que ha encendido en el firmamento de la Iglesia. Dígalo San Bernardino de Sena, el cual, teniendo un impedimento natural en la lengua, y tal ronquera que no le era posible predicar, llegó á ser oráculo de predicadores y magnífico ornamento del Orden Seráfico, por favor de María, que no sólo le curó instantáneamente, sino que también le llenó de los raudales de luz divina que admiramos en sus escritos.

San Buenaventura la consideraba como esas lámparas que están ardiendo día y noche delante del Santísimo Sacramento, las cuales nunca dejan de iluminar nuestros templos ; y al modo que ellas suministran la luz cuando se trata de encender los cirios para la celebración de los divinos misterios, así la Virgen derrama abundancia de luces á toda la Iglesia cristiana; el Señor la tiene expresamente en su casa como antorcha de luz inextinguible para iluminar y abrasar en su purísimo fuego á sus siervos, hasta la consumación de los siglos: *Ipsa est lucerna Ecclesiae ad hoc destinata à Deo.*

¿Qué se entiende por dón de fe? ¿Es acaso la virtud teologal que se nos da para creer todos los misterios de la religión cristiana? No; no es ésta una gracia gratuita, porque es absolutamente necesaria para la salvación de quien la recibe. ¿Será acaso esa fe, obradora de milagros, de la cual decía Jesucristo que, si la tuviésemos, transportaríamos con ella las montañas? No ; aunque es cierto que la virtud de obrar milagros es una gracia gratuita, no es precisamente el dón de fe. ¿Pues en qué consiste? Santo Tomás enseña que es un talento particular para persuadir fácilmente las verdades de la fe, el cual supone que quien la posee está firmemente persuadido de ella, y es una gracia que Dios suele derramar en los labios de los predicadores, y de la cual proveyó copiosamente á los Apóstoles al enviarles á predicar el Evangelio por la redondez del orbe.

No cabe duda de que María tuvo este dón precioso en un grado más perfecto que los Apóstoles; pues sin hacer gran caso de la piadosa creencia de los que sostienen que convertía instantáneamente á la fe á cuantos hablaba, ¿no tenemos en el Evangelio una prueba evidente cuando alcanzó de Jesús el primer milagro en favor de los convidados á las bodas de Caná? ¿No mostró la firmeza de

su fe cuando sufrió aquella aparente repulsa de su Santísimo Hijo: *Quid mihi et tibi, mulier*, y esto no obstante, creyó firmemente que El obraría el milagro que le pedía? Mas lo que sobre todo dió á conocer que tenía el dón de fe y la facilidad de insinuarla en otros, fué que apenas dijo á los sirvientes de la casa que podían esperar el milagro é hiciesen lo que Jesús les diría, pudo hacerlo creer en el acto, aunque ellos no veían indicio alguno.

¿Y había de faltar el dón de hacer milagros á la Reina de los Santos? No se extrañe la pregunta: sé que toda la Iglesia está llena de sus milagros; sé que no hay reino ni provincia en el mundo cristiano en que no haya muchas iglesias y capillas célebres por el insumable número de milagros que en ellas ha obrado y obra todos los días; pero nada de esto prueba que tuviese en vida el dón de hacer milagros, pues sus infinitos prodigios son posteriores á su gloriosa Asunción. La cuestión versa sobre si tuvo verdaderamente el dón de hacer milagros mientras vivió sobre la tierra.

No hallamos en la Sagrada Escritura ningún milagro suyo, ni de San Juan Bautista. Santo Tomás parece que es de opinión que no convenia que hiciese ninguno durante la vida de Nuestro Señor, para que la divina Omnipotencia no resplandeciera más que en El y en los que El mismo enviaba á convertir las naciones. Pero aunque el Santo no conceda que haya tenido el uso del dón de hacer milagros, no niega que haya tenido este dón, ni que usase de él después de la Ascensión del Salvador. San Juan Damasceno la llama un abismo de milagros; y Metafraste, escribiendo su *Vida*, dice que en el momento que expiró se obró alrededor de su cuerpo tal multitud de prodigios, que no era posible contar.

En cuanto al punto de la cuestión, que es si hizo ó no algún milagro durante su vida, nada podemos asegurar.

Algunos creen, con mucha probabilidad, que los hacía en la infancia de Jesús, principalmente en su viaje á Egipto cuando era necesario para el bien de su divino Infante, y después de su Ascensión á los cielos para confirmar la fe que los Apóstoles predicaban, y afirmar la Iglesia naciente; pero todo esto no pasa de una creencia piadosa.

En cuanto al dón de profecía, no puede dudarse que lo tuvo Nuestra Señora, pues toda la Iglesia ve y admira la profecía que hizo de sí misma en su cántico *Magnificat*, viendo en espíritu los honores que le tributarían los ángeles y los hombres mientras exista el universo. Esto es lo que propiamente se llama profecía: ver las cosas futuras antes de que sucedan. Profetizó que todas las generaciones la llamarían dichosa en vista de su eminente dignidad de Madre de Dios: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Los siglos pasados y el siglo presente son testigos del cumplimiento de esta célebre profecía.

Veamos si igualmente tenía las otras gracias gratuitas, como el dón de lenguas, la discreción ó el discernimiento de los espíritus. Este consiste en una prudencia cristiana, que no está sujeta á ser engañada ni por artificios humanos, ni por la sutileza de las tentaciones, ni por las ilusiones del demonio, ni por la hipocresía de los herejes, ni por las falsas apariencias de una virtud fingida; es una luz que penetra al través del disimulo y de la mentira, como el sol por la nube, y en el fondo del alma descubre las más ocultas verdades: es una participación de la infinita sabiduría divina, que conoce perfectamente los secretos de los corazones. Así descubrió San Benito que no era el rey Totila aquel personaje de su corte que por orden suya iba haciendo papel de monarca.

Siendo regla general, aprobada por los teólogos, que

las gracias que Dios ha concedido á algunos de sus siervos no las ha negado á su propia Madre, bastaría decir: la gracia de la discreción de los espíritus la han tenido algunos Santos: luego infaliblemente la tuvo Nuestra Señora. Bien claramente lo mostró cuando el ángel vino á saludarla y á anunciarle da parte de Dios que sería Madre del Hijo del Altísimo. Otra que no tuviese la gracia del discernimiento de los espíritus, hubiera creído que era un demonio transfigurado en ángel de luz; hubiérale tenido por un tentador al oírle decir que sería Madre, habiendo Ella hecho voto de virginidad; que sería Madre de Dios la que se reputaba por vilísima esclava; pero tenía la gracia de la discreción de los espíritus, y en un momento de reflexión sobre las palabras de aquel embajador conoció que era un ángel del Señor; y lo que es más, según la opinión de algunos Santos Padres, vió la esencia y la sustancia espiritual del ángel al través de los velos del cuerpo extraño con que venía encubierto aquel príncipe de la gloria. Tenía, pues, la Señora la gracia de la discreción de los espíritus, y la tenía en el más alto grado de perfección.

Tocante al dón de lenguas, parece que no es necesario á su sexo, el cual no está ciertamente destinado á predicar ni á enseñar la fe. El mismo Santo Tomás no se ha explicado acerca de esto, ni ha decidido si tuvo ó dejó de tener el dón de lenguas. Por una parte se ve en el Evangelio que habló poquísimo, y no se halla ningún testimonio de que hubiese hablado más lengua que su idioma nativo. Por otra, como no debemos creer que Dios le haya negado ninguna de aquellas gracias que á otros Santos ha concedido, también parece muy creíble que la privilegiada Esposa del Espíritu Santo tuviese el dón de lenguas igualmente que los Apóstoles, á lo menos en el hábito, y en cuanto á la potencia de hablar todas las

lenguas como ellos si le hubiese sido necesario. Esta probabilidad que Santo Tomás y otros que le han seguido ven por una y otra parte, les ha mantenido en un modesto silencio, sin decidir nada.

Sin embargo, el celo de algunos otros, como de un Alberto el Grande y de un San Antonino, les hizo avanzar algunos pasos más en esta senda, y escribieron ser cosa casi segura que recibió Ella el dón de lenguas igualmente que los Apóstoles, no sólo en cuanto al hábito, sino también en cuanto al uso, y que esta gracia le fué necesaria en muchas ocasiones. Por ejemplo, cuando los Magos fueron desde el Oriente á adorar al niño Jesús en la cueva de Belén, ¿no era preciso que entendiese su idioma y lo hablase para responderles? Cuando fué á Egipto por salvar á su divino Infante de la persecución de Herodes, y permaneció allí por espacio de siete años, según la opinión más seguida, ¿por ventura no le era necesario entender y hablar el idioma de aquellos países? Además, ¿no es muy probable que después de la Ascensión del Señor, cuando la fe empezaba á dilatarse en las regiones más remotas, muchos viniesen de lejos á ver y á honrar á la Madre de su Dios? ¿Qué extraño es que los que la reverenciaban como á Madre del Hijo de Dios, sabedores de que aún vivía sobre la tierra y de que era un prodigio celestial, como la llamaban San Ignacio, mártir, y San Dionisio Areopagita; qué extraño es que muchos de los principales y de los más espirituales viniesen de lejanos países á recrear santamente sus ojos con la vista de este gran milagro, y á oír los oráculos de aquella boca divina? Es, pues, indudable que entonces le era preciso el dón de lenguas para entenderles y hablarles.

Sea lo que fuere de esto, menester es no desviarse de aquella doctrina segurísima de que esta Madre admirable es el centro de todos los beneficios divinos; que ha-

biendo Dios elegido su casto seno para depositar en él el tesoro donde están las riquezas todas, *In quo sunt omnes thesauri*, también puso en Ella el rico depósito de todas sus gracias. Admiraremos, pues, á María como el gran dón de los dones de Dios, debiendo hacer de Ella un aprecio altísimo sobre todo lo que no es Dios. Preciso es confesar, con Gerson, que Ella sola constituye una jerarquía aparte, inferior á Dios y superior á todo lo que no es Dios.

¡Oh divina María! ¿Quién concebirá una idea cabal de vuestra grandeza? Ni áun á los querubines es dable comprenderos. ¡Oh Madre de mi Dios! Aunque para amarnos formasen un solo corazón todos los hombres y ángeles, ¿serían capaces de amarnos cuanto merecéis? Sólo Dios, Reina mía, sólo Dios os ama según vuestro merecimiento. ¡Oh Madre de misericordia, oh refugio de pecadores! ¿Cómo es posible que nos excedamos en amarnos? ¿Cómo es posible que se nos tache de tener para con Vos excesivo respeto ó excesiva ternura? ¿Cómo es posible que se recurra á Vos demasiado y se confíe demasiado en Vos? ¿No sois la Madre de nuestro Salvador, aquélla á quien El mismo tuvo tanto respeto y amó con tan dulce ternura? Venid, seráfico San Buenaventura, decidnos y hacednos repetir estas vuestras palabras llenas de unción y de celo ardoroso: «¡Oh grande! ¡Oh piadiosa! ¡Oh María dignísima de alabanza! Es imposible pronunciar vuestro nombre sin que se abraze el corazón, ni pensar en Vos sin que el alma de vuestros amantes rebose de alegría, ni acordarse de Vos, sin que el amor de vuestro Hijo venga juntamente con Vos.» (1)

(1) *O magna! O pia! O multum laudabilis Virgo Maria! Nec nominari potes quin accendas, nec cogitari quin recrees affectus diligentium te, tu nunquam sine dilectione tibi insita memoriæ portas ingrederis.* (Bonav., *In speculo*, c. 8.)

CAPITULO XXIII

Os acordáis, Virgen Santísima, de la profecía que Simeón os hizo en el templo de Jerusalén cuando os vió presentar vuestro Hijo al Padre Eterno? Notó aquel anciano que vuestros brazos levantados á lo alto ofrecían á vuestro amado Niño, como si Vos misma hubierais querido ser la cruz primera en que la víctima adorable había de inmolarsse por la salud de todos los pecadores, y os profetizó lo que os ha sucedido. Os veía ya en espíritu donde ahora os veo yo, sobre el Calvario: al Hijo y á la Madre enclavados en una misma cruz, padeciendo los mismos dolores, ofreciendo á Dios el mismo sacrificio, El con la efusión de la sangre de su cuerpo, y Vos con la efusión de la sangre de vuestro corazón, y ambos cooperando juntos y de un modo admirable á nuestra redención.

Aquel santo anciano, que representaba la majestad de Dios reinante en su templo, os notificó desde entonces la sentencia de vuestro sacrificio, el cual después se ha consumado en el Calvario por el amor y la muerte á este fin reunidos, y por tanto os dijo aquellas palabras tan

llenas de misterios: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Una misma espada de dolor atravesará vuestra alma, que es el alma de Jesús, y esta misma espada de dolor traspasará el alma de Jesús, que es la vuestra; una y otra, que no son más que una sola, serán traspasadas por el mismo golpe. En verdad que este discurso parece algo oscuro; pero aquí cabalmente se ve uno de los secretos del amor, los cuales son admirables y casi desconocidos.

Los que con más detenimiento han estudiado la índole de este rey de todas las pasiones del corazón humano, dicen que no hace más que robar y restituir, dar la muerte y resucitar, despojar y revestir, atormentar y consolar; pero siempre restituye doble de lo que ha robado, vuelve dos vidas por una que haya quitado, da doble riqueza al que ha empobrecido, y siempre hace redundar el consuelo donde abundó la tristeza.

Cuando un alma es de tal suerte la misma en dos personas que recíproca y perfectamente se aman; cuando á ambas pertenece por igual, todo les es común, los bienes y los males, la alegría y la tristeza, los dolores y las satisfacciones, la vida y la muerte: nada hallaréis en la una que también no lo veáis en la otra; ved aquí la índole del amor. Ahora bien; es positivo que si alguna vez se ha visto á dos personas en semejante estado, ha sido á Jesucristo y á su Madre Santísima: no tienen más que un alma; son dos personas, á las cuales la naturaleza dió un alma á cada una; pero el amor tuvo la habilidad de hacer de las dos una sola, que á la una igualmente que á la otra pertenece sin división alguna. El *Cántico de los Cánticos* lo expresa claro: *Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él*: no dividimos cosa alguna: míos son sus dolores, mías sus ignominias, y la muerte traspasa mi alma con el mismo dardo que traspasa la suya: *Tuam ipsius ani-*

mam pertransibit gladius. Por lo cual San Lorenzo Justiniano mira el corazón de la Reina de los mártires como un espejo perfectísimo de la pasión y muerte de su Hijo (1).

Esta bellísima idea del espejo nos hace contemplar á Jesucristo enclavado en la cruz como un gran original, en el cual Dios Padre ha expresado todas sus bellezas desde la eternidad, y sobre el cual en el tiempo también el pecado imprimió todos sus horrores; original en que la justicia divina pone de manifiesto su odio inmenso al pecado, y en el cual la divina misericordia también despliega todo su amor y benevolencia para con los pecadores. Original tan admirable, que sería imposible sacar de él una buena copia que le representase tal cual es, si él mismo no se hubiese pintado en un espejo; y no hubiera habido espejo alguno capaz de recibir con bastante limpieza las especies de tal original para representar bien todas sus facciones, si la Santísima Virgen no se hubiese puesto al pie de la cruz para ser un espejo clarísimo, que á maravilla representa la pasión de Jesucristo: *Clarissimum speculum passionis Christi.*

Lo que está delante del espejo y lo que se ve dentro de él no son cosas diversas, sino la misma, que se ve dos veces: debemos, pues, persuadirnos de que los cruelísimos dolores de la pasión y muerte de Jesucristo que en él vemos, y los que vemos en el corazón de la dolorosa Madre, que los representa cual perfectísimo espejo, no son dos cosas, sino una misma que se ve dos veces.

Venid los que sois sus verdaderos devotos; venid á ver lo que padece al pie de la cruz de su Amado. En el original y en el espejo veréis la muerte y pasión dolorosí-

(1) *Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago.* (Justinianus, lib. *De triumph. Christi agone.*)

sima. Habréis muchas veces contemplado la grandeza de esta pasión en la adorable persona de Jesucristo; pero sin duda jamás la habéis visto tan perfectamente expresada como lo está en el corazón de su Madre. Ella misma os llama á ver este espectáculo: es el mismo que penetró de horror á todas las criaturas, vistió al sol de tinieblas, é hizo que las piedras se despedazasen mientras en el Calvario se estaba ejecutando. Oid las tristes palabras que os dirige por boca de Jeremías: *Quoniam amaritudine plena sum: foris interficit gladius; et domi mors similis est*: reflexionad compasivamente cuán llena de amargura estoy: fuera de mí la espada introduce la muerte en el pecho de mi único Hijo, un diluvio de tormentos horribles le inunda sobre la cruz; y en casa hay un estrago semejante: sufro yo en mi corazón todo lo que El padece en su persona.

Si atentamente miráis este vivo espejo de la pasión de Jesucristo, advertiréis en él cuatro clases de dolores tan admirables y agudos, que al entendimiento humano no es dado concebirlos: 1.º, los del pecado; 2.º, los de la naturaleza; 3.º, los de la gracia; 4.º, los dolores divinos. Padece Ella los del pecado, como que su corazón es una misma cosa con el de Jesucristo, que tiene al pecado un odio infinito y muere por destruirlo. Padece los dolores más sensibles de la naturaleza, como la más perfecta de las madres. Padece los violentos dolores de la gracia, como la más santa de las criaturas. Padece, en fin, una especie de dolores incomprensibles, que exceden á todos los demás, como Hija del Padre, Madre del Hijo y amantísima Esposa del Espíritu Santo. Asunto harto sensible y fecundo para que meditéis en el martirio de amor que padeció al pie de la cruz.

El dolor del pecado se llama propiamente contrición; y para igualarse al mal que llora, debería llegar al infi-

nito y despedazar el corazón hasta hacerle morir de sentimiento; sólo Jesucristo concibió este dolor cruelísimo con toda la intensidad que debe acompañarle. Este fué el que á tal agonía le redujo en el Huerto de las Olivas, que haciéndole sudar sangre, ó si es permitido decirlo, haciéndole llorar lágrimas de sangre de todo su cuerpo, le hacía confesar que su alma estaba triste hasta la muerte. Ahora bien; el alma de la Madre, que es el alma de su Hijo, se ve en el mismo estado, penetrada del mismo dolor al pie de la cruz.

Por esto el profeta Jeremías, lamentando la inmensidad de su angustia, á la cual da su propio nombre de contrición, la compara al mar en la profundidad, extensión y amargura: *Cui comparabo te, Virgo filia Sion? Magna est sicut mare contritio tua* (Hierem., 2.) ¿A quién te compararé, Virgen, hija de Sión? Veo que tu contrición, que es el verdadero dolor del pecado, es tan grande como el mar. Y no porque el Profeta haya hallado la medida de su dolor, sino que, según siente Hugo de San Víctor, quiere decir que, así como la mar sobrepuja incomparablemente al resto de las aguas en su extensión y profundidad, así los dolores del pecado, que padece la tierna Madre en su corazón al pie de la cruz, sobrepujan en mucho á todos los que el resto de los Santos haya sentido en el mayor exceso de su contrición.

Interpretando San Jerónimo el nombre de María, dice que significa *Amarum mare*, un mar de amargura. Los nombres se han hecho para expresar la naturaleza de las cosas: ¿y qué nombre más propio podría dársele padeciendo con su Hijo los dolores del pecado al pie de la cruz, que llamarla María, es decir, mar de amargura?

Asegura San Bernardino que los dolores del pecado, las amarguras de la contrición fueron tan grandes en el corazón de la Reina de los mártires, que si se hubieran

repartido entre todas las criaturas vivientes, á ninguna le hubiese sido posible soportar la pequeña porción que le tocase, y todas hubieran caído muertas en aquel mismo instante. ¿Por qué, pues, no muere Ella mil veces al pie de la cruz? ¡Ah! Porque no está allí para morir, sino para sufrir con su Hijo los dolores internos mil veces más intolerables que la misma muerte.

Imposible es á todo espíritu creado el concebir la grandeza de los dolores de su alma al pie de la cruz, si no puede comprender la grandeza de los de Jesucristo, que está pendiente de ella. No son los dolores que en su cuerpo padece por la crueldad de los verdugos los que más le atormentan, sino los que le ocasiona esa infinidad de almas condenadas que le despedazan las entrañas, separándose de El para siempre. «¡Oh Dios, perder para siempre un alma que me pertenece por haberla criado á mi imagen! ¡Perder un alma que aún es más mía por haberla rescatado al precio de mi sangre! ¡Perder un alma que amo más que á mi vida y perderla por siempre! ¡Por siempre y por toda la eternidad!...»

Reunid la excelencia de un alma inmortal, el valor infinito de la sangre de un Dios, el amor incomprensible que tiene á esta alma, el deseo que le anima de poseerla en la eternidad, el perderla para siempre: añadid luego para colmo de todo que no es una sola el alma que pierde, ni ciento, ni mil, ni cien mil, sino un número insumable que sólo El sabe; haced de todo esto una sola meditación, comprended bien todos sus puntos y podréis columbrar la grandeza de los dolores interiores que el alma de Jesucristo padeció en el Calvario; pero aunque empleaseis en esta profunda meditación toda la intensidad de vuestro entendimiento por espacio de un siglo, seguramente que no comprenderíais ni una pequeña parte.

Fijad luego los ojos en el espejo, que representa al

vivo todo lo de aquel grande original. El corazón de Maria es el espejo: *Cor Mariæ clarissimum fuit speculum passionis Christi*. Veréis los mismos dolores del pecado que atormentan el corazón de Jesús; pero no veréis toda su gravedad en el espejo como no la pudisteis ver en el original, y os hallaréis en el caso de exclamar admirándola con el Profeta: ¡Este es un océano de amargura, es un abismo cuyas profundidades no es dado penetrar! ¡Oh Jesús, cuánto habeis sufrido! ¡Oh María, cuánto habeis padecido por las almas de los pobres mortales! ¿De qué modo podrán éstas manifestaros su gratitud? La única paga que os satisface y que Vos exigís, es el amor, y los ingratos ¡ay! os lo rehusan. ¡Ay Dios, que aún cuando cada uno de ellos os amase tanto cuanto os aman todos los serafines del cielo, aún no bastaría para pagaros lo que os debe, y ¡oh dolor! la mayor parte de ellos no tienen centella de amor para con Vos. ¡Qué abismo de ingratitud! Pero salgamos de él, y pasemos á ver cómo María sufre al pie de la cruz los más sensibles dolores de la naturaleza.



CAPITULO XXIV

AL hablar de los dolores de la naturaleza, no es mi ánimo decir que María los padece naturalmente como lo haría una pagana; hablo, sí, de los dolores que la naturaleza le causa y que recibe Ella de una manera de todo punto divina y sobrenatural. Para concebir algo de su grandeza es menester subir cinco gradas, que nos elevarán tanto cuanto basta para hacernos ver el exceso de estos dolores, ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de explicarlos.

En primer lugar, es mujer, por consiguiente, de un natural dulce, tierno y compasivo. Créese que por esta razón dieron los Latinos á las mujeres el nombre de *mulier*, à *molli natura*. Podrá hallarse mayor fuerza, pero también mayor dureza en los hombres: las mujeres son por lo común más sensibles á la alegría y al dolor; las lágrimas les son más familiares, y siempre se ha observado que las miserias ajenas excitan en ellas más compasión que en los hombres; pero entre todas las mujeres, ninguna tuvo un corazón tan tierno y compasivo como María.

En segundo lugar, es madre; no hay amor que iguale al de una madre para con su hijo. Pero es madre de un Hijo único. El dolor de una buena madre en la muerte de su único Hijo no admite consuelo, porque su pérdida es irreparable. Además, el Hijo único, de quien es Madre, vale más que todos los hijos de todas las madres juntas; por tanto, le ama Ella más de lo que todas las madres juntas hayan amado á sus hijos; por consiguiente, el dolor natural que la acongoja en su muerte es tal, que todos los dolores de las otras madres jamás igualarían al suyo. Empero, lo que debe exacerbar infinitamente su dolor, es que aquel Hijo único de quien se ve privada por la muerte, era para Ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

Por esto llora con Ella el devoto San Bernardo, y pone en su boca estas palabras tan llenas de ternura y amor: *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi filius, tu mihi eras omnia.* «¡Oh Jesús, Hijo único de Dios vivo, é Hijo único de tu humildísima Esclava, que te ve morir en esta cruz! Tú solo eres para mí todas las cosas, eres mi Padre, eres mi Madre, eres mi Esposo, eres mi Hijo, eres mi Dios, eres mi alma, eres mi vida, eres mi precioso tesoro; Tú solo eres para mí todas las cosas, y perdiéndote lo pierdo todo y nada me queda ya: héme aquí despojada de todo; no tengo ya ni Padre, ni Madre, ni Esposo, ni Hijo, ni vida, y con perderte vengo á ser la más desolada de las madres.»

Pero subamos la tercer grada y veremos algo más. Considerad que está presente á la tragedia sangrienta de la muerte de su único Hijo. Recibir de otro la noticia de alguna terrible desgracia es cosa tan aflictiva, que el infierno esperaba vencer la paciencia de Job haciéndole llegar por diversos criados, que de muy cerca se seguían, las infaustas nuevas de la pérdida de sus hijos y bienes

en un mismo día; pero sin duda hubiera sido mucho mayor su pesadumbre si él mismo hubiese visto los estragos y ruinas que se le referían. Ahora bien; esta Madre no oye contar la trágica historia de la pasión de su adorado Hijo, sino que Ella misma la ve; sus ojos son testigos de la crueldad con que se le maltrata, y todas sus heridas las recibe y las graba en su corazón: *Quot læsiones in corpore Christi, tot vulnera in corde Matris*. Ella misma reveló á Santa Brígida que el dolor que sintieron las criaturas por la pasión y muerte de su Criador fué tan general y violento, que no sólo el cielo y la tierra, los astros y los elementos manifestaron su duelo, sino que el corazón de sus propios verdugos estaba turbado hasta el punto de hacerles morir de tristeza, mientras ellos le hacían morir de dolor; y que los mismos demonios, aunque enemigos jurados de Dios, experimentaron por ello un aumento de penas más crueles que su infierno. ¡Oh Dios de bondad! ¡Dios de amor! ¡Qué estrago no haría en el corazón de la propia Madre dolor tan violento!

Cuando se quiere probar una espada y asegurarse de que no faltará á lo mejor del combate, se la prueba sobre las piedras, sobre el hierro y sobre el bronce; y si corta las piedras, raspa el hierro y penetra hasta en el bronce, se tiene por cierto que cortará fácilmente brazos y cabezas, y que todo lo que sea menos duro que el mármol no será capaz de resistirla: he aquí, pues, Virgen Santísima, aquella espada hecha á toda prueba de la cual os habló el santo anciano Simeón en el templo de Jerusalén. He aquí aquella espada de dolor que ha partido las piedras, traspasado el corazón de los verdugos y la impenetrable dureza de los mismos demonios, y, finalmente, se ha hecho sentir hasta de las cosas más insensibles. ¿Pues quién comprenderá á qué estado redujo el corazón de la más tierna de las madres?

Pero aquí es menester subir la cuarta grada para descubrir otra extensión aún mayor de los dolores de esta Madre al pie de la cruz: *Ibi dolores ut parturientis*: allí es donde Ella sufre los dolores del parto. No los padeció cuando dió á luz á su Hijo en el portal de Belén; pero San Bernardo la contempla al pie de la cruz como pagando con usura, en la muerte del Amado de sus entrañas, los dolores de que se vió libre en su nacimiento por su virginal pureza (1).

Réstanos dar el quinto y último paso para subir al más alto grado de los dolores naturales que padeció la Señora viendo morir á su Hijo sobre el Calvario. Verle expirar con una muerte tan cruel como afrentosa, es grande exceso de dolor; empero verle así padecer y morir sin poderle aliviar, antes bien duplicarle y renovarle las penas con su presencia, y no poderse alejar, es dolor incalculable, al cual nada puede añadirse ya. Para una madre que ve morir á su hijo entre sus brazos, es consuelo el auxiliarle según las inspiraciones de su materno amor. Pero ¡ah! ¡Era preciso que la más amante de las madres fuese también la más atribulada y que no le alcanzase ni sombra de consuelo!

Oye á su Hijo clamar desde la cruz que le aqueja una sed cruelísima: *Sitio*; se acuerda de haberle muchas veces refrescado los labios con la leche de sus virginales pechos: querría convertir su corazón y su alma en una bebida cordial, y dársela á fin de librarle de aquel tormento; pero no le es posible, y tiene además el dolor de verle abrevado con hiel y vinagre. ¡Quién es capaz de imaginar cuánta amargura derramaría en su corazón aquella hiel!

(1) *Nunc solvis, Virgo, cum usura dolorem quem in partu non habuisti, nunc millies replicatum Filio moriente passa fuisti.*

Ve á su amado Jesús todo cubierto de llagas, y ninguna puede curarle: se derraman por el suelo los torrentes de su sangre, y ni una gota puede recoger. ¡Oh sangre adorable, cuya menor gota es venerada por el cielo! ¡Oh licor precioso, cuya menor parte vale más que mil mundos! ¡Así sois arrojado en el fango y pisoteado por los pecadores! ¡Y la Madre que conoce todo su valor, está viendo estas profanaciones!

Ve la cabeza de Jesús inclinada hacia Ella, como si quisiese hablarle: sus ojos, anegados en lágrimas mezcladas con las gotas de sangre que corren de su frente, son dos astros eclipsados, donde ya ve las sombras de la muerte: su boca entreabierta y su alma ya á punto de exhalarse, no le dicen más que una sola palabra, que le traspasa el corazón con mortal dolor: «Mujer, he ahí tu hijo,» señalándole á su discípulo San Juan, que está con Ella al pie de la cruz. ¡Oh triste despedida, en la cual aún le falta el consuelo de que se le llame Madre! No parece sino que con esto se echase un poco de agua en la encendida hoguera de su corazón para más inflamarla.

San Agustín, el cual dice que el amor no considera lo que puede hacer, sino siempre se persuade poder llegar al fin que anhela, nos describe los esfuerzos que esta Madre desolada y amante incomparable hace en el último exceso de su dolor por abrazar á su Hijo, á quien ve en el postrer instante de su vida. ¡Ah! ¡Al menos quisiera Ella recibir en su seno sus últimos suspiros! Levanta los brazos, más bien con el deseo que con la esperanza de poder alcanzarle; pero en vano, que no es para Ella tan suspirado consuelo, y sus brazos burlados vuelven á caer sobre Ella doloridamente, y el amor la transporta de nuevo, haciéndole renovar aquel esfuerzo angustioso. ¡Oh vano empeño de un amor burlado! ¡Cuánto atormentas el corazón de esta Madre!

«¿Tendré, pues, que veros morir delante de mí ¡oh preciosa vida de mi alma! sin poder morir con Vos, ni dar mi vida por la Vuestra? ¡Ah! El expira, ¿y aún vivo yo? Cerraos, ojos míos, vuestra luz se ha apagado; rómpete, corazón mío, pues murió tu Jesús; despedázate, pecho mío, pues tu Jesús no existe; sal, alma mía, ha muerto tu Jesús; ¿qué te queda en el mundo?» ¡Oh Madre desolada! ¡Oh María, mar de inmensa amargura! ¡Que no tenga yo un poco de vuestra ternura para ayudaros á sentir, al menos alguna pequeña parte de vuestro sumo dolor! ¡Oh insensibilidad mía, cuán horrible me pareces! ¡Oh dureza mía, cuánto me asombras! ¡Ay! ¡Conque soy más duro que las piedras, más duro que los verdugos de mi Redentor, más duro que los demonios mismos! Ellos tiemblan, se penetran de horror y de espanto á vista de semejante espectáculo; mi corazón es de bronce, y secos están mis ojos al contemplarle.

¡Oh Virgen! A Vos recurro como á Madre de misericordia, tened piedad de mí; no permitáis que yo viva y muera insensible como un réprobo; Vos sois un mar de amarguras, de amor y de contrición; abundancia de ellas tiene vuestro corazón para repartirlas á los pobres pecadores: permitidme sacar de este gran mar alguna pequeña gota de vuestros divinos sentimientos. ¡Y que no pueda yo sumergir mi corazón en este mar inmenso de vuestras amarguras! *Fac me, Virgo, tecum flere, Crucifixo condolere, donec ego vixero.*

Basta tener sensibilidad para conocer que la naturaleza tiene sus dolores: basta ser racional para creer que éstos llegan algunas veces á tal exceso, que son más amargos que la muerte: pero es preciso entender algo de la ciencia del espíritu para saber que la gracia tiene sus dolores, del mismo modo que la naturaleza, y es preciso haberlo experimentado por sí mismo para comprender

que los dolores de la gracia son mucho más vivos y más fuertes que los de la naturaleza.

La gracia tiene sus pasiones, como la naturaleza tiene las suyas; pero como la gracia es superior á la naturaleza, así sus pasiones son sobrenaturales, es decir, mucho más elevadas y mucho más fuertes que todas las de la naturaleza. Hay en ella gustos y consuelos sobrenaturales, y no faltan cruces y desolaciones sobrenaturales, que propiamente son los dolores de la gracia, que á las almas donde ésta abunda Dios hace padecer algunas veces de un modo tan terrible, que haciéndolas capaces de sufrirlos, no las hace capaces de expresarlos. Job, que es uno de los hombres más elocuentes que nos hayan hablado en la Escritura, los sentía de una manera tan cruel, que nunca supo explicarlos sino diciendo que Dios le hacía padecer de un modo admirable: *Mirabiliter me crucias* (Job, 10). Admira y calla

La más fuerte de todas las pasiones de la naturaleza es el amor profano; la más fuerte también de todas las pasiones de la gracia es el amor divino. Se piensa que todo él es dulce y suave, porque se sabe que es la fuente y la medida de la felicidad; pero hay notable diferencia entre el amor fruitivo y el amor paciente; es cierto que en sustancia es el mismo en el cielo y en la tierra, mas es tan diverso en sus operaciones, que mientras en el cielo es la paz de las almas bienaventuradas, por el contrario sobre la tierra es el más cruel perseguidor de las almas virtuosas.

Hablo con el gran apóstol San Pablo, que tenía bien conocida la índole del amor divino. Oídle: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* (II Timot., c. 3, v. 12.) Todos los que quieren vivir según las leyes del amor divino, deben prometerse que él mismo será su perseguidor. ¿Y qué les hará padecer? En primer

lugar, les privará de todo lo que podía consolarlos según la naturaleza, y los alimentará de cruces, de disgustos, de deseos, de mortificaciones tan amargas, que su vida será una larga muerte mientras se vean privados de ver al objeto de su amor. ¡Qué tormento estar siempre forzados á ver lo que no se ama, esto es, el mundo y las criaturas, y no poder ver lo que únicamente se ama, es decir, á solo Dios! ¿No es esto vivir como en oscuro calabozo, en el cual no hay cosa que no disguste y aflija? Las lágrimas son día y noche el pan de estas almas, cuando se les pregunta: ¿dónde está aquel Dios que tanto amáis?

Esta primera persecución trae otras muchas en pos de sí, porque parece que su amor se complace en crucificarlas de mil modos; él fué quien durante las persecuciones de los tiranos condujo á la muerte á millones de mártires: él quien en medio de la paz de la Iglesia sigue tratando á los suyos como á víctimas destinadas al sacrificio; á unos aprisiona en soledades horrendas; á otros reduce á una extremada pobreza; á éstos condena á vivir de solo pan y agua; á otros azota hasta derramar su sangre, y á todos los consume con tantas austeridades, que en el exceso de sus penas acaba con su vida; y cuanto mayor es el imperio del amor divino sobre las almas, con tanto más esfuerzo redobla sus rigores. Es preciso haber pasado por sus manos para graduar la intensidad de los dolores de la gracia, y confesar que los de la naturaleza son nada en su comparación.

¿Pero quién los ha experimentado en toda su fuerza como la Santísima Virgen al pie de la cruz? Allí la Madre de la divina gracia es traspasada por los más vehementes dolores de la gracia; allí es donde verdaderamente se ostenta Reina de los mártires, porque su martirio es más perfecto, más noble é infinitamente más cruel que el de

todos los otros mártires. ¡Oh martirio singularísimo é incomparable, en el cual la víctima sacrificada es una Madre de Dios, el sacerdote que sacrifica es el amor divino, el altar es la verdadera cruz, y el fuego que la consume es el fuego del cielo! Un rostro no se representa en un espejo tan al vivo como los dolores de la pasión y muerte de Jesucristo en el corazón de la Madre lastimosa; y esta era obra del amor, que le hacía sufrir los dolores de la gracia. Jesucristo dijo á uno de sus Apóstoles: *Philippe, qui me videt, videt et Patrem meum*. «Apóstol mio, tú deseas ver á mi Padre, vele en mi persona; quien me ve, ve también á mi Padre, porque en nada somos diferentes.» Aquí empero nos dice: *Qui videt me, videt et matrem meam*: miradme en esta cruz, y contemplad bien todos mis dolores, y decid luego que habéis visto á mi Madre y habéis visto lo más íntimo de su alma, porque Ella es un espejo que me representa perfectísimamente. Su cuerpo no os muestra llagas sangrientas, como las veis en el de su único Hijo; pero ¿quién ignora la natural virtud del rayo, que algunas veces rompe y pulveriza una espada en su vaina sin que la vaina reciba daño alguno? A este modo el dolor de aquella cruel pasión como un rayo animado, perdonando su cuerpo, que dejó sin heridas, pasó á herir su corazón y alma; Ella misma nos lo dice en sus lamentaciones: *Subversum est cor meum in semetipso: quoniam amaritudine plena sum*.

¡Y qué asombro no es verla sobrevivir á todas estas muertes y mantenerse firme é inmóvil al pie de la cruz, á vista de un espectáculo que pone en conmoción al universo! ¡Oh amor más fuerte que la muerte! El sacrificio del Hijo está ya consumado por la muerte, y el de la Madre aún continúa por el amor. Habiendo expirado el Hijo en la cruz, ya no es capaz de sentir dolor alguno; y la Madre aún vive al pie de la cruz para sufrir el crue-

lísimo dolor del golpe de la lanza, con que su corazón fué traspasado: el cuerpo del Hijo recibe la herida, pero no siente el dolor; luego sólo el corazón de la Madre lo siente por entero. Y así Ella misma lo reveló á Santa Brígida: *Tunc videbatur, quod quasi corpus meum perforabatur, cum vidissem corpus Filii mei perforatum.*



CAPITULO XXV

ESTAS tres especies de dolores de que hasta ahora hemos hablado, los dolores del pecado, los de la naturaleza, y los de la gracia, pueden ser comunes á la Santísima Virgen y á otros; pero los dolores divinos, de los cuales rara vez se habla, le son tan peculiares y tan propios que, á decir verdad, sólo su Hijo único y Ella son capaces de sufrirlos; y aún Este no hubiera podido padecerlos si Ella no le hubiera hecho capaz de inmolarse por amor nuestro. ¡Cuán opuestos son á los del mundo los consejos divinos!

Cuando una persona tiene la dicha de emparentar con un rey poderoso, ó si es su hija, su madre ó esposa, se juzga que no sólo está á cubierto de las miserias de la vida humana, sino también en posesión de toda la felicidad que cabe en este destierro; tales son los juicios de los hombres. De diverso modo juzga la divina Providencia, cuya sabiduría es infinita; pues criatura alguna contrajo ni ha podido contraer un parentesco, una alianza más augusta que la Santísima Virgen al ser encumbrada á la dignidad de Madre de Dios, siendo tan admirables y es-

trechos los lazos que la unen con la Divinidad, que es Hija, Esposa y Madre, no ya del mayor monarca del mundo, sino del Rey de reyes, del Señor de los que dominan, del mismo Dios. Es Hija de Dios Padre, Madre del Hijo encarnado, Esposa del Espíritu Santo; por lo cual ni el mismo Dios, con ser omnipotente, puede contraer una alianza más noble con una criatura.

Sin embargo, lejos de que alianza tan sublime la preserve de los trabajos de este valle de lágrimas, ó la haga gozar de las felicidades de la vida presente, descarga sobre ella el peso de todas las calamidades y miserias que pueda sufrir la criatura más infortunada, pues no sólo padece los más sensibles dolores de la naturaleza en la muerte de su único Hijo como la más tierna de las madres; no sólo experimenta los más violentos dolores de la gracia, como la Reina y la más perfecta de los Santos, sino que lleva el inmenso peso de los dolores divinos como la única íntimamente emparentada con las tres Personas divinas, cada una de las cuales le hace sufrir por su parte dolores incomprensibles al entendimiento del hombre. Principiemos por el Padre.

Para concebir en algún modo, ó al menos conjeturar, cómo Dios Padre le haga tolerar los dolores divinos, conviene considerar que en el orden de la naturaleza el padre y la madre dividen por igual la posesión de un hijo único, y, si muere, el dolor de la pérdida entre ellos se divide, de lo que se sigue que cada uno lo siente tan sólo por mitad; pero la Santísima Virgen con ningún otro dividía la posesión de su único Hijo, pues Ella era su Padre y su Madre, según su santa humanidad; era, pues, menester que Ella sola sufriese todo el dolor de su muerte.

¡Y qué! ¿No tenía Jesucristo un Padre igualmente que una Madre? ¿No es el Padre Eterno su verdadero padre, como la Santísima Virgen es su verdadera madre? He

aquí un Padre y una Madre de un Hijo verdadero; deben, pues, dividir los dolores de su muerte, puesto que uno y otro pueden decir igualmente: mi Hijo único ha muerto; yo le he visto morir en un madero infame. ¡Ah! No hay que dudarlo: he aquí una Madre y un Padre de un mismo Hijo único, pero El es un Padre-Dios y Ella es una Madre que no es Dios. Y ved aquí el principio de los incomprendibles dolores que Ella sola padece. Puesto que es indudable que el dolor causado por la muerte de un hijo único toca al padre igualmente que á la madre; y si, lo que es imposible, el Eterno Padre hubiese sido capaz de sentir dolor viendo á su Hijo único muerto, despedazado y como aniquilado en la cruz, se hubiera penetrado de un dolor infinito proporcionado á la dignidad de la persona y al amor infinito en que por El se abrasa; pero es un Dios impasible é incapaz de dolor. ¿Pues qué habrá de hacerse? A la muerte de tal Hijo débese justísimamente un dolor infinito. Dios Padre no puede pagar esta deuda. ¿Pues quién la pagará?

Será la Madre quien responda por las deudas del Padre; á la Santísima Virgen confiará el Eterno Padre este difícil cargo; y así como la hizo partícipe de su fecundidad dándole á su único Hijo, ahora, en pago de tamaño beneficio, hace que la Señora supla con su dolor, del modo que es capaz una criatura, el que tal Padre, si fuese capaz de dolor, sentiría en la muerte de este mismo Hijo; de manera que María al pie de la cruz no sólo padeció las propias penas, sino también las del Eterno Padre. ¡Oh dolor inmenso en su grandeza! ¡Oh dolor infinito en su profundidad! ¿Qué entendimiento humano ó angélico podría comprenderte?

Acaso os sorprenda este razonamiento, y me preguntéis: ¿Cómo es posible que María sea capaz de sufrir tan prodigioso dolor, que se extienda hasta lo infinito? Pero

respondedme á las preguntas que os haga , y yo responderé á la vuestra: ¿Cómo es posible que Ella produzca á un Hombre-Dios de su propia sustancia, siendo una pura criatura? ¿Cómo es posible que Dios-Padre la haya hecho partícipe de su divina fecundidad, de tal manera que es Madre natural del mismo Hijo de quien El es Padre natural? ¿Cómo es posible que este Padre y esta Madre tengan una sola y una misma relación con aquel Hijo único que les es común, y que siendo el término de esta relación infinito en grandeza , porque es Dios , ésta sea también en su género infinita en dignidad y excelencia, puesto que, según los filósofos, las relaciones se miden por su término? En suma, decidme: ¿cómo es posible que siendo una pura criatura haya sido encumbrada á tan divina grandeza, empero sin ser Dios?

Me responderéis que todo esto es obra milagrosa del Omnipotente, y tan milagrosa, que descuella entre todos los milagros. Y yo os doy la misma respuesta cuando me preguntáis cómo es posible que la Santísima Virgen pueda sufrir en el Calvario los dolores divinos, que hubiera sido justo que el Padre de Jesucristo padeciese en su muerte. Este es un milagro del Omnipotente, que supera á todos los milagros; pues no podéis dudar que este último sea para Dios tan posible como el primero, aunque no sea mi ánimo tomar aquí lo infinito en todo su rigor, sino tan sólo en la extensión que puede tener en una criatura. Hemos visto cómo padece María los dolores divinos por parte del Eterno Padre. Vengamos ahora al Hijo, y veamos si le da menos que padecer por su parte.

Propiamente hablando, El es quien sufre en el árbol de la cruz los verdaderos dolores divinos, que su Eterno Padre no es capaz de sufrir; pero considerad de dónde le viene esta capacidad: no puede venirle de su divino Padre, quien le da tan sólo su divinidad; luego le viene de

su Madre Santísima, la cual le da su adorable humanidad, que unida con una Persona divina es verdadero Dios, y, por consecuencia, los dolores que padece son verdaderamente divinos. Ahora bien; según expresión de los Padres, la carne del Hijo es la carne de la Madre, porque solo Ella ha suministrado toda la materia de su adorable cuerpo: *Caro Christi, caro Mariæ*; así los dolores del Hijo lo son de la Madre; así Ella padece en su Hijo y por su Hijo los dolores divinos.

San Buenaventura, en aquella obra toda seráfica, intitulada *Estímulo del divino amor*, discurriendo sobre las lágrimas de Nuestra Señora al pie de la cruz, le habla en estos términos, dignos de su piedad: «¡Oh Virgen Santísima! ¿Dónde estabais cuando vuestro Hijo padecía los crueles dolores de su pasión? No sólo estabais inmediata á su cruz, sino en su misma cruz: allí estabais crucificada con El; y la única diferencia que advierto es que Vos padecéis en vuestra alma todos los dolores que El sufre en su carne, y todas las llagas de su cuerpo están en vuestro corazón juntas y aglomeradas. Allí, pues, sentís la agudeza de las espinas; allí estáis traspasada por esos clavos que taladran sus manos y sus pies; allí sufrís los atrocísimos dolores de su flagelación; allí os embriagáis con la amargura de la hiel y del vinagre; allí recibís las injurias, los desprecios é ignominias con que los judíos le baldonan: en suma, allí el amor, más fuerte que la muerte, os hace sufrir todas las crueldades de su pasión; pues la muerte se dilata por todo el cuerpo, mientras el amor no tiene más blanco que el corazón, y de mil modos lo abrasa, lo atraviesa, lo despedaza, lo esclaviza y tiraniza.»

Considerando San Bernardo el amor de esta Madre dolorosa, que se mantiene en pie junto á la cruz, expresa con palabras de unción y de ternura un pensamiento

ingenioso y piadosísimo. Oigámosle: «¡Oh dolores inexplicables! ¡Oh inefable flujo y reflujo del amor santo! El Hijo padece por la Madre y por todo el mundo; pero los dolores de su pasión son á manera de un torrente impetuoso que, después de haberle sumergido á El mismo, rebalsan abundantísimamente sobre la Madre y la sumergen en las mismas aguas de su amargura; y así como los ríos vuelven siempre al lugar de su origen para correr de nuevo, así los mismos dolores retornan de la Madre al Hijo, y luego del Hijo á la Madre, y de esta suerte se forma en ambos un flujo y reflujo de pasión y de compasión.»

La naturaleza de la simpatía es admirable. Pero jamás hubo ni habrá mayor ni más perfecta simpatía que la de esta Madre con su adorable Hijo; pues no sólo se funda en la naturaleza, en ambos perfectísima, sino también en la gracia, que es la misma en su plenitud en El y en Ella, como San Jerónimo nos lo asegura: *In Mariam totius gratiæ quæ in Christo est plenitudo venit*. Y no sólo en la gracia, sino también en cierto modo fúndase sobre la misma divinidad, siendo el uno Hijo de Dios y la otra verdadera Madre de Dios. ¡Oh simpatía admirable! ¡Oh unión incomparable que la naturaleza produce, la gracia perfecciona y la divinidad corona!

No podemos, pues, dudar que los mismos golpes que imprimían llagas y dolores en el cuerpo y alma del Hijo, no penetrasen vivamente el corazón y el alma de su Madre; ambos padecían un mismo martirio de dolor y de amor; ambos ofrecían á Dios el mismo sacrificio por la redención de nuestras almas; ambos derramaban á raudales su preciosísima sangre, Jesús de su divino cuerpo, y María de su corazón: *Ille in sanguine carnis, hæc in sanguine cordis*. (Amed., hom. 5 de *Virg.*) ¡Oh María, verdadera Madre de misericordia! No basta que sea cruci-

ficado el Hijo, si no lo es también la Madre; el amor tierno y ardoroso que nos tenéis no se daría por satisfecho si Vos misma no cooperaseis con el divino Salvador á la grande obra de nuestra salud, sufriendo los mismos dolores en el Calvario; pues como El y Vos formáis un solo corazón y una sola alma, menester era, según la profecía del anciano Simeón, que un mismo golpe de la misma espada de dolor os penetrase, y á ambos sacrificase: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Así es como el Hijo, igualmente que el Padre, le hacen sufrir al pie de la cruz la violencia de los dolores divinos.

Finalmente, el Espíritu Santo como Esposo suyo corona la obra: El en la divinidad es el lazo del Padre y del Hijo; y El mismo en la humanidad produce la unión admirable del Hijo y de la Madre; pero en la divinidad es causa de que un gozo infinito sea común al Hijo y al Padre por el mismo amor que les es común; mientras, por el contrario, en la humanidad hace que los dolores divinos sean los mismos en el Hijo y en la Madre por el mismo amor que les es común. Vemos prácticamente que la unión que la naturaleza tiene establecida entre el cuerpo y el alma es tan íntima y estrecha, que todos los dolores que sufre una de las dos partes, los sufre igualmente la otra, de tal modo que se diría que no son dos, sino una misma cosa sin división alguna. ¿Pero qué comparación hay entre la unión natural del alma y del cuerpo con la unión sobrenatural y divina entre el Hijo de Dios y su admirable Madre por el Espíritu Santo?

Consideradlos, si queréis, unidos solamente como el cuerpo y el alma: con todo, así como el alma, siendo un espíritu puro, se hace sensible y visible tan sólo por su unión con el cuerpo, así el Eterno Verbo, siendo un espíritu purísimo, no se hace visible á nuestros ojos y palpa-

ble á nuestras manos, sino porque la Santísima Virgen le revistió de su propia carne: he aquí su vestido. Hélo aquí visible y sensible por el humano cuerpo que le cubre; y en semejante estado es casi como el cuerpo y el alma, los cuales por su unión estrechísima sufren los mismos dolores que recíprocamente se hacen sufrir uno al otro, y podrían hacerse las mismas reconvenciones. El alma podría decir al cuerpo: yo soy quien te hago padecer; porque si yo te animase, no serías sensible á los dolores; y el cuerpo podría responder al alma: yo también te hago padecer, porque si no estuvieses vestida de mi carne, serías incapaz de dolor sensible.

Guardando la debida proporción, de este modo considera la Santísima Virgen á su querido Hijo en la cruz. «¡Ay! le dice: yo soy quien te hago padecer, porque si yo no te hubiese dado ese cuerpo pasible y mortal, serías impasible é invulnerable como tu Padre lo es; yo, pues, soy quien te hago padecer; yo, siendo Madre tuya, yo, amado mío y Dios mío, te hago sufrir tan acerbos tormentos.» Y el Hijo, contemplando á su Madre divina, padeciendo los mismos dolores al pie de la cruz, con inefable ternura y compasión: «¡Ah! responde, yo soy quien te hago padecer, yo soy la causa de tu cruel martirio, porque yo soy el alma que te anima, y de mí pasan á ti todos los dolores que despedazan tus maternales entrañas.»

El Hijo, dice San Lorenzo Justiniano, gime al ver á su amada Madre presente al doloroso espectáculo de su pasión, y le habla al corazón con una voz sensibilísima: «¿Y por qué habéis venido aquí, paloma mía, amada mía, para aumentar mis dolores con vuestra presencia? El tormento que padecéis me traspasa el corazón. ¡Ay de mí! ¿Dónde vais, Madre mía? A la fuente de las lágrimas, al torrente de las amarguras, al abismo de la tristeza.

¡Ah! Retiraos, aliviad mi dolor; escondeos á mis ojos: huid de este diluvio de males en que voy á sumergirme: Vos no podréis sobrellevar el inmenso peso de los dolores divinos, bajo los cuales va á ser abismado el mismo Dios omnipotente; no haréis más que aumentar mis dolores con los vuestros; los verdugos me harán padecer exteriormente menos de lo que Vos me hagáis padecer interiormente con la ternura de vuestro amor: Vos redobláis todas mis angustias con la intensidad de vuestras penas. ¿Habré, pues, de ser crucificado dos veces, una por el odio y otra por el amor?»

Pero ¡ay! ¿qué responde á esto la Santísima Virgen? Ella misma lo reveló á Santa Brígida diciendo: «Cuando nació mi amadísimo Hijo de mi virginal seno, sentí salir la mitad de mi corazón y nacer con El, y en su pasión sentía yo en mi corazón sus mismos dolores... Y cuando tan cruelmente fué azotado mi Hijo, yo sentía mi corazón azotado de la misma manera, y sentía el mismo dolor; cuando le veía coronado de espinas, mi corazón estaba traspasado por las puntas de aquellas mismas espinas; cuando miraba sus manos y sus pies atravesados con los clavos que le tenían fijo en la cruz, en mi corazón se abrían aquellas mismas heridas.

«Yo le miraba de hito en hito, y El también me miraba, y mis ojos, imitando sus llagas, derramaban á torrentes la sangre de mi corazón, como El derramaba á torrentes la sangre de su cuerpo. Yo padecía tanto mirándole, que solo El conocía toda la grandeza de mi pasión; y El padecía tanto viéndome padecer, que todos los dolores que sufría en su persona, como que se adormecían á vista de los míos; y parecíame también que todos mis dolores, aunque eran los más violentos que puede padecer una criatura, eran nada para mí en cotejo de los suyos; por lo cual puedo decir con verdad que su dolor era mi dolor

y su muerte ha sido mi muerte, porque su corazón es verdaderamente mi corazón. Medita en esto, hija mía; graba en tu alma profundamente esta verdad, y no te será difícil dejar el mundo y despreciarlo todo, para entregarte únicamente á su servicio y amor; si le amas de todo corazón, si le amas únicamente, si le amas con ardor, conocerás por experiencia propia lo que jamás podrías concebir no amándole de tal manera.»

Pero ¡ay! ¿Qué juicio formaremos de la monstruosa insensibilidad que tenemos con nuestro pacientísimo Redentor, y de la frialdad é indiferencia con que miramos los dolores de su angustiada Madre? No nos conmueve el horrendo espectáculo que puso en conmoción los cielos y la tierra, sacó de quicio y despedazó las piedras y horrorizó al mismo infierno: todo eso lo vemos á sangre fría, con ojos enjutos y con un corazón insensible, como si fuera de bronce. ¡Oh Dios! ¿No basta esto para humillarnos hasta los abismos y hacernos morir de confusión? Sí: escondámonos y temblemos de espanto, porque todas las criaturas nos avergüenzan con su ejemplo, echándonos en cara, y con mucha justicia, nuestra horrible ingratitud.

¿Sois vosotros los que os llamáis cristianos? ¿Vosotros los que hacéis profesión de observar una ley que os manda amar á vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas? ¿Sois vosotros los que os llamáis sus hijos, los que todos los días le llamáis Padre? ¿Y le tratáis con la misma indiferencia que si nada os tocase? Sí: tal es vuestro descuido y tal vuestra frialdad. Habéis visto á su santa Madre, á la más perfecta de todas las criaturas y á la que debe ser vuestro modelo; la habéis visto padeciendo al pie de la cruz los más vehementes dolores del pecado, de la naturaleza y de la gracia, y, por último, los dolores divinos que le hacía sufrir su amor no han conmovido vuestras entrañas.

¿No deberíais sentir al menos los dolores del pecado al ver que fué el verdugo cruelísimo que atormentó á Jesucristo en la cruz? Al menos deberíais sentir los dolores de la naturaleza: los demonios mismos los sintieron en la muerte de su Criador, temblando de espanto con sólo la vista de la cruz; y vosotros que sabéis que ha muerto por salvaros, deberíais al menos enterneceros y conmoveros con algún sentimiento, ó de dolor por los oprobios de una majestad infinita, ó de compasión por las crueldades tan injustamente ejercidas con su inocencia, ó de gratitud al pensar en el exceso incomprendible de su amor, que todo esto le obligó á sufrir por vosotros. ¡Oh cuán espantosa es vuestra insensibilidad!

No sois, no, tan insensibles cuando se trata de cosas humanas, por pequeñas que sean, si tienen con vosotros alguna relación. Se os ve inconsolables por la muerte de un hijo, por la desgracia de un amigo, por la pérdida de cualquier bien temporal. ¡Oh vergüenza! Se ha visto á muchas mujeres cristianas llorar por la pérdida de un pajarillo, ó por la muerte de un perrillo faldero, mientras Jesús, es decir, aquel Dios á quien hacen profesión de adorar, á quien están obligadas á amar de todo corazón, so pena de condenación eterna, no ha podido excitar en ellas sentimientos de compungida compasión. ¡Oh estúpida, oh ingrata criatura! ¿Conque tu Dios será para ti menos que aquel pajarillo y aquel perrillo? ¿Es posible que tengas lágrimas y dolor para todas esas bagatelas, y para tu Dios no tengas más que insensibilidad y desprecio? Merecías tan justas reconvenciones, áun en el caso de que sólo tuvieses un conocimiento humano del Evangelio.

Pero brilla para vosotros la divina luz de la fe, profesáis la religión cristiana, y fundáis en ella todas las esperanzas de vuestra eterna salud; os alimentáis del cuer-

po y sangre adorable de Jesucristo, bebéis en las fuentes de su gracia, ¿é ignoráis cuánto importa sentir los dolores de la gracia contemplando los dolores de su pasión? No podéis ignorar cuánto se sublima la gracia sobre la naturaleza, y que el divino amor que reina como soberano en todos los corazones en que reina la gracia, es, sin comparación, más fuerte que el amor natural; y por consecuencia, si el amor natural hace sentir necesariamente los dolores de la naturaleza al perder el objeto de su cariño, siendo el amor divino mucho más fuerte, hace sentir con mayor viveza los dolores de la gracia al corazón amante. ¿Los habéis sentido alguna vez?...

Imposible es amar ardentemente, y perder sin dolor aquello que se ama; aún sin haberlo perdido no se puede amar y ver al objeto amado ultrajado y despreciado, cruelmente maltratado, bañado en sangre y padeciendo hasta morir con una muerte violenta, cruel y vergonzosa; no se puede ver esto sin experimentar amargas sensaciones de dolor. Si hay un poco de amor, no hay corazón insensible. Y quien ama con toda el alma, como estamos obligados á amar á Dios, ¿cómo podrá permanecer insensible? Allí donde no hay dolor, es necesario que se confiese que no hay amor.

¡Ah! Si no sabéis qué son los dolores de la gracia, mucho menos sabréis qué cosa sean los dolores divinos. Tal vez ni aún idea tenéis de ello; pero si no lo sabéis, aprendedlos de la Santísima Virgen, que tan violentos los sufre al pie de la cruz, mereciendo por ellos el glorioso título de Reina de los mártires.



CAPITULO XXVI

Los dolores de la enfermedad son los precursores de la muerte; y Dios, por un efecto de su misericordia, acostumbra enviarlos á los hombres para advertirles que le esperen y se preparen á recibirle; pero la Santísima Virgen no los sintió, porque no tenía necesidad de que se le advirtiese para disponerse á aquel último trance; lo estaba en todos los momentos de su vida por su íntima unión con su Dios.

San Juan Damasceno, Galatino, Nicéforo y otros muchos aseguran que, siendo su cuerpo el más perfecto, después del de su Hijo divino, no participó de las enfermedades y flaquezas de los hijos de Adán, así como no había participado de su culpa, y que su muerte fué, cual su vida, sin enfermedades ni dolor alguno. Mas esto no quiere decir que su alma no haya sido traspasada de dolores, pues la honramos con el insigne título de Reina de los Mártires, porque padeció más que todos ellos y en todo el curso de su vida, sino que no sufrió dolores de

enfermedad, áun acercándosele la muerte, cuando por lo regular son más agudos.

No tendréis dificultad en creer que se haya concedido á la Madre de Dios este privilegio, pues su infinita bondad no lo ha negado á algunos de sus más fieles siervos. San Ambrosio y San Gregorio de Tours escriben que San Juan Evangelista, después de una larguísima vida colmada de merecimientos, entró por sí mismo en su sepulcro, y reclinándose en él como en su propio lecho, se durmió en el Señor sin haber sentido dolor alguno de enfermedad.

Moisés exhaló el alma, no entre las dolorosas agonías de la muerte, sino en el dulcísimo ósculo de su Dios. No es, pues, creíble que Dios haya negado á su Santísima Madre los favores que algunas veces se dignó hacer á sus siervos.

El abad Guerrico nos la pinta siempre lánguida y desfallecida, pero jamás enferma sino de amor divino: *Beata Virgo languit timore tota vita, dolore in passione, amore in morte*. La bienaventurada Virgen desfallecía de temor durante toda su vida, de dolor en la pasión de su Hijo, y de amor al aproximarse su muerte.

Ruperto, tan sabio como espiritual y devoto, pone en su boca estas hermosas palabras: «Os conjuro, hijas de Jerusalén, que si halláis á mi Amado le digáis que desfallezco de amor; decidle que mi vida es un suplicio mientras estoy lejos de él; decidle que noche y día me sirven de pan las lágrimas, mientras á mí misma me pregunto: ¿Dónde está tu Amado? ¿Dónde está tu único Hijo? ¿Dónde está tu Dios? Os conjuro, hijas de Jerusalén, almas dichosas que ya gozáis de su presencia en el cielo, os ruego, por la reverencia y por el amor que le tenéis, contadle los tormentos que acá abajo sufro; decidle que no puede más mi corazón, que su ausencia me aniquila, que

la distancia me da á todas horas la muerte; suspiro y desfallezco y muero por verle.» *Nunciate dilecto meo, quia amore languero.* (Cant., 5.)

¡Oh Amante sacratísima! ¿Qué necesidad hay de que otro se lo diga? ¿No lo sabe El mismo? Cuando preguntó por tres veces al príncipe de los Apóstoles si le amaba, éste le respondió: «Señor, Vos lo sabéis todo; veis el fondo de mi corazón, sabéis con cuánto ardor os amo, pues Vos mismo me dais todo el amor con que yo puedo amaros.» Ciertamente es que conoce todo el amor que le tenéis. ¿Vuestro mismo corazón no le habla incesantemente de la grandeza de vuestro amor? Cada vez que respira, ¿no le dice aquellas ardientes palabras que deberíamos repetir continuamente en lo íntimo de nuestros corazones? *Tu scis, Domine, quia amo te: tu scis, Domine, quia amo te: tu scis, Domine, quia amo te.* ¿Qué necesidad hay de que se lo hagáis decir por otros, que no lo saben tan bien como El y Vos?

«¡Ah! responde esta divina Amante. Me parece que nunca podré decírselo bastantemente y que El nunca puede saberlo demasiado. No estoy yo satisfecha si no le hablan de mi amor todos los ángeles, todos los hombres y todos los seres, hasta los más insensibles; y digan lo que dijeren, nunca dirán sobrado.»

San Anselmo asegura que todo otro amor era escaso y tibio en cotejo del de la Santísima Virgen. El de Jacob, cuando supo que su hijo José, á quien tenía por muerto, estaba lleno de vida y reinaba en Egipto, cuando el corazón ya no le cabía en el pecho por el ansia de verle, era nada en comparación del deseo que á la Virgen abrasaba de ver á su Hijo reinando en los cielos después de haberle visto morir en la cruz; el del santo rey David, que comparaba su encendido anhelo de poseer á Dios con la sed del cervatillo que corre á apagarla en las aguas

de cristalina fuente, nada era en comparación de su ardiente sed de beber en las fuentes del Salvador. ¡Oh alma incomparable! ¡Oh amante más encendida en el divino amor que todas las demás amantes juntas! ¿Cómo podéis vivir un solo día en tal estado? No me admira que hayáis muerto á su impulso suavísimo; lo que me maravilla es que hayáis vivido una sola hora en medio de tal incendio. ¿No es éste mayor milagro que el que se cuenta de los tres niños del horno de Babilonia? Sí; porque si toda vuestra vida fué un continuo milagro, lo fué mucho mayor después de la Ascensión del Señor hasta el fin de aquélla, pues podíais decir con más verdad que San Pablo: yo muero todos los días.

Acerca de la duración de su santísima vida están muy divididas las opiniones. San Antonino dice que sobrevivió doce años á su querido Hijo, y que así terminó su vida á la edad de sesenta. Nicéforo no le da más que cincuenta y nueve, Pedro de Aquileya cuarenta y nueve años, cinco meses y veintiún días y Baronio setenta y dos años; pero la opinión más seguida es que su dichoso tránsito ocurrió á los sesenta y tres años; es de Eusebio en su *Crónica*, y Santa Brígida asegura que la misma Señora se lo reveló á ella. Parece que nuestra Madre la Iglesia ha confirmado esta creencia, aprobando la corona de sesenta y tres *Ave Marías* en honra de los años que la Santísima Virgen vivió sobre la tierra; y según esta opinión, es preciso que hubiesen transcurrido quince años desde la Ascensión de nuestro divino Salvador. Según el testimonio más común de los historiadores y de los Santos Padres, María permaneció algún tiempo cerca del sepulcro de Nuestro Señor en el valle de Josafat. Sofro-

nio, Dionisio el Cartujo y el abate Guerrico nos lo aseguran. El Concilio de Éfeso dice que residió algunos años en esta ciudad con San Juan Evangelista, á quien recibió por hijo al pie de la cruz; pero su más ordinaria y larga estancia fué en Jerusalén; y su casa particular el Cenáculo, aquel santuario divino en que Jesucristo se dignó obrar milagros asombrosos; allí instituyó el Santísimo Sacramento; allí celebró la primera Misa con los Apóstoles; allí los recogió é hizo orar diez días para disponerse á recibir la virtud de lo alto; allí les envió al Espíritu Santo y les dió la misión para ir á predicar el Evangelio por toda la tierra; allí, finalmente, quiso que su divina Madre pasase los postrimeros años de su vida. Es, pues, creíble que en lugar tan santo los terminase.

En cuanto al tiempo, parece que la Iglesia nos induce á pensar que murió y resucitó en el mes de Agosto, celebrando en él la fiesta de su Asunción. Para asemejarse áun en esto á su Santísimo Hijo, pasó á la gloria el viernes, y como El resucitó el domingo, y subió como El á los cielos en cuerpo y alma.

Tres son los Sacramentos de nuestra Madre la Iglesia que todos los fieles deben recibir para prepararse á una muerte dichosa; el de la Penitencia, el del Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador y la Extremaunción. En cuanto al primero, es indudable que no lo recibió la Virgen sin mancilla en todo el curso de su vida ni en artículo de muerte, porque jamás cometió ni el más leve pecado venial. ¿Pues cómo habría podido confesarse? ¿De qué se hubiera acusado si de nada era culpable? ¿Sobre qué recaería la absolución, no concordando con su perfectísima inocencia ni la materia ni la forma del sacra-

mento de la Penitencia? Luego no lo recibió, ni pudo recibirlo.

En orden al segundo, es evidentísimo que aquel Maná del cielo era el cotidiano sustento de su alma, y que lo fué especialmente en el término de su vida, como celestial Viático que debía conducirla á la casa de su bienaventurada eternidad. ¿Y quién lo duda?

Si criatura alguna ha sido capaz de sustentarse con aquel Pan divino, lo fué la Reina de los ángeles; si ha habido alguna digna de recibir al Hijo de Dios en el augusto Sacramento de su amor, fué aquélla que colmó el Omnipotente de todas las riquezas de su gracia para hacerla dignísima de recibirle; si alguna le ha deseado con ardor, ha sido aquélla que le amaba mucho más que todas las criaturas juntas; si alguna tuvo derecho para poseer aquel tesoro preciosísimo, fué aquélla que le recibió del cielo, primero para sí misma, y luego para comunicarlo al mundo, el cual le obtuvo tan sólo por su medio. ¿Quién hay que plante una viña y no coma de su fruto? pregunta el apóstol San Pablo. Si alguien conoció su valor y dignidad infinita, fué aquélla que, más que todos los Apóstoles y más que todos los Doctores de la Iglesia, penetró en los Misterios de la Divinidad.

Pues si fué tan capaz y tan digna de recibir este Sacramento divino; si lo deseó con tanta viveza; si para poseerlo tenía particular derecho; si también sabía las intenciones y el ansia de Jesús acerca de su frecuente uso, y en un todo se conformaba con ellas fidelísimamente, ¿por qué se dudaría de que después de su institución le haya recibido todos ó casi todos los días de su vida?

Recibióle especialmente al acercarse la hora de su dichoso tránsito, pues ésta es antiquísima costumbre de la Iglesia, en cuya práctica pone el mayor empeño, vien-

do con sumo dolor que alguno de sus hijos pase á la eternidad sin este santísimo Viático; y es tal su conato en la observancia de esta ley de inefable amor, que la ha recomendado en varios Concilios generales, nacionales y provinciales, en el de Nicea, en el undécimo de Toledo, en los de Agata, de Ancira, de Arlés, de Orleans, de Cartago y en otros varios, siendo esta costumbre tan antigua en la Iglesia que, no hallándosele principio, estamos en el caso de creer que fué establecida por Jesucristo y sus Apóstoles. Es, pues, innegable que María recibió con suma frecuencia el soberano sacramento de la Eucaristía y el Viático antes de dormirse plácidamente en el ósculo de su Dios.

Opinan algunos autores que recibió el sacramento de la Extremaunción; pero sus razones se ven obligadas á ceder el campo á las siguientes, que se les oponen con una fuerza irresistible. En efecto: ¿á qué fin se instituyó la Extremaunción? ¿No fué con el mismo objeto con que Jesucristo estableció en su Iglesia el sacramento de la Penitencia, es decir, para la remisión de los pecados? Verdad es que la Confesión perdona el pecado mortal y la Extremaunción el venial; la Confesión borra la culpa, y la Extremaunción acaba de extirpar los restos del pecado, por lo cual dicen los teólogos que la Extremaunción es el complemento y la última perfección de la Penitencia, y que el fin de ambos Sacramentos es la remisión de los pecados. Pues si María jamás tuvo culpa, y por esta razón no fué capaz de recibir el Sacramento de la Penitencia, ¿cómo hubiese recibido el de la Extremaunción? ¿Qué efecto produjera este último Sacramento en María? ¿El de darle fortaleza para luchar con los enemigos de su salvación en su agonía? ¿Pero qué agonía padeció en su muerte, sino la de su amor perfecto, al cual se abandonaba de todo corazón? ¿Y qué enemigos

de su salud se atreverían á presentársele para asaltarla en aquella hora? ¡Ah! Jamás tuvo el demonio libertad para acercarse á este divino Santuario, siempre honrado con la presencia del Arca , siempre lleno de la plenitud de las gracias , siempre rodeado de legiones de ángeles. ¿Tal vez la acometerían los enemigos domésticos del hombre, las pasiones rebeldes, los deseos inquietos, el amor á las criaturas? ¡Ah, no! Para Ella no había más pasión que la de amar á su Dios, ni más deseo que el de volar á poseerle en la gloria.

¿A qué fin, pues, hubiera recibido el sacramento de la Extremaunción? ¿Acaso para consagrar su cuerpo con el óleo santo? Pero por esta última unción no se hubiera santificado más de lo que ya lo estaba por la gracia de su divina maternidad. Como Jesús, el Santo de los santos, es llamado el Ungido del Señor por excelencia, el Rey de los reyes , el Soberano Pontífice de la religión , sin que los hombres le ungieran ni consagrarán , porque estaba admirablemente ungido y consagrado por su propia divinidad, *Christus unctus divinitate*, así su Madre santísima era la Reina de los ángeles y de los hombres, empleándose en un ministerio que excede en alteza y santidad á cuanto han podido hacer todas las criaturas, sin necesitar más unción ni consagración que la de la gracia de su divina maternidad.

Los sacerdotes, que se consideran como personas sagradas porque tienen la honra de participar de la sagrada unción del sumo sacerdote Jesucristo , por el carácter sacerdotal, también deben tener las manos consagradas para tocar su adorable Cuerpo con solo la extremidad de los dedos ; pero todo era tan santo y tan consagrado en la persona de María , que gozaba de absoluta libertad para tocarle con sus manos , besarle con su boca y aplicársele á sus virginales pechos sin menester

más unción que la de la gracia de su divina maternidad; no se diga, pues, que debió recibir el sacramento de la Extremaunción como el resto de los fieles, á fin de que su cuerpo adquiriese una nueva dignidad con ella.

Si el Señor se dignó revelar á muchos siervos suyos la hora de su muerte, ¿cómo no había de hacerlo con su querida Madre? Nicéforo, en el segundo libro de su *Historia*, (c. 21), dice que viéndola su amado Jesús padecer tanto por el ardiente deseo que tenía de salir del amargo destierro de este mundo, mandó á un ángel que le avisara el día y la hora de su muerte, y añade que por las coronas que había de recibir en el cielo, el ángel, de parte de su divino Hijo, le presentó una palma, cuyos ramos resplandecían á par de las estrellas, mandándole que la hiciera llevar delante de sí en la ceremonia de su funeral.

Muchos autores dignísimos de fe refieren lo siguiente acerca de las maravillas de su fallecimiento y de la magnificencia majestuosa de su pompa fúnebre.

Los Apóstoles, que se hallaban dispersos en todo el orbe predicando el Evangelio, supieron por revelación divina el día de su fallecimiento, y todos fueron al mismo tiempo arrebatados por los ángeles y transportados á Jerusalén para hallarse juntos alrededor del lecho de su Reina, y darle el último adiós, para recibir su bendición y asistir á su entierro. Todos se hallaron allí por milagro, excepto Santiago, hermano de San Juan, á quien ya había martirizado Herodes, y Santo Tomás, que llegó tres días después de aquel sueño de amor con que María pasó á su dichosa eternidad. Y de esto no es posible dudar, atestiguándolo tantos y tan acreditados autores como un San Juan Damasceno, Gregorio de Tours y otros, y antes que ellos San Dionisio Areopagita, quien dice haber asistido él mismo á la muerte de la Santísima Virgen con to-

dos los Apóstoles, con San Timoteo, primer Obispo de Éfeso, Santiago y San Pedro, á quien llama la suprema y antiquísima cabeza de los teólogos. Y á la verdad, si Habacuc fué transportado por un ángel desde Judea á Babilonia, á fin de socorrer á Daniel, que moría de hambre en el lago de los leones, bien podemos creer que Dios, por ministerio de sus ángeles, transportaría á los Apóstoles á Jerusalén para honra, consuelo y servicio de su Madre.

Glicas asegura que no sólo los Apóstoles, sino también los discípulos, se hallaron presentes; y Metafraste añade que siendo tanta la veneración que en todas partes se tenía á la Santísima Virgen, que era imposible verla sin acatarla profundamente y amarla con la más encendida ternura, infinitas gentes, hombres y mujeres de toda condición, que le eran afectísimas, corrieron en tropel á pedirle su bendición y honrar su muerte con la abundancia de sus lágrimas. Aún adelanta más San Juan Damasceno al decir que Jesucristo mismo bajó en persona, acompañado de muchas legiones de ángeles, á recibir en sus manos el alma de su divina Madre. Lo cual es sumamente creíble, pues si estando para volver al cielo, consolándoles, prometió á los Apóstoles que, viniendo de nuevo á ellos, los recibiría en su seno: *Iterum veniam, et accipiam vos ad me ipsum*, ¿dudariamos de que bajó al encuentro de su Madre, y recibió en su corazón á la que le hubo acogido en su castísimo seno? ¿Dudariamos de que con toda claridad no le viese cerca de sí, como San Esteban le vió en el cielo á la diestra de su Padre, durante su martirio? ¡Ah! No alcanza el entendimiento humano, no alcanza á concebir el júbilo que la inundaría al ver llegado el momento deseadísimamente de entregar su alma en las manos de su Dios, en las de su Hijo, en las de su Amado.

No se vió eclipsarse el sol, ni retemblar la tierra, ni conmoverse todo el universo en la muerte de la Santísima Virgen, porque nada había en ella de funesto; por el contrario, rebosaban de gozo los cielos y la tierra, como lo describen San Juan Damasceno, Metafraste y Nicéforo. Los ángeles, por parte del cielo, llenaban los aires de altisona armonía; y por parte de la tierra, los Apóstoles, que representaban á toda la Iglesia y circundaban el preciosísimo cuerpo á manera de brillante corona, cantaban sus alabanzas y cada uno pronunciaba aquel elogio, que le salía de la abundancia de su corazón; todos le besaron los pies y las manos con afectuoso respeto; todos admiraban la belleza de aquel tabernáculo del Verbo encarnado, tan resplandeciente de gloria, tan embalsamado de celestial fragancia. Aquel no parecía el día de su muerte, sino el de su resurrección.

Después de haberlo venerado y permitido á todos los circunstantes que se le acercasen y santificasen sus labios con el contacto de aquella preciosísima reliquia, se dispuso el santo entierro como refieren antiguos autores, según lo habían aprendido de la tradición. Iba San Juan por delante llevando aquella palma que el ángel le trajo del cielo cuando vino á anunciarle su muerte; San Pedro y los otros Apóstoles llevaban su cuerpo, y muchas personas piadosas le rodeaban y seguían, unas cantando himnos y otras honrándole con su profundo acatamiento. Depusieronle, por fin, en un sepulcro nuevo; pobre y sencillo en verdad, pero más precioso y augusto que los ricos y soberbios mausoleos de los reyes de la tierra.

Convienen casi todos los autores en que dicho sepulcro estaba en el valle de Josafat, en Gethsemani, inmediato al de nuestro Salvador, y entero subsistió por algunos años hasta el tiempo de Tito y Vespasiano, cuando Jerusalén fué completamente destruída, y quedó tan sepultado

bajo aquellas ruinas, que nadie sabía de él hasta el imperio de Marciano y Pulqueria, en cuyo tiempo se descubrió á fuerza de buscarlo, pero tan escondido bajo las ruinas de la antigua Jerusalén, que era preciso bajar sesenta escalones; ahora le visitan los viajeros que van á la Tierra Santa, y aún exhala un no sé qué de la celestial fragancia de que estuvo embalsamado por haber recibido y conservado algunos días el preciosísimo cuerpo de la Reina de nuestros corazones.



CAPITULO XXVII

VACÍO está el sepulcro de la Santísima Virgen; su cuerpo no se halla en la tierra, ni país alguno se ha gloriado de poseer tan preciosa reliquia; luego es fuerza confesar que está en el cielo; tal es la creencia de la Iglesia Católica, que celebra todos los años la fiesta de su Asunción con magnificencia tanta, que para expresar su alborozo principia exprofeso la Misa de aquel día con estas palabras de regocijo: *Gaudeamus omnes in Domino*.

Pruébalo el testimonio de la Sagrada Escritura, la cual, aunque expresamente no diga que resucitó y subió á los cielos en cuerpo y alma, abunda en sentencias y pasajes que los Santos Padres interpretan en este sentido.

Pruébalo el común sentimiento de todos los Doctores católicos, que nos lo enseñan y persuaden con las palabras más vigorosas, plausibles y evidentes.

Pruébanlo, en fin, las razones más claras, piadosas y seguras que puedan alegarse para probar una verdad.

Sabemos que bajarán del cielo cuatro sonoras trompetas en el último día de los siglos, y resonarán en las

cuatro partes del mundo, y darán por do quiera la señal de la resurrección general: he aquí, pues, cuatro muy poderosas, la Iglesia, la Escritura, los Santos Padres y la razón, que publican por todo el universo que la Santísima Virgen resucitó y subió al cielo en cuerpo y alma.

Oigamos resonar la primera, que es la Iglesia: ella es quien hace oír su voz en todo el orbe cristiano el día del triunfo de la Señora: ella quien celebra los divinos misterios con las ceremonias más augustas, engalanada con sus más ricos ornamentos; ella quien habla á todos sus hijos por boca de los predicadores, anunciándoles las grandezas de esta Madre admirable, y exaltando su gloria, que acompaña con los cánticos de su alegría mientras los ángeles la llevan en cuerpo y alma á los cielos. ¡Ah! Los transportes de gozo y la magnificencia con que nuestra Madre la Iglesia celebra su Asunción, predicán altamente la verdad de este glorioso misterio.

Ponderóse mucho en la antigüedad la gloria de la reina Semíramis, que por espacio de cuarenta años gobernó la monarquía de los asirios con tanta sabiduría, tal fortaleza de ánimo y éxito tan feliz, que venció generosamente á los etíopes, desbarató el poderoso ejército del rey de las Indias, y prodigando con magnífica largueza sus tesoros, echó por tierra los montes á fin de abrir caminos, dió á los ríos nuevo rumbo para fecundar la tierra, y después de otras muchas hazañas dignas de inmortal memoria, mandó que en su sepulcro se pusiese este epitafio: «Mujer me hizo la naturaleza, pero mis acciones me han hecho igualarme en gloria á los más grandes hombres.» Podía haber añadido: la naturaleza me hizo mortal, y mi virtud y proezas me han resucitado é inmortalizado en la memoria de los siglos.

Esto, en verdad, parece grande y sublime; pero ¿qué viene á ser en parangón de la gloria de María? La Reina

del universo no sólo gobernó un imperio particular como Semíramis, sino que dirigió toda la monarquía del mundo cristiano con su autoridad y consejos después de la Ascensión de Nuestro Señor; no venció á los bárbaros de Etiopía, pero en toda la tierra vence y extermina herejías y herejes: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*: no deshizo el ejército del rey de las Indias, pero quebrantó con su divina planta la cabeza del príncipe de las tinieblas: no abrió caminos sobre la tierra, pero allana y hace facilísimo el camino del cielo con su poderosa intercesión; no llevó por donde quiera las corrientes de las aguas para fecundizar la tierra, pero nos procura y obtiene de Dios torrentes de gracia, los cuales han hecho tan fecunda á la Santa Iglesia, que desde entonces no cesa de producir abundancia de frutos de vida eterna, muchedumbre de mártires, de confesores y de vírgenes é innumerable suma de espirituales riquezas.

¡Oh y qué glorioso epitafio no debería grabarse sobre su tumba! Sería demasiado poco esculpir el de la reina Semíramis: «la naturaleza me hizo mujer, pero mi virtud me aventajó á los hombres;» era preciso decir: he sobrepujado la excelencia de todos los ángeles. Poco era decir: «me he inmortalizado en la memoria de los hombres;» menester era que se dijese: «Soy efectivamente inmortal, y toda llena de gloria en cuerpo y alma, y soy reconocida por tal en toda la Iglesia triunfante y militante.» Era necesario escribir sobre su tumba aquellas mismas palabras que los ángeles pronunciaron sobre el sepulcro de nuestro Redentor: *Surrexit, non est hic*: «ha resucitado; no está aquí ya:» ved el lecho en que la habíais puesto; vedle, vedle vacío, porque su cuerpo no está ya en la tierra, sino en el cielo, sobre el trono de la gloria. Habéis oído la trompeta de la Iglesia que á voz en grito publica su resurrección. Oid ahora la de la Escritura divina.

¿Qué significan estas palabras hablando á Dios en el salmo CXXXI: «Levántate, Señor, á tu reposo, Tú y el Arca de tu santificación?» ¿Quién dudaría que se habla con Jesucristo dormido en su sepulcro después de haber perdido la vida en el combate de su pasión? Levántate, Señor, resucítate á ti mismo y entra en el reino de tu reposo: *Surge, Domine, in requiem tuam*. Ved aquí cómo clarísimamente se dirige á Jesucristo.

¿Qué quieren decir, empero, estas otras que le siguen: *Tu et arca sanctificationis tuae?* ¿Quién es esta Arca para la cual pide igualmente la Resurrección, profetizando que también la obtendrá, sino la Santísima Virgen? ¿No es Ella la verdadera Arca que encerró el Maná del cielo y las Tablas de la ley de Dios en la persona de su Divino Hijo cuando le llevó en su seno? Y como el maná y las Tablas de la ley eran figura de Jesucristo, así el Arca del Antiguo Testamento, que las encerraba, era figura de María. ¿Mas para qué mandó Dios que se la hiciese de madera incorruptible, sino para simbolizar la incorruptibilidad del cuerpo de la Virgen inmaculada? De ella, pues, habla la divina Escritura en este famoso texto, que encierra dos resurrecciones, la de Jesús y la de su Madre Santísima. Así lo entienden San Juan Damasceno y otros, que se valen de este respetabilísimo testimonio de la Escritura para probar la resurrección de la Reina del cielo.

¿Qué quiere decir la Escritura al hacer esta oración á Dios en el salmo CXX: *Dominus custodiat introitum tuum, et exitum tuum?* Pide á Dios que guarde con especial cuidado su entrada y su salida del mundo, porque éstos son los dos pasos más peligrosos; el uno á la entrada, y el otro á la salida; dos redes que se nos tienden y no es posible evitar: la del pecado original cuando entramos en el mundo, y la de la muerte cuando salimos

de él. Por el pecado perecen las almas, y por la muerte los cuerpos; tal es la desdichada suerte de los hijos de Adán.

Pero la Madre de Dios goza de un privilegio singularísimo, aunque verdadera hija de Adán; al entrar en el mundo triunfó del pecado original, y al salir de él, la muerte no se atrevió á corromper su precioso cuerpo; siempre fué inocente y santa en su concepción y nacimiento; siempre entera é incorruptible en su muerte y sepulcro. Así, los dos términos de su vida, el principio y el fin, tienen su respectivo é inseparable privilegio. Donde entra el pecado lleva en pos de sí la muerte y la corrupción; pero la muerte no tiene derecho ni poder para dañar á quien no ha sido presa del pecado. Así, pues, no habiendo entrado en María la culpa original, no pudo la muerte hacer daño á su cuerpo immaculado. ¿Por qué habíamos de creer que Dios le hubiese concedido el primer privilegio, que es mayor, sin concederle igualmente el otro, que es mucho menor y no es más que una consecuencia del primero?

¿Queréis oír de nuevo á la Sagrada Escritura publicar su resurrección? Oid cómo se expresa en el cap. V del *Cantar de los Cantares*, en la persona de nuestro Señor, que dirigiéndose á su Madre Santísima le dice estas palabras: *Veni in hortum meum, soror, sponsa: messui myrrham meam cum aromatibus*. «Venid á mi jardín, hermana mía; venid, esposa mía; he cosechado mi mirra con aromas y perfumes.» ¿A qué fin la convida á su jardín, no para coger flores ó saborearse con sus frutos, sino para obsequiarla con su mirra y aromas? Sabido es que la mirra y el aroma sirven para embalsamar los cuerpos muertos y hacerlos incorruptibles.

Así, pues, quería decir: «Tomado he posesión de un huerto en Gethsemani, en el valle de Josafat, entre la

montaña de Sión y el Monte de las Olivas, cuya mansión formaba mis delicias cuando vivía en el mundo. Allí me escogí habitación para después de mi muerte; allí quise tener un sepulcro; allí encontré la incorruptibilidad representada por la mirra; allí, á los tres días de sepultura, hallé la resurrección á una vida inmortal, representada por el aroma y perfumes de suavísima fragancia que se remontan á lo alto: *Veni in hortum meum*: venid, Madre mía, á mi huerto; que vuestra tumba esté junto á la mía, y os daré de mi mirra y mis perfumes, y como yo, hallaréis la incorruptibilidad, la resurrección y la inmortalidad.» *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*. Menester era que María imitase á su único Hijo en su vida, en su muerte, en su sepultura y en su resurrección. Visto ya el testimonio de la Sagrada Escritura, pasemos á ver el de los Santos Padres.

Esta insigne trompa va á resonar en un tono más claro y con voz más inteligible, proclamando la incorruptibilidad del cuerpo de María en su sepulcro, su resurrección y su inmortalidad. San Agustín dice que debemos creer que, habiendo Jesucristo honrado el cuerpo de su Madre hasta el extremo de tomar una parte de su carne purísima para formar con ella un cuerpo para sí mismo, no le habrá seguramente abandonado al último oprobio de la naturaleza humana, cual es la corrupción y podredumbre; que habiendo nacido de su seno y alimentándose con la leche de sus sacratísimos pechos, no habrá consentido que viniese á ser pasto de gusanos. Pudo, dice este Doctor sublime, preservar su cuerpo de la podredumbre de la muerte, del mismo modo que preservó su alma de la corrupción del pecado; ambas cosas pudo, porque es omnipotente; y si no es dable dudar que lo pudo, tampoco debemos dudar que lo quiso, porque es infinitamente bueno, y ama á Ella sola más que á todo

el resto de sus criaturas. Pero siendo manifiesto que lo pudo y lo quiso, ¿qué duda cabe en que verdaderamente lo hizo? Pues está escrito: *Omnia quæcumque voluit fecit*; hace cuanto quiere.

A lo cual añade el Santo estas palabras: «Si Dios quiso conservar, no sólo los cuerpos de los tres niños del horno de Babilonia, sino hasta sus vestidos en medio de un fuego devorador que consumía á cuantos se acercaban, ¿por qué ha de creerse que haya cuidado más de los vestidos de sus siervos que del cuerpo de su propia Madre? Si en el vientre de una ballena conservó la vida á un Jonás desobediente, ¿cómo es posible dudar que haya preservado de la corrupción de la muerte el cuerpo de su querida Madre, tan inocente y sumisa? ¡Ah! ¡Se le libraría al profeta Dañiel de los dientes de los leones hambrientos, que debían devorarle, y á la Madre de Dios se la abandonaría á los dientes de la muerte para que la redujese á polvo! ¡Ah! Si creemos que su alma fué preservada de todo pécado, porque Ella había de ser Madre de Dios, es necesario que también creamos que su cuerpo se vió libre de toda especie de corrupción después de haber sido Madre de Dios.

»¿No consideráis que ha ejercido su inefable oficio de Madre de Dios más según su cuerpo que según su alma, puesto que aquél suministró un cuerpo al Hijo de Dios y ésta no le dió un alma? ¿Pues quién no confesará que este precioso cuerpo, que ha revestido á su Dios de la sustancia humana, que le ha nutrido con la leche de sus pechos y héchole tantos otros relevantísimos servicios, merecía no ser pasto de gusanos? Bien era menester que, en pago de la carne que le había dado, fuese María coronada de gloriosa inmortalidad; pues nadie podría pensar que aquel cuerpo virginal, tan digno del acatamiento de los ángeles, quedase abandonado en su sepulcro á ser

pasto de gusanos.» Confiesa San Agustín que le estremecía esta ominosa idea (1).

Nicéforo cita á Juvenal, obispo de Jerusalén, quien dice haber sabido por una tradición muy antigua que los tres días que el cuerpo de la Santísima Virgen reposó en el sepulcro, estuvieron junto á él los Apóstoles cantando himnos y escuchando respetuosamente la celestial armonía que hacían resonar los ángeles sobre su tumba; pero que cesando aquélla al cabo de los tres días, juzgaron que ya no estaba allí aquel precioso depósito; abrieron el sepulcro, y no hallaron su cuerpo, sino tan sólo los lienzos que lo envolvían, como había sucedido en el sepulcro de nuestro Salvador; y todos, transportados de alegría, dieron gracias á Dios, dirigieron á la Señora sus más ardientes votos y volviéronse á los lugares de sus misiones á publicar por todo el orbe tan venturosa nueva.

Consultad á Sofronio, en el sermón de la Asunción de la Santísima Virgen, en el cual habla largamente de su resurrección. Consultad á San Juan Damasceno, en el sermón del sueño de la Virgen. Consultad á San Atanasio, cuya autoridad es en toda la Iglesia tan respetable. Escuchad á casi todos los Santos Padres, los cuales se expresan del mismo modo. Pero ¿á qué esa nube de testigos para esclarecer una verdad que, á manera de un astro luminoso, resplandece en la Iglesia? Réstanos, pues, oír los dictámenes de la razón.

No hay razón para creer que esta Madre admirable no haya sido privilegiada en su muerte como lo fué en su concepción, en la encarnación de su único Hijo, en su purísimo parto y en tantas otras cosas, en las cuales no estuvo sujeta á la ley común de toda naturaleza humana,

(1) *Illud sacratissimum corpus, de quo Christus carnem assumpsit, escam vermibus traditum, consentire non valeo, dicere pertimesco.*

sino siempre exenta por un privilegio conveniente á su dignidad de Madre de Dios.

La ley común, condenando á la muerte á todos los hijos de Adán, les intima que serán reducidos á cenizas: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. ¿Y para esto sólo no tendrá María un privilegio, teniéndolo para ser concebida sin pecado, para ser Virgen y Madre al propio tiempo, para dar á luz á su divino Hijo sin dolores? La que no tuvo parte en las culpas de la descendencia de Adán, ¿por qué había de tenerla en su castigo?

En segundo lugar, si su cuerpo no hubiese permanecido incorruptible después de su muerte; si no hubiese resucitado; si no hubiese sido transportado á los cielos, sería forzoso confesar que el Hijo de Dios que estableció la ley de honrar al padre y á la madre, tenía tan escaso miramiento con su querida Madre, que honraba su cuerpo menos que el de sus siervos. Porque es verdad que poseemos cuerpos santos, los cuales se honran como preciosas reliquias, se veneran sobre nuestros altares, se encierran en cajas de oro y de ricas joyas, adonde los pueblos, los príncipes, los sacerdotes corren á presentarles su rendido homenaje. Mas nada de esto vemos que suceda con el cuerpo de la Inmaculada Virgen; pues ¿en qué lugar del mundo se ha conservado? ¿Adónde se va en peregrinación á verle y honrarle? ¿Dónde está la preciosa caja que le encierra? ¿Dónde las lámparas de oro y plata que día y noche están ardiendo delante de él?

No: el sagrado cuerpo de María no está en la tierra. No es digna de poseerlo. Está en el cielo, que es el único templo digno de su gloria: sólo los ángeles pueden acatarle debidamente.

Habéis dicho ¡oh Jesús! que adonde Vos estéis, queréis que esté vuestro siervo: *Ut ibi ego sum, illic sit minister meus*. ¿Y quién ha sido nunca más siervo vuestro que el

virginal cuerpo de vuestra Madre? El os produjo de su propia sustancia, y más dichoso que el cielo empíreo, os llevó nueve meses en sus entrañas, formando vuestros miembros divinos; él os alimentó con la leche de sus pechos, llenando vuestras venas de la sangre con que habéis redimido al humano linaje; él os prodigó durante vuestra infancia el cariño y la ternura, el afán y el desvelo, todo el cuidado y solicitud que una buena madre tiene con su hijo; él os cargó tantas veces en sus brazos. Por sus pies andabais, con sus manos obrabais, por su boca hablabais. El, finalmente, fué todo para Vos mientras estábais en el mundo.

Decidle, pues, Señor: *Ut ubi ego sum, illic sic et minister meus.* Hablad al cuerpo y alma de esta Madre amorosa, decidle: *Ven, siervo mío; sígueme al cielo como me seguiste en la tierra; quiero que donde esté yo, esté también mi siervo.* Y en verdad, si esta gracia se ha concedido á tantos Santos que en cuerpo y alma están en el reino de la gloria, pues sabido es que muchos resucitaron y acompañaron al Señor cuando volvió á sentarse á la diestra de su Padre, ¿cómo había de negarse después de su muerte tan glorioso privilegio á la que no sólo es Reina y Señora de todos los Santos, sino Madre querida del Príncipe de la celestial Jerusalén? Nada más conforme al amor de tal Hijo y á la dignidad de tal Madre. Sí; María le ha seguido en cuerpo y alma á los cielos.

¿Y qué dice á esto nuestro corazón? ¿No se transporta de gozo al oír tan plácidas verdades? ¿Qué consolación para nosotros, míseros mortales, saber que nuestro Padre y nuestra Madre están juntos en el cielo en cuerpo y alma! ¿Que ambos se afanan, con toda la ternura de su corazón, en hacernos felices por toda la eternidad! ¿Que ambos toman á pechos nuestros intereses, patrocinan nuestra causa y tratan con ardiente solicitud el impor-

tante negocio de nuestra salvación! El querido discípulo San Juan nos asegura, como artículo de fe, que tenemos en Jesucristo un fiel y poderoso Abogado que habla incesantemente á su Eterno Padre en favor nuestro. *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum* (Joan., cap. 2). Su sangre y sus llagas, abiertas por nuestro amor, dan gritos en favor nuestro. ¡Oh qué dicha y consuelo!

Y San Bernardo nos asegura que también tenemos una Abogada, toda caridad y ternura, en la persona de nuestra divina Madre. Era, pues, menester que estuviese en los cielos en cuerpo y alma para tener muchas bocas que hablaran en favor nuestro. Tiene efectivamente su seno purísimo y sus sacratísimos pechos que hablan con voz de celestial dulzura; ellos alimentaron al mismo Rey de la gloria en su delicada infancia; tiene la voz de su leche, voz sobremanera poderosa que aboga por nosotros; las llagas del Hijo, con la voz de su leche, peroran en favor nuestro y forman una armonía deliciosa que arrebatada enamoradamente el corazón de Dios y lo conquista para nosotros. ¡Qué inefable consuelo es el estar seguros de que tal Padre y tal Madre tenemos en la gloria! ¡Y que no sólo sus almas, sino también sus cuerpos, se emplean sin cesar en el negocio de nuestra eterna salud! No: no por sus intereses particulares han hecho y padecido tanto hasta sentarse en el trono de los cielos, sino muy principalmente por nosotros que, miserables, aún peregrinamos en este valle de lágrimas, inciertos de nuestra suerte, prisioneros en este cuerpo mortal como en oscura cárcel, abrumados con el peso de la culpa; por nosotros, sí, por nosotros claman y ruegan incesantemente.

Alentémonos, pues; porque si todo podemos temerlo de nuestra parte y no tenemos nada con que justificar-

nos, todo debemos esperararlo de nuestros poderosos Abogados por el inmenso valimiento que tienen con el Supremo Juez, segurísimos de que hacen suya nuestra causa. ¿Y qué podrá desalentarnos aún en medio de las mayores desgracias?

¡Ah! Levantemos con frecuencia nuestros corazones, exclamando con ternura y confianza: *Pater noster qui es in cœlis*. ¡Padre mío, hablen por mí en el cielo vuestras sagradas llagas! *Adveniat regnum tuum*: alcáncenme vuestro reino. Y luego dirigiéndolos á María, digámosle fervorosos: *Mater nostra quæ es in cœlis*. Amable Madre mía, que en el cielo estáis en cuerpo y alma: tened piedad del más pobre y débil de vuestros hijos, hable por mí vuestro corazón, hable por mí vuestro seno, hablen por mí vuestros pechos, vuestras entrañas. Toda sois dulzura, ni conoce límites vuestra misericordia; derramadla, pues, en mí, acordándoos que sois la Madre de la miseria y del amor hermoso: *Mater pulchræ dilectionis*.



CAPÍTULO XXVIII

No cabiendo duda en que María recibió en esta vida toda la abundancia de las gracias del estado de la inocencia, que distribuidas en Adán y en todos sus hijos hubieran hecho otros tantos santos, cada uno de los cuales hubiese poseído su grado de gloria en la eternidad; siendo además cierto que todo lo que se perdió en Adán hallólo Nuestra Señora concentrándose todo en su persona, síguese que Ella posee toda la gloria que hubiesen ellos recibido de Dios, si conservaran su gracia. ¡Oh qué asombro! Consideradlo bien; pesadlo en su extensión, duración y grandeza, y veréis que un siglo de meditación no sería bastante para comprenderlo.

La gracia de la Santísima Virgen es la medida de su gloria: habiendo estado enriquecida con todos los tesoros de la gracia de la redención, y hallándose en Ella toda la plenitud que residía en el Redentor, dedúcese que toda la gloria correspondiente á esta gracia se halla también reunida en su persona para coronarla en el cielo, siendo cierto que la gracia es la medida de la gloria. ¡Qué ma-

ravilla! ¡Qué prodigio! ¡Qué inmensidad! Medid todas las porciones de gloria de aquella multitud innumerable y casi infinita de los Santos del cielo y de la tierra; contempladlas reunidas formando una sola corona de gloria para las sienes de la Señora, y empeñaos en comprenderlas; pero antes que hayáis gastado un solo cuarto de hora en tal empeño, vuestra mente se verá sorprendida, arrebatada, enajenada, extasiada, sin poder formar más pensamiento ni decir más que: ¡Oh gloria de María, cuán admirable sois! ¡Oh gloria de la Madre de Dios, cuán incomprendible sois!

Acostumbrado vuestro entendimiento á concebir las cosas conforme á su flaqueza humana, tendrá tal vez por casi imposible que tantas grandezas se junten en una sola criatura; pero alentadlo con esta verdad de fe, á saber: que se trata de la Madre de Dios, y que siendo cierto que Dios Padre le comunicó realmente su divina fecundidad, no podemos idear cosa alguna que llegue, ni con mucho, á la grandeza y elevación de los dones con que la enriqueciera el Excelso.

Mas ¿cuál será vuestro asombro si aún hacéis otro esfuerzo para medir la grandeza de su gloria con el último colmo de su gracia, que es la gracia divina, gracia tan particular que ninguna otra criatura ha participado de ella, gracia tan elevada sobre las demás que no tiene medida alguna? ¿Qué será si por último aplicáis esta regla y decís: la gracia de la Santísima Virgen es la medida de su gloria? Ahora bien; esta medida es Dios mismo, ó al menos su divina maternidad, pues su Hijo es su Dios, y gracia para Ella. ¡Oh maravilla! Cerrad los ojos, atajad el pensamiento, enmudeced de asombro, admirad, humillaos, adorad profundamente lo que ni vos ni entendimiento criado comprenderá jamás. Pero lo que principalmente os encargo es que no olvidéis que las cosas de

Dios y de su Madre Santísima no se han de medir por la pequeñez de nuestro entendimiento.

Para conocer la magnitud del galardón es preciso tener algún conocimiento de la grandeza del mérito, porque aquella debe igualar al mérito si se ajusta á las leyes de la justicia. Y para juzgar de la grandeza del mérito, dice Santo Tomás que se ha de atender especialmente á dos cosas: á la dignidad de la persona que obra, y á la excelencia de la misma obra.

Si consideráis la dignidad de la persona que obra, es la Madre de Dios. ¿Y que pensáis decir al pronunciar Madre de Dios? ¿Sabéis cuál es su dignidad? Es la persona más digna después de las tres divinas. ¿Sabéis cuál sea el mérito de la persona de Jesucristo? Es tal, que están de acuerdo todos los Doctores católicos en que merecía infinitamente en todas sus acciones, aún en la más pequeña, de manera que en El todo era de un valor y de un mérito infinito, porque era una persona de un mérito infinito.

Ahora bien; á Jesucristo sigue inmediatamente la Santísima Virgen. Esta, en verdad, no es tan digna, por lo cual ni su mérito es tan grande como el de Jesús, pero se le asemeja y aproxima tanto cuanto puede acercársele una criatura; debemos, pues, decir que comunicaba un mérito eminente á todas y aún á la más mínima de sus acciones, porque todas ellas procedían de la persona más digna y de mayor mérito que haya habido en el mundo después de Jesucristo.

Mas para conocer mejor la excelencia y valor de sus merecimientos, observad que Santo Tomás dice expresamente que el fruto de los méritos procede de la raíz de la caridad: *Ex radice charitatis*. Buscad esta raíz en su corazón, y ved cuán ardiente, fecundo y vigoroso era el amor divino que la abrasaba; ved la abundante copia de sus gracias, que excedía á la de todos los Santos y á la

de todos los ángeles; y como el amor es la más fuerte y la más activa de las pasiones del corazón, el suyo jamás estuvo ocioso y jamás se dedicó sino á obras de grandísimo mérito; pues velando ó durmiendo, solitaria ó acompañada, no hubo en toda su vida ni día, ni hora, ni momento que la Señora no llenase de nuevos merecimientos, de manera que, áun dormida atendía incesantemente á su Dios, contemplábale y amábale con tanta perfección áun en medio del sueño, que San Bernardino nos asegura que ella, durmiendo, aventajaba en amor á todos los demás Santos en medio de sus vigiliass. *Magis in contemplatione Dei excessit dormiendo, quam aliquis alius vigilando.* (Bern., Serm. 61.) Y parece que ella misma lo haya dicho en los cánticos sagrados: *Ego dormio, et cor meum vigilat*: mientras yo duermo, vela mi corazón.

¡Ah! Sería preciso pesar todos sus pensamientos, todas sus palabras, todos sus afectos y hacer de ellos una suma total para graduar la grandeza de sus merecimientos y calcular la medida de su gloria, que es el galardón de aquéllos. ¿Y quién es capaz de hacerlo? Ni á todos los hombres juntos, ni á los mismos ángeles, es dado. Sólo á Dios están patentes. En cuanto á mí, bástame saber que al más agigantado entendimiento humano faltan alas para subir á investigar su merecimiento y galardón, su gracia y gloria inefable.

No hagamos mención de la innúmerabile multitud de obras buenas de que está llena su vida, pues todo su esplendor quedaría eclipsado con la maravilla de habernos dado á un Dios-Hombre, al Salvador de los hombres, el más rico tesoro del cielo y de la tierra, á su unigénito Hijo Jesucristo; tal es su obra, dejemos todo lo demás, fijando la atención tan sólo en Ella, ponderando su valor y midiendo por Ella su mérito para conocer la grandeza de su galardón ó la gloria que la corona en el cielo.

Dios Padre le produce solo de su propia sustancia , y María le produce también ella sola de su propia sustancia; pero Dios-Padre le produce sin ningún mérito , y María le produce con un merecimiento inmenso. El Padre nada merece al producirle , porque Dios es incapaz de recompensa, porque le produce natural y necesariamente , por lo cual digo que le produce sin ningún mérito; pero si, por imposible, fuese capaz de merecer, es cierto que merecería infinitamente , porque hacía una obra de un precio infinito ; pero Ella puede merecer , porque no es Dios, y por consiguiente es capaz de recompensa. Produciendo , pues , á su propio Hijo , que es el objeto de todas sus divinas complacencias , agrada á Dios más , y por consecuencia merece más delante de El que si crease cien mil mundos, porque todo esto es nada á sus ojos en comparación de su Hijo único, que la Santísima Virgen le produce. ¿Y cuánto juzgaremos que merece con solo esta buena obra? Mereció cuanto Ella vale: ahora bien, El vale infinito, porque es verdadero Dios.

Lo asombroso es que para que mereciese en esta buena obra, Dios quebrantó expresamente todas las leyes de la naturaleza, y quiso que dependiese de su libre voluntad , lo cual es un privilegio incomparable que goza sobre todas las madres , pues para hacerse Hijo suyo le pidió y esperó su consentimiento, á fin de que siendo voluntaria su divina maternidad, le fuese infinitamente meritoria.

Es axioma filosófico que quien produce una causa, produce también sus efectos: *Quod est causa causæ est causa causati*: así, por ejemplo , el padre de mi padre lo es también mío. Según esta máxima, con haber producido la Santísima Virgen á Nuestro Salvador , que es la causa universal de todos los bienes de los predestinados,

es también la verdadera causa de todos aquellos bienes cuya extensión, excelencia y muchedumbre innumerable en todos los predestinados no alcanza el vuelo del entendimiento humano. ¡Cuántas gracias! ¡Cuántas buenas obras! ¡Cuán copiosos frutos de santidad! ¡Cuán insumables merecimientos! ¡Cuánta gloria rebosa en esas generaciones de Santos, que pasarán por la tierra hasta el último día de los tiempos! ¡Cuántos bienes llenan el cielo y la tierra! ¿Y de dónde nace todo esto? ¡Jesús es la causa universal de todos estos admirables efectos! Y siendo la Santísima Virgen la causa de esta causa, no cabe duda en que Ella es igualmente la causa de todos estos efectos: *Quod est causa causæ est causa causati*. ¡Oh Dios! ¡Quién contará sus riquezas!

Volvamos á la máxima de Santo Tomás, quien dice que el mérito ha de medirse *ex radice charitatis et ex claritate operis*, por la dignidad de la persona y la excelencia de la obra. La persona es la Madre de Dios, y su principal obra es Dios mismo. Si supiésemos apreciar lo que vale la Madre de Dios y lo que vale un Dios encarnado, columbraríamos la grandeza de sus merecimientos; pero uno y otro nos es imposible, y hemos de confesar que no es dable saber cuál sea la grandeza de su gloria, que se mide por sus merecimientos.



CAPITULO XXIX

LEVANTAD los ojos para contemplar las bellezas del triunfo de María en su Asunción. Veréis su gloria, su grandeza y sus coronas. Si preguntáis á quién debe tanta magnificencia, se os dirá que á Jesús, adorabilísimo fruto de sus entrañas, que la exalta infinitamente como en pago de lo mucho que le humilló dándole el sér humano; pero ésta fué una obra de amor, y el amor, de cualquier manera que obre, agrada, deleita, enamora y se roba el corazón de Dios. Por eso exclama San Bernardo: *O amoris vim! Quid violentius! De Deo triumphat amor.* ¡Oh amor divino! ¡Cuán inmenso es tu poder! ¡Triunfas del mismo Omnipotente, le bajas de los cielos y le reduces á niño! ¡Y en esto mismo le agradas, le colmas de honor y de alegría, y le engrandeces y glorificas tanto que nunca ha sido tan glorificado en el mundo como por las humillaciones de los misterios de la Encarnación y de la Cruz! ¡Cuán incomprensibles son las máximas de tu conducta! Tus violencias son dulzuras, tus ultrajes son beneficios, tus humillaciones son resplandores de gloria, tus despojos riquezas, y magníficos premios tus venganzas. *Sic amor vindicat.*

Considerando San Pedro Crisólogo el modo con que al hijo pródigo recibió su padre, *Sic amor vindicat*, exclama: así se venga el amor. Pongamos, pues, estas palabras en boca de Jesucristo. Aquella divina Majestad, anonadada en el seno de la Santísima Virgen y vestida de una carne pasible y mortal, «he sido maltratada, diría; es mucho, es mucho lo que me ha hecho sufrir el amor; quiero, pues, tomar venganza de mi Madre, que me puso en estado de padecer tanto, porque sin Ella era yo impasible; quiero, pues, vengarme, pero de la manera que el amor se venga.

»Por haberme humillado y encerrádome en la prisión de su seno oloroso, quiero levantarla al trono más alto de la gloria. Así se venga el amor. Por haberme despojado de los esplendores de mi gloria cubriéndome con un saco despreciable que me hacía parecido á los pecadores, quiero que sea vestida del sol y resplandezca eternamente con los fulgores de mi Divinidad. Así se venga el amor. Por haberme puesto en el caso de hacer tantas cosas que tuvieron por locura los vanos sabios del mundo, quiero introducirla en los tesoros de mi sabiduría infinita. Así se venga el amor. Por haber reducido mi omnipotencia á la pequeñez y debilidad de un tierno niño, quiero vengarme revistiéndola de tan plena autoridad en mi imperio, que á su arbitrio pueda disponer de todo y todo se rinda á su poderío, desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de los abismos. Así se venga el amor. Por haberme despojado de todas mis riquezas y reducidome á extrema pobreza, quiero ponerla en posesión de todos mis tesoros, quiero que sean suyas todas mis coronas y que pueda disponer, no sólo de todos mis bienes, sino hasta de mí mismo. Así se venga el amor. Por haberme alimentado con el pan de dolores y con las amarguras de la vida mortal, quiero que guste las dulzuras de la vida eterna

con abundancia tal, que siempre la tengan embriagada las delicias de la casa de Dios. Así se venga el amor. Mi Madre me hizo mortal, y yo la haré inmortal; mi Madre me puso en estado de que los hombres me despreciaran, y yo la pondré en estado de que la honren eternamente los ángeles: lo que me dió mi Madre fué presa de la muerte, lo que de mí reciba será la fuente de la vida inmortal, de la vida divina, de la vida dichosa en la eternidad. Así se venga el amor.»

Las elevaciones del cielo son espirituales y divinas, y de naturaleza diversa de las de los cuerpos; subliman á las almas sobre toda la circunferencia de los lugares hasta la inmensidad divina, que no conoce término. Es tanto mayor la elevación de un alma, cuanto mayor es su semejanza con la Majestad divina; la más encumbrada es la que más se aproxima á sus perfecciones y á su divina grandeza. Así, pues, cuando decimos que la Santísima Virgen es el trono de Dios en el cielo empíreo, queremos decir que se acerca más que ninguna otra á la santidad y á todas las perfecciones divinas, haciendo resplandecer más altamente su gloria. Mas ¿cómo formaremos alguna idea de esta sublime elevación? He aquí un medio, que nos dará bastante luz.

La Iglesia canta en su triunfo que ha sido exaltada en los cielos sobre todos los coros de los ángeles; palabras que abisman el entendimiento en un piélago de inefables grandezas, pues por una parte es sabido que el número de los ángeles supera al de todos los individuos de la naturaleza corpórea, y esto es maravilloso; por otra parte, no es una multitud confusa cual lo sería una montaña de arena, sino que todos están dispuestos con tan bello orden, que se ven sublimados los unos sobre los otros en excelencia y gloria, formando una escala cuyas gradas se elevan al infinito; sin embargo, hasta subirlas to-

das no hallaremos la elevación del trono de Dios, es decir, la sublimidad de la gloria de la Santísima Virgen, siendo indudable que ha sido exaltada sobre todos los coros de los ángeles.

¡Oh Dios! ¡A qué prodigiosa elevación nos conducirá esta escala si la seguimos con atrevido vuelo! Principiemos por el ángel más ínfimo, y pensemos que posee un grado de gloria digno de un ángel bienaventurado; subamos al segundo y veremos que tiene dos grados más de gloria; subamos al tercero y hallaremos que goza tres grados más, y así sucesivamente tendremos que ir aumentando los grados de gloria del cuarto, del quinto, del sexto, del séptimo y de todos los demás. ¿Comprendemos cuál sea la elevación del cien milésimo? Detengámonos aquí algún tanto, y preguntemos á nuestro entendimiento si concibe bien esto; seguro es que se hallará abismado en un piélago de admiración y abrumado con el peso de tanta gloria, sin alcanzar á concebirla; y nó obstante, esto es aún muy poco, pues el número de los ángeles es tal, que supera al de todos los individuos de la naturaleza corpórea.

Hagamos un nuevo esfuerzo, y contándolos siempre uno en pos de otro, veamos si podemos llegar á comprender la elevación del cien mil milésimo, no olvidando que esta doctrina acerca de la gloria y número de los espíritus angélicos está fundada en San Dionisio Areopagita, San Cirilo, Santo Tomás y otros gravísimos Padres de la Iglesia y teólogos insignes. ¡El cien mil milésimo! ¿Será posible? Pues aún no habremos pasado la ínfima de las tres jerarquías, porque su número es mucho mayor. ¿Y adónde habremos de elevarnos cuando sea menester contar uno en pos de otro todos los ángeles de la segunda, cuyo número es aún mucho mayor que el de la ínfima, según doctrina de Santo Tomás? Si contamos des-

de el infimo hasta el primero, esforzándonos á concebir la sublimidad de su gloria, ¿podremos ver su término? ¡Oh Dios, qué abismo! Sólo el pensamiento de semejante empresa nos asombra y confunde la mente humana; y sin embargo, aún estamos muy lejos de haber hallado la sublime elevación del trono de María, que reina más arriba, exaltada sobre todos los coros de los ángeles.

¡Qué maravilla si recorremos la jerarquía más alta, compuesta de un número insumable de Tronos, de Querubines y Serafines, contándolos á todos uno en pos de otro, y viendo crecer su gloria á proporción de su número! ¡Cuánto, cuánto no sería preciso remontarnos antes de hallar el grado de elevación del primero de los Serafines! Imposible es alcanzarla, aunque de todos los entendimientos humanos se formase uno solo; pues el primero de los Serafines encierra en sí solo más gloria y más grandeza que todos los demás ángeles juntos, como el mayor número encierra en sí todas las unidades de los otros números y las excede en alguno, como el número ciento encierra él solo todas las unidades que forman el número noventa y nueve, y las excede en uno.

Pero aún cuando hubiésemos comprendido la elevación del primer Serafín, no por esto habríamos llegado al trono de la divina Madre, pues aún nos diría la Iglesia á voz en grito: *Exaltata est sancta Dei Genitrix super choros angelorum ad caelestia regna*. Encúmbrese sobre la más alta jerarquía de los ángeles. Y no es extraño, porque todos los ángeles son siervos, y sólo Ella es Madre de Dios. ¿Y qué tiene de singular que la Madre del Príncipe esté más encumbrada y sea más honrada y condecorada que toda junta la muchedumbre de los vasallos? ¡Oh María! ¡Oh Madre sublimísima, cuya gloria es tan superior á la de los ángeles como incomprendible es para nosotros la gloria de estos espíritus celestiales! ¡Vuestra gloria es

la de vuestro Hijo! *Filii gloriam cum Matre non tam communem judico, quam eandem*, dice Arnolfo Carnotense.

Aquí podemos decir, con respecto á la gloria, lo que San Jerónimo dijo de la gracia: *Cæteris per partes, in Mariam vero totius gloriæ, quæ in Christo est, plenitudo venit*. Todos los demás bienaventurados tienen su porción; pero toda la plenitud que se halla en Jesucristo, se ha dado sin reserva alguna á la Virgen Nuestra Señora, por que la gloria corresponde á la gracia, y al asegurarnos que toda Ella está vestida de luz, se nos quiere dar á entender que Ella es en el cielo de la gloria lo que el sol en el cielo de este mundo visible.

Vemos un gran número de estrellas, cada una de las cuales tiene un pequeño punto de luz proporcionado á su grandeza; pero al sol toca únicamente ser inexhausta fuente de luz y tenerla en abundancia tanta, que todos los demás astros juntos no podrían igualarle. De esta suerte la Santísima Virgen es el sol en el gran día de la eternidad, y todos los ángeles y Santos no son más que estrellas que, aunque todas tienen su porción competente de luz, no igualarían á la del sol con toda su muchedumbre junta.

No decimos que Ella misma sea el sol, que resplandezca con su propia luz, no, porque no es Dios; pero decimos que está toda vestida del sol. ¡Oh María, oh admirable Princesa! Toda la gloria de vuestro Hijo os circunda y os cubre á manera de magnífico manto, y os embellece con sus más ricos ornatos. ¡Oh majestad! ¡Oh grandeza! ¡Oh inmensidad de gloria!

Cuando estemos en el cielo seremos como dioses: *Ego dixi: Dii estis*. (Psal. LXXX.) ¡Ah! Los hombres que son un puñado de polvo, ¿cómo llegarán á deificarse tanto?

Elévalos á tal grandeza la luz de gloria; hácese dioses cuando ven claramente la esencia divina, porque se abisman en la inmensidad de su gloria que los sumerge, los absorbe, los deifica y los transforma en sí misma: no pueden estar más inmediatos á la infinita divina grandeza, porque están en el mismo puesto de Dios, como si fuesen Dios mismo.

Así, efectivamente, se expresa el oráculo divino: *Similes ei erimus, quia videbimus eum sicut est.* (Joan., c. 3.) He aquí otra promesa sobremanera consolatoria, consignada por San Lucas en el cap. XII de su Evangelio: *No temáis, grey pequeñuela, porque á vuestro Padre celestial plugo daros un reino.* La eterna Verdad es quien lo promete. ¿Puede darse cosa más segura? Dios promete un reino. ¡Qué raudal de consuelo! Nos promete su propio reino. ¿Hay poderío comparable con el de estar en posesión de la soberanía del mismo Dios? *Nolite timere, pusillus grex, quia placuit Patri vestro dare vobis regnum.*

Si de esta manera se porta Dios con el menor de sus siervos, ¿qué no hará con su Madre? ¿Cuál no será el tesoro de gloria, el poder absoluto sobre todo su reino y la autoridad suprema que le haya dado sobre el cielo, la tierra y el infierno? Arrebata el pensar en esa corte celestial cuyos alegres ciudadanos son otros tantos reyes. ¡Qué piélago de esplendores! ¡Qué riqueza! ¡Qué gloria! ¡Qué magnificencia! Pero lo que más encanta es ver á la Madre del Amor hermoso reinar sobre esa innumerable y augusta muchedumbre de reyes. San Pedro Damian afirma que María ofusca tanto la gloria y poderío de todos los ángeles y Santos, que ante sus resplandores desaparecen los de todos ellos: *Sic utrorumque spiritum, hebetat dignitatem, ut in comparatione Virginis, nec possint, nec debeant apparere.*

Oigamos las palabras que Guerrico, abad, pone en

boca de Jesucristo, hablando con su Santísima Madre en el triunfo de su Asunción: «Ven, Amada mía, y pondré en ti mi trono: ninguna otra me ha dado tanto como tú en el estado de mi humanidad, y á ninguna otra daré tanto en la gloria de mi Divinidad. Tú me has vestido de la sustancia de tu carne, y yo te vestiré de las grandezas de mi poder divino: tú escondiste bajo un velo de tierra el sol de la Divinidad, y yo te haré brillar con los resplandores de aquel mismo sol sobre el trono más sublime de la eternidad. *Sic amor vindicat*: así se venga el amor.

»Me recibiste niño en el seno de tu humanidad, y yo te recibiré en el seno de mi Divinidad: me alimentaste algún tiempo con la leche de tus pechos virginales, y yo te sustentaré eternamente de la sustancia de mi propia Divinidad. He redimido al género humano con esa carne que me diste de tus purísimas entrañas, y como á Madre mía te cantarán alabanzas todos los redimidos y te darán eternas gracias por la posesión del bien infinito que por tu medio hayan recibido de mí. Dísteme, por último, tu humana naturaleza, y yo te daré lo que es propio de mi Divinidad: *Communicasti mihi, quod homo sum, communicabo tibi, quod Deus sum.*»

El insigne cardenal San Pedro Damián, después de habernos descrito la magnífica gloria de la entrada del victorioso Redentor en su imperio el día de su admirable Ascensión, vuela á la mayor altura con su agigantado espíritu al hablar de María. «Levantad ahora, nos dice, levantad los ojos y contemplad con cuánta magnificencia se recibe en el cielo á la Santísima Virgen: en la Ascensión sólo los ángeles salieron á recibir al Rey de la gloria, pero la Madre en su Asunción ve salirle al encuentro al mismo Dios de los ángeles, acompañado de todos los príncipes de su corte celestial, y recibirla con todo el amor, alegría y acatamiento que debía á su Madre. Sólo

el Hijo y la Madre pueden decirnos cuál fué en aquel venturoso instante el júbilo, el transporte y suavísimo enajenamiento de sus abrasados corazones: los ángeles lo admiraron celebrando su gloria y sus amores con extáticos himnos.»

No solamente los moradores del cielo, sino también todas las generaciones cristianas han aplaudido y aplaudirán su triunfo: todos los siglos han cantado la gloria de su triunfo: todas las naciones compiten en celebrar con extraordinaria pompa y regocijo el aniversario de su triunfo. No hay año, no hay mes, no hay día, no hay hora, no hay momento en el cual sobre la tierra muchísimas personas no piensen en Ella, ó hablen de Ella, ó lean ó publiquen sus alabanzas é imploren su misericordia, ó la sirvan y obsequien de cualquier otra manera; lo que hizo decir á San Bernardo que Ella es la ocupación de todos los siglos: *Negotium omnium sæculorum*. Por eso mismo la llamó el emperador León el panegírico de todos los siglos: *Panegyris omnium sæculorum*. Y yo la llamaría el panegírico de todos los tiempos y de toda la eternidad.



CAPÍTULO XXX

EL más ardiente deseo del corazón humano es conservar su sér y su vida, y conservarla por siempre. A nada tiene tanto miedo como á la muerte, y nada desea más vivamente que la inmortalidad: por esta razón es sobremanera consolatoria la promesa que Dios nos hace de darnos la vida eterna: esta esperanza es lo más dulce que tenemos en la vida presente, y su posesión colma de regocijo á todos los bienaventurados que gozan de la vida y están seguros de que es eterna y de que jamás la perderán. Todos la poseen, pero con cierta medida que no es igual en todos. El gran océano de esta vida es Dios mismo, quien la derrama á torrentes para comunicarla á sus criaturas; y San Juan en su *Apocalipsis* dice que se le manifestó un río de agua de esta vida que como de su fuente procedía del trono del Altísimo, y que á las dos orillas del río había plantados árboles, los cuales bebían de aquella agua y vivían de su propia vida; pero ninguno en particular agotaba el río, ni todos juntos podían beberlo todo, y mucho menos hubieran podido beber el inmenso océano de la vida eterna de que procedía. Y

bien: ¿no os parece ésta una excelente pintura de la vida inmortal de que gozan todos los bienaventurados á las orillas de aquel río de vida divina? Bebe de él cada uno según su capacidad, y allí veréis á todos los bienaventurados, desde el primero hasta el último, plantados á lo largo de aquel delicioso río de vida, unos más próximos, y otros algo más distantes del manantial.

Pero no busquéis entre ellos á la augusta Madre de Dios; no se halla en el orden de los siervos, debiéndose á la Madre un lugar incomparablemente más noble y elevado. Remontad el vuelo, y la veréis plantada en medio del gran océano de la vida divina: lo que los otros poseen todos juntos, es un río; empero lo que Ella sola posee, es todo el océano. ¡Oh grandeza! ¡Oh inmensidad admirable! No digo que todo lo encierre en sí igualmente que Dios; pero sí afirmo que sólo este Señor conoce su inmensa capacidad. Lo único que sabemos nosotros es que encerró en su seno al que no cabe en los cielos. Partiendo de tan luminoso principio meditemos cuál será la infinita capacidad que le haya dado el Excelso para gozar y poseer larga y amplísimamente la vida eterna y bienaventurada; pero aunque todos los días de nuestra existencia los empleásemos en esta meditación sublime, por último habríamos de confesar que nos es absolutamente incomprensible: *Ne laboretis, non enim comprehendetis.* (Eccl., 43.)

Alguna luz nos da sobre esto la soberana belleza de su corona. Dicese que los griegos, en otro tiempo devotísimos de Nuestra Señora, no ponían á sus imágenes corona alguna ni de oro, ni de plata, ni de perlas, ni de piedras preciosas, sino que escribían en su frente con letras de oro esta palabra: *Teotochos*, que quiere decir *Madre de Dios*. Ahora bien; si el mismo Dios es su corona, si el único Hijo del Eterno Padre, á quien San

Pablo llama esplendor de la gloria del Padre, es la verdadera corona de su Madre, como en realidad lo es, ¿cuál no será la grandeza de su corona? ¡Cuál la gloria de la Madre coronada! ¡Cuánta su majestad! ¡Cuánto su imperio! Aquí se anonada la mente, y no sabe expresar su admiración sino con un silencio extático.

En el *Apocalipsis* leemos que en su corona resplandecían doce estrellas. ¿Qué estrellas serán estas? Según el profeta Daniel, son aquellas grandes lumbreras del firmamento de la Iglesia que iluminaron todo el mundo, Hevando por do quiera el gran día del conocimiento de Dios: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt sicut stella in perpetuas æternitates*. Las estrellas son los doctores católicos: las estrellas son los pastores que apacientan con excelente doctrina á su rebaño: las estrellas son los predicadores del Evangelio, cuyo número es mayor que el de las estrellas del cielo, y cuya luz es, sin comparación, más brillante, pues el Espíritu divino les promete que resplandecerá por toda la eternidad. Predicadores, que sois la luz del mundo: si consideraseis bien la grandeza de vuestro ministerio, ¡de cuán ardiente celo no os sentiríais animados!

Mas entre esta prodigiosa muchedumbre de estrellas sobresalen doce principales, privilegiadas, más brillantes que las otras, y son los doce Apóstoles que el Salvador fijó con su propia mano en el firmamento de su Iglesia como los principales astros con los cuales quería iluminar la redondez de la tierra. Estas son, pues, las doce estrellas de primera magnitud que componen, ó, mejor dicho, hermocean la corona de la Santísima Virgen.

San Bernardo dice que los Apóstoles acudían á Ella con frecuencia en sus dudas, cuando querían asegurarse de las intenciones de Nuestro Señor sobre algún punto de religión. A Ella se le confiaron todos los secretos del

corazón de su Hijo; recibió con sumo respeto y conservó con el más afectuoso cuidado dentro del pecho cuantas palabras oyó de su boca; debió, pues, saber más que todos los Apóstoles juntos. Zacarias Crissopolitano la hace tan sabia, que nos asegura que nada ignoraba de cuanto Jesús había enseñado y obrado; que de todo esto formó un precioso tesoro que conservaba en la memoria, para poder referir con orden, cuando fuese menester, cuanto había ocurrido, y atestiguar la verdad á los que quisiesen saberla.

Eusebio Emisseno le da gracias en nombre de toda la Iglesia, y nosotros estamos muy obligados á agradecerle el habernos conservado en su corazón tantas y tan importantes verdades, que si no es por su medio no habrían llegado hasta nosotros; *Nisi enim ipsa conservasset, non ea haberemus.*

Pero si llegara á preguntarse si los dueños de tantos millones de coronas como almas conquistaron para el cielo, son ellos mismos las doce estrellas de la preciosa corona de María, responderíamos que sí, con la misma razón que tuvo San Pablo para decir que los filipenses eran su gloria y su corona, porque los había instruído en la fe y ganado para Dios. Muchos son de parecer que los Apóstoles le deben la gracia de su vocación al apostolado, siendo ésta por sí sola una razón suficiente para llamarlos corona suya; pero aún cuando ésta no subsistiera, no hay duda, según el común sentir de los Santos Padres, en que los instruyó en muchas cosas que no sabían, les aconsejó y les sirvió de guía con su sabiduría celestial y su admirable ejemplo, y animándolos y fortaleciéndolos con su celo divino; pudiendo decirse que habiendo Ella contribuído sobremanera á la redención de los hombres, también por medio de los Apóstoles trabajó eficazmente en la conversión maravillosa del mundo. Santa Brígida, en

sus *Revelaciones*, como que le atribuye el universal bien de la Iglesia, porque la llama Maestra de los Apóstoles, fortaleza y constancia de los mártires, directora de los confesores, resplandeciente espejo de las vírgenes, consuelo de las viudas, apoyo y sostén firmísimo de todos los fieles: *Omnium in fide catholica perfectissima roboratrix*. Con sobrada razón puede decir la Señora á todos los bienaventurados: «Vosotros sois mi corona, mi gloria, mi alegría.»

A María, después de Jesucristo, son deudores de su felicidad todos los bienaventurados. Los nueve coros de los ángeles le entonan cánticos de gracias por haber contribuído tan poderosamente á la reparación de las ruinas causadas por la soberbia de Luzbel, viendo que por su medio se llenan todos los días de innumerables almas angélicas y seráficas los tronos que abandonaron los espíritus rebeldes.

A Ella se reconocen deudores por todas las bendiciones que recibieron de Dios, en calidad de progenitores suyos, los Patriarcas del Antiguo Testamento. Los Apóstoles, los Doctores y todos los pastores de la Iglesia le dán las más rendidas gracias por haberles dado en el portal de Belén la Luz del mundo, de la cual sacaron la celestial doctrina con que resplandecieron. A Ella los santos mártires se reconocen deudores de aquella invencible fortaleza con que triunfaron de los tiranos. Todos los bienaventurados la miran con el más profundo acatamiento como á fuente de su eterna felicidad, después del único Salvador que Ella misma les diera, y á impulsos de su gratitud vivísima todos le rinden sus coronas, confesando que Ella es verdaderamente su Reina y la de todo el universo.

La Iglesia militante no cede á la triunfante en reconocerla por Soberana y Señora, pues incesantemente la llama á voz en grito Reina de los Angeles, Reina de los Patriarcas, Reina de los Profetas, Reina de los Apóstoles, Reina de los Mártires, Reina de los Confesores, Reina de las Vírgenes; y reuniendo luego los mencionados títulos, concluye con uno que los abraza todos: *Regina Sanctorum omnium*. Reina de todos los Santos.

Sí; todos ellos la veneran y la aman como á Reina adorada de sus corazones: registrense sus vidas, y se verá cuál fué su encendido y filial afecto para con María; ábranse sus obras, y se admirará el fuego divino con que hablan de su amor y de sus grandezas, y el sublime vuelo que toman para ensalzarla y elogiarla con la elocuencia más tierna y más patética. Oigamos á un San Pedro Damián, quien después de haberse excedido á sí mismo exponiendo las grandezas de la Santísima Virgen en el cielo, dice, volviéndose á nosotros: «Hermanos míos, una alegría de todo punto celestial debiera rebosar en nuestros corazones al hablar de aquella gran Señora que, reinando en el divino imperio con tanta gloria, se digna ser, aun en este bajo mundo, la Reina de nuestros corazones: *Quæ singularem in cordibus nostris sibi vindicat principatum*. ¡Qué gloria tener una Reina tan dulce y tan excelsa! ¡Qué inestimable dicha el que se digne tomar posesión de este imperio para conservarlo, defenderlo y gobernarlo! ¿Quién con sólo ser uno de sus fieles vasallos no se tendrá por más dichoso y honrado que con empuñar el primer cetro de la tierra? ¡Ah! ¡No sea que por nuestras ingratitudes venga á ser una desgracia para nosotros este favor insigne! No nos hagamos indignos de su patrocinio, abandonando su devoción y servicio; no provoquemos su indignación, pasándonos traidoramente á las filas de sus enemigos; perdamos antes la vida que

la fidelidad que le debemos. ¡Vale más que todas las grandezas y felicidades mundanas la dicha de servir y pertenecer á una Reina tan poderosa, bienhechora y amable! Empeñémonos en amarla más y más de día en día; hagamos nuestros todos sus intereses; alegrémonos por verla tan colmada de grandezas, más que si nosotros mismos las poseyésemos; y las eternas delicias con que su Dios la anega, sean á nuestros ojos tan preciosas y amables que verdaderamente se consuelen, se regalen, se deleiten y se extasíen con ellas nuestros apasionados corazones...



CAPITULO XXXI

Todo el poderío y autoridad que vemos sobre la tierra y que tan grande nos parece en los que ejercen imperio sobre los demás hombres, es casi nada en parangón con el poder y autoridad de un solo Santo del cielo; pues participando del supremo dominio del Rey del universo, quedan ante él eclipsados los resplandores de las más formidables potencias de este mundo.

Si comparamos el poder de un solo Santo con el de todos los Reyes, será como si comparásemos el grandor de una estrella con el de todo el cielo. Pero reunido todo el poder de los Santos, ¿igualará al de la Madre de Dios? No; porque el poderío de todos los súbditos de un imperio no iguala al del Soberano. Ahora bien: María está reconocida en el cielo por Reina de todos los Santos, de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, y, en una palabra, de todos los bienaventurados, y la Iglesia todos los días la honra con estos gloriosos títulos, concluyendo con el de Reina de todos los Santos: *Regina Sanctorum omnium, ora pro nobis*. ¡Oh admirable autoridad de María,

que impera en las alturas del cielo sobre tan poderosos é innumerables reyes!

El imperio de Dios no es como el de los príncipes de la tierra, que no pueden reinar sobre los reyes sin hacerlos súbditos y miserables; tal es la pequeñez de las grandezas terrenas, que no pueden dividirse entre dos sin menoscabo; para hacer á un solo hombre poderoso, es preciso suponer una multitud de subordinados menos ricos y menos felices según el mundo; pero el imperio de Dios es tan magnífico, que cuantos le componen son reyes prepotentes. pues sólo El hace reyes á todos sus vasallos: *Solus Deus de servis suis decrevit facere reges.*

Mas si los Santos son reyes del imperio divino, sólo á la Madre de Dios toca con El y por El reinar cual Soberana sobre todos los reyes de la eternidad: Ella tiene derecho para mandarles, y ellos están obligados á obedecerla y á tributarle todos los homenajes que los súbditos deben á su Soberana; dales Ella sus órdenes y dispone de ellos como mejor le place; y así, cuando le oigo decir: *Gyrum cœli circuivi sola*, «circundo y sola yo encierro todas las grandezas del cielo; sola yo doy vuelta al cielo,» figúrome á un general que recorre todas las filas de su ejército, reuniendo y escuadronando sus huestes y comunicando sus órdenes á todas ellas; así María dispone soberanamente de todos los reinantes bienaventurados, que resplandecen en poderío y majestad sentados en los tronos del inmortal imperio de la gloria.

Si el socorro de los ángeles nos es preciso, mándales que nos asistan en nuestras necesidades, porque es Reina de los ángeles. Si hemos menester de la intercesión de los Santos, hace que la interpongan por nosotros, porque es Reina de los Santos. Recurramos á ella en cualquier urgencia, en cualquier peligro, porque en su arbitrio está enviar en nuestro auxilio á cualquiera de los muchos

principes que la obedecen en el cielo. Tal es el poder y autoridad de María, que cuantos favores recibimos de Dios, los alcanzamos por su medio. Empero su dominio no se limita al cielo, sino que se extiende á lo más profundo del infierno: *Profundum abyssi penetravi*.

Desde el principio del mundo declaró Dios la guerra entre su Madre querida y el príncipe de las tinieblas: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*. Ella, como escuadrón bien ordenado, le combate y le vence: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*. En todo lugar, en todo tiempo, en todo encuentro, desbarata las protervas maquinaciones del infierno. Sólo su nombre llena de espanto y pone en fuga á todos los demonios, que tiemblan al oírlo; de suerte que bien pudiera decir como su divino Hijo: *In nomine meo dæmonia ejicient, serpentes tollent, super ægros manus imponent, et bene habebunt*. Decir pudiera que la majestad de su nombre es un rayo que hiere y derriba su cerviz orgullosa; que su virtud cura las mordeduras de la antigua serpiente, restituye la salud á los enfermos, fortalece nuestra flaqueza, disipa las tempestades del alma y las tentaciones diabólicas. En efecto: ¿por qué se pronuncian en todo peligro, y particularmente á la hora de la muerte, los adorables nombres de Jesús y María, sino porque una experiencia de muchos siglos enseña que son nombres de salvación? Repitámoslos, pues, frecuentemente, y en especial cuando nos hallemos abocados á la eternidad; no olvidando que la misma Señora reveló á Santa Brigida que su nombre ahuyenta á los demonios: *Omnes dæmones audito nomine meo aufugiunt*.

Desde el principio del Cristianismo la Iglesia los ha hecho estremecer con los augustos nombres de Jesús y María; lástima nos darían, si de ella fuesen dignos, al verlos temblar, gemir, dar alaridos y desesperarse, cuando

en los obsesos se ven acometidos y estrechados con el poder de estos divinos nombres, sin que hayan podido acostumbrarse á oírlos sin espanto. El infierno, por su parte, le hace la guerra con todas las herejías que suscita, las cuales se declaran todas enconadamente contra la Reina del cielo; pero Ella las postra á todas, como lo expresa la Iglesia en estas bellas palabras: *Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

Tan terrible es su poderío para el infierno, como dulce y benigno para las almas del purgatorio. *In fluctibus maris ambulavi*, dice la Reina de los ángeles. «Anduve sobre las ondas del mar.» En estas palabras se expresa bien la idea del Purgatorio, pues sus penas no son más que ondas que pasan, porque no son eternas; no obstante, son ondas del mar porque tienen inmensas amarguras.

Es artículo de fe que aquellas almas pacientes pueden ser aliviadas por los sufragios de los vivos, es decir, por intercesión de los justos que oran ó hacen alguna penitencia por ellas. Y si pueden hacerlo los santos que aún peregrinan por las espinosas sendas de este mundo, ¿cuánto más los que ya reinan en la triunfante Jerusalén? Pero especialmente la Reina de la corte celestial puede aliviar á aquellas pobres almas con mucha más eficacia y poder que todos los justos y santos de la tierra y del cielo, pues ama entrañablemente á todas las almas del Purgatorio, porque las ama infinito su adorable Hijo, que las redimió con su sangre, las adornó y enriqueció con su gracia, les preparó su reino, y las destina á cantar eternamente sus alabanzas en el cielo, donde las aguarda con los brazos abiertos para estrecharlas á su seno amoroso y embriagarlas con el ósculo de sus labios divinos. ¿Pues quién dudará que su Madre amabilísima, cuya caridad es inmensa, emplee todo el valimiento que tiene con su Hijo

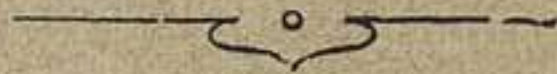
para abreviar las horas de su dolorosa expiación? Así como es muy natural y muy justo que su primer cuidado y su más viva solicitud sea favorecer especialmente á aquellas que más devotas le hayan sido, á aquellas que hayan hecho particular profesión de honrarla, que se hayan alistado expresamente en alguna de sus principales cofradías, como la del Rosario ó la del Carmen, que son las mayores y más universalmente recibidas en toda la Iglesia.

Con respecto á la del Carmen, ¿hay en la Iglesia alguna cofradía más autorizada? ¿Hay cosa más auténtica que la bula del Pontífice Juan XXII, llamada la *Sabatina*, en la cual declara á toda la Iglesia las verdaderas intenciones de esta Madre amorosa, por expreso mandato de la misma? En ella dice este célebre Papa que, «estando un día en oración, se le apareció y le dijo que así como Ella misma le había dado la tiara pidiéndolo á su divino Hijo por Vicario suyo en la tierra, del mismo modo quería que él confirmase en la tierra las gracias é indulgencias que su Hijo concediera en el cielo al orden del Carmelo, y que si otros se asociaban á aquel orden sagrado, llevando el escapulario, si á su fallecimiento eran sentenciados á las penas del Purgatorio, el sábado después de su muerte bajaría Ella á libertar sus almas y llevarlas consigo al monte de la vida eterna. Por cuyo beneficio quiero que los hermanos y hermanas recen las Horas canónicas, y los que no sepan leer, ayunen todos los días que la Iglesia lo ordena, si no están exentos por algún impedimento legítimo, y guarden abstinencia el miércoles y el sábado, excepto el día de la Natividad de mi único Hijo.»

Habiéndome dicho esto, continúa el Papa, desapareció, añadiendo estas palabras: *Yo, pues, recibo, ratifico y confirmo en la tierra aquella indulgencia, como Jesucristo la ha concedido en el cielo por los méritos é intercesión de*

la Santísima Virgen; por tanto no sea lícito á nadie atreverse á contravenir á esta ordenación. Tal es el tenor y autoridad de la bula del Papa Juan XXII.

Y aunque, como dada por un Sumo Pontífice, deban tenerla por un oráculo del cielo todos los buenos católicos, sin embargo, para quitar áun la más mínima duda á los más desconfiados acerca de una gracia tan extraordinaria, dispuso la Santísima Virgen que añadiesen nuevo peso á su autoridad otros Papas sucesores de Juan XXII; pues la han confirmado Alejandro V, Pablo III, Gregorio XIII, Clemente VII y San Pío V.



CAPITULO XXXII

MARÍA es Abogada general de todos los pecadores; pero lo entendería muy mal quien pensase que se opone á Dios patrocinando la causa de sus enemigos, ó sosteniendo los intereses de éstos contra los suyos; pues muy al contrario, patrocinando la causa de los pecadores defiende la del Salvador de los pecadores, que es la misma, y sosteniendo sus intereses , coopera á la obra en que más empeño tiene el divino Jesús, cual es la de usar misericordia con ellos y salvarlos.

Si un Moisés se opuso á Dios á fin de que no castigara á su pueblo, y lo obtuvo con sus fervientes ruegos , ¿qué no alcanzará María con su autoridad de Madre , que le da legitimo derecho para obtener de Dios cuanto le pida?

San Metodio le dice en un discurso sobre su Purificación: *Euge, euge, quæ debitorem illum habes, qui omnibus mutuatur.* ¡Oh qué dicha la vuestra , Virgen Santísima! Pedid á Dios , sin reparo , cuanto queráis , pues tenéis razón para pedirle siendo El vuestro deudor , porque le disteis su preciosa humanidad, que vale más que cuanto podáis pedirle en favor nuestro ; y aún cuando os diera

todos los pecadores del mundo, no sería éste un dón, un cambio ó pago que igualara al que le disteis, pues sólo su sacratísima humanidad, que de Vos ha recibido, vale más que todos los pecadores del mundo: *Vicem reddens assumptæ humanitatis*.

Aún se expresa en términos más enérgicos San Pedro Damián, pues asegura que se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; habiéndose entregado y sometido á Ella el mismo Omnipotente, y dándole Ella un poder que no había recibido de Dios, su Padre, de morir para redimir á los pecadores con el precio de su sangre, tiene la Señora tan gran derecho para pedir cuanto quiera para nuestra salud, que cuando se presenta ante el altar de la humana reconciliación, no tanto va á rogar como á mandar; no se presenta como sierva, sino como Señora; no va como un súbdito, sino como una Madre. He aquí sus palabras: *Accedis non solum rogans, sed imperans; non ancilla, sed domina*.

San Bernardo, después de haber dicho cosas admirables del absoluto poder de esta Madre de misericordia con su Hijo, en un sermón de su Natividad; después de haber dicho que Dios ha puesto expresamente en Ella la plenitud de todo bien, á fin de que todo lo recibiésemos de su abundancia, y que si teníamos alguna esperanza de salud, alguna gracia del Redentor, algún derecho á la gloria eterna, reconociésemos que todo esto nos viene del Salvador por Ella, como un desborde de la superabundancia de sus divinas riquezas; después de haber producido muchos otros nobilísimos sentimientos que arrancaban de su pecho su devoción y su celo, continúa en estos términos con una unción divina: «Ea, pues, hermanos míos, dirijámosle nuestros votos; empleemos en amarla los más tiernos afectos de nuestros corazones, porque tal es la voluntad de Dios, que quiso que todo lo tuviésemos

por Ella ; temíais dirigiros á la infinita Majestad del Padre , y El os ha dado por mediador á su Hijo , en el cual halláis la humanidad unida á la divinidad: aún teméis, acaso, aproximaros á El, porque veis, con la dulzura de su humanidad, la majestad augusta de su divinidad. Ahora bien: á vosotros se os ofrece María para ser vuestra Abogada; en Ella no hallaréis más que humanidad y dulzura; estad seguros de que os recibirá bien , será oída por su Hijo , y Este lo será por su Padre. ¿Sería posible que tal Hijo no oyese á su amabilísima Madre, ó que el Padre omnipotente dejase de oír á un Hijo á quien ama infinito? No; ni lo uno ni lo otro es posible.»

Luego este devotísimo Padre , como si su santo celo subiera de punto y se elevara sobre sí mismo, continúa: «Sí , amados hijos míos: la divina María es la escala de los pobres pecadores ; por Ella pueden esperar subir al cielo; y en cuanto á mí, confieso que en Ella tengo puesta toda mi confianza, en Ella toda mi esperanza, pues si yo la rogare , seguro estoy de que ha de oirme , y si ruega por mí, estoy cierto que será oída. ¿Qué habré, pues, de temer, sino el que en mí haya falta de confianza ó devoción, ú olvido de recurrir á su maternal patrocinio?»

Finalmente , así como no quiso Dios dar al mundo el Salvador sino por Ella, tampoco quiere que ningún hombre se salve sino por Ella, ni que recibamos gracia alguna del cielo , que no pase por manos de su Madre Santísima: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.*

San Bernardino de Sena , hablando de las estrellas que forman la corona de María, escribe estas palabras, dignas de su piedad: «Desde que la Santísima Virgen concibió al Hijo de Dios en su casto seno, obtuvo cierta jurisdicción ó particular autoridad sobre la misión temporal del Espíritu Santo, de manera que ninguna criatura

ha recibido de Dios ni gracias ni virtud, sino según las disposiciones de esta piadosa Madre; y por esto dice el devotísimo San Bernardo que no baja del cielo á la tierra gracia alguna que no pase por mano de María.» Mucho tiempo antes había dicho San Jerónimo que la plenitud de todas las gracias que reside en Jesucristo como en la cabeza que es su propia fuente, también se halla en la Santísima Virgen, como en el cuello que es el canal por donde deben pasar para distribuirse á todo el cuerpo de la Iglesia; pues así como el cuerpo humano no recibe influencia alguna natural de la cabeza que no pase por el cuello, así el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, no recibe influencia alguna de sus gracias, que no pase por la Santísima Virgen.

Poco después añade: «Hallo dos admirables nacimientos en Jesucristo: uno por el cual es un Dios eterno engendrado del Padre ante todos los siglos, el otro por el cual, sin dejar de ser Dios, es engendrado por una Madre Virgen en medio de los tiempos; y estos dos nacimientos concuerdan tanto, que es tan verdadero hijo del Padre como lo es de la Madre: no es un Dios más excelso ó más adorable en el trono augusto del seno de su Padre que en un establo, en donde estaba envuelto en pobrecitos pañales, y teniendo por cama el heno de un pesebre: por último, tan verdaderamente produce al Espíritu Santo en unión con su Padre estando en el seno de María, como le produce en el seno de Dios Padre.

¡Qué estupendo prodigio poder decir con toda verdad que al mismo tiempo que María da el sér humano al Hijo de Dios en su seno, el Hijo de Dios da su sér divino al Espíritu Santo en el mismo seno! Sentado, pues, que María es Madre del que produce al Espíritu Santo, ¿no podré decir que son enteramente suyos los frutos del árbol cuya raíz se halla en sus propias entrañas? Es decir, que

todos los dones, todas las virtudes, todas las gracias del Espíritu Santo están á su disposición para que las distribuya á quien quiera, cuando quiera, del modo que quiera y en la porción que Ella quiera. Son palabras de San Bernardino.

¡Oh María! ¡Oh Madre admirable! Pues sois la Madre de nuestro Salvador, sed también la Madre de nuestra salud: sois un océano de gracias, del cual salen perpetuamente todos los arroyuelos, las fuentes y los ríos que riegan y fecundan el seno de la Iglesia: sois el refugio de los pecadores, y en toda la redondez de la tierra se implora vuestro auxilio, y sois verdadera Madre de misericordia, que de todos tenéis compasión, y á ninguno la negáis.

Consultemos á nuestra propia experiencia. Todos los días vemos que en todas partes se implora el socorro de la Santísima Virgen; y ciertamente no en balde, pues si fuese vanamente, tiempo tenía el mundo para haber advertido el engaño, y una esperanza siempre burlada no habría durado tanto; los hombres y las mujeres se hubieran cansado de pedir un socorro que jamás se obtenía. Pero en todos tiempos se ha visto y se ve que no es vano el invocarla. Esta práctica continúa y se aumenta todos los días, lo cual es evidentísima prueba de la verdad y notoria conveniencia que entraña: menester es que el mundo esté bien persuadido de que Ella escucha y atiende á las súplicas que se le dirigen, supuesto que de rogarla no cesa.

Por otra parte, llenos están los libros de las gracias prodigiosas que en todos los siglos derrama su mano bienhechora; áun hoy mismo lo acreditan sus santuarios célebres, adonde se agolpan con viva fe y confianza ejércitos enteros de dolientes, que buscan la curación de las antiguas llagas de sus almas; de menesterosos desvalidos

que esperan alcanzar de la piadosa tesorera de Dios, el pan que niega á sus tristes gemidos la sórdida avaricia del rico; de enfermos desesperanzados, cuyo único remedio es un milagro debido á la maternal intercesión de María.

Preciso es indicarlo: entre los innumerables prodigios que se cuentan, puede haber algunos que en realidad no lo sean, porque no á todas las personas que los refieren es dado tener una idea exacta de los requisitos necesarios para acreditar de verdadero milagro un suceso sorprendente, nuevo y extraordinario. Pero dedíquese la más escrupulosa filosofía á examinar esa innumerable multitud de prodigios referidos por gravísimos autores, y de los cuales están llenas las obras de muchos Santos Padres, la Historia de la Iglesia, las de los reinos católicos y las venerables Crónicas de tantas Ordenes religiosas: ¿qué hallará en todas sus circunstancias sino rayos de luz, en los cuales no cabe duda, no cabe engaño, no cabe la menor superchería? ¿Es creíble que mientan descaradamente, inventando patrañas, hombres de alto saber é inmaculada conciencia? ¿Es posible que mientan esos Santos, que hubieran preferido mil muertes á la vileza de ofender á su Dios con el feo pecado de la mentira? Han de creerse sin dificultad, porque lo dice éste ó aquel historiador profano, las cosas más raras, los sucesos más extraordinarios, las proezas más inauditas, las victorias más estupendas, los hechos más heroicos de los grandes guerreros y conquistadores de la antigüedad, y cuando se trata de prodigios obrados por la Madre del Dios de la omnipotencia, de prodigios narrados por autores sin tacha, de prodigios no contradichos por los contemporáneos, de prodigios cuya verdad pregonan monumentos aún existentes; de prodigios cuyo resultado se palpa aún en la historia de las naciones, y sin cuya in-

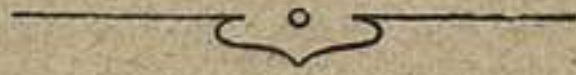
tervención serían increíbles los hechos más auténticos, ¿se ha de dudar neciamente? ¿Se han de apurar los recursos del ingenio, pretendiendo negar lo que de suyo es innegable? ¿Han de olvidarse de propósito todas las reglas de la lógica? ¡Oh contradicción monstruosa! ¡Oh ignominia de una crítica falsa y pedantesca! Está mal dicho crítica, irracional sistema de incredulidad.

Sí; María ve todas nuestras necesidades, y las remedia por lo común sin trastornar las leyes de la naturaleza, y algunas veces ostentándose árbitra de la omnipotencia de su Hijo, cuya divina esencia es el espejo brillantísimo en que ve todo lo que necesitamos y hacemos en su obsequio. Allí se ve asociada con su Hijo en la grande obra de la redención del mundo, y contribuye á la salvación de los pecadores; y como esta grande obra no está aún terminada, adelantándose más y más todos los días, Ella concurre asimismo todos los días con su Hijo á la salud eterna de todos los escogidos, pues siendo evidente, por testimonio de los Santos Padres, que aquellos no reciben del Hijo gracia alguna que no pase por mano de la Madre, es clarísima consecuencia que Ella en todo se interesa, pudiendo decirse que su solicitud es en cierto modo tan activa y extensa como la de su Hijo en lo tocante á la salud de los infelices pecadores; y así como á ninguno excluyó Jesús del beneficio de la redención, así á ninguno se escasea el benéfico y maternal influjo de su poderosa intercesión.

Jamás separemos á la Madre del Hijo, ni al Hijo de la Madre, pues ambos son las fuentes universales de todo nuestro bien, con la diferencia de que el Hijo es la primera y la Madre la segunda; el Hijo es la verdadera causa de nuestra salud, y la Madre es la mediadora; el Hijo da el precio de nuestra redención, paga con su propio tesoro nuestras deudas, porque es un Dios de miseri-

cordia, y la Madre es la repartidora de las preciosas riquezas del tesoro de su Hijo, porque es la Madre de la misericordia.

De aquí la consecuencia de que estamos más seguros de nuestra salvación si Ella la toma por su cuenta, que si todos los bienaventurados empleasen en favor nuestro todo su valimiento y todas sus oraciones. San Anselmo nos dice que si Ella calla, ningún bienaventurado pedirá por nosotros; y si Ella ruega, rogarán todos con Ella: *Te, Domina, tacente, nullus oravit: te autem orante, omnes orabunt, et adjuvabunt.* (Lib. *De oration. Ecless.*) ¡Dichosa, mil veces dichosa el alma que sin reserva alguna se entrega á su devoción! ¡Dichoso quien la honra! ¡Dichoso quien la sirve fielmente! ¡Ah! No es maravilla que este santo Doctor diga en otra parte que si Ella protege á un alma, es imposible que perezca; pero si la abandona, no alcanzará á salvarse.



CAPITULO XXXIII

EL único negocio que nos es absolutamente necesario es el de nuestra eterna salvación. Dios no nos ha dado más que una sola alma; si la perdemos, lo hemos perdido todo por una eternidad. Hagamos, pues, todo lo posible por salvarla. Pero nada es capaz de asegurar tanto nuestra eterna salud como la devoción de la Santísima Virgen. Sabido es que no es Ella nuestro Dios, ni nuestro Criador, ni nuestro Salvador; sabido es que no es Ella quien nos perdona los pecados y nos da el precioso dón de la gracia santificante. Sólo á Jesucristo se debe el supremo culto de latría y el sumo amor de nuestros corazones; todo esto lo sabemos y lo creemos firmemente.

Pero también sabemos que sólo por María tendremos entrada con Jesucristo; que la salud que El nos ha merecido, no nos será aplicada y otorgada sino por Ella; que la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, no se engaña dirigiéndose todos los días á Ella en todos los ángulos de la tierra y enseñando á sus hijos á invocarla como á Refugio de pecadores, Puerta del cielo y Madre de misericordia, como á su esperanza, su vida y su dulzura. Tenemos

estas palabras por oráculos del cielo, que el Espíritu Santo pone en boca de nuestra Madre la Iglesia. Nos regocijamos con ellas, porque si nos fuera vedado tal lenguaje, no tendríamos tanta seguridad de nuestra salvación; si este refugio de los pecadores no nos tendiera los brazos, si se nos cerrara esta puerta del cielo; si no se franqueara para nosotros esta misericordia; si esta vida, esta dulzura, esta esperanza se nos quitase, ¿adónde se hallaría este consuelo, esta dulzura, este refugio, esta placidísima esperanza?

Se nos dirá que en Jesucristo tenemos el verdadero refugio de los pecadores, la verdadera puerta del cielo, la verdadera misericordia, la vida, la dulzura y la esperanza. Sí: lo creemos y lo confesamos; Jesucristo es todas las cosas; El es el tesoro en que están encerradas las riquezas del tiempo y de la eternidad. Pero ¿de qué nos servirá todo esto si con El no tenemos entrada? ¿Y cómo podremos tenerla sino por su Madre Santísima? Pues viendo manifiestamente que no tenemos al Salvador sino por su medio, y que Ella es quien nos le ha producido de su propia sustancia, ¿cómo podemos esperar coger los frutos de la salud sino por su mediación? Razón, pues, tenemos para decir que su devoción á todos nos es necesaria para salvarnos, y que cuanto más ardiente y más tierno sea nuestro amor y devoción á la Madre de los predestinados, estaremos tanto más seguros de que la divina misericordia coronará nuestros débiles esfuerzos con la gloria de una inmortal bienaventuranza.

En la Ley antigua señaló Dios algunas ciudades de refugio, en las cuales todos los que hubiesen merecido la muerte por cualquier homicidio impensadamente cometido, estaban seguros de su vida si en ellas se guarecían. Era ésta una figura, dicen los Santos Padres, que nos prometía en la Ley de gracia una gran ciudad de refugio,

siempre abierta para recibir á los pobres pecadores, y siempre dispuesta á asegurarles la salvación. Esta ciudad de refugio es María, como lo afirma San Juan Damasceno, y como Ella misma lo reveló á Santa Brígida diciendo: «No hay pecador alguno, por malo que sea, que se vea privado del auxilio de mi maternal misericordia, y que habiendo recurrido á mí no vuelva á Dios por mi intercesión, y no obtenga, por último, el reino de los cielos.»

¡Oh pecador! ¿Entiendes este lenguaje? ¿Lo crees firmemente? ¿Por qué, pues, te desanimas con tanta villanía? ¿Por qué propendes á la desesperación? ¿Por qué te dejas oprimir por el peso de tus delitos? Levántate, camina, corre, sálvate en esa ciudad de refugio, seguro de que no perecerás: extiende tus manos á la Madre de la misericordia, clama de lo profundo del alma: *Refugium peccatorum! Refugium peccatorum!* ¡Oh asilo de los pobres pecadores! ¡Amable ciudad de refugio, en la cual hallan seguridad los culpables arrepentidos! Defendedme de mis enemigos, ponedme á cubierto de los rigores de la divina justicia.

Si; este es el privilegio de aquella ciudad de refugio: si entras en ella, nada tienes que temer. Nadie puede echarte de ella, con tal que de tu corazón arrojes al pecado.

Hállanse en nuestro siglo depravado algunos miserables hipócritas, que con el disfraz de una piedad aparente que hace gala de un mentido celo por la gloria de Jesucristo, se oponen á la de María, como si el Hijo y la Madre no tuviesen un interés recíproco en la gloria de ambos, como si en sus corazones pudiese tener cabida la vergonzosa flaqueza de los celos humanos.

¡Impíos enmascarados, que hacéis una guerra de ase-

chanzas y emboscadas mezquinas á una devoción tan santa y tan autorizada por los hombres, por los ángeles y por el Altísimo! ¿Quién sois vosotros para oscurecer con la nube de vuestro aliento pestífero ese Sol de cuyos resplandores están llenos los cielos y la tierra? ¡Mensajeros de Satanás! ¡Ved lo que han conseguido vuestros predecesores los Nestorios, los Jovinianos, los Elvidios, los Luteros! ¡Miradlos en el infierno cubiertos de ignominia, heridos por el rayo de la venganza divina, y devorados por un fuego terrible, que no se acabará cuando se acaben los siglos! ¡Ved ahí el galardón de sus afanes! ¡Ved ahí la gloria y el triunfo con que espera premiaros el príncipe de las tinieblas!

Nosotros entretanto contemplaremos con regocijo y embeleso la dichosa suerte de un Bernardo, de un Ildefonso, de un Buenaventura, de un Bernardino de Sena y tantos otros esclarecidos Santos devotísimos de la Reina del cielo: nos congratularemos con ellos por la gloria que gozan en las alturas, y por la que rodea sus nombres y sus altares en esta morada de infortunio; les rogaremos que nos alcancen de Dios el entrañable amor que tenían á la Santísima Virgen; propondremos imitarlos en las prácticas de su devoción ferviente, y dedicarnos con particularidad á la imitación de las virtudes de la misma Señora, que es digno objeto del dulcísimo culto de hiperdulía.

Para lograrlo con más facilidad nos servirá de modelo el siguiente método, que seguía con mucho fruto de su alma una persona de santa vida. Principiaba su ejercicio el sábado como día más particularmente dedicado á la devoción de María, proponiéndose en él la imitación de su profunda humildad, que consideraba como necesario fundamento, sin el cual no puede fabricarse en el alma el edificio de una verdadera virtud, y en este día

todas sus prácticas tendían al desprecio de sí misma.

El domingo, que siempre era para ella día de comunión, consideraba su admirable maternidad identificada con su virginal pureza, que se esforzaba en imitar recibiendo con la mayor pureza posible al mismo Señor que la Santísima Virgen llevó en su seno virginal.

El lunes consideraba aquella ardorosa hoguera de amor divino que abrasaba su corazón mientras le tuvo en sus purísimas entrañas; y en tal día eran continuas sus aspiraciones á Jesús y á María, á quien suplicaba con encendida ternura que le hiciese participante de su amor á Dios, que amase á Dios por Ella.

El martes se proponía aquel inefable ejemplo de caridad que tenía para con todos los hombres, y comparándola con el infinito amor de Dios Padre, le decía: «¡Oh Madre! Tanto habéis amado al mundo y á mí en particular, que me habéis dado á vuestro único Hijo, y muchas veces he tenido la dicha de recibirle sacramentado.» Y para imitarla no desperdiciaba ninguna coyuntura de hacer bien al prójimo.

El miércoles la consideraba como caminando sobre la tierra y conversando siempre con el cielo; su recogimiento, su modestia, su dulzura, su silencio, su aplicación continua á la presencia de Dios, y se esforzaba igualmente en imitarla en un todo como si siempre la tuviese delante de los ojos.

El jueves pensaba en los continuos servicios que hizo á su querido Hijo durante todo el curso de su vida, y admirando su dichosa suerte y envidiándola ardorosamente: «Alma mía, decíase á sí misma: en esta fiel imitación debe consistir tu principal devoción; dejémoslo todo y seamos de Jesús únicamente. ¿Qué nos importa todo lo demás? Todo pasa, todo se disipa como el humo.»

El viernes seguía al Calvario á la Reina de los Már-

tires, aplicándose á contemplar su pasión, en un todo semejante á la de su Hijo adorado; y viendo el martirio de amor que Ella padecía en su corazón, esforzabase por entrar en los mismos sentimientos, muriendo por amor del Hijo y de la Madre al mundo, á sus vanidades, á sus pasiones, á sí misma, y á todo lo que no es Dios, á fin de vivir solamente para su Dios. Considerábase como en lugar de San Juan, á quien Jesús encomendó desde la cruz á su Madre afligidísima, recibéndola él por tal; con estas reflexiones renovaba y multiplicaba sus votos de vivir siempre enteramente consagrada al servicio de María, tenerla siempre por Madre, é imitarla en todo lo posible.

Concluyendo tan felizmente su semanal ejercicio, volvía á principiarlo de la misma manera, pero con un fervor nuevo y con mayor fidelidad, animándose más y más cada día con el aprovechamiento que notaba en sí.

Inspice, et fac. Miraos en este espejo; y si verdaderamente sois devotos de vuestra celestial Madre, seguid el ejemplo, y eternamente bendeciréis á Dios por haber emprendido y guardado con fidelidad una práctica tan recomendable y santa.



CAPITULO XXXIV

EL Espíritu Santo representa á su divina Esposa como un ejército ordenado en batalla; ejército cuyo solo nombre hace temblar de espanto á todas las potestades del infierno; ejército tan invencible que, combatido en todos los siglos por innumerables legiones de herejías salidas de los abismos para hacerle la guerra de mil modos diferentes, siempre con planta victoriosa les ha quebrantado la cabeza como si fueran insectos. Sus combates y victorias son espectáculo digno de las miradas de Dios y de la admiración de los ángeles.

Traigamos á la memoria todos los siglos pasados; remontémonos hasta el origen del mundo, y veremos que, emprendiendo el demonio la ruina de la naturaleza humana, vencióla por medio de una mujer que precipitó consigo á su débil esposo; y el Señor en el momento hizo ostentación de su misericordia y justicia, oponiendo una Mujer bendita entre todas las mujeres á la más desgraciada de todas ellas, y condenando á la infernal serpiente á la enemistad y venganza de aquélla, mostrándola desde entonces á sus melancólicos ojos cual poderoso ejército

que le hacia la guerra: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*. Suplicio terrible, que la Justicia divina ordenó para castigo del mayor de los delitos. «Te condeno ¡oh maldita serpiente! á llevar eternamente todo el peso del odio de María, tan intolerable para ti como los suplicios del infierno.—Y María ¿qué me hará con su odio?—Te quebrantará la cabeza: *Ipsa conteret caput tuum.*»

La cabeza de la maligna sierpe es lo primero que ella procura introducir donde quiera que intenta derramar su mortífero veneno, cuya primera gota, arrojada y filtrada ¡ay dolor! en todo el linaje humano, fué el pecado original. He aquí la cabeza de la serpiente; pero será quebrantada por el divino pie de la Doncella que nunca ha de contaminarse con la culpa de origen.

La cabeza de la infernal serpiente es la soberbia, que áun en el cielo fué principio de su infame apostasia y arrastró en pos de sí la tercera parte de las estrellas. Pero esta cabeza altiva será quebrantada por la humildad de María: *Ipsa conteret caput tuum*. Multiforme y magnífico es el triunfo de esta Señora; y á Santa Brígida le fué revelado que más temen los demonios una mirada suya que todos los tormentos del infierno.

Aún hay más; á la declaración de guerra que hizo el Altísimo con aquellas palabras: «Pondré enemistades entre ti y la mujer,» siguiéronse estas otras, que manifiestan su perpetuidad: *Semen tuum et semen ipsius*, para darnos á entender que no es aquel un odio particular de una persona con otra, sino un fuego inextinguible de aborrecimiento universal y continuo, que arde en los iracundos pechos de dos diversas posteridades encarnizadamente enemigas. La Santísima Virgen tiene por hijos á todos los predestinados que habitan los cielos y la tierra; y son hijos del príncipe de las tinieblas los réprobos que pueblan el mundo y el infierno: *Vos ex patre diabolo es-*

tis, dice el Evangelio á los impíos. Todos los buenos militan á favor de María; del ejército contrario son los inicuos.

Horrorizóse el cielo cuando antes de los siglos se vió hecho teatro de una furiosa guerra: *Factum est praelium magnum in caelo*. Espíritus contra espíritus, ángeles contra ángeles, combatían unos en contra y otros en pro de la gloria del Excelso; pero bien pronto se conoció la diferencia que había entre los unos y los otros: uno de los dos bandos era de ángeles santos, y el premio de su lealtad fué una corona inmarcesible: el otro se componía de forajidos rebeldes, y el castigo de su alevosa conspiración fué una eternidad de dolor y de ignominia. Asimismo ve la Iglesia con horror que siempre ha sido y aún es en el día un campo, en el cual cristianos con cristianos guerrean acerca de la gloria de la excelsa María; opónense los unos al honor que se le tributa, poniendo coto á su grandeza y alabanzas, desacreditando la piedad de sus devotos hasta llamarlos indiscretos, despreciando y burlándose de las prácticas de su devoción; los otros sosteniendo que después de Dios se le debe hacer el mayor honor posible religioso y sobrenatural; que nuestra devoción jamás llegará á igualar su merecimiento, y que el dedicarse á su servicio es piedad discretísima, juiciosísima y santísima. ¿Pero entre quiénes se lucha? En la Iglesia sucede lo mismo que en el cielo: ángeles buenos y malos son los combatientes; esta guerra es la ejecución de la sentencia pronunciada desde el principio del mundo: «entre ti y la mujer encenderé odio y guerra,» cuya implacable llama no se extinga y se dilate de generación en generación en tu posteridad y en la suya: tendrá Ella perpetuamente fidelísimos hijos, que le den continuas pruebas de una acendrada devoción: tampoco á ti, serpiente envenenadora, tampoco te faltarán hijos que con

todas sus fuerzas la combatan ; mas no será dudoso el éxito de la batalla, será el mismo que en el principio de los tiempos ; serás vencida, y hollada tu cabeza por la planta divina de la Reina del cielo , y tus míseros hijos, que tengan el atrevimiento de hacerle guerra , como tú se verán humillados, aterrorizados y pisados á manera de viles sierpecillas.

Así, pues, cuando se vea que alguien habla de la Santísima Virgen desfavorablemente , ó de cualquier modo se opone á su devoción , á su alabanza y gloria , no se dude que es una de las muchas cabezas de la antigua serpiente y de la progenie del infernal enemigo. Y por el contrario, cuando se observe que alguien se muestra defensor de sus sagrados derechos y celestiales prerrogativas , ó se dedica fervorosa y francamente á honrarla y alabarla con el corazón y con los labios , téngase por cierto que es de la descendencia de aquella Mujer bendita que venció y quebrantó la cerviz orgullosa de la serpiente. ¿Y á qué partido pertenecemos nosotros? ¿A cuál queremos pertenecer? ¿Queremos combatir en contra ó á favor de María? ¿Queremos declararnos devotos suyos y llevar una de las más seguras señales de predestinación, ó alistarnos en las filas del dragón y llevar una divisa vergonzosa de reprobación final? Si nos decidimos á ser del bando de María, mostrémoslo con las obras.

Empeñado el infierno en continuar la guerra impía que precipitó á la naturaleza humana en un abismo de culpa y degradación horrorosa, levanta sobre la haz de la tierra altares á una infinidad de ídolos que, haciendo olvidar á los mortales el culto del verdadero Dios, difunde una densa sombra sobre el temido misterio de la Encarnación, del cual pendía el reparo de la descendencia de Adán. Llénase la tierra de vicios divinizados; corre en nefando sacrificio la sangre de los humanos; humea in-

cienso impuro en las aras de Venus prostituta, de Mercurio ladrón, de Marte sanguinario; el mundo todo es semillero de falsas divinidades; el imperio de las tinieblas se extiende de polo á polo, excepto la nación de los ascendientes de María. Nace esta Señora anunciada por los Profetas, y de sus purísimas entrañas nos da la Luz del mundo, al suspirado Mesías, al Admirable, al Fuerte, al Príncipe de los siglos futuros, al Dominador de las naciones, al victorioso Rey de la eternidad. Marchan el Hijo y la Madre á la conquista del universo para libertarlo del yugo de la idolatría; llegan á Egipto y derriban á sus ídolos; suben juntos al Calvario, y consuman la obra de la redención de los hombres. Un ejército de mártires capitaneados por Jesús y María, regando con su propia sangre el ámbito de la tierra, arrojan del Capitolio á Júpiter tonante, y del famoso Panteón de Roma, ó congreso de los falsos dioses, los lanzan ignominiosamente á todos ellos, y en su lugar se coloca triunfante la soberana Reina de los Santos.

Vencido y despechado el infierno, para proseguir la antigua lid implacable suscita las herejías del hipócrita Arrio y del no menos blasfemo y abominable Nestorio. María triunfa en Nicea, donde es solemnemente vindicada la divinidad de su Hijo, y con muerte improvisa el alma de Arrio desciende á la eternidad de fuego, arrojando las entrañas de una manera horrible al par que milagrosa, el mismo día y en el acto mismo de su vanísimo triunfo al ir á apoderarse á viva fuerza de la patriarcal iglesia de Constantinopla. Triunfa en Éfeso María; y al impío Nestorio, anatematizado y desterrado en el desierto de Oasis, se le pudre, llenándose de asquerosos gusanos, aquella inicua lengua de blasfemias, y la muerte sepulta en las mansiones del horror sempiterno aquella alma réproba y pestilente, para formidable ejem-

plo de la venganza que Dios toma de los enemigos de su Madre.

El emperador de Oriente Constantino Coprónimo, en el año de 715, según refiere el insigne cardenal Baronio, tuvo el impío atrevimiento de prohibir que en su imperio se honrase á la Santísima Virgen, mintiendo heréticamente en menoscabo de la gloria de su divina maternidad, y no tardó en bajar el castigo de lo alto sobre aquel insensato príncipe; un fuego sulfúreo le devoró hasta las entrañas, abrasándole vivo y haciéndole pedir misericordia con desaforados alaridos, y en vano, en vano, pues sus dolores cruelísimos le dieron rabiosa muerte.

¿Y qué fruto has sacado ¡oh padre de la mentira! ¡oh príncipe de las tinieblas! dí, qué fruto has sacado de tu guerra contra María? Ignominia y vergüenza, y ruina y descalabro. ¿Adónde están tus caudillos Ebión y Cerinto? ¿Adónde están tus legiones de helvidianos, de jovinianos y apolinaristas? ¿Qué has conseguido con su impotente esfuerzo? Que resplandezca con más alto brillo la gloria de su virginidad; que todos los fieles, asegurados por las decisiones de los Concilios y por la condenación de los herejes que la combatían, repitan con más enérgico grito que es Virgen antes del parto, Virgen en el parto, y Virgen después del parto. ¿De qué te sirvió hacer entrar en campaña los numerosos ejércitos de los albigenses para resucitar las ya condenadas herejías? Unos se convertían por la maravillosa eficacia del Rosario, que predicaba Santo Domingo; otros morían por la violencia de una enfermedad desconocida á los médicos y para la cual no había remedio humano; y millares de millares que formaban ejércitos aguerridos y prepotentes, cayeron al filo de la espada de Simón, conde de Monfort, el defensor y el héroe de María.

Tanto ejemplar castigo, tanto desastre milagroso, de-

biera haber escarmentado á los enemigos de Jesucristo y de su immaculada Madre ; pero vemos con dolor que en estos últimos siglos se han reproducido , si cabe, con más audacia y desenfreno que en los pasados. Tuvo Lutero el increíble descaro de compararla y áun posponerla á su infame concubina. ¡Oh cielo! Lo oíste y lo toleraste por breve tiempo; pero tu ira omnipotente nunca, nunca cesará de vengar tan execrable impiedad en lo profundo del infierno. Los discípulos de este apóstata, los de Ecolampadio, Bucero, Calvino y otros maestros de herejía, unos disimulando sus pérfidos intentos , y otros públicamente, hacen á la Reina del cielo una guerra obstinada, oponiéndose á su gloria, á su servicio y devoción ; mas al entrar después de una corta vida de cincuenta, sesenta ó pocos más años amargos y fugitivos, al entrar, digo, en la insondable eternidad , conocerán, bajo el peso de la divina venganza, por cuán errado camino se dirigieron á los umbrales de su eterno sepulcro , ofendiendo á la Madre del terrible Juez de vivos y de muertos.



CAPITULO XXXV

No hay persona más ocupada que una madre que tenga un niño en sus brazos; lo está tanto como si estuviese á su cargo el gobierno de un gran imperio ; sin embargo, todos sus cuidados se reducen á tres cosas: á alimentarle, vestirle é instruirle ; y todo esto lo hace María con sus verdaderos devotos. Aliméntalos deliciosamente, cumpliéndose en Ella la magnífica promesa hecha por boca de Isaias: *Mamilla Regum lactaberis.* (Is., 60.) Después de haber dado sus pechos al Rey de los reyes , también nos los da á nosotros que tenemos la honra de ser sus hermanos, pero de una manera muy diversa , aunque no menos deliciosa. Ella es quien al Verbo adorable , que es el Pan de los ángeles, le puso en estado de que podamos comerle: *Panem angelorum manducavit homo.* (Psalm. 77.) ¿Cómo la palabra divina , que es toda espiritual , pudiera alimentar á los hombres, que son corpóreos, si no se hubiese hecho sensible tomando un cuerpo como ellos? Esto es lo que la Madre admirable hizo en favor nuestro, como lo explica San Agustín con su acostumbrada sublimidad: «En el principio existía el Verbo eterno, manjar eterno,

mas sólo para los ángeles; pues ¿qué hombre podría tomar ni digerir aquel alimento divino? Era preciso que este manjar demasiado fuerte é inaccesible para nosotros, se convirtiera en una leche propia para alimentar niños. Pero ¿á quién se debe el que un manjar sólido se convierta en leche? Este es el oficio de las madres; comer el pan y convertirlo en leche para darlo á sus niños. *Ipsium panem mater incarnat; et per humiditatem mamillæ, et lactis succum de pane pascit infantem.* La madre encarna el pan, María viste de una carne mortal al Verbo del Padre, que es el verdadero Pan de los ángeles, y por la humedad de sus pechos le convierte en leche, para que sus hijos pequeños puedan alimentarse del Pan de los fuertes, y el hombre coma del Pan de los ángeles, como lo dice el Rey Profeta en sus Salmos.»

Los hijos mayores se alimentan de diferente modo que los menores. El Padre celestial sustenta deliciosamente á sus hijos mayores en el festín de su gloria, alimentándolos del mismo Verbo, que es su propia vida: tal es el Pan eterno de los ángeles. También la Madre-Virgen alimenta deliciosamente á sus hijos pequeñuelos en el banquete de la gracia, nutriéndolos con el mismo Verbo, á quien Ella revistió de su carne. No podríamos comer este Pan divino, ni nutrirnos con las purísimas delicias del Verbo como los ángeles que le ven claramente en los resplandores de su gloria; no podríamos recibir su propia sustancia en la santa Comunión, si María no le hubiese dado su carne nobilísima.

Así es como el hombre come el Pan de los ángeles por medio de la Madre, que hace de él una leche proporcionada á la debilidad de sus hijos.

¡Ah! Si supiésemos cuál es sobre este punto la solitud y ternura de su amoroso corazón, quedaríamos penetrados de que no puede hallarse madre alguna que tanto

afán tenga por regalar á su hijo idolatrado con el néctar de sus pechos. Con ternura de verdadera madre nos convida diciendo: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis.* Venid, queridos hijos míos, venid al seno de vuestra Madre; venid á comer el Pan de los ángeles; venid á gustar el Maná delicioso que yo tengo preparado para los que se acercan á la Mesa eucarística; venid á beber el vino que embriaga dulcemente á los moradores de la casa de Dios, que yo misma he convertido en una leche exquisita y muy á propósito para nutrir vuestra infancia de un modo no menos admirable que regalado y suave: venid y ved si no es muy cierto que mis pechos son para vosotros mucho mejores que el vino.

Vestirlos es el segundo deber de las madres para con sus hijos. La Iglesia, por piadosa tradición, cree que la Santísima Virgen hizo con su propia mano los vestidos que gastó su adorable Hijo, no sólo en la infancia, sino toda su vida, y en especial aquella túnica inconsútil de que se habla en el Evangelio; y la historia eclesiástica nos refiere un crecido número de ejemplos del particular cuidado que tiene de vestir á sus hijos, no solamente con el esplendoroso atavío de celestiales virtudes, sino aún con ropas de infinito precio, por venir de sus manos divinas y por ser un vivo testimonio de su maternal solícitud y ternura.

Dió á San Ildefonso una casulla magnífica, que el Santo se ponía para celebrar Misa en las festividades más solemnes. Hizo igual favor á San Benito, obispo de Clermont, en la Auvernia, al cual regaló también con su propia mano un precioso vestido, que aún conserva la ciudad de Clermont cual riquísimo dón de la Reina del

cielo, admirándolo cuantos lo ven, sin que hasta ahora se haya podido conocer de qué materia sea y de qué fabrica haya salido, aventajando su finura y delicadeza á cuanto puedan hacer los más diestros artifices (1).

Asegúrase también que dió á San Norberto el hábito de su Orden premostratense, que Dios, por la poderosa intercesión de María, habíale hecho la gracia de fundar. Al beato Simón Stock, general del Orden del Carmelo, dió el santo escapulario hacia el año 1245, diciéndole estas palabras de inefable dulzura: «Recibe, carísimo hijo, este escapulario de tu Orden, insignia de mi cofradía y privilegio para ti y para todos los carmelitas» ¡Y cuántas otras Ordenes religiosas se glorían de haber recibido de Ella su nombre ó su hábito, ó ambas cosas juntas! Hacen gala de semejante beneficio la de la Redención de cautivos, la de los Servitas, la del Monte Olivete, la de la Inmaculada Concepción, la de la Anunciación, la de la Visitación y tantas otras que sería prolijo enumerar.

La Santísima Virgen instruye admirablemente á sus hijos. Ella es quien encierra en sus entrañas á Aquel en quien están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. ¿Podríamos dudar de que no los comunica abundantemente á sus siervos? Ella es quien en sus manos lleva la Luz del mundo. Píntala San Juan en su *Apocalipsis* toda vestida del sol, llevando la luna por calzado y coronada de doce estrellas, sobre lo cual el devoto Padre San Bernardo dijo estas bellas palabras: *Jure Maria sole perhibetur amicta, quæ profundissimam divinæ sapientiæ, ultra quam credi valeat, penetravit*

(1) Esto era en tiempo del P. D'Argentan: ahora no sabemos si se conserva esta vestidura preciosa después de la asoladora borrasca de la revolución francesa.

abyssum. Es justo que María esté vestida de tanta luz, puesto que penetró en el abismo de la divina sabiduría de un modo que no está al alcance de nuestra poca fe.

No llega hasta nosotros más luz sensible que la del sol, la de la luna y estrellas, y todo esto se halla reunido en la Virgen Nuestra Señora, para darnos á entender que cuanta luz verdadera tengamos de las cosas del cielo, la recibimos por su medio, por lo cual los Santos Padres la colman de los más encarecidos elogios en agradecimiento de las divinas luces que nos comunica. San Vicente Ferrer dice que Ella entendía la Sagrada Escritura mejor que todos los Profetas, mejor que todos los Apóstoles. Ruperto la llama *Archiprofetisa*. San Jerónimo le da el título de *Profeta de los Profetas*. Andrés Cretese la denomina el *Compendio de todos los oráculos divinos*. San Anselmo la *Sapientísima Maestra de los Doctores*.

¡Y cuántos ejemplos tenemos de varones á los cuales, porque la amaban, llenó de ciencia prodigiosa! ¿Quién ignora que á San Alberto el Grande, de estúpido que era, hizo una de las refulgentes lumbreras de la Sagrada Teología? El célebre Ruperto, que tenía á las ciencias una extremada afición, y al mismo tiempo era incapaz de adquirirlas, por mucho que estudiase, recurrió á esta Madre de gracia con oraciones tan fervorosas, que alcanzaron cuanto deseaba. La Reina de la misericordia se le apareció y le dijo: «Me han sido gratas tus súplicas, y quiero que seas tan sabio que no te iguale nadie en tu siglo.»

El nobilísimo y famoso conde Herman, llamado el *Contrahecho* por la deforme estructura de su cuerpo, era absolutamente negado para las letras, pero poseía el inestimable tesoro del temor de Dios y amaba con ternura filial á Nuestra Señora, rogándole sin cesar que se com-

padeciese de él como una madre de su hijo; hasta que la Consoladora de los afligidos se le apareció un día y dissipó de tal suerte las tinieblas de su entendimiento, que le hizo admirable por su portentosa sabiduría, dándole, para mayor lustre, el dón de lenguas con tanta perfección, que hablaba el griego, el hebreo y el latín del mismo modo que si fueran su idioma nativo.

Sería no acabar nunca el hacer mención de todos los que se han hecho milagrosamente sabios por acudir con amorosa y rendida confianza á este brillantísimo trono de la Sabiduría divina: *Sedes Sapientiæ*. Acudamos también nosotros á tan buena Madre, despreciando las invectivas solapadamente heréticas de los astutos censores de nuestra devoción; gloríanse estos hipócritas del nombre de cristianos, confiesan á Jesucristo con la boca, fingen reconocerle y adorarle como á su Dios, y no se horrorizan de hacer guerra encubierta á su Madre Santísima, á aquella Madre admirable que El mismo quiso colmar de extraordinarios honores. ¿Y se figuran agradecerle con semejante proceder? ¿Quién duda que se dará por muy ofendido de ellos?

Diráles en su enojo: indignos del nombre de cristianos, esa Señora que menospreciáis es mi propia Madre; la he ensalzado hasta sujetarme á Ella en calidad de Hijo suyo; la he enriquecido de tantas y tan soberanas perfecciones, que (en cuanto es posible á una criatura) se acercan á las perfecciones infinitas de mi divino Padre, para que fuese digna de ser mi Madre; la he colmado de tantas gracias, que cuantas he derramado en los ángeles y en los hombres, están muy lejos de aproximarse á la gracia de su divina maternidad: Ella, por último, es á mis ojos más grande y más cara á mi corazón que todas juntas las demás criaturas mías. Mirad cuánto la honro yo, que soy su Dios igualmente que su Hijo; ¿y aún temeréis

honrarla demasiado, oh vosotros, vilísimos gusanos de la tierra? ¿Os atreveréis á tachar de indiscretos á sus fieles devotos porque la obsequian más que á mis Santos, siendo así que aunque el mundo entero se esforzara en tributarle todos los honores posibles, éstos aún distarían infinito de los que ha recibido de mí, que soy un Dios de gloria y de omnipotencia? ¡Ah! Si por ventura veis que la adoran como á Dios, que la prefieren ó la igualan á Dios, no los llaméis indiscretos, sino impíos é ídólatras. Pero si nada de esto veis, sea cual fuere su devoción á mi dulce Madre, el llamarlos indiscretos y cortar el vuélo de su amor con el pretexto de regularizar su devoción, no sólo es indiscreción, es impiedad horrible. ¡Ay de vosotros en el día de mi juicio! ¡Ay de vosotros si ahora no corréis á llorar vuestros pecados bajo el manto de esa Madre de misericordia! ¡Ay de vosotros si Ella no desarma el brazo de mi justicia! ¡Ay de vosotros en la muerte! ¡Ay de vosotros en la eternidad si ahora rehusáis tenerla por Abogada! ¿Habéis olvidado las últimas palabras que pronuncié cuando por vuestro amor estaba moribundo en el doloroso leño de la cruz? ¿No os la dejé por Madre? ¿Así cumplís la postrimera voluntad del que murió por vuestro amor? ¿Es este el pago de mi pasión y de mi muerte? ¡Encomendé á vuestro cuidado y á vuestra filial ternura la persona á quien más amaba sobre la tierra, y me fué preciso morir para que entraseis en lugar mío á ser sus hijos! ¿Y me sois ingratos? ¿Y os oponéis á su gloria? ¿Y le hacéis cruda guerra? ¿Y no teméis tomar mi nombre en vuestros labios impuros para mejor disfrazar vuestra aleve perfidia? ¡Pues temblad y sabed que las ardientes iras de mi venganza anhelan devoraros!



CAPÍTULO XXXVI

PARA beber el agua más pura, menester es sacarla de la misma fuente. Transportémonos á los primeros siglos del Cristianismo y veamos qué razón tienen los insidiosos censores de la devoción á María para decir que esta agua de salud y de vida ya no corre tan cristalina como en su fuente, habiéndose enturbiado y convirtiéndose en un río demasiado caudaloso, incorporándosele raudales de otras aguas inmundas. Remontémonos hasta la fuente, y comparando los principios con el proseguimiento, veamos si esta devoción se ha alterado, si ha degenerado en alguna superstición viciosa, si merced al indiscreto celo de algunos fanáticos devotos, ha ido tomando un excesivo ensanche. ¿Acaso es ahora mayor que en tiempo de los primeros cristianos, que bebían en la fuente? Este examen nos hará ver una diminución harto notable en la devoción á María, y habremos de confesar, para vergüenza nuestra, que los más vehementes arranques de nuestro amor para con Ella no son sino tibieza y frialdad en parangón con el celo de los primeros cristianos. La devoción á María nació el mismo día que la Religión cristiana, y jamás

se ha venerado en el mundo al divino Salvador sin que al propio tiempo se haya amado á su querida Madre. El mismo Jesús, que instituyó la Religión cristiana, fué el Maestro de la devoción á María. El fué el primero que la practicó. Sé que no debe llamarse devoción la natural ternura de los niños para con sus madres; pero cuando se habla de un Dios-Niño, cuyas acciones eran divinas y humanas, ¿no me será permitido decir que siempre practicaba la devoción para con Dios su Padre y para con su Madre dulcísima, y de una manera tan excelente y sublime, tan respetuosa y afectiva, tan fervorosa y tan tierna, tan eficaz y perfecta que confiadamente aseguro que no ha existido ni existirá otra persona tan devota de María?

Esta devoción nace entre los dulces abrazos del Hijo y de la Madre. ¡Oh Jesús Niño, cuán devoto sois! Vuestro Padre y vuestra Madre son el blanco de vuestra afectuosa y ejemplar devoción. Sólo Vos sabéis la devoción que teníais para con vuestro Padre, porque los hombres no somos capaces de comprenderla; mas para darnos ejemplo habéis querido manifestarnos la devoción que teníais á vuestra Madre. ¡Oh Dios de amor, cuán tierna y cordial era! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre, veros pendiente de su cuello, acariciarla tiernamente, ó correr á Ella con los bracitos abiertos, precipitaros festivo entre los suyos, é imprimirle en la celestial mejilla mil de esos regaladísimos besos de vuestros labios divinos! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre veros tan enamorado de su angelical hermosura, que parece que no tenéis corazón sino para Ella! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre el ver que esas caricias y ese amor tan volcánico son de un Niño Dios, que en todo se gobierna con infinita sabiduría!

Cuando dejasteis de ser niño, quisisteis mostrar que esa vuestra devoción crecía con los años; siempre estabais con ella, á todas horas le pedíais lo que os hacía falta; á Ella sola recurriais, después de vuestro divino Padre; toda vuestra confianza estaba puesta en Ella; después de los supremos honores que Aquél os exigía, no teníais tiempo, no teníais hora, no teníais momento, no teníais alma ni corazón sino para amarla, obedecerla y servirla, gastando treinta años enteros en tan santo ejercicio.

Si en los tres que empleasteis en la grande obra de la redención del mundo no estuvisteis tan asido de Ella; si no le disteis tan sensibles pruebas de vuestra devoción; si alguna vez no le hablasteis con demasiada ternura, tratándose de la gloria y del servicio de vuestro eterno Padre, para instruirnos con vuestro ejemplo que por mucho que amemos á María, Dios le ha de ser antepuesto; para manifestarnos que vuestra devoción á la Señora estaba profundamente arraigada en lo íntimo de vuestra alma, y que la conservabais hasta el último suspiro, estando próximo á exhalarlo en la cruz, en aquel momento en que tan altamente hacíais resplandecer vuestro amor para con toda la Iglesia, también quisisteis poner de manifiesto vuestra particular devoción á vuestra Madre; la igualasteis, por tanto, y áun la preferisteis á toda la Iglesia, pues si el cuidado de toda vuestra Iglesia lo encomendáis á un Apóstol, exigís para sola vuestra Madre la solitud y la ternura del más querido de vuestros Apóstoles, empeñándole á que la honre y la sirva como á verdadera Madre. ¡Oh adorado Jesús! ¿Por qué todos los cristianos no os toman por modelo, habiéndoos dignado ser particularmente en esto nuestro divino prototipo? ¿No nos dejasteis en lugar vuestro dándonos el mismo nombre que teníais Vos respecto á Ella, con el fin de que siguiésemos

desempeñando las funciones de hijo, que tan perfectamente desempeñabais Vos? ¡Ay dolor! ¡Cuán mal cumplimos vuestro último precepto, el último encargo que nos hicisteis muriendo por nuestro amor en el lecho del tormento!

Jesucristo estableció esta devoción en su Iglesia al mismo tiempo que establecía la Religión cristiana en el mundo, queriendo que ambas sean inseparables y se perpetúen hasta el fin de los siglos; El fué quien la inspiró á los Apóstoles para que la extendiesen donde quiera llegaran á predicar el Evangelio. San Pedro, príncipe de los Apóstoles, fué el primero que hizo particular memoria de la Reina del cielo, cual lo manifiesta la liturgia que dejó á la Iglesia Romana, como lo atestigua León III, y después de él Santo Tomás; el mismo Apóstol consagró la primera iglesia en Trípoli á honra de la Santísima Virgen, antes de que esta Señora se remontase á los cielos, como lo asegura Volaterrano en el libro segundo de su *Geografía*.

El apóstol Santiago, en la Misa que compuso, hace varias veces mención muy honorífica de la Virgen, á quien llama más preciosa que los querubines, más gloriosa que los serafines; y después de prodigarle otras muchas alabanzas, añade estas palabras: *Hagamos memoria de la santísima, inmaculada, gloriosísima, bendita Señora nuestra, Madre de Dios*. En España edificó el mismo Apóstol en su honra una iglesia que aún hoy se llama Nuestra Señora del Pilar.

Ya se deja entender que á todos sus compañeros excedería en el amor de María el Benjamín de Jesucristo, San Juan Evangelista, que tuvo la dicha de recibirla muy particularmente por madre. Leed las actas del Concilio general de Éfeso, y veréis que este grande Apóstol hizo edificar otra iglesia en honra de la Virgen; y se cree que

los demás Apóstoles hiciesen otro tanto, cumpliendo con lo que exigía de ellos el deber de fieles misioneros de Jesucristo para extender por do quiera su santa devoción, según las instrucciones que todos ellos recibieron de su Divino Maestro.

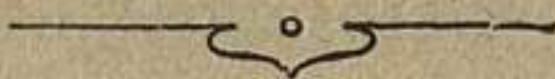
Hemos visto que esta devoción dulcísima cuenta la misma antigüedad que la Iglesia, que fué establecida por el mismo Jesús y propagada por los Apóstoles. La Iglesia, heredera del espíritu de su adorable Fundador, siempre la ha predicado, profesado, practicado y defendido con aquel celo con que defiende las cosas más esenciales de la Religión; ha compuesto un Oficio para cantar todos los días sus alabanzas; ha instituído muchas fiestas solemnes para honrar los principales misterios de su vida, su Concepción, su Natividad, su Presentación en el templo, su Anunciación, su Visitación, su Asunción y coronación en el cielo; ha congregado Concilios generales para defender su divina maternidad contra los herejes, que pretendían arrebatarle esta gloria; por último, ha fabricado magníficos templos en su honra, dedicándoselos especialmente y consagrándolos á su culto y poniendo en práctica todos los medios posibles para encender en los fieles el sacratísimo fuego de su amor.

Si tratásemos de investigar cuán ardiente y operativa fué la devoción de los primeros cristianos á la Santísima Virgen y el celo de sus sucesores, no teníamos más que tender la vista sobre esa innumerable multitud de iglesias fabricadas bajo su advocación en toda la cristiandad, admirando su amplitud y su magnificencia; contar el número de los obispados, de las catedrales, de las colegiatas y grandes abadías que le están consagradas. ¡Qué no dicen tan augustos monumentos, qué no dicen de la extraordinaria devoción de nuestros padres para con la Emperatriz de la gloria! Veamos si esta devoción se

ha aumentado en nuestros tiempos, y si deberemos quejarnos de que ha llegado á rayar en lamentable exceso: dígasenos si sus devotos toman á su cargo el edificar ahora iglesias en honra suya tan magníficas como aquellas que nuestros antepasados fabricaron en los cuatro ángulos del mundo, ó el fundar abadías, ó el dotar cabildos de catedrales. ¡Ah cuán lejos estamos de amar á esta Señora como la amaban nuestros mayores!

No haré mención de los innumerables oratorios y capillas dedicados al culto de María Santísima, que tan famosos se han hecho por la multitud de sus milagros; pasaré en silencio el prodigioso número de cofradías erigidas con el fin santo de venerarla muy particularmente, algunas universales, como la del Rosario y la del Carmen, y otras en ciertos lugares célebres por su devoción; nada diré de las muchísimas Ordenes religiosas de uno y otro sexo, expresamente instituidas para honrarla en especial manera, pues sólo para enumerarlas sería menester dilatado tiempo.

Y sería preciso un libro entero para anotar solamente los nombres de todos los Santos que se han distinguido por su afecto á María, porque no debería dejarse ninguno. Quien intentase transcribir tan sólo algunas de las palabras que han escrito para expresar sus sentimientos de estimación, de respeto, de amor, de ternura, de celo inflamado por el divino fuego que tenían para con Ella, jamás acabaría. De esta suerte se cumple la profecía que hizo Ella misma en su cántico: «Todas las naciones me llamarán bienaventurada.» *Ex hoc enim beatam me dicent omnes generationes.*



CAPITULO XXXVII

DISTÍNGUENSE dos especies de devociones: la perfecta y la imperfecta. La devoción perfecta, inseparable de un verdadero amor de Dios, practicándose y conservándose hasta el fin, es una prenda segura de salvación, aunque sólo se dirija á un Santo particular; pero mucho más si se encamina á la Santísima Virgen, porque en este caso tiene un objeto incomparablemente más noble que todos los Santos de la corte celestial.

La devoción imperfecta, que no encierra el perfecto amor de Dios, y que fuera de muy poco valor si solamente se dirigiese á algún Santo, es muy poderosa cuando se endereza á la Reina del cielo; poderosa, no para dar una seguridad de salvación, sino para que se concibieran buenas esperanzas por ella, en especial cuando va acompañada de un sincero deseo de convertirse. He aquí las razones en que me fundo para pensar de esta manera.

Primera: nuestra santa Madre la católica Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, no la invoca en vano como á refugio de pecadores: *Refugium peccatorum, ora pro*

nobis. Sé que el divino Jesús es el remedio primero y omnipotente de los pecadores; pero el segundo es María, la cual, abrigando para con ellos en su amoroso corazón los mismos sentimientos que su celestial Hijo, los ama, se compadece de su miseria y desea y procura su salud con más empeño y eficacia que todos los otros Santos aunque se coligasen en la gloria para formar un poderoso ejército de oraciones.

Fúndase mi segunda razón en la incomparable dignidad de Madre de Dios; y digo que este Señor no quiso que Ella fuese Madre del Salvador de los pecadores sin hacerla al mismo tiempo la Madre de su salvación, siendo aquéllos los *Benoni*, los hijos de su dolor, que Ella dió á luz en medio del océano de su tribulación. San Juan en su *Apocalipsis* expresa esta verdad de una manera grandiosa. Después de haberla representado como un gran signo que apareció en el cielo, á saber, una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas, añade que estaba encinta y que padecía los agudísimos dolores del parto, quejándose á voz en grito: *Et in utero habens clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat*. Mas ¿cómo puede ser esto? No son ciertamente los dolores del divino parto. del cual nació Jesús, porque toda la Iglesia cree, con Santo Tomás, que no sólo le dió á luz sin dolor, sino que experimentaba en aquel acto un gozo purísimo y sensible. Debe, pues, entenderse de los malos hijos que lleva en sus entrañas, por la compasión que le causan sus lastimosas miserias. Los pecadores, en efecto, son los que con sus culpas la atormentan haciéndole sentir los cruelísimos dolores de acerbo parto, hasta que con su poderosa intercesión les da la vida de la gracia, formando en ellos una preciosa imagen de su Hijo: *Donec formetur in vobis Christus*.

La tercera razón es que la Señora está en algún modo obligada á amar á los pecadores, porque éstos son por lo menos una ocasión de que el Altísimo la haya ensalzado soberanamente haciéndola su Madre, como quiere que, si no hubiese habido pecadores que salvar, no hubiese habido un Salvador, ni era posible que hubiera una Madre del Salvador que no existía. Ella suministró de su propia sustancia esa materia deificada con que habían de redimirse, la carne adorable que padeció los tormentos de la Pasión, la preciosísima sangre que regó la montaña del Gólgota. Por lo cual todos los Santos Padres dicen á una voz que María contribuyó con Jesucristo á la redención de los pecadores, que reparó lo que Eva destruyera, que Ella es la redentora de los cautivos y la salud de todos, que es la reparadora del siglo y la luz del mundo. Así es que manifestó Ella misma á Santa Brígida cuáles eran al pie de la cruz sus sentimientos, y cuánto contribuyó con su amado Hijo á la redención de los pecadores. He aquí sus palabras de dolor y ternura: *El dolor de Jesucristo era el dolor mío, porque su corazón era mi corazón.*

Añádase á esto, y sirva por cuarta razón, la multitud de experiencias y auténticos ejemplos de que está lleno el mundo, de la protección particular que dispensa esta Madre de misericordia á los más grandes pecadores cuando recurren á su patrocinio. Son infinitos los que ha librado de la perdición eterna, en que se iban lanzando desatentadamente. Pedro Damián le atribuye la maravillosa conversión del Buen Ladrón: ¿cómo es, dice, que no se convirtió cuando acompañaba á Jesucristo desde Jerusalén hasta el Calvario, llevando al hombro su dolorosa cruz? ¿Por qué esperar que estuviese enclavado en aquel leño de muerte para pedirle su bendición? Por dicha suya se halló la Santísima Virgen al pie de la cruz

del Salvador, y al lado de la de aquel infeliz; las miradas que Jesús le dirigía, y las que él dirigía á Jesús, pasaban por la Madre de misericordia, y Ella, intercediendo por él cuando ya iba á pasar del suplicio temporal al eterno suplicio, obtúvole la gracia de subir á coronarse en el reino de la gloria: *Tunc ex latrone factus est martyr, cum pro eo Maria deprecabatur.*

¿Quién ignora la admirable conversión de Santa María Egipciaca, debida á la Abogada y Refugio de los pecadores? ¿Quién no sabe la historia de aquel famoso Teófilo, á quien María arrancó de las mismas puertas del infierno, como refiere San Antonino y cuentan otros autores? Quien pretendiese narrar los ejemplos de esta naturaleza, habría de componer muchos y muy abultados volúmenes: dejando la tarea de leerlos en otros autores á los que gusten de ello, pasemos á presentar las dulces y amorosas palabras que dijo Ella misma á Santa Brigida: «Yo soy la Reina del cielo, la Madre de la misericordia, el júbilo de los justos, la Abogada de los pecadores para con Dios; no hay en el Purgatorio pena alguna que no se temple y suavice por mi intercesión; no hay hombre tan maldito de Dios que enteramente se vea privado de mi misericordia mientras vive, porque yo impido que los demonios le tienten con más impetu y rudeza, como lo harían si no fuera por mí. No hay nadie que tan lejos esté de Dios (si ya no está irremisiblemente sentenciado al infierno), el cual, si me invocare, no vuelva á Dios y alcance su misericordia.»

De aquí concluyo ser infalible que la devoción á María, aun cuando fuere imperfectísima, será siempre sumamente ventajosa á toda clase de pecadores, y que deberá darles no pequeña esperanza de salvación cuando la practiquen con deseo de convertirse y con el fin de lograrlo por tan buena Medianera.

Pero á los que confían salvarse aunque perseveren en sus culpas por tenerle alguna devoción, no me cansaré de gritarles que se engañan miserablemente, que su pretendida devoción no es una señal de predestinación, si la toman para abandonarse con más sosiego al pecado.

De todo lo dicho resultan tres verdades: 1.^a Que la verdadera y perfecta devoción á la Santísima Virgen, que encierra un grande amor de Dios, asegura la salvación de cuantos perseveran en su práctica hasta el fin de la vida. 2.^a Que la devoción imperfecta, la cual no tiene este perfecto amor, pero que lo desea y se toma como un medio de alcanzar de Dios, por intercesión de María, la gracia de la conversión, da muchísima esperanza, aunque no seguridad de salvación eterna. 3.^a Que la devoción sin amor y sin deseo de amor, mientras se persuade que para tener seguridad de ir al cielo bastan algunas señales exteriores de una tibia devoción á la Reina del empíreo, es engañosa, es falsa, es sobrado temeraria.



CAPITULO XXXVIII

PARA que la devoción á Maria sea verdadera, es preciso que viva y reluzca dentro y fuera del hombre; que esté en el corazón y se ostente en las obras; que los pensamientos sean piadosos, y santas las acciones. Así como es positivo que el cuerpo humano es una parte integrante y esencial del hombre, del mismo modo es indudable que las prácticas exteriores son necesarias á la integridad y esencia de la devoción. Si alguno, con el pretexto de honrar al hombre, quisiese quitarle el cuerpo diciendo que no es de su esencia, que es una materia corruptible y un cuerpo animal como el de las bestias; que el hombre consiste todo él en lo interno, donde tiene un alma espiritual y eterna, con razón se le respondería: destruíd al hombre quitándole el cuerpo, como lo haríais si le quitais el alma, porque ni el cuerpo ni el alma son el hombre cada uno de por sí. Si queréis tener un verdadero hombre, es preciso que unáis el alma con el cuerpo. De la misma suerte, si dijere alguno: la verdadera devoción no consiste en lo externo, lo cual no es más que un conjunto de acciones corporales; en lo interno ha de estar la

devoción, allí donde el alma practica los actos sobrenaturales de la religión, se le respondería: destruis la devoción quitándole las ceremonias exteriores, del mismo modo que la destruiríais quitándole los sentimientos internos

Para que la devoción á María sea verdadera y perfecta, es menester, vuelvo á decir, unir lo interno con lo externo, los sentimientos del alma con las acciones del cuerpo; porque á la manera que no es posible quitarle todo lo externo sin despojarla de lo que es más sensible y hacer un alma sin cuerpo, del propio modo, si absolutamente se quitase todo lo interno, quedaría un cuerpo sin alma, una devoción muerta y una pura apariencia é hipocresía.

Adelantando algo más en la materia, veamos cuáles son los principales requisitos de la devoción á María. Los reduciremos á cuatro: 1.º Honrarla. 2.º Amarla. 3.º Servirla. 4.º Imitarla. Honrándola se acatan y veneran las grandezas que Dios puso en Ella, y se le hace un sacrificio del entendimiento. Amándola se agradecen los bienes de que nos ha colmado, es decir, las gracias que nos ha procurado y nos procura incesantemente, y se le hace un sacrificio del corazón: he aquí lo que directamente atañe á la devoción interna. Sirviéndola procuramos su honra, extendemos su gloria con nuestro celo y buenos ejemplos, y de esta suerte le presentamos un sacrificio de nuestras buenas obras. En esto está cifrada la devoción externa. Finalmente, imitándola cogemos el principal fruto de tan dulce devoción, y nos santificamos para ser dignos de contemplarla embriagados en su amor y enajenados de júbilo en la eternidad.

La primera de las razones por las cuales estamos obligados á honrarla, es su propia excelencia; porque toda dignidad, toda perfección y excelencia merece que

se la honre á proporción de su grandeza , y en esto no pone duda ningún hombre de buen sentido. Empero, como hay dos clases de perfección y excelencia, la una natural y la otra sobrenatural, hay también dos suertes de honra y veneración , civil la una y religiosa la otra. Tribútase el honor civil á la excelencia natural, á proporción de su grandeza. ¿No es verdad que se honra al caballero más que al plebeyo, al príncipe más que al noble, al rey más que á los príncipes, al sabio más que al ignorante, al virtuoso más que al vicioso? Asimismo es justo honrar religiosa y sobrenaturalmente á la excelencia sobrenatural y divina, que consiste en la virtud, la gracia y la gloria; y como se la reconoce en todos los Santos , á todos ellos se les tributa un homenaje religioso, que es de otra naturaleza y de un orden muy superior al que reciben los reyes de la tierra.

Pero como este mérito sobrenatural no es igual en todos, los teólogos distinguen tres especies de honores ó cultos religiosos, llamando al de los Santos *dulia*, y al de la Reina del cielo *hiperdulia*, por ser, sin comparación alguna, mucho más sublime que el primero, y debido únicamente á la que tanto se aventaja en dignidad, alteza, santidad y poderío á todos los ángeles y Santos. Por lo cual es de justicia que á Ella sola la honremos mucho más que á todos los otros bienaventurados juntos.

La segunda razón de honrarla es agradar al Supremo Hacedor, conformándonos con El. Efectivamente: ¿cómo no honrarla viendo que El mismo la honra tanto y de una manera tan sublime que en su comparación es nada cuanto pudiesen honrarla todas las criaturas que han existido y existirán hasta la última hora del tiempo? Ciertamente que haberla levantado á la dignidad de Madre suya, haber querido someterse á Ella, haberse impuesto á sí mismo una indispensable obligación de acatarla,

honrarla, obedecerla y cumplir con Ella todos los deberes que un hijo está obligado á desempeñar con su madre, es un honor que sobrepuja á cuanto puede hacer la criatura, y como que agota la fuerza del omnipotente brazo del Criador, como dice Santo Tomás.

En vista de esto, si alguno rehusase acatarla como es debido; si tuviese la osadía de oponerse al homenaje que otros le rinden, ¿qué concepto debía merecernos? ¡Ah! ¡Cuán culpables son los que le niegan el debido tributo de humilde adoración y preces afectuosas, viendo que el mismo Dios la honra infinitamente coronándola por Reina de los hombres y de los ángeles, dándole el cetro de su inmenso imperio y sobre todo haciéndola su Madre, viendo que la ensalza en todas partes incesantemente por boca de mil y mil celosos predicadores y con la pluma ilustre de tantos esclarecidos Doctores y tantos otros sabios de la Iglesia católica, viendo, digo, que el Señor quiere que se la honre á fuer de Madre suya! ¿Por ventura es dudoso que se interesa en la honra ó menosprecio con que se trata á su divina Madre, considerando como hecho á sí mismo el agasajo ó la ofensa?

También debemos honrar á la Santísima Virgen, y es la tercera razón, para uniformarnos á toda la Iglesia triunfante y militante y para ser causa de alborozo á todos los ángeles y hombres justos, los cuales, siendo siervos de Dios, lo son asimismo de su virginal Madre. Los buenos siervos, no sólo por sí mismos sirven solícitamente á su Señora, sino que se complacen en verla honrada por otros. Si el Evangelio nos asegura que en los cielos se hace gran fiesta y los coros de los ángeles rebotan de alegría por la conversión de un pecador, ¡cuánto deberán regocijarse por la devoción de los buenos que le glorifican, honrando su infinita majestad, ya sea en su persona, ya en la de su augusta Madre!

Los demonios solamente y los réprobos sienten que sea venerada la Virgen sin mancilla, porque siendo enemigos de Dios, es imposible que no lo sean de su Madre. Y esta es una de las principales razones que obliga á los santos Doctores á decir que la devoción á María es señal de predestinación. De donde también podemos deducir que el no tenerla es signo muy siniestro.

El respeto y el amor van siempre unidos en la devoción á María, porque su excelencia y su bondad son inseparables. El mérito, donde quiera que se halle, infunde respeto y veneración; la bondad siempre excita el amor y la confianza. En María sobresalen estas dos cualidades de tal modo que, después de la misma Divinidad, después del Verbo humanado, no hay persona más excelente y perfecta, más bondadosa y amable.

Exponiendo San Bernardo las palabras del ángel que la saludó llena de gracia, dice que la gracia hace agradable á quien la posee. Este es su propio efecto, y es claro que se ama aquello que nos agrada. Así, la plenitud de su gracia hace á nuestra soberana Reina gratisima y amable á los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres: *Deo per humilitatem, angelis per virginitatem, hominibus per fecunditatem*; á Dios por su humildad profunda, á los ángeles por su pureza incomparable, á los hombres por su fecundidad maravillosa. Dios, los ángeles y los hombres la hacen el dulce blanco de su amor y ternura.

Amala Dios con un amor tan perfecto, que todo El se ha entregado á Ella para que le posea como á su único Hijo, y á fin de estrecharse y emparentarse con Ella con tan íntimos y fuertes lazos, que á ninguna pura criatura le es posible unirse con su Dios con tan perfecto vínculo. La causa de esto nos la dice Ella misma en su admirable cántico: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*: en donde

nos asegura que el Señor la ama por su humildad especialmente.

Es amada de todos los ángeles bienaventurados, á los cuales encanta con su incomparable pureza, de tal suerte que á todos ellos los tiene por siervos y devotos. Decía San Bernardino predicando en público, que Ella estaba siempre circundada de una innumerable multitud de ángeles, que formaban su magnífica corte, que le componían un poderoso cuerpo de guardia y la servían con la mayor fidelidad como á su Señora, Princesa y Reina. Y en seguida añade estas palabras, que denotan la alta idea que tenía de la que le había robado el corazón: *Pie credo quod plurimas legiones Angelorum habuit in custodiam et protectionem suam*: «yo creo piadosamente que no sólo tenía un ángel custodio como nosotros, sino que muchas legiones de ángeles estaban destinadas á su custodia y servicio.» Si la Escritura Santa nos enseña que Dios envió gran multitud de aquellos celestiales espíritus á custodiar y proteger al profeta Eliseo, razón hay para creer que mucho más haya hecho con su propia Madre.

Pero aún es más amable á los hombres á causa de su admirable fecundidad; pues además de que las mismas razones que la hacen amable á Dios y á los ángeles la hacen dignísima de toda nuestra ternura, empéñanos en consagrarle nuestros más tiernos afectos su divina fecundidad. Nos produjo un Salvador, y por El nos libertó del pecado, de la ira divina y del infierno, males infinitos que nos eran inevitables. Esto se dice pronto, pero explicarlo no sería posible. Con darnos un Salvador nos puso en posesión de bienes infinitos é incomprensibles, que nunca, nunca hubiéramos alcanzado sino por este medio. Es muy fácil decirlo, pero la eternidad no bastaría para comprender lo que significan estas pocas palabras. ¡Oh divi-

na María! Si conociésemos á fondo cuánto nos ha valido vuestra admirable fecundidad , pediríamos prestado su amor á los abrasados serafines para amarnos con más viveza y ardentía , y áun entonces nos veríamos obligados á confesar que nuestro amor era frío y escaso en comparación de lo infinito que os debemos.

Cuando veo el fruto de sus entrañas enclavado en el leño de la cruz para salud de mi alma, me pregunto á mí mismo: alma mía , ¿á quién debes estar agradecida por tamaño beneficio? Sé que Dios Padre es quien me ha dado á su único Hijo, pero también sé que la Santísima Virgen me lo ha dado igualmente: fué preciso que ambos contribuyesen con su propia sustancia para regalarme este Salvador y Redentor. No trato ya de investigar cuál de los dos me haya dado más , ni á cuál deba mayor agradecimiento , sabiendo que la divinidad que le viene del Padre , es infinitamente más preciosa que la humanidad, que le viene de la Madre.

Paréceme, no obstante, que el regalo de la Madre es más sensible que el del Padre. No veo manifiestamente lo que la Divinidad contribuye á mi salvación, como veo sensiblemente lo que la Humanidad santísima hace y padece por mi amor. Cuando contemplo el cuerpo de mi adorable Redentor bañado en sangre y taladrado en la cruz, digo: Este es el fruto de las entrañas de María sacrificado por mí, y padeciendo las penas que yo y no otro debía padecer. Cuando veo salir á torrentes aquella preciosa sangre de sus profundas llagas, digo: Esto es lo que de su propia sustancia, suministró la Santísima Virgen, lo que le dió para mi salvación. No pongo duda en que es rico por parte de su Padre y de su Madre, y paga por mí con los bienes recibidos de Esta y de Aquél, mas no veo con tanta claridad lo que da de los bienes que posee por parte de su Padre, si bien la fe me asegura que

de ahí toma con qué dar una dignidad y un valor infinito á todos sus merecimientos. Y veo de un modo claro y sensible que paga omnímodamente con los bienes que le diera su Madre; veo que todo lo gasta y lo prodiga sin reservar lo más mínimo, el cuerpo, la sangre y los sudores, las lágrimas y los trabajos, las oraciones y los ayunos y dolores, sin reservarse ni áun la vida. Esto no es tan perfecto, pero al menos es mucho más conocido y sensible que aquello que me da mi Salvador por parte de su divinidad.

¡Ah! De Dios no tendría cosa alguna que pudiesen percibir mis sentidos, si Jesús nada hubiese recibido de su divina Madre. No tendría Sacramentos, ni predicación del Evangelio, ni los ejemplos de la vida de un Dios que se dignó dárseme por modelo, ni la inefable dicha de alimentarme con el Pan de los ángeles; no viviría de la propia sustancia del Dios que adoro (el cual no sólo me permite comerle, sino que me manda recibirle en su augustísimo Sacramento), si la Santísima Virgen no le hubiese dado de su propia sustancia ese divino cuerpo que es el manjar de mi alma. Ved aquí cuán inmenso y amable es el fruto de su seno purísimo; fruto inestimable que no es para los ángeles, sino todo para nosotros. ¡Con cuánta razón decía San Bernardo que si María llena de gracia es graciosa y amabilísima á Dios por su humildad, amabilísima á los ángeles por su pureza, también para los hombres es sumamente amable por su admirable fecundidad! ¡Corazón de bronce tiene el ingrato que no se manifiesta reconocido á tamaños beneficios!



CAPITULO XXXIX

CUANDO una persona quiere dedicarse de veras al servicio de otra, no se contenta con decirle palabras humildes y afectuosas, sino que se le adhiere y une con ciertos vínculos, que son señales sensibles de su servidumbre; habita en su casa, lleva su librea, le hace diariamente varios servicios. En vano se dicen las gentes unas á otras al saludarse: «Estoy para servir á usted;» si no hay otras señales para creerlo, todos estamos persuadidos de que esto no pasa de una mera fórmula de cumplimiento. Por el contrario, basta ver que alguien lleva la librea de otro para que se tenga por seguro que aquél es servidor de éste, aunque no lo haya declarado con palabras. Del mismo modo nos confesamos siervos y devotos de la Santísima Virgen, principalmente con las obras, que son las señales sensibles é inequívocas de nuestra servidumbre. He aquí las tres principales:

1.º Hacerse como de su familia, inscribiéndose en el número de sus siervos en alguna de sus cofradías, como la del Carmen, la del Rosario y otras. 2.º Llevar su librea, como el Escapulario, el Rosario, ó cualquiera otra señal

visible que en cierto modo distingue á sus devotos. 3.º No dejar pasar día sin tributarle algun homenaje particular, ya sea de oraciones, ó de alabanzas, ó cualquier obra buena hecha en su honra, que ponga de manifiesto el celo que tenemos de su gloria.

Tal vez preguntaréis qué necesidad tiene de todo esto la Reina de los cielos, y habré de responderos con las palabras de San Bernardo: «Es cierto, hermanos míos; los Santos no necesitan de nuestros servicios; la Santísima Virgen no ha menester de nuestras devociones ni del culto que le tributamos; por nuestro propio interés, y no por el suyo, quiere que le seamos devotos. Por lo cual servímonos á nosotros mismos cuando nos declaramos por siervos suyos.»

En primer lugar, si estáis inscrito en la cofradía del santísimo Rosario, participáis de todos los bienes que hace aquella santa hermandad en la redondez del orbe. ¡Qué de riquezas no se consiguen por este medio! Si os figuráis haber ganado un tesoro encomendándoos en las oraciones de alguna alma buena, ¡qué dicha no es estar seguro de que por vos ruegan incesantemente á Dios y á la Santísima Virgen innumerables almas buenas! Pues dicen á todas horas: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» En lo cual se ve que le ruegan no sólo por ellos en particular, sino por todos los de la cofradía; y ésta es una de las cosas que facilitan el camino del cielo á los hermanos del santísimo Rosario, pues en la hora de su muerte están actualmente orando por él una infinidad de personas é instando á la Madre de la misericordia que en aquel trance peligroso interponga su maternal valimiento en favor del moribundo: «Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.» Además, la Iglesia ha prodigado el tesoro de las indulgencias: indulgen-

cia plenaria cuando se entra en estado de gracia en la hermandad; indulgencia plenaria en todas las fiestas de la Santísima Virgen, confesando y comulgando en aquel día; indulgencia plenaria en la hora de la muerte, pronunciando con fervor los sacratísimos nombres de Jesús y de María. Por consiguiente, la devoción á esta Señora es como un purgatorio de amor para sus fieles siervos, preservándolos de las penas de la otra vida. El número de las indulgencias parciales que es posible ganar en esta cofradía, es insumable. Lo mismo sucede en las otras tan preconizadas y autorizadas por nuestra Madre la Iglesia.

En segundo lugar, si lleváis la librea de esta Princesa soberana, á quien la Iglesia llama por excelencia Nuestra Señora, como el Rosario, el Escapulario ó cualquiera otra divisa que sensiblemente declare que tenéis la honra de pertenecerle: ¿podréis dudar que os tome bajo su particular protección? Si estamos obligados á cuidar de nuestra familia más que de la extraña, ¿cuánta no será la solicitud con que mira María á los que particularmente se dedican á honrarla? ¡Oh si viésemos cuánto enflaquece el brío de las potestades infernales, cuánto valor y fortaleza inspira á sus devotos un Rosario llevado respetuosamente y rezado con verdadero afecto! ¡Cuántas victorias no se le deben contra los enemigos de nuestra salvación! Léase la historia y se verán los prodigios obrados en favor del héroe Simón, conde de Monfort, armado con la devoción del santísimo Rosario; tráigase á la memoria el triunfo de Lepanto, y dedúzcase cuánto vale esta arma contra el poder del infierno, cuando tan airoso ha salido en guerra con los que en este mundo lo representan, cuales fueron los turcos y herejes albigenses.

Una sola *Avemaría* dicha con devoción tiene admi-

rable fuerza contra el infierno. Oigamos lo que la misma Señora reveló á Santa Matilde, cuando se le apareció trayendo sobre su pecho, escrita en caracteres de oro, aquella divina salutación: «Imposible es á la criatura el imaginar un saludo semejante al que oí de la boca de un ángel; nada es capaz de dar mayor contento á mi corazón; cuando se me dice: *Avemaría*, me acuerdo de la honra que Dios me hizo enviando á saludarme uno de sus ángeles con un saludo de bendición; cuando se añade *Gratia plena*, me acuerdo de la abundancia de gracias con que para disponerme á ser Madre de Dios, su infinita bondad dignóse llenar mi alma; cuando en seguida se me dice *Dominus tecum*, me acuerdo de aquella gran maravilla que extasió á toda la naturaleza cuando el mismo Hijo de Dios quiso anonadarse hasta tomar mi propia sustancia humana. Cuando se añade *Benedicta tu in mulieribus*, veo todas las bendiciones y alabanzas que se me dan incesantemente en cielo y tierra á causa de la dignidad de Madre de Dios con que quiso honrarme; y cuando se dice *Benedictus fructus ventris tui*, se me renueva en el corazón el gozo que sentí al verme tan estrechamente unida con el Hijo de Dios; y reflexiono que eternamente será cierto que yo soy su Madre y El es mi Hijo, y que así sola yo tengo para poseerle mayor derecho que todas las demás criaturas juntas.

»Por último, cuando esta salutación se concluye con la plegaria que me hizo toda la Iglesia en un Concilio general: *Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ*, reconozco la obligación que tengo de compadecerme de los pobres pecadores, de amarlos y rogar por ellos, porque fueron la ocasión de mi felicidad, pues no hubiera sido Madre de su Salvador si no hubiera sido menester salvarlos; y, finalmente, no habría recibido esa superabundancia de gra-

cias de que estuve llena, si no fuera preciso que yo sea Madre de misericordia y Refugio de pecadores.»

Ahora bien; si una *Avemaría* excita en Ella tales sentimientos de ternura cuando se la reza con devoción, que la mueve á proteger y defender á quien la reza, de tal manera que para los enemigos de su salvación se hace como un ejército puesto en batalla: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*; si una sola *Avemaría* tiene tanta virtud, ¿qué no hará el repetirla tantas veces rezando el santísimo Rosario con devoción? ¿Cómo será posible que un alma fiel á esta práctica no salga siempre victoriosa de los asaltos del enemigo?

En tercer lugar, altamente os declararéis siervo de la Santísima Virgen, si no dejáis pasar un solo día de vuestra vida sin hacerle algún particular obsequio; pues el servir todos los días á una persona es lo que en verdad se llama estar dedicado á su servicio. No pase día sin que hagáis alguna buena obra ó alguna mortificación por su amor, ó sin emplearos de algún modo en su gloria, ora hablando de sus grandezas con suma reverencia y amor, empeñándoos en infundir á otros vuestros sentimientos, ora oponiéndoos con celo á los que se atrevan á desacreditar su devoción, y procurando persuadirla á todos, ora saludando sus imágenes, teniéndolas respetuosamente en vuestra casa como á la Madre y Señora de toda la familia, y cuidando que todos los de la casa la honren y veneren, ora dando alguna limosna á los pobres, exhortándoles á ser devotos de María, á rezar su Rosario, á entrar en la cofradía del mismo, ora solemnizando todas sus fiestas, ayunando la víspera, confesando y comulgando en aquellos días y empleándolos santamente, ora ayunando el sábado, que es el día de la semana consagrado á su culto.

En todos los siglos se ha practicado esta devoción del

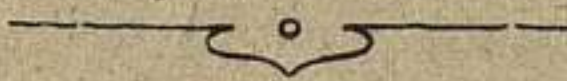
ayuno del sábado en honra de la Santísima Virgen por infinitas gentes de toda condición, y áun hoy es muy crecido el número de las almas buenas que la practican en todas las naciones, porque piadosa y comunmente se cree que quien la observa con fidelidad no morirá sin confesión.

Lo principal, lo esencial, ó mejor dicho, el todo de la verdadera devoción á la divina Madre de Jesús, es imitarla. Digo que es lo esencial, porque sin esto es árida, estéril y engañosa. Digo que es el todo de la verdadera devoción, porque comprende las otra tres partes, siendo indudable que nadie se dedica á imitar á quien no profesa amor ni estimación. Así es que imitándola le hago un servicio señaladísimo y el principal que Dios exige de nosotros, cual es el de formarnos á semejanza suya.

¿Queréis tener una verdadera y sólida devoción á la Santísima Virgen? Poned todo vuestro empeño en imitarla, con la seguridad de que no es posible extraviarse por esta senda. ¿Pero no será presunción temeraria pretender imitarla y aspirar á ser copia de tan perfecto original? No; pues el mismo Jesucristo nos manda ser perfectos como lo es nuestro Padre celestial. Me parece que la Santísima Virgen nos dirige las mismas palabras que escribía á los corintios el apóstol San Pablo: «Imitadme á mí como yo imito á Jesucristo, aunque nunca alcancéis á asemejaros á mí perfectamente, como tampoco yo nunca llegaré á lograr una perfecta semejanza con Jesucristo.» Sabido es que en todas las artes se toman por modelo las obras más excelentes de aquel género á que uno se dedica: los que principian á predicar toman por modelo las admirables homilias de San Juan Crisóstomo; los pintores principiantes copian los admirables cuadros del célebre Rafael de Urbino. Del mismo modo, proponiéndose imitar las virtudes de María, cuya soberana perfec-

ción es inaccesible, aunque no se llegue á igualarlas, es muchísimo lo que se gana en sacar de ellas un imperfecto bosquejo.

Imitad, pues, las virtudes de María, y en este jardín bellísimo en que todas las flores se ostentan con toda su gala y lozanía, exhalando suavísima fragancia, coged tres de ellas, que según San Bernardo resaltan sobre todas y embalsaman la casa de Dios: la violeta de la humildad, el lirio de la castidad y la rosa de la caridad: *Viola humilitatis, liliium castitatis, rosa charitatis*. Estudiadlas particularmente en la escuela del Espíritu Santo, que es la oración, recordando lo que se dice acerca de ellas en el discurso de esta obra.



CAPITULO XL

SUPUESTO que nuestros sentimientos jamás son más justos que cuando son más conformes á los designios de Dios, nunca temamos excedernos en amar, honrar ó servir á la Santísima Virgen. No; no lo dejemos por escrúpulo de hacer demasiado, porque cuanto podamos hacer será siempre mucho menos de lo que debemos. ¿Quién podrá amarla tanto cuanto la amó Jesucristo, si Ella sola le era más cara que toda la Iglesia junta, como lo afirma San Anselmo? ¿Quién puede honrarla más que Jesucristo, que la eligió por su Madre y cumplió con Ella todos los deberes que pueda cumplir el hijo más perfecto con la mejor de las madres? ¿Quién servirla con más humildad y fidelidad que El? ¿Qué otra fué su ocupación por espacio de treinta años, sino la de abrazarse en su amor y obedecerla en un todo? *Et erat subditus illis*. Quien más se le acerque y asemeje en amar y respetar á su Madre Santísima, aquel sin duda le será más grato.

Paréceme oír al encubierto enemigo de María decirme: «No avances tanto, guárdate de pasar por un devoto indiscreto, si tanto honras á la Santísima Virgen. No es

Ella nuestro Salvador, ni la causa de nuestra salud; sólo Jesús es quien nos ha rescatado con su preciosa sangre; Jesús es la única puerta del cielo. ¿Pues á qué fin implorar tanto el auxilio de María?»

¿Qué decís? Al oiros se creería que habíais estudiado más á los herejes que á los Santos Padres; porque ¿dónde sino en los libros ó conversaciones de los herejes podéis haber bebido tan indignos sentimientos? ¿Halláis un solo Santo Padre que se exprese de esta suerte? ¿Quién os ha dicho que la Santísima Virgen no es la causa de nuestra salud? ¿Tal vez San Ireneo? Oidle: *Maria universo generi humano causa facta est salutis*. «María ha sido hecha causa de salvación para todo el linaje humano.» Sabido es que no quiere decir que Ella sea la causa primera y principal: esta gloria es sólo de Jesucristo; dice, empero, que es la causa segunda é instrumental, y que recibiendo las influencias de la primera causa, las derrama sobre todo el humano linaje.

¿Quién os ha dicho que Ella no es Puerta del cielo, que podemos obrar nuestra salvación sin Ella, y que no hay por qué implorar con frecuencia su patrocinio? ¿Acaso San Agustín? Leed su sermón décimooctavo, y veréis que la llama *la puerta del cielo, la celestial escala* por la cual Dios bajó á la tierra para que los hombres mereciesen subir al cielo. Admirables son los sentimientos que manifiesta hablando de lo mucho que debemos á la Madre de Dios por haber tan poderosamente contribuido á nuestra salvación: dice que su humildad dió la vida á los mortales, renovó los cielos, purificó el mundo, abrió las puertas de la gloria y libró del infierno las almas de los hombres.

¿De quién habéis aprendido que no es Ella quien da las gracias? Convengo en ello si queréis decir que no es el autor y la causa primitiva de las gracias; pero si concluís

que no las da, porque Ella misma las recibe de Dios, raciocináis muy mal; considerad si tenemos los hombres algo que no lo hayamos recibido del Hacedor; y sin embargo, sería un absurdo negar que damos y recibimos de otros hombres. ¿Habéis consultado acerca de esto á alguno de los Santos Padres? Si leyeseis á San Germán, patriarca de Constantinopla, hallaríais palabras tan llenas de dulzura y unción del Espíritu Santo, que á cuantos las leen enamoran. Dice á María en un bellissimo apóstrofe: «Nadie se libra sino por Vos ¡oh Purísima! nadie recibe gracias sino por Vos ¡oh castísima! nadie alcanza la salvación sino por Vos.» ¿Por ventura pensaba como vosotros este respetabilísimo Patriarca? ¿Quién os ha dicho que no es Ella la Reparadora del mundo, y que no quiere que se la honre en calidad de tal? Si hubieseis leído la homilía que San Cirilo pronunció en un Concilio solemne, habríais visto que la saluda con palabras tan magnificas y al mismo tiempo tan respetuosas, que no podían salir sino de un corazón abrasado en su amor y celosísimo por su gloria. «Salve, Virgen, le dice, por quien es glorificada en todo el universo la Santísima Trinidad. *Salve, Virgo, per quam Sancta Trinitas in universo mundo glorificatur.* Por quien el cielo rebosa de alegría: *Per quam cœlum exultat.* Por quien todos los mortales son conducidos y llevados al conocimiento de la verdad: *Per quam universa creatura ad veritatis cognitionem deducta est* Por quien los pecadores son llamados y atraídos á la penitencia: *Per quam gentes adducuntur ad pœnitentiam.* Por quien los Apóstoles han predicado el Evangelio á las naciones infieles: *Per quam Apostoli salutem gentibus prædicarunt.*» Ciertamente que este insigne Santo no desagradaría á la divina Madre honrándola con tan gloriosos títulos y manifestando bien claramente que la tenía por Reparadora del universo.

Recorred todas las obras de los Santos Padres, y en todas encontraréis maravillosos elogios de esta Reina de los reyes, y áun los hallaréis mucho más extraordinarios que los que llevo citados. Decir, como sus enemigos, que los Doctores y Santos Padres de la Iglesia católica procedieron, al tributarle tan admirables alabanzas, con un celo excesivo y casi indiscreto, que hablaron con hipérboles, y que los pomposos títulos con que la honran son vanas adulaciones que desagradan á la más humilde de las Vírgenes, es no tener idea del juicio prudentísimo, del talento inefable, de la ciencia portentosa y consumada santidad de los Doctores y venerandos Padres de la Iglesia; es sobreponerse á su autoridad augusta; es menospreciarlos con un orgullo risible; es tratarlos de mentirosos, pues la hipérbole no es más que una exageración, una mentira, que regularmente denota poco peso y madurez en quien la profiere.

No: los Santos Padres no han usado de hipérboles al hablar de María Santísima; en nada se han excedido, ni han podido menoscabar en lo más mínimo la gloria del Hijo alabando á la Madre, pues no admiran en Ella más que los dones celestiales de que el Señor la ha colmado; por tanto, cuantas alabanzas le tributan, vuelven á Dios como á su primer principio.

¿Mas por qué, se dirá, recurrir á la Señora con más frecuencia que á Dios? ¿No es este un abuso? ¿No es una superstición? ¿Por qué depositar en Ella más confianza que en el mismo Jesucristo? A lo cual respondemos categóricamente que, si recurriésemos á Ella como á Dios, sería, no sólo un abuso, sino un crimen abominable; que si le dirigiésemos las mismas oraciones que hacemos á Dios, sería no sólo una superstición el rogarla más que á Dios, sino también gravísimo pecado, aunque se hiciese una sola vez en la vida; por último, si pusiésemos en Ella nuestra

confianza del mismo modo que la ponemos en Jesucristo, sería, no sólo un error, sino también una execrable blasfemia. Hay, empero, infinita diferencia entre el modo que tenemos de tratar con Dios y la manera con que á María Santísima nos dirigimos.

Recurro á Dios como á mi Criador, á mi Salvador y á mi Juez, y jamás recurro á la Santísima Virgen de este modo: acudo, sí, á Ella como á la querida de mi Criador, que todo lo puede con El; acudo á Ella como á la Madre de mi Salvador, á quien nada puede negar; acudo á Ella como á una omnipotente Abogada cerca de mi Juez, que tiene autoridad para calmar su cólera, justamente irritada con mis pecados. ¿Pues qué cosa más natural que recurrir á Ella, sabiendo que es tan grata á los divinos ojos y reconociéndome indigno de presentarme á la augusta majestad de mi Criador y á la imponente severidad de mi Juez? ¿Quién tiene atrevimiento para llamarme supersticioso porque me acojo á la Madre de la misericordia más bien que al Dios de la justicia si, examinada la cosa, siempre recurro á El mismo, aunque por mediación de su Madre?

Lo mismo digo de las oraciones y de la confianza: si pidiese á María Santísima como pido á Dios, sería un idólatra; mas hay gran diferencia. Pido á Dios que me perdone mis pecados, y ruego á la Santísima Virgen que me alcance de El la remisión de mis culpas; pido á Dios que me conceda la gracia de la salvación, y ruego á la Santísima Virgen que me la obtenga con su intercesión poderosa. No hay razón para reprenderme que continuamente acuda á Aquella por cuyo crédito espero alcanzarlo todo, ni que á Ella me encomiende con más frecuencia que al mismo Dios. Estamos todos los días solicitando á los ministros del Monarca para que con su valimiento nos ayuden, y les pedimos más á menudo que al mismo Rey.

¿Y se da éste por ofendido? No, porque sabe que á él se pide, aunque por medio de su favorito.

Así es como San Bernardo no temió decir á sus religiosos, hablando de la Señora: *Hijos míos, esta es mi mayor confianza, es toda la razón de mi esperanza*; es decir, en su poderosa intercesión tengo fundada toda mi esperanza. Y San Anselmo dice: *Nonnunquam velocior est salus invocato nomine Mariæ, quam invocato nomine Jesu*. Algunas veces lo que pedimos á María lo alcanzamos más pronto que lo que pedimos al mismo Jesucristo, queriendo decir que alcanzamos de Dios más pronto lo que pedimos interponiendo los ruegos de su Madre, que si lo pidiésemos sin valernos de tan poderoso medio.



CAPÍTULO XLI

DEBEMOS ante todas cosas tributar á Dios este homenaje de lo íntimo de nuestros corazones: Señor, nosotros reconocemos que es vuestro el poderío, que en vuestras manos está la soberanía, que solo Vos estáis infinitamente encumbrado sobre todos los seres: *Tua est potentia, tuum regnum, Domine; tu es super omnes gentes.* La criatura es nada, nada puede, nada hace por sí misma: sólo tiene aquella porción de sér que habéis querido comunicarle. Si hace algo bueno, es porque Vos la movéis y la auxiliáis para que lo haga.

Pero donde más os mostráis admirable es en la persona sacratisima de vuestra Madre, dándole un sér tan noble, que sin parangón se sobrepone á todos los otros seres criados, pues no hay cosa que se aproxime á la excelencia de vuestra Madre, en quien depositáis un poder tan absoluto que parece imitar en un todo vuestra divina omnipotencia.

Admiramos la omnipotencia de Dios principalmente en tres cosas: en la producción de las Personas divinas, en la creación del mundo y en el perdón de los pecados

de los hombres. En estas mismas resplandece el poderío de la Virgen Nuestra Señora. 1.º Si la omnipotencia de Dios brilla sobre todo en la divinidad, esto es, en producir un Dios; María le imita en dar á luz á un Hombre-Dios. 2.º Si la divina Omnipotencia triunfa sacando de la nada con solo un *fiat* este inmenso universo, aún es mayor el triunfo de la Santísima Virgen en haber sacado con un *fiat* al mismo Hijo de Dios del abismo de su divinidad, haciéndole un Dios-Hombre: cotejad ahora este gran mundo, que es la obra del *fiat* de Dios, con Nuestro Señor Jesucristo, que es la obra del *fiat* de la Santísima Virgen. ¿No es éste superior al otro? 3.º Manifiéstase principalmente la divina Omnipotencia en usar de misericordia y perdonar una infinidad de enormísimos pecados. Asimismo la omnipotencia de María se manifiesta principalmente en ser Ella la Madre de la misericordia y el Refugio de los pecadores, ninguno de los cuales obtiene gracia sino por su mediación.

Después de haber Dios formado al primer Adán, le sacó una costilla para fabricarle una consorte según los términos de la Escritura, y rellenó de carne el vacío que dejara aquel hueso: *Et replevit carnem pro ea*. Quiere decir, le quitó la fuerza y le dió la debilidad. Por el contrario, en la formación del segundo Adán toma la debilidad de la mujer, con cuya carne purísima compone el divino cuerpo de Jesús, y tomando la debilidad de la mujer para darla al Hijo, toma la fuerza del Hijo para darla á su Virgen Madre. Ella le da un corazón humano, en el cual siente los afectos y la ternura de la misericordia, que no tenía en el seno de su Padre; y El le da en cambio la fuerza y el efecto de la misericordia que ha traído del seno de su Padre, queriendo que Ella la ejercite en favor de los pobres pecadores: Ella le da la sangre preciosa que derrama á torrentes por la redención

de los pecadores, y El le da en cambio la aplicación de este precio infinito y la distribución de las gracias que manan con la sangre de su amoroso corazón. ¡Oh divina María, cuán admirable es vuestro poder! Parece que no tenga límites como el de Dios, con sólo la diferencia de que El lo tiene de sí mismo y Vos lo habéis recibido de El, conforme lo confesasteis en el cántico de vuestra encendida gratitud: *Fecit mihi magna qui potens est.*

¡Ah! ¿Por qué puso en vuestras manos tan soberano poderío? No ya para que os sirviérais de él en favor de Vos misma, porque cuidó de sublimaros y enriqueceros sin medida; fué, pues, para que lo empleaseis en favor de los pecadores, por lo cual quiere que todos recurramos á Vos como á la Madre de la misericordia. En Vos la misericordia no se halla acompañada del temor de la majestad, porque no sois Dios; ni del terror del juicio, porque no sois nuestro juez. Sois Madre, y Madre de misericordia, que no tenéis más que entrañas de dulzura para compadeceros de nuestras miserias, y poder socorrernos. He aquí por qué todos corren á postrarse á vuestros pies sin miedo de verse desechados.

Esta consideración hacía derretirse en dulzura á San Bernardo, llevarse de una confianza suavísima y exclamar que Ella era el sólido fundamento de su esperanza: *Ad Mariam recurro; pura siquidem humanitas est in Maria: filii, hæc est cælorum scala, hæc mea maxima fiducia, hæc tota ratio spei meæ.* Con iguales sentimientos no teme decir San Anselmo, como acabamos de verlo en el precedente capítulo, que algunas veces se alcanza lo que pedimos á la Madre más pronto que si lo pidiésemos á su Hijo: no ya porque Ella sea mejor que su Hijo ó más poderosa que El, sino porque á Dios debemos cantar la misericordia y el juicio; por lo cual, si algunas veces nos niega los efectos de su misericordia y usa del rigor de

su justicia con nosotros, es porque lo tenemos merecido. Empero, por lo que hace á la Madre de misericordia, no se nombra la justicia en tratándose de Ella. Así, cuando emplea su poderosa intercesión en favor nuestro, no es maravilla que el divino Juez otorgue á sus merecimientos lo que á nuestro demérito negaría con sobrada razón.

San Antonino observa la diferencia que hay entre la intercesión de María, que es Madre, y la de todos los otros Santos, que no son más que siervos: éstos, que no tienen derecho, piden la gracia con humildad; y la Madre, que tiene un derecho natural sobre su Hijo, la pide con autoridad. Si Salomón decía á su madre Betsabé: «Madre mía, pídemme cuanto quieras, porque no es lícito que te lo niegue,» ¿cómo será posible que Jesús niegue cosa alguna á los fervientes ruegos de su Madre? ¿No es Jesús más que Salomón? ¿No es María más que Betsabé?

¡Oh María! ¡Cuán dichosos los que con particular devoción se emplean en honraros! Si llegan á alcanzar que los protejáis, ¿qué podrán temer? Si tomáis á vuestro cargo el negocio de su salvación, ¿quién podrá impedir-la? *O Maria! tantummodo velis salutem nostram, et salvi erimus.*

El poderío de la Emperatriz del cielo no estriba, como el de los reyes de la tierra, en el número, fidelidad y valor de sus vasallos, sino que todo lo ha recibido de su único Hijo, omnipotente por sí mismo, que crió el mundo con Dios su Padre y lo rescató con su Madre Santísima, puesto que si no hubiera sido Hijo suyo, no hubiera podido rescatarle con su sangre; y por esta razón pone en sus manos benditas el inmenso poder que en algún modo recibió de Ella, para que todo lo emplee en favor de los desventurados pecadores. Apóyome en la autoridad del Seráfico Doctor San Buenaventura, que con el fuego enérgico de su ternura le dice estas palabras: «Porque el Se-

ñor es omnipotente con Vos, también Vos sois omnipotente con El, sois omnipotente por El, sois omnipotente cerca de El.» (*In speculo B. Virginis.*) Y aún se expresa con mayor fuerza el cardenal San Pedro Damían: *Accedit ad thronum Dei non tam rogans, sed imperans; Domina, non ancilla.* «Llégase al trono de Dios más bien como señora que como esclava; más bien mandando que suplicando.»

Y no levantéis la voz, enemigos de María; no digáis que esto es poner al Criador debajo de la criatura; si lo tenéis por blasfemia, decid igualmente que blasfemó el Espíritu Santo cuando dijo en la Escritura que Dios obedeció á la voz de Josué deteniendo al sol en el momento que lo manda el capitán israelita: *Obediente Deo voci hominis.* (Jos., 10.) ¿No os acordáis cuántas veces obedeció Jesucristo las órdenes de su Madre mientras vivió sobre la tierra? ¿No es siempre el mismo Dios? Ella también ¿no es siempre la misma Madre de Dios, así en el cielo como en la tierra? Ella es la Madre del verdadero Salomón, que le dice con mucha más ternura y sincera cordialidad que el sabio hijo de David á Betsabé, su madre: *Pedid, Madre mía, pedid cuanto queráis, porque nada puedo negaros.* (III, Reg.)

Las intercesiones de los Santos son poderosas para alcanzarnos gracia y bendición de Dios. Mas es grande la diferencia entre la Madre y los siervos, y tan grande que un teólogo célebre y virtuoso dejó escrito que si toda la corte celestial, todos los ángeles y Santos se juntasen para pedir alguna cosa al Eterno, y sólo Ella pidiera lo contrario, tendría su oración más eficacia y poder que todas las oraciones de los otros Santos, porque al fin sólo Ella es Madre, y todos los espíritus angélicos no son más que vasallos, meros vasallos y siervos.

Comprendan por aquí los fieles amantes de la celes-

tial Abogada cuán cara debe serles su devoción, consideren su omnipotencia, y conocerán que anduvieron sumamente acertados en consagrarse á su servicio y declararse súbditos y fervorosos adoradores suyos; consideren la autoridad suprema de que el Altísimo la ha revestido, y el crédito inmenso de que goza, y la bienhechora y maternal influencia que ejerce sobre su divina Majestad, y no cesen de pedirle que los tome bajo su protección y ruegue por ellos ahora y en la hora de su muerte; crezca incesantemente en sus corazones el amor y la confianza en su bondad y poderío, y ténganse por muy dichosos con ser fidelísimos siervos de tan poderosa y compasiva Señora.

Estrechados por Santo Domingo unos espíritus infernales que atormentaban á un infeliz energúmeno, confesaron, entre otras cosas, en presencia de numeroso concurso, como se lee en las *Crónicas* de su Orden, que la Madre de Dios era para ellos más temible que todo el cielo, pues sabían por experiencia que un suspiro de su maternal corazón tiene más fuerza y efecacia que todas juntas las oraciones de los ángeles y de los Santos para mover á dulce misericordia el indignado pecho del Eterno; que Ella es quien á su imperio de tinieblas lleva desolación y espanto; quien trastorna sus planes y designios, y con su intercesión les arrebatada de las manos millones de almas que ya contaban por suyas; que si hubiesen logrado desacreditar su devoción, serían muy poderosos; pero que cuanto más la combatían, tanto más se arraigaba y dilataba; que jamás la invocan vanamente los pecadores, y que casi siempre les alcanza la gracia de no morir en pecado, moviéndolos á una conversión verdadera, que les haga confesarse, mudar de vida y exhalar el espíritu en el ósculo de su Redentor.

Recordemos, por último, aquella meliflua exhortación

de San Bernardo, en la cual nos convida á recurrir con-
fiadamente á María como á Refugio de pecadores y Abo-
gada dulcísima del hombre, asegurándonos que no sere-
mos desechados por Ella, ni Ella será desoída por el Hijo
de sus entrañas, ni el Hijo por su Eterno Padre:

Que María desee con alma y vida nuestra salvación y
que toda Ella se emplee en procurárnosla, es cosa muy
demostrada. En primer lugar, no hemos tenido un Salva-
dor hasta que Ella misma dió su consentimiento para que
en sus endiosadas entrañas se obrase el inefable misterio
de la Encarnación. Después que tuvo á un Dios-Hombre
por Hijo, ¿qué es lo que hizo con El? Preparar la Víctima
divina que había de sacrificarse por la salud de todos los
pecadores. Después de haberla producido de su propia
sustancia, alimentándola con su leche, empleado en ella
toda su solicitud y ternura, y, por fin, conduciéndola hasta
el ara del sacrificio, Ella misma se sacrifica con su ado-
rado Jesús, padeciendo en su corazón los mismos dolores
que El padece en su cuerpo, á fin de ofrecer con El un
mismo sacrificio por la gloria de Dios y la salud de todos
de pecadores. *Omnino una erat Christi, et Mariæ voluntas,*
unumque holocaustum ambo afferebant Deo, hæc in san-
guine cordis, ille in sanguine carnis, dice el célebre Ar-
noldo Carnotense. El Hijo sobre la cruz y la Madre á los
pies de la cruz, tenían una misma voluntad; ambos ofre-
cían á Dios un mismo holocausto por la salud del mundo;
ambos derramaban su sangre. Éste, la de sus venas,
Aquélla la de su corazón, porque ambos estaban anima-
dos de un mismo celo por la salud de todos los pecado-
res. Preguntad ahora si desea Ella la salvación de los que
le son devotos; preguntad si se afana por conseguir la de
todos los pecadores.

Es indudable que el celo de todos los Profetas, Após-
toles, Santos y predicadores que ha tenido y ha de tener

la Iglesia en los siglos futuros, no iguala al que arde en su corazón por la salud de las almas. Sí: su corazón es el émulo, el espejo y el eco del corazón de su Hijo. Si emplea Ella este gran celo en procurar la salvación de un alma que le es devota, bien podrá esta alma dichosa estar segura de su salvación. Adviértase, sin embargo, que no quisiera inspirar esta firme confianza sino á aquellas personas que le son verdaderamente devotas, conforme á lo que queda explicado.

«No os contentéis, dice el Espíritu Santo en la divina Escritura, con amar solamente de boca, si no amáis en verdad y con las obras.» Esto es lo que á todo el mundo debería traer al servicio de la Santísima Virgen; esto es lo que debería ganarle tantos celosos devotos cuantos cristianos hay sobre la tierra; do quiera se ven los efectos de su devoción en los prodigios que obra en favor de los que á Ella recurren. «No la alabe nunca, exclama San Bernardo, quien habiéndola invocado fervorosamente en sus necesidades, no hubiese recibido de Ella algún socorro; pero seguro estoy de que no se hallará uno solo en todo el mundo.» Sería inútil empeñarse en persuadir esta verdad, reproduciendo los infinitos ejemplos que la tradición publica, que se leen en los libros y se ven en todos los lugares particularmente dedicados á la Señora, donde muchos de los que han recibido de Dios algún señalado beneficio por su poderosa intercesión, han dejado memorias de su agradecimiento. Pero, sin ir muy lejos, hallaremos en nosotros mismos testigos fieles de esta verdad inconcusa. ¿Cuántas veces no hemos probado en nosotros mismos cuán eficaz remedio es invocar á María de todo corazón en las tribulaciones? Repasemos los años de nuestra vida y escudriñemos los arcanos de nuestros corazones. Y si quien esto leyere aún no ha visto en sí las relevantes pruebas de su maternal patrocinió, será

porque hasta ahora no le haya sido verdaderamente devoto, como su propia conciencia se lo ha de atestiguar.

¡Oh Madre maravillosa! ¡Oh augusta Reina de los ángeles y de los hombres! ¡Oh digna Madre de Dios! Vos siempre seréis el refugio de los míseros pecadores. Vuestra bondad es quien sostiene al mundo, el cual sin vuestra poderosa intercesión perecería en el diluvio de sus iniquidades. Vos sois el consuelo de los afligidos; Vos sois el sostén de los débiles; Vos dais ánimo y aliento á los más abatidos; por Vos hallan el remedio de sus males los más desesperados; por Vos los apóstatas se reconcilian milagrosamente con su Dios; vuestro nombre es el remedio de nuestras enfermedades; vuestra memoria endulza nuestras amarguras, y vuestro poderío es el terror de los enemigos de nuestra salvación. Recibidnos bajo vuestra protección ¡oh amable Madre de misericordia! Admitidnos en el número de vuestros siervos ¡oh Reina omnipotente del cielo y de la tierra! Inspiradnos una verdadera y perfecta devoción para con Vos.

Toda lengua os bendiga y todos los corazones os amen con ardorosa ternura.

FIN

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

Págs.

Designios de Dios sobre María. Las tres Personas de la Santísima Trinidad tienen en su creación un interés inmenso. Magnífica alegoría de San Cipriano. Expresiones de San Bernardo. En qué se diferencia de las demás criaturas. Es el mundo de la gracia. El seno de Dios Padre y el de María. Prerrogativa de su eterna predestinación. Otra singular preeminencia de su predestinación. Cuánta debería ser nuestra gratitud. Errados juicios de los hombres acerca de la felicidad temporal. Las tribulaciones de los justos son signos de predestinación. A qué fué predestinado Jesucristo en esta vida. A qué María..... 7

CAPÍTULO II

Origen del nombre de María. Las que llevan el nombre de María. Afectuosa exclamación de San Anselmo. Significación del nombre de María. Todos los bienaventurados son reyes: María, reina de todos ellos, impera sobre los ángeles. Ejemplos de su dominio sobre ángeles y Santos: reina sobre la tierra. Quebranta la soberbia de los abismos. Poder y dulzura del nombre de María. Exhortación..... 16

CAPÍTULO III

Conducta que observó la Providencia con San Joaquín y Santa Ana. Su gloria. Son fecundísimos en buenas obras. Sus lágrimas: poder de éstas: la Santísima Virgen es su fruto. Sublime deseo de sus padres. Sus virtudes..... 25

CAPÍTULO IV

Pruébese que María no está comprendida en las leyes generales. Su dignidad de Madre de Dios requiere que fuese concebida sin mancha original. Fué preservada de ésta por los merecimientos de su Hijo. Textos de la Escritura que favorecen esta creencia. Concilios que la apoyan..... 32

CAPÍTULO V

Las antiguas liturgias comprueban la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Autoridades de San Hipólito, de Orígenes, de San Gregorio Taumaturgo, de San Cipriano, de San Epifanio, de San Ambrosio, de San Jerónimo, de San Agustín y otros.—San Bernardo, Santo Tomás y San Buenaventura. Los últimos siglos proclaman la gloria de la Inmaculada Concepción. Argumento incontestable..... 40

CAPÍTULO VI

Cuán lejos de María debió estar la culpa. La Iglesia autoriza la creencia de la Inmaculada Concepción. Cuándo principió á celebrarse su fiesta. Concilio de Basilea. Sixto IV. Lutero. Las revelaciones comprueban la Inmaculada Concepción. San Anselmo. Santa Brígida. Milagros que la confirman. Scoto. Otros testimonios..... 49

CAPÍTULO VII

Felicidad que trajo al mundo la Natividad de Nuestra Señora. Reflexiones sobre lo que ha hecho con nosotros la Providencia. Nuestra dicha y nuestra ingratitud. Año y otras circunstancias del nacimiento de la Santísima Virgen. Lo tem-

poral y lo espiritual. Lo que precede y sigue á la Santísima Virgen. Palacio de la Sabiduría divina. Cuánto debía alegrarnos la Natividad de Nuestra Señora..... 59

CAPÍTULO VIII

María tuvo uso de razón desde el instante en que fué concebida. Lo empleó en consagrarse á su Dios. Su presentación en el templo. Autoridades de Santos Padres que la confirman. Coloquio. Lo que María ofrece al Señor y lo que recibe de El. Cómo describe San Germán su entrada en el templo. Palabras de Gregorio, arzobispo de Nicomedia. Mujeres que vivían en el templo de Jerusalén. Ocupaciones de María en él, según San Jerónimo. San Buenaventura. Es modelo de las almas consagradas á Dios..... 69

CAPÍTULO IX

Belleza de María: ninguna le iguala: en su comparación es como una sombra la de los ángeles. Milagroso suceso referido por San Antonino. Todos podemos ver la hermosura de la Santísima Virgen con los ojos del alma: cuán dulce y provechoso es emplearse en amarla y alabarla..... 79

CAPÍTULO X

María, Virgen de las vírgenes. María hace gloriosa la virginidad: la suya es incomparable: se aventaja muchísimo á la de los ángeles: imita la del Eterno Padre: la dispone á ser Madre de Dios. Lo que de su voto pensarían los sacerdotes. 85

CAPÍTULO XI

María es fuente de pureza: ejemplo memorable: triunfo de su virginidad: milagro: exclamaciones de San Bernardo. Admirable principio, fin y medio de su virginidad. Cuánta gloria debe María á su sacratísimo cuerpo..... 93

CAPÍTULO XII

San José fué verdadero esposo de María. Su matrimonio compatible con su voto de virginidad. Esencia y bienes del ma-

trimonio. Doble contrato de los santos esposos. Por qué fué menester que María fuese casada. Sublimidad y dulzura de su purísima unión con San José. Gloria y riquezas de que la Reina del cielo hace participante á su esposo..... 99

CAPÍTULO XIII

Aparición del ángel á la Santísima Virgen. Causas de su turbación. Suma importancia de la misión del ángel: descripción de la magnificencia de su embajada, El Ave María. Por qué pidió el Señor el consentimiento de María para encarnarse en sus purísimas entrañas. Plegaria á la Santísima Virgen. Da su consentimiento..... 111

CAPÍTULO XIV

Humildad de María. Compárase el *fiat* de esta Señora con el que pronunció el Hacedor en la creación del mundo. Prodigios que obra el de María. Inmensidad de gracia con que fué enriquecida: demostración de su prodigioso aumento. Autoridades de varios Santos Padres..... 120

CAPÍTULO XV

Pruébese que María es verdadera Madre de Dios. Concilio de Éfeso: castigo de Nestorio. Parentesco sublime de María con el Espíritu Santo. Gloria de su divina maternidad. Cómo pagó á cada una de las Personas de la Santísima Trinidad la honra de ser Madre de su Dios. Sobre nosotros reflejan los resplandores de su gloria. Cuanto de Dios recibe, para nosotros lo recibe..... 128

CAPÍTULO XVI

Comentario de las siguientes palabras del Evangelio, acerca de la visitación de Nuestra Señora: *Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione*. Comentario del cántico *Magnificat* de la Santísima Virgen..... 137

CAPÍTULO XVII

Lo que la visita de la Santísima Virgen obró en Santa Isabel y en su hijo Juan Bautista. Salutación de Santa Isabel á

María. Permanencia de Nuestra Señora en casa de su prima.
Lo que de ella debemos aprender..... 147

CAPÍTULO XVIII

Vaticinios de Isaías: ídem de Jeremías: visión de Ezequiel.
Explicala enérgicamente San Agustín. Pensamientos sobre
la virginidad y la maternidad de la Reina del cielo. Cuán
grande es nuestra deuda de gratitud para con Ella. Digre-
sión afectuosa. Cómo se efectuó por obra del Espíritu Santo
el misterio de la Encarnación. Alegría de la Santísima Vir-
gen en su parto divino..... 152

CAPÍTULO XIX

Nacimiento del Salvador. Escena bellísima. Singular privile-
gio de la Santísima Virgen. Su gloria y su ternura, lactando
por sí misma á su divino Infante. Coloquio. Grandes moti-
vos de confianza en Jesús y María..... 161

CAPÍTULO XX

Ley de la purificación: por qué se sometió á ella la divina Ma-
dre: no estaba obligada á su cumplimiento. Virtudes que
practicó en su purificación. Su gratitud la lleva al templo.
Cuánto glorifica á Dios presentándole á su Hijo. Su sacrifi-
cio: su rescate..... 170

CAPÍTULO XXI

Tres amores con que la Santísima Virgen amaba á su Hijo.
Amor natural: cotéjase el de María con el de las otras ma-
dres. A cuánto la obliga. Su amor sobrenatural. Su amor
adquirido..... 177

CAPÍTULO XXII

Distinción entre la gracia santificante y la *gratis data*. Gracias
gratuitas de la Santísima Virgen. Doctrina de Santo Tomás.
Tuvo el dón de sabiduría: cuánto le debieron los Apóstoles
y algunos otros que han sido lumbreras de la Iglesia. Dón

de fe: dón de milagros: dón de profecía: dón de discreción de espíritus: dón de lenguas. Fervorosas aspiraciones..... 186

CAPÍTULO XXIII

Lúgubre profecía del anciano Simeón. Explícase uno de los prodigios del amor. María, espejo de la pasión de Jesucristo: cuatro clases de dolores que padece la Santísima Virgen. Su dolor de contrición por los pecados del género humano. 196

CAPÍTULO XXIV

María padeció los dolores de la naturaleza: aventájase á todas las mujeres en ternura y compasión. Es Madre y ama á su Hijo más que todas las madres: presencia la pasión y la muerte de su Amado, y no puede aliviarle. Afectos y contemplaciones devotísimas. También la gracia tiene sus dolores. El amor divino es la más vehemente de las pasiones de la gracia. Cuánto atormentó á María al pie de la cruz... 203

CAPÍTULO XXV

El Eterno Padre hace padecer á la Santísima Virgen los dolores que El sufriría en la muerte de su Unigénito Hijo, si no fuera impasible. Jesús estampa sus dolores en el corazón de su amorosa Madre. Tiernos sentimientos de San Buenaventura. También el Espíritu Santo la apesara. Coloquio de la Reina de los mártires con su divino Hijo. Revelación de Santa Brígida. Exhortación..... 213

CAPÍTULO XXVI

María no sufrió dolores de enfermedad. Desfalleció de amor. Sus vehementes deseos: cuánto tiempo vivió: pruébese que nunca recibió el sacramento de la Penitencia. La Eucaristía fué el cotidiano sustento de su alma. Se combate la opinión de los que dicen que recibió el sacramento de la Extremaunción. Le fué revelado el día y la hora de su muerte. Los Apóstoles concurrieron á ella: su divino Hijo bajó á recibir su último aliento. Pompa fúnebre: noticias acerca de su sepulcro..... 225

CAPÍTULO XXVII

Pruebas de la resurrección de María: lo que hace la Iglesia en la fiesta de su Asunción: hazañas de la Reina del cielo: epitafio que debería ponerse en su gloriosa tumba. La Sagrada Escritura confirma la resurrección de la Santísima Virgen. Razonamiento de San Agustín. Autoridades de otros Santos Padres. Diversas razones comprueban esta verdad. Extraordinarios motivos de consuelo que tenemos los cristianos.... 237

CAPÍTULO XXVIII

Esfuerzos para columbrar la gloria de María. Su gracia es la medida de su gloria. Trátase de investigar la grandeza de sus merecimientos, deduciéndola de la dignidad de su persona y de la excelencia de sus obras..... 249

CAPÍTULO XXIX

Venganzas del amor. Gloriosas consecuencias que se deducen de haber sido María exaltada sobre los nueve coros de los ángeles, como canta la Iglesia. María es un sol de gloria. Ofusca la de todos los Santos. Lo que Jesucristo da en el cielo á su Madre en retorno de lo que recibió de Ella sobre la tierra. Cómo describe su entrada en los cielos el elocuente San Pedro Damían..... 255

CAPÍTULO XXX

Río de la inmortalidad. Corona de María. Cuánto le deben todos los bienaventurados. Reina de todos los Santos. Admirables afectos de San Pedro Damían..... 264

CAPÍTULO XXXI

María es la Reina de los reyes de la eternidad. Su poderío estremece al infierno. Es un iris de paz y de consuelo para las almas del Purgatorio. Cofradía del Carmen: bula *Sabatina*... 271

CAPÍTULO XXXII

María, amparo de los pecadores: testimonios de San Bernardo, de San Bernardino, de San Jerónimo. Por Ella nos vienen todas las gracias del Espíritu Santo. Lo que enseña la experiencia de todos los siglos. Falsa crítica. Cuánto se interesa la Santísima Virgen en nuestra salvación..... 277

CAPÍTULO XXXIII

Cuán necesaria nos es la devoción de la Santísima Virgen. Es ciudad de refugio. Apóstrofe á sus enemigos. Ejercicio de una persona de santa vida..... 285

CAPÍTULO XXXIV

Guerra de María con el infierno: destrona á los ídolos: castigo de Arrio, de Nestorio, del emperador Constantino Coprónimo, y de otros herejes que se oponían á su gloria..... 291

CAPÍTULO XXXV

Cómo desempeña los oficios de Madre para con los hombres: los alimenta con el divino manjar de la Eucaristía. Palabras de San Agustín. Particulares regalos que ha hecho la Santísima Virgen á varios Santos: ha alcanzado para otros muchos el dón de una prodigiosa sabiduría. Increpación de Jesucristo á los enemigos de su divina Madre..... 298

CAPÍTULO XXXVI

Jesús Niño se nos propone á sí mismo por modelo en nuestra devoción á María. Cuán devotos le fueron los Apóstoles. La Iglesia predica, profesa y defiende con particular celo la devoción á la Reina del cielo: cuán activa, ardiente y generosa fué la de los primeros cristianos y la de nuestros antepasados..... 305

CAPÍTULO XXXVII

Distínguese la devoción en perfecta é imperfecta. Razones en que se funda la esperanza de salvarse por medio de la devo-

ción á la Santísima Virgen. San Pedro Damián le atribuye la conversión del Buen Ladrón. Revelación de Santa Brígida. 311

CAPÍTULO XXXVIII

La devoción debe ser interna y externa. Cuatro requisitos de la verdadera devoción á María. Razones que nos obligan á honrarla. Cuán amable es á Dios, á los ángeles y á los hombres..... 316

CAPÍTULO XXXIX

En nuestras obras ha de verse nuestra devoción á María. Cofradía del Rosario. Revelación de Santa Matilde acerca del *Avemaría*. Lo esencial de la devoción á la Santísima Virgen está cifrado en el empeño santo de imitar sus virtudes..... 324

CAPÍTULO XL

Defiéndese la devoción á María de sus enemigos encubiertos, oponiendo á sus sofismas las autoridades de San Ireneo, de San Agustín, de San Germán, de San Cirilo. Cuán errada idea tienen de los Santos Padres los que dicen que se han excedido en alabar á la Madre de nuestro divino Salvador. Recurrimos á Ella de diverso modo que á Dios..... 331

CAPÍTULO XLI

Tres cosas en que resplandece el poderío de la Santísima Virgen: maternal influencia que ejerce sobre la Majestad divina en favor de los hombres. Observación de San Antonino. Confesión de unos espíritus infernales. Celo de María por nuestra eterna salvación. Deprecación afectuosa..... 337



MCD 2019



ARCHIVO
MARIANO

—
Biblioteca

MCD 2019

VOLUMEN № 2819

